

TRADICIONES

# ARGENTINAS



POR

**P. OBLIGADO**

ABOGADO EN LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES  
MIEMBRO CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, Y DE OTRAS ASOCIACIONES  
DE HISTORIA Y LETRAS, ETC. ETC.

**SEXTA SERIE**

**(Edición ilustrada)**



BUENOS AIRES

«LA SEMANA MÉDICA» IMP. DE OBRAS DE E. SPINELLI

737 — CALLAO — 737

1905







# TRADICIONES

# ARGENTINAS



POR

**P. OBLIGADO**

ABOGADO EN LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

MIEMBRO CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, Y DE OTRAS ASOCIACIONES  
DE HISTORIA Y LETRAS, ETC. ETC.

—  
**SIXTA SERIE**

**(Edición ilustrada)**  
—



BUENOS AIRES

«LA SEMANA MÉDICA» IMP. DE OBRAS DE E. SPINELLI

737 — CALLAO — 737

—  
1905



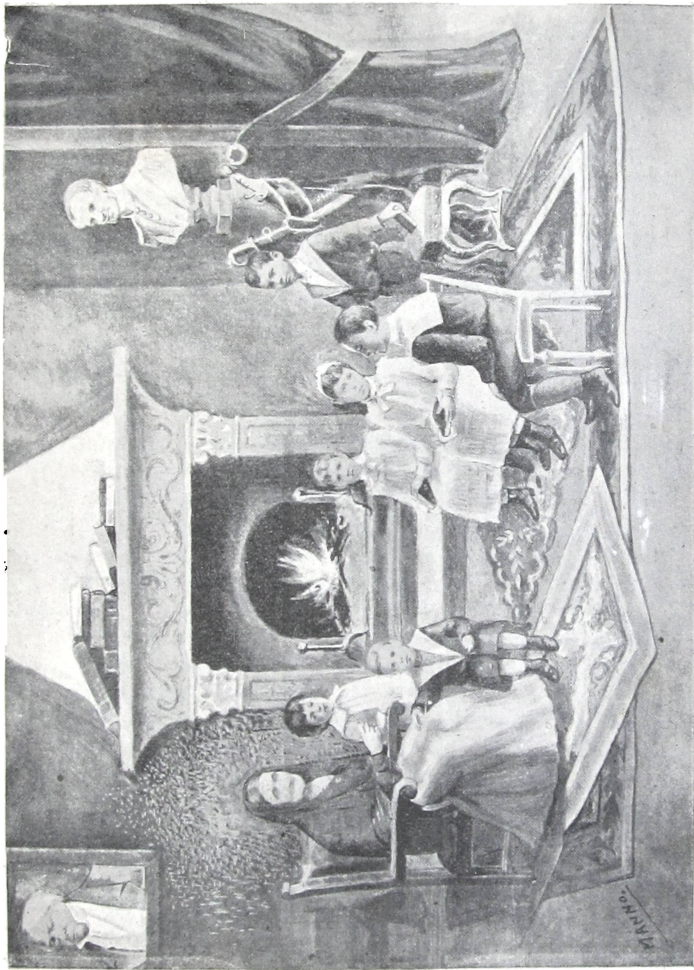
## INDICE DE LA 6.ª SERIE

	<u>Páginas</u>
Amor que incendia.....	9
Monja y familiar, todo en un ejemplar.....	19
¿Por qué el Pergamino, se llama Pergamino?.....	27
¿Llegó San Francisco?.....	37
La calumnia mata.....	41
La Casa de Belgrano.....	47
La lanza de Chivilcoy.....	53
Primera Escuela en la Pampa.....	59
Grupo histórico.....	71
El Oratorio de Santa Lucía.....	73
La agonía del Guayaquí.....	79
Humanidad en la guerra.....	85
Las Cinco Esquinas.....	95
Los resucitados.....	101
Los Notables.....	107
Casamiento á puñaladas.....	115
Fatal destino.....	121
Lo más viejo.....	131
El Combate en Obligado.....	135
Las apariencias acusan.....	145
La Escuela de las Rodríguez.....	155
Pronóstico cumplido.....	165
La Capilla Bola de Oro.....	173
El primer duelo.....	181
De cómo un Virrey, se convirtió en hormiga.....	189
Dos amigos.....	197
La mañana de Mayo.....	203
Haz bien, sin mirar á quién.....	209

---

	<u>Páginas</u>
El cañón de Garibaldi.....	217
La más vieja oliva.....	221
Sonrojo comprometedor.....	229
Casa histórica.....	237
La primera suicida.....	243
..fé... amistad.....	253
En la cima.....	261
El primer italiano.....	271
La carretita de Doña Maria.....	277
El último.....	287
El que se sienta sin mancha.....	293
APÉNDICE (Opiniones de la prensa).....	305



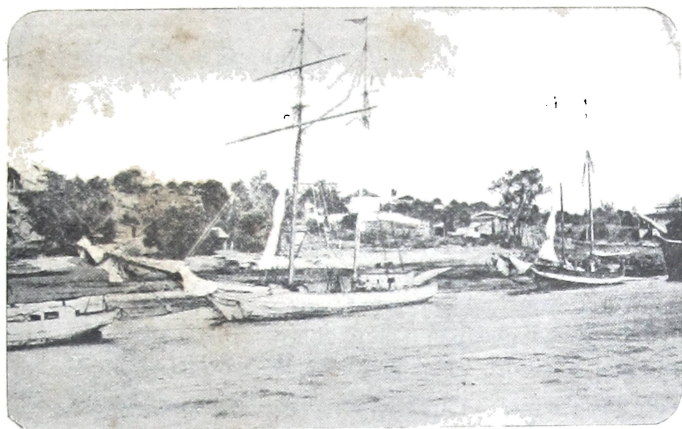


LA TRADICIÓN





Husmeo, busco, escudriño,  
Por los rincones y esquinas,  
Las leyendas peregrinas  
Que oí contar cuando niño.



Bella Vista

## AMOR QUE INCENDIA

### I

«La bella de Bella Vista» la llamaban, y era Julia D..., bella entre las hermosas argentinas, según la poética expresión del romántico autor de *Los Consuelos*. En la edad de las ilusiones, alta, delgada, de flexible talle airoso, quince años contaba apenas este real tipo de belleza criolla. Cabellos negros como las pestañas, sombreaban sus expresivos ojos de azul profundo, animando una fisonomía sonriente siempre, algo tostada por el sol de tan ardiente clima. En su mirada llena de simpatía, denunciaba la suavidad y dulzura de carácter en las esbeltas hijas de Corrientes, mientras que en la vivacidad de sus movimientos, traslucíase sangre italiana bajo la cutis sonrosada y fina. Encanto de sus padres en el hogar, frecuentado por lo mejor del vecindario, lo era igualmente de cuantos llegaron á conocerla. Fué á esta jóven, tan llena de atractivos, y acaso por ellos, que destrozára la explosión de un cuñete de pólvora, inflamado por un hombre de corazón depravado.

Al poco tiempo de haber ascendido Juan Podestá á dependiente Principal en la principal casa de comercio del pueblito, regresó Julia de Buenos Aires, donde se había educado. Más que por sus aptitudes ó despego, solía dragonear de Capatáz en ausencias del patrón, ese Cuasimodo contrahecho y desfigurado, de siniestra mirada, de duro carácter en el despacho, incapaz de fiar ni un clavo del almacén de clavos y objetos navales.

Era una especie de ñato dogo al pié del mostrador, que si no ladraba, gruñía como cancerbero. Desde la llegada de Julia enmudeció, obsesionado por la fija preocupación, ni al frente de la esquina salía yá para atraer marchantes que, sin animarse á entrar, desde á caballo pedían les alcanzára el poncho ó chiripá, la guadaña ó cabezadas que compraban, por no aproximarse al que parecía tirar tarascones al aire, si travesía chinita se atrevía á pedir llapa.

Apénas, en las últimas horas de la noche, apagadas las luces, cerrado el negocio, por la puerta de trastienda salía á sentarse, en mangas de camisa, sobre el banco entre dos *paraísos*, al pié del balcón de la niña de sus ojos, ménos por tomar fresco en noche calurosa, que atraído por la fresca voz argentina de Julia que cantaba adurmiendo su hermanita, sin sospechar las tumultuosas pasiones que cada uno de sus écos iban á levantar en los abismos de un corazón infernal.

Y era de notar el contraste entre *la bella de Bella Vista* y el Cuasimodo del almacén de la esquina, pues si la primera, hermosa de cuerpo y alma, atraían, la dura expresión de torva mirada, sinó alejaba más clientes, sólo era por el nombre que el Principal daba á su casa.

Difícil es desentrañar el primer origen de la pasión, dónde nace, cómo se forma, crece y desarrolla, que enigmas igualmente indescifrables son: *¿Por donde entra el amor? ¿Por donde llega la muerte?* En tipo tan vulgar é incommunicativo, no se llegó á saber si la primera chispa prendió: cuando muy niñita Julia, le acompañaba al Colegio de la Merced, llevando la pizarra y la bolsita de costura; el día que la alzara sobre el petizo panzón de sus cabalgatas in-

fantiles; la vez que levantando la vista al balcón vió flótando blanca enagua bordada, ó en su mecedora tejiendo ñandutí y meciendo la cuna de su hermanita, al compás monótono de canto sentimental que, nó como suave lluvia refrescante descendía, sinó cual chispas candentes, aumentando el incendio interior que le consumía.

Más que los padres, habían notado transpiraciones de amor tan brusco los trastienderos, pues que apenas podía hablar Podestá, cuando hablaba, tres palabras, sin que el nombre de la niña Julia se le escapára aunque esforzárse en ocultarlo.

—Vecino! las uvas están verdes!—solía pifiarse la desgredada china descalza, del rancho de enfrente, cuando le pisaba mirando, como pájaro mirasol. Pero la verdad era, que el hombre estaba, nó verde, sinó al rojo, loco por la niña, la que, en su inocencia, no sospechaba el incendio interior que á sus piés chispeaba.

Acaso algún poquito de ese cariño que ingénuamente en el natural bondadoso de la infancia tomar suelen los niños á sus antiguos servidores, antojósele amor á este Don Juan de alma tan torcida como sus ojos, pero cuando á miradas nó correspondidas decidióse un día agregar:

—Pero, quiérame un poquito siquiera, como al perrito faldero....

—Atrevido! si vuelves á insolentarte, le aviso á tata para que te ponga de patitas en la calle,—contestó la altiva niña.

Bien pronto llegó á complicar la situación, precipitando el final, un su primo, jóven, intelijente, esbelto, á quien como más instruído, encargó su padre del Escritorio, mientras por cuenta propia se encargaba el buen mozo de otros quehaceres, más de estrado, que de mostrador.

Con razón ó sin ella, metióse desde el primer momento, entre ceja y ceja á Podestá, que este primo venía para algo más que llevar Libros de la casa, pues acabaría por llevarse la mejor prenda de ella. Y á poco andar, sofocado por los más rabiosos celos, sin consultar mucho con la almohada, puso en práctica horrible venganza, sin tener de qué vengarse.

Si nó á cañón Krupp, á cuñete de pólvora, que bien apretadito consiguió colocar en el cimientto del ángulo principal en cuyos altos dormía Julia, prometiöse hacerla volar, aunque con ella saltaran sus propios pedazos.

## II

Amor! Amor! Dueño del Universo, cuya virtud hermana los hombres, ¡cuántos milagros inspiraste al Génio! ¡Cuántos crímenes se cometieron á tu nombre! Amor y Odio dividen el imperio del mundo, á tal punto que surjir puede la duda, si el hombrè es enemigo natural del hombre, Hermano ó su rival. Bien que la fiera más sanguinaria amamante el hijo de sus entrañas, también sobre el mismo escenario el Odio puso en manos de Caín arma fratricida, que hizo caer entiera la primera gota de sangre.

En los momentos que escribimos, dos de las grandes Naciones se desgarran, y la matanza y destrucción es inmensa por un palmo más de tierra, que á ninguna de ambas hará dichosa. Próspera ó pobre, impulsa la fiera interna exaltada en sus más ambiciosas pasiones. Sobre esa montaña de cadáveres, allá en el confín del mundo, divísase entre las sombras que el humo del combate espesa, flotando una toca blanca. La Hermana de Caridad, que nadie aplaude, busca el caído para cerrar sus heridas. Se sacrifica por sus semejantes.

¿Es el amor que triunfa?

Como lejos, muy lejos, nos llevarían reflexiones avivadas al releer pájinas en que cuarenta años há compendiábamos este lamentable episodio, daremos vuelta á la esquina en que Juan Podestá, loco de amor, cegado por la pasión, aguzaba el medio más eficaz de prender fuego á su amada, sacrificando sobre la misma pira: padre, madre, hermana, primo, toda su ralea y hasta la casa donde le incendiába lentamente, día á día y al rodar de cada hora, un amor nó correspondido.

Yá no se oía la melancólica canción del batelero que se

alza sobre el majestuoso Paraná, cuando cruza de sus Islas en claras noches de verano, ni resonaba el éco del cencerro de yegua *madrina* en el monte vecino, ni rumorosa corriente lamiendo la greda al desgastar las barrancas. Alma alguna cruzaba las calles del silencioso pueblo de Bella Vista, desierto al parecer, ni vibraba el éco de la última nota de sollozante guitarra por nocturno trovador, cuando en medio á la diafanidad de atmósfera en calma, espantoso estampido, retumbando en la costa del Chaco, hizo estremecer la tierra, cayendo en escombros, en medio á densa polvareda, casi todo el edificio de la esquina.

Disipada la humareda, y notando Podestá que la habitación de Julia no había caído del todo, trepó á saltos la angosta escalera, llegó á su lecho, donde yacía espantada, le dió una puñalada en el pecho revolviéndole el puñal con ensañamiento, y volviéndola con satánica carcajada, pególe otra puñalada por la espalda. Ebrio de contento, viéndola revolcar en su propia sangre, precipitóse escaleras abajo, disparando el único tiro de su pistola sobre el primo, con quién tropezára. Aún nó satisfecho en su premeditado plan de no dejar uno vivo, buscaba á los padres que tanto le habían protegido. Entre ruinas y escombros, humo y polvareda, destilando sangre el puñal homicida en su diestra, husmeaba más víctimas que inmolar á su venganza, sin descubrir en el hueco del ángulo, la pequeña hermanita que en su propio lecho adormeciera Julia, milagrosamente salvada.

La blanca luna llena, desde el alto zenit azul, derramaba su fulgor, plateando humeante montón de ruinas, cuando el activo vecino, Don Julio Camelino, llegó con otros, guiado por los ayes que se escapaban, á remover los tirantes ardiendo. Luego, todos corrieron apresurados en socorro de una familia tan querida, que suponían víctima por descuido en materias inflamables del más surtido almacén. Guiados por ayes subterráneos, descubrieron saliendo bajo escombros la mano del dueño de casa, que tiesa y alzada, parecía clamar venganza al cielo. Desenterrado como su mujer, casi asfixiada, en su trastorno no se daba cuenta del sucedido. Surgió la primera sospecha del criminal aten-



tado, al descubrir á Julia todavia con un resto de vida, yá sin habla, respirando por sus heridas.

Vagando por la ribera en aquella hora de confusión y espanto, un hombre saltó sobre la primera canoa que encontrara á su paso, y cortando la amarra, dejóse llevar aguas abajo por la suave corriente del Paraná.

A la mañana siguiente, la canoa del incendiario, sin remos ni timón, fué atraída por el remolino á uno de los arroyos que descienden turbulentos hácia el Paraná. Largo tiempo estuvo girando sin lograr salir de él, y cuando fatigado y sin esperanzas, se echó al agua, como buen nadador, ayudado por la correntada, llegó á la orilla. A los pocos pasos, sentóse sobre un espinillo á secarse al sol, rindiéndole el sueño por tantas fatigas.

Entre las singularidades que relataba este criminal, repetía que, por mucho tiempo, no consiguió dormirse completamente. Cada vez que se iba adurmiendo, parecíale que un gran pájaro de alas estendidas, revoloteando por sacarle los ojos, le picaba las manos, agregando: «Vean como me las ha dejado». Y aunque solo se notaban pecas en sus manos callosas, la alucinación era tan fuerte que persistía en él aguijón de picotones del ave invisible!

Se hallaba entre dos sueños, cuando al galope de un soldado de Policia se incorporó, para espantar con la rama que tenía en la mano, el pájaro de sus visiones. Y como un vagabundo, descalzo y en cabeza, por el desgredo y mojadura de su traje, aparecía sospechoso, le condujo al inmediato Juzgado.

Reconocido por el Sargento de la *partida*, á quién nunca llegó á fiar ni una cebadura de mate, hábilmente interrogado, sin pretender negar cómo se hallaba tan lejos de su casa en ruinas y en facha de atorrante, confesó todo de plano.

### III

Una semana no había pasado de este espantoso crimen de amor que conmovió á todo Corrientes, cuando otro

mayor vino á conmovier toda la República. Dos de nuestros pequeños vapores, fondeados en ese puerto, cuyos marinos dormían tranquilos confiados en la paz, fueron asaltados por la escuadra paraguaya, y matando la mayor parte de sus tripulantes, llevados á remolque, presentados como trofeos de tan digna hazaña al tirano de aquella desgraciada tierra.

La República prosperaba en paz, y tan amante se demostraba de ésta, trás largas luchas, que cuando los militares más exaltados preveían un peligro en los bélicos armamentos del bárbaro vecino, el elocuente Ministro Rawson defendía en el Congreso la pacífica actitud del gobierno, terminando su discurso con esta frase: «Sería preciso que se diera una bofetada á la Argentina, para justificar la guerra que no desea». Y el bofetón fué dado en nuestro descuido. Combates y victorias en cinco años de lucha incesante, fueron su desagravio! . . . . .

Entre los desórdenes que surgieron en la improvisada defensa, pudo escapar el incendiario. Mes y medio había transcurrido desde la serena tarde de Mayo, en que descendiendo el vapor de este nombre, cargado con los heridos del primer encuentro en la toma de Corrientes, (25 de Mayo de 1865), alguno de los tripulantes descubrió más abajo de Bella Vista, á un hombre en canoa que, entre dos bolsas de galleta, se afanaba por tomar la costa. Desarrollando el antejo, reconoció al fugitivo, pues quien le observaba había sido su Juez-sumariante. Haciendo desprender el bote, dióle caza, volviendo por segunda vez á la prisión, como si la fatalidad lo aferrara, impidiéndole alejarse del lugar del crimen por atracción invisible.

La guerra transcurría sangrienta, pero remordimiento alguno se levantaba en el ánimo del incendiario. Así lo comprobó cuando meses después, vuelto á la cárcel de Corrientes, concluía su interrogatorio ante el juez, confesando su crimen sin atenuación alguna, y agregando con sin igual cinismo:

—Es inútil, señor Juez, pierda tiempo en condenarme.

Por más que mis honrados compañeros de cárcel, entre los que, el menos culpable, deudor es sólo de dos ó tres muertes, me léan el Código que indica merezco pena de muerte, su sentencia no vá á pasar del papel. Yo no puedo morir. No me mató el amor de Julia que me enloquecía. Tampoco volé con su casa la noche del incendio. No me mató su novio, como lo intentó, ni me lincharon al tomarme, cual proponían los humanitarios vecinos de Bella Vista. No me ahogó el Paraná, cuando al escaparme me dió un calambre en su corriente, ni tampoco pude morir al divisar la casa de mi Julia, cuyos desdenes todavía me desesperan. Decidido á poner fin á mis tormentos, me arrojé á la máquina del Vapor y un correntino maldito, mi centinela de vista, me cazó del poncho. Ya vé, Señor, que yo no puedo morir á manos de la justicia. Talvez por un dolor de muelas, ó de ojos, que los siento un poquito estraviados. Tampoco tengo miedo á la muerte. Más bien, en lugar de hacerme un mal, teniéndome preso, podré yo hacer un bien. Echeme al ejército, y yá verá cómo mato paraguayos que es un gusto. Al fin y al cabo, á los batallones de línea, se destinaron siempre á nosotros los pecadores.

. . . . . : . . . . .

Cuentan que años después, el incendiario logró escapar de la cárcel de Corrientes en una de sus muchas revoluciones. Se internó en el Chaco, atrayéndose por su temeridad y arrojo, prestigio entre la tribu inmediatata, llegando á morir en el último malon, bajo el nombre del terrible *Cacique rubio*, pues descolorándose, enrubiado había su corta partilla crespá, después de las viruelas que más le desfiguraban...

#### IV

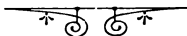
Bien se define la pasión, en su último grado, breve locura, diferente sólo en su término, de la inopía crónica. Sin andar á caza de coincidencias, la casualidad pone bajo nuestros ojos, episodio semejante, como corolario.

A orilla de la misma estrecha laguna interior, que en noches de hermosa luna estival, refleja el inmediato bal-

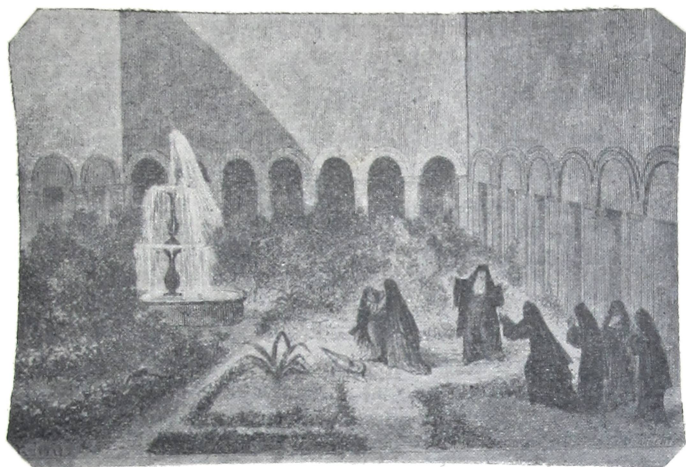
cón de Julia, como sombra de un amor fracasado, acábase de reproducir la misma escena, en que la pasión que enceguece, volvió á manchar esa hermosa comarca de Bella Vista.

Leemos en «La Nación»: «El día ocho de Setiembre (1903) se desarrolló en el pacífico y pintoresco pueblo de Bella Vista, una tragedia que conmovió profundamente á la población. El saca-muelas Davis, que más dolores causó de los que aliviara, al tocar tanta carita morocha, prendóse del sonrosado palmito de una de las niñas más hermosas del pueblo. Detenida en el paseo de la Laguna, pidió el fatal Alfredo le concediera breves minutos de conversación, y como la recatada Eidama se negára, ciego de ira la agarró violentamente del brazo. Logró ella desprenderse, y despavorida echó á correr. El infame imitador de Podestá persiguiéndola, disparó cinco tiros de su revólver. Dando todos en el blanco, cayó sin vida, revolcándose en media calle, reservando este otro loco de amor en Bella Vista la última bala, que le traspasó el corazón».

¡Cuán cierto que del amor al odio, un solo paso!







Convento de Santa Clara en Chuquisaca

MONJA Y FAMILIAR,  
TODO EN UN EJEMPLAR

---

*(Crónica en la época del Virrey de las gallinas)*

«El Parlamento de la Gran Bretaña puede hacer todo, menos un hombre de una mujer, ó lo contrario», repiten los orgullosos hijos de Albión, y precisamente *eso contrario* fué lo que una diabla escapada de Agreda hizo por estos andurriales.

De como fué monja y fraile, militar y mujer, Mercedario y Clarisa, desposada con otra, llegando casi á órdenes sagradas, y del todo á la celda de Mónicas, sin atinarse por mucho tiempo el *artículo* que le correspondía, artículo és, y tan vidrioso, que sin profundizar la gramática parda, en que perito fué ambiguo tal, referimos sin comentarios que el lector puede agregar.

. . . . .



## I

En una de las continuas reyertas entre Obispos y Virreyes, en que solía á estos irsele el santo al cielo, y Obispos carilampiños subirse á las barbas del representante de Su Sacra Real Majestad, al entrar á la Iglesia de Mercedarios Su Ilustrísima Señor Azamor, soltando la capa de larga cola, desde el cancel al presbiterio, un tantico fastidiado el Virrey Loreto de las bellaquerías de etiqueta, dijo al oído de su Auditor Arroyo:

—Preciso será cortarle la cola á este frailecito.

—Como que la tiene de paja—agregó el Capellán al señor de Arroyo, tal vez por piques de sacristía, aludiendo al familiar que se la desplegaba.

Y sin duda, tan rápido diálogo *sotto-voce* dió margen á que en la *Octava de Corpus*, víspera de la consagración del Padre Ita, entrara al Palacio Arzobispal, acompañando al Capellán del Virrey, el Capitán de sus guardias, en procura del familiarcito, á quién esperaba sentado Su Ilustrísima, con la mitra puesta, (fatigado de cachetear muchachitos) impaciente porque no llegaba á librarlo de su peso.

De advertir es, que este penúltimo mitrado enviado de la Metrópoli, desde el día que pisó la tierra, reprodujo tirantez de relaciones con la autoridad civil, ya de antigua data inaugurada por el primer Obispo Carmelita, no obstante llegar descalzo.

Está de Dios que no sólo en Roma, ni con ser tan grande, caben Rey y Papa. Por seguir semejante ejemplo, bajo un mismo solio no cabían Virrey y Arzobispo, ni cuando en una misma cabeza reuniéronse ambas autoridades, pues lo que en Lima firmaban bajo la mitra, no llegaron á ejecutarlo como Virreyes, así fueran éstos los Arzobispos Virreyes Cisneros, Guevara, Fray Morcillo ú otros Validos. Que, si á su desembarco pasó por la Fortaleza sin entrar, dejando á Su Excelencia sentado y sin visita, apadrinara los paniaguados defendidos por el célebre Canónigo Maciel, ó se cantara el *gorigori* en las exequias de Carlos III, dejando al represen-

tante del Rey sin vela en ese entierro, y otros reproches de Su Excelencia á Su Ilustrísima, contestados eran por el Prelado, transmitiendo cuentos al Soberano, de que *el Virrey de las gallinas* se metía á casar y descasar, andaba en picos pardos con Catalinas y Clarisas, haciendo saltar tapias de convento, (escapatoria no había por el torno) á pobrecitas almas laceradas, víctimas de tiranía paternal, en tiempos, que, cuando se divisaba sombra inquietante por la esquina, ejecutábase el auto de antaño: «Novio tenemos, — Convento habemos».

. . . . .  
Voz hombruna, contrastando con la carilampiña de Leocaidita, vecina primero, mandadera de la Madre Abadesa, y *donada* posteriormente, del Monasterio de Clarisas en Agreda (España), fué ascendiendo grada por grada las de ese Convento, hasta profesar, enclaustrando su fealdad, si nó su espíritu casquivano y revoltoso, que mal traía toda la Comunidad. Al pasar por aquellas agrestes montañas en su visita pastoral el viejo Obispo de la Diócesis, llamóle la atención un éco varonil dominando entre el Coro de Virgenes del Señor, y desconfiando que falsa oveja introduciéndose hubiere en propósitos de gatuperio, trasmitió sus sospechas á la Madre Priora, quièn razones habría para no confirmarlas. Pero si murmurábase de si hombre entre mujeres moraba, espeso velo seguía encubriendo personita, que, si por su voz y su bozo varonía denunciaban, sus hábitos y unción por monja le consagraron.

Con todo, no pasó mucho sin que, cansada de la vida conventual, en su turbulencia saltara las tapias del Convento, y, cruzando el Océano, cuan vasto es, con vestidos tales, trocó de portería, y nó á la de Santa Clara llamó. Con sus latines é ingeniosidades, tras sucesivas transformaciones, de hermano lego á familiar, ya iba á confirmarlo *in sacris* el señor Obispo Azamor, cuando el de Loreto, continuando murmuraciones, como las de arroyo que corre al rio, añadió:

—Miren al Obispito éste, que para tener juego completo, hasta mujeres incluye dragoneando de familiares.

De cómo lo descubriera Su Excelencia, no sabemos si un gallo entreverado con las gallinas que dieron apodo al Virrey, se lo *cocoroqueara*, ó que otro gallo le cantara, pero de uno á otro oído llegó al del Oidor, y de éste á los muy castos del impecable Obispo, que tan poco afortunado como el de Agreda, tiempo no hubo de averiguar el sexo á que pertenecía el fugitivo.

A paso de mula salteña arribó á Potosí, tropezando con el fastuoso Intendente Paula Sáenz, que irreconciliable seguía con el Virrey Loreto, pues polos opuestos tenían que ser, desde que ambos se toparon en esta plaza. Bastante fué llegara Ita como perseguido del Virrey, para que el Gobernador de Potosí le protegiera, hasta matrimoniarle, como á otros trailes desenfrailados y monjas desmonjizadas. A poco andar, encariñóse de una meztiza chata: color café, (de la vieja casa de Bilbao la Vieja,) á quien travesuras mujeriles enclaus-traran. Allí la frecuentaba su concubinante de mentirijilla, y como nó otro medio hubiera para sacarla de enterrejas, casorio propúsole, no sin formal promesa, y prévio juramento sobre cruz de palitos de yerba paraguaya, que nunca había de revelar era su marido de *engaña-pichanga*, exprefesa del Convento de Monjas.

El mismo Intendente, padrino fué del desposorio entre dos conjuntas, y habilitando á Ita con mujer y dos mil duretes, largo tiempo pasó éste emborrachando á potosinos con *chicha* infernal y saltando fuera de la *pascana* para hacer á un ladito y á cachete limpio, todo minero á quién subiéndosele á la cabeza, daba con ella en la trastienda.

Y del escapatorio de Agreda á Sanlúcar de Barrameda, como desde la Curia en la Diócesis de Buenos Aires hasta Potosí y Cochabamba, reguero de perniquebrados y cariacontecidos iba dejando en pos de sus pasos, marimacho tan audaz, que á las primeras de cambio con hondo *chirlo* marcaba á *cualquierita*, hasta que de esta última, maniatado, sobre *llama* de sobrepaso, fué enviado á Lima. Habiendo tropezado su cara mitad de engañifa con quien verdaderamente la complementaba, largóse con el cuento á García Pizarro de que su marido se le había vuelto mujer.

Todavía tiempo tuvo de refugiarse en el Convento de Mercedarios, á quienes desde Buenos Aires prefería por el color del hábito que usara en su monjío.

## II

Años después, bajo partida de registro, navegaba pajarraca de tanto vuelo, en el mismo buque (y entre otros jóvenes de la tierra, que á estudiar la noble carrera de las armas iban) los futuros Generales argentinos: Irigoyen, Iriarte y Alvear. A éste, más niño y curioso, entretenían los cuentos de la deportada, en navegación tan azarosa, que diera en el fondo del mar con todos los hermanos del futuro vencedor de Ituzaingó. Tan fijamente se grabaran en su memoria infantil las travesuras de esta aventurera, que en el mismo convento del Alto Perú, aprovechando el secreto de las entradas falsas y vericuetos de la monja-familiar, por tres días estraviado anduvo entre tenebrosidades de esas celdas, sin dar con salida que no le apresuraba. Acompañaba en sus rezos á santa Rita, protectora de imposibles, á cierta monjita de melodiosa voz, recluida en los mismos claustros donde la Leocadia raptó su novia. Desdè tan niño, aprendió el tenorio americano que, Convento tal, fundádose había para gatupeos semejantes, lo que no echó en saco roto.

El 25 de Octubre de 1803, comunicábase oficialmente de Cochabamba á Lima que el nominado Antonio Ita, por tal conocido en Buenos Aires, no era otro que Dominga Leocadia Alvarez, monja escapada del Convento de Agreda, y una misma persona: familiar del Obispo Azamor, marido de Martina Bilbao, mónica en Chuquisaca y mala pécora de profesión en todas partes. Si tendría cola, y más larga que la desarrollada en la capa pluvial á Su Ilustrísima, el familiar, que con igual familiaridad dragoneaba de varonilidad entre Monjas y Donadas, como entre Curas y Sacristanes, ya de Mónica ó Clarisa.

No es este sucedido tan raro, cuando caso semejante registran nuestras crónicas, que por ser soló de ayer no tradi-

cionamos. Connubio femenino acaba de repetirse entre compatriotas de la Leocadia marimacho, que, casadas en Galicia, se embarcaron en la Coruña para nuestro Puerto. Lo más raro que al llegar, en lugar de dos, desembarcaron cuatro, habiendo resultado de una de ellas dos sietemesinos, precipitados por tumbos, zamarreos, saltos y sustos en continuos y largos mareos.

Como todo esto causa bastante no era para los que no creen en generación espontánea, de averiguarse hubo que si bien del mismo sexo estos *cónyugues*, á percundante nó cónyugue, pero del distinto, correspondía la paternidad. Una muy su amiga de la abandonada, no arbitrando mejor medio para cubrir formas, cambió, si nó de forma, de traje, dejando de vestir por la cabeza, para escudar maternidad que no era posible ocultar. No llegaban á una de esas tierras inverosímiles, en que historia vieja es,—que por sabido se calla,—que cada casal de amigas, lo son únicamente hasta el mal encuentro con el primer buen mozo que, al fijarse en una, se evapora la amistad entre ambas.

A poco andar, tropezó este otro marido de mentirijilla, con candidato que se le antojó apropiado para matrimoniarse de verdad, lo que efectuóse, cambiando solamente de traje y dejando tan chasqueada á la de los mellizos como la dejara el gallo que en Galicia cocoroqueaba.

Detalles de la doble aventura, refiriéronlos *La Prensa*, *La Nación* y gráficamente *Caras y Caretas*, tres propagandistas de la verdad, que aún no tienen edad para mentir!

Y para que no quede en el tintero el porqué al Marqués Loreto llamábanle *Virrey de las gallinas*, recordaremos que, acostumbrados nuestros paisanos á no ver dar puntada sin nudo, ni Teniente Alcalde que al pronunciar más ó menos injusta alcaldada, dejara de estirar la mano para la coima, al día siguiente de haber merecido auto de justicia un honrado campesino, llegó al viejo Fuerte con dos cargueros de gallinas, obsequio á la Virreynita.

Cuando el de Loreto supo la generosidad gallinesca con que demostraba su gratitud, por haber conseguido la justicia que merecía, llamó al Oficial de guardia, ordenando de-

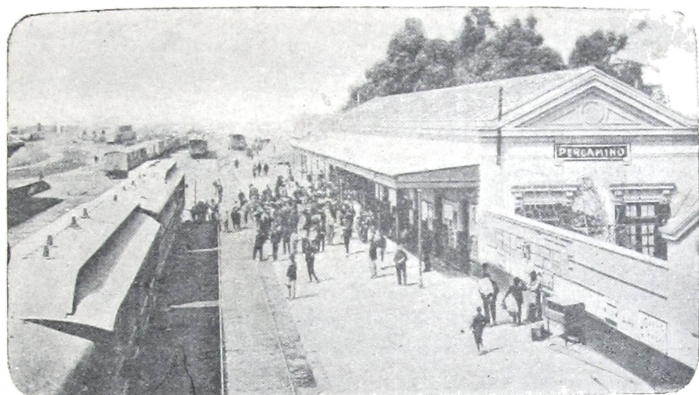
jara entre rejas al malicioso quilmero, condenado á no salir en libertad hasta que hubiese comido la última gallina.

La tradición no agrega si empachado por tanto plumífero, salió volando del antiguo Fuerte, cual la Leocadia implume volara dos veces de tan apartados Conventos, pero enseña que *el hábito no hace al monje*, que no todo es siempre lo que parece, y que el mismo fraile con diferentes alforjas, comprobado dejó esta diabla cuántas veces las apariencias engañan!...









El Pergamino

## ¿PORQUÉ EL PERGAMINO

### SE LLAMA PERGAMINO?

I

Cual las *postaleras*, ermudecido habían corto tiempo innumerables preguntonas, interrogándonos incesantemente como si fuéramos *Correo* de «La Nación», el origen ó etimología de pueblos, plazas y calles. Sin ser autor de *Los porqué de Susanita*, libro de mayor volúmen coleccionaria las tradiciones ya publicadas de: *¿Porque Buenos Aires se llama Buenos Aires? San Isidro, San Fernando, Bella Vista, Martín Garcia, Merlo, Luján, Mercedes, Chivilcoy, Azul, Tuyú, Ajó* y *¿Porqué Plaza del Retiro, denominaban á la última plaza de toros?* (hoy San Martín.) Cuando terminado creíamos tal rosario de preguntas y respuestas, lléganos perfumado billetico de curiosa Pergaminera, que á fuer de declararse una de nuestras más constantes lectoras en la *Ciudad de los astrónomos*, interroga de buenas á primeras: *¿Porqué el Pergamino se llama Pergamino?*

Respóndele esta tradición, yá que al regresar de la tierra del *papirus*, saludamos á Pérgamo, origen del *pergamino*, en momentos que se descubría el Capitán de la nave, exclamando: «Aquí fué Troya!

Recordábamos el origen de la hoja que el tiempo no corroe, durable más que las propias ruinas de Illión, evocando el nombre del Rey Euménides, fundador de la Biblioteca en Pérgamo, que ansiando la mayor suma de conocimientos para su pueblo, mandó copiar por toda la tierra en *papirus* incorruptible, cuanto el saber humano había acopiado.

Acaso se creyera inoportuno remontarnos á esa abuela de la tierra (el sábio Egipto), para desentrañar el origen de este nombre. Pero coincide un Rey de tan lejanas riberas, con la causa indirecta de la invención del pergamino, nombre á su vez de la región en la que florece una de las más hermosas poblaciones de nuestra provincia natal. Otro Rey, cuyo nombre silencia la historia, y bien callado queda, celoso de su colega en Pérgamo, prohibió la exportación del *papirus*. Fué entonces que avivado el ingenio, creóse la nueva industria de curtir pieles de burro, hasta perfeccionar la transparente hoja del pergamino que, conservando en siglos imborrables la sombra de lo que pensaron griegos y romanos, refleja la imágen del alma antigua.

Sin duda, que no es posible llevar á tan remota antigüedad, la de nuestro pueblo. Noticia no hay (al menos la tradición no confirma), que enrollada hoja de pergamino, rodando y rodando llegára al arroyo, cuyas mansas aguas corren al Paraná.

## II

Descendiendo ya del cielo á la tierra, (no mucho más distante que de Pérgamo al Pergamino,) arribamos en tiempos más inmediatos, cuando el primer Correo fundaba Posta allí y yá el arroyo que dió nombre al Fortín se denominaba con el que conserva, nó porque á redoble sobre el pergamino del tambor, semejára el rumor de sus aguas, sinó por pergamino

de estudiantes de la Salamanca argentina extraviado allí!.....

Y cuenta el primer escritor, cuyo arroyo pasó por los años de 1747, que ya en aquel desierto encontrara un pequeño Fortín rodeado de profundos fosos, con débil puente levadizo de palos, en cuya estrechez, se alojaban las cuarenta personas de su población, todos milicianos, con sus Oficiales. Cuatro minúsculos cañoncitos de campaña, y mohosas armas de fuego, que no daban fuego, más, docena y media de sables sin punta, completaban el armamento para detener continuos malones de *pampas*, en cuya frontera estaba situado el presidio, al mando del Teniente de Dragones, Don Francisco Bamphin. «La Maestría de Postas primera,—agrega el Visitador de las mismas,—fué con dificultad aceptada por Don Juan Joseph de Toro, único capaz de desempeñarla. Cuatro soldados pagaba allí el Rey, y los caballos, por lo que no faltarían en punto tan importante situado para postas y trajinantes. De las dieciseis leguas que del Pergamino dista India Muerta, solo las tres más inmediatas están pobladas, muy de distancia en distancia por uno que otro ranchito, tan pobre, que parece esconderse entre el pajonal, avergonzado de alzar su cumblera un palmo sobre los altos cardales que lo rodean.»

Pero, si de tan humildes cimientos nació la población, que actualmente hermosea las florecientes márgenes del Pergamino, no era con todo, la más pobre. Agrega el mismo cronista:—«Otro Teniente con cuatro Dragones, que á la vanguardia de ese Fortín encontrara, ayudó á convencer á Don Bernardo Sueldo, único vaquero de aquellas vecindades, aceptara la Maestría de Postas. No podía ser más estrecha su posada, pequeño carretón, donde, con bastante aseo tendía su cama de solitario, (crónicas tan calladas como esas soledades, no cuentan pernoctara allí *pampa* alguna). Servíale de mesa su propio baúl, y en él, papel de cigarros con manchas, para escribir, tres libros sucios y un asiento poco menos. Comió éste con el Visitador, y con francachela le enseñara su palacio, escusándose no alojarle dentro por su concisión, que no daba lugar á dos personas. Esa otra Posta es tan pobre, que ni agua se encuentra en su travesía,

cuando no llueve, y únicamente manadas de avestruces numerosas, que corren por todas partes, y en las nidadas de sus huevos, pasan éstos de cincuenta. Modelo de madres pudieran citarse sus avestrucecitas. Hembras más descastadas no se han visto, pues hasta los primeros cuidados á sus polluelos, delegan en robustos avestruces, quienes son los que empollan, defendiendo de todo peligro: pollitos, polluelos y pollancones».

También fué en otra sobremesa, ciento sesenta años atrás, en la del Teniente de Dragones Don Francisco Bamphin, que preguntára al Maestro Toro el Visitador Carrió, lo mismo que hoy se nos pregunta:

«¿Porqué el Pergamino se llama Pergamino?»

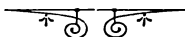
### III

Sedientos y fatigados seстеaban á la sombra del gran ombú (que hasta no há mucho se divisaba su inmensa copa, elevándose en la más alta loma sobre el arroyo) frailes y estudiantes de Córdoba, que árrias de mulateros bajaban camino á Buenos Aires en el año de las fundaciones gemelas, (1725): Montevideo y Rosario, nó las únicas del progresista Zabala, cuya administración se venía criticando, como de costumbre, por golillas y sacristanes, cuando, nó el más leguleyo, reprobado sin duda, al llegar al *quis vel qui*—todos los burros se atracan aquí,—tiró su Nebrija, exclamando, como otro estudiante del mismo Colegio, un siglo después: «La ciencia de los libros no sirve para nada!» — Y el *Catón Cristiano*, tapas de pergamino, y otros mamotretos forrados en lo mismo, ahí quedaron abandonados á la vera del camino, por donde, desde los viejos claustros del Colegio máximo de Monserrat, pasaban estudiosos y desaplicados, como todo lo que pasaba hasta Buenos Aires sin Colegio, pero con puerta abierta á la tierra, por la que se filtraba cuanto bueno siguió tierra adentro.

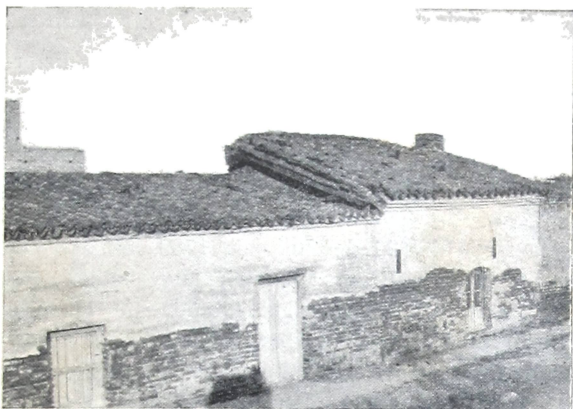
Hé aquí exhumado el vero origen del nombre de esta Ciudad, pues que al primer Oficial que avanzó más entre esos

cardales, hacen ciento ochenta años, persiguiendo malones de indios, se le ocurrió fechar el Parte á su Jefe desde el «Arroyo del Pergamino», porque en su ribera encontrára la hoja en que cierto *quidam*, abjuró todo aprendizaje.

Yá desde entonces pretendía el muy ducho convencer á dómínes y estudiantiles, y aún á burros colegas del Rey sin nombre, cuya burrada dió origen á la industria de pieles para pergaminos, que, nó quién más letras acopia en su cabeza, sino quien más cabezas de animales cuenta al parar rodeo, es el que en más largas siestas á «la bartaola», goza, sin preocuparse de pergaminos, familia, patria ú otras futilidades, que sin sueño deja á cavilosos bien intencionados. . . .







Ruinas de la celda de Solano en Santiago

## ¿LLEGÓ SAN FRANCISCO?

---

### I.

¿Pasaría por estas calles, ó por la naciente ciudad, sin ellas, Francisco Solano, antes de ser santo? Si desazonados hubiere por escudriñamiento semejante, invitámosles á dar una vueltecita bajo añosos castaños, que uno de nuestros antepasados plantára en la chacra de San Francisco, (Quilmes) cuya Comunidad enajenó á ese buen vecino de su propio barrio, antes, mucho antes, de la secularización de los bienes religiosos. Grato recuerdo revive en nosotros esa antigua mansión donde el pasado siglo, al llegar á la hora del trabajo, emprendimos la industria de nuestro nombre, que desde los primitivos Pastores de la Caldea, ópimos frutos brindó siempre á sus fieles.

Ojos más lince á descubrir tal vez alcancen huellas del Seráfico, que nunca viajó en otro que «en el coche de San Francisco». Sin duda vestigio alguno husmeaba nuestro erudito anticuario Dr. Quesada, cuando, en busca de aires confortativos, llegara á pasar allí sus últimas va-



caciones estudiantiles. Fué él quien primero publicó tal afirmación, si bien, después de minuciosas incursiones en archivos de España, no haya conseguido confirmar que misionero tan santo, transitara por estos caminos tan pecaminosos.

En la tarde del 24 de Julio de 1789 las campanas del Convento de San Francisco, echadas á vuelo, parecían venirse abajo en interminable repiqueteo ensordecedor. Acre olor de fresco hinojo, esparcido sobre el pretil, entremezclábase con el de incienso que del cancel subía en nubes vaporosas, entenebreciendo la brillazón de millares de cirios en el altar mayor, cual áscua resplandeciente. Cuando se abrían de par en par las anchas hojas de la portada del frontis, alcanzaba á oirse la misa en el altar mayor, desde la vereda de enfrente, y aún desde el interior de la bandolita donde el fraile Pérez, (último Barbón) mercaba rosarios, escapularios y novenas de San Roque..... Lo que ni en el interior alcanzaba á oirse, era el sermón del Santo del día, encomendado al «pico de oro» de la Comunidad, solicitado por la Mayordoma en turno, parienta del predicador, como del predicado. Por todas partes desbordaba la concurrencia. No cabía la cabeza de un alfiler; pero ella, cual fina aguja de punta, introduciéndose iba entre el hacinamiento de hincadas, en cucillitas y apeñuscadas. Volvíanse éstas un tantico airadas, serenándose luego al cuchichear: «Es la parienta del Santo». De vestido corto y paso lo mismo, con dificultad avanzaba, llevando á remolque la esclavita de la alfombra, y seguida de más larga cola de nombres, que la traída luego, por la esposa de Arredondo, Virreina de los veinte nombres.

Avanzaba mi señora doña Fausta Fernández García González de Agüero de Matías Hurtado de Balcarcè Ximenes Castro Fuentes y de... otras muchas cosas, prima hermana del Reverendo Padre Fray Pantaleón García, predicador general y Secretario de Provincia, lector jubilado, Doctor teólogo conciliario de la Real Universidad de Cór-

doña, y maestro de prima de ella, en segunda lectura. Así lo certifica D. Gayetano Róo, en documento que tenemos á la vista, y en el cual dicho Cura de la Catedral agrega: «También me consta ser cierto el privilegio de sepultura perpétua que el apóstol del Perú, San Francisco Solano, concedido había por carta congratulatoria como á benefactores de la fábrica, á los ascendientes, (de señora de tantos nombres) en la iglesia del convento de Nuestro Santo Padre San Francisco, de esta ciudad». Al través de tropiezos y empellones llegó á postrarse bajo el púlpito, lugar privilegiado para los vivos de su familia, como el de la epístola, para los muertos.

De ese panegírico, estraemos esta tradición.

## II

Solano que anduvo de la Ceca á la Meca predicando desde Córdoba (en Andalucía), hasta Córdoba del Tucumán; de Panamá á Paita, Lima, Cuzco, Alto Perú, Jujuy, Salta, Tucumán, Catamarca, La Rioja, Santiago, Orán, el Chaco del Paraguay, Santa Fé, evangelizando Choromos, Lules, Calchaquíes, con verdad puede llamarse el «Apóstol de la Argentina», arranchando en Talavera de Madrid (Esteco), en San José de Metán y Socotoño (Misión Central), convirtiendo Comechingones, por Pitos y Macapillos. \*

En Miraflores descubrió una fuente, y cerca del río Pasaje, otra, como la del Cerro Colorado y la de Socotoño; el pozo del pescado en Vilque; en Tucumán dejó una piedra-ara; otra viga estiró en Santiago; plantó un naranjo, que aún revestido de flores en su decrepitud, se conserva en La Rioja. En Cochagasta, á la boca de la quebrada que descende de Chilecito y Sanagasta, enséñanse las ruinas de pirca, sobre las que, Solano de pié, detuvo con la persuasión de su palabra mágica, la más numerosa invasión de indios. Avanzó por otros muchos senderos en la Argentina, quizá á Córdoba, pero hasta Buenos Aires.....

Desandando el mismísimo caminito que él trajo desde

los renombrados viñedos en Montilla, tropezamos allí con las ruinas del solar de Solano, lindando con Ximénez, entre los del Gran Capitán, y la casa solariega del general Diego Alvear y Ponce, donde aun cosecha vinos tan generosos la última superviviente de sus veinte hijas, señora Alvear y Ward.

No encontramos huellas del Santo, que todavía no lo era cuando de allí salió, pero sí del bravo General de su nombre, Francisco Solano, marqués del Socorro, á quien socorrió en Cádiz su Ayudante don José de San Martín, en el postrer intríngulis revolucionario, de que fué víctima aquel.

De su cuna á su tumba (convento en Lima), dos veces recorrimos el itinerario del evangelizador del Nuevo Mundo, sin descubrir indicio alguno de que hubiere avanzado más al Sur de Tucumán. Prueba también que las campanas de esta ciudad no repicaron á la entrada del Santo guardián, es que en rebuscamientos por conventos y bibliotecas trás el papelito convencedor, en dos rincones del Archivo de Indias (Sevilla), encontramos poco há, dos eruditos franciscanos, desempolvando pergaminos y escudriñando antiguallas, y no obstante su paciente labor benedictina, comprobado no han su arribo por estos andurriales.

Muchas reliquias del virtuoso Solano, para cuya canonización autentizó portentosas obras Fray Toribio Navarro, recogieronse esparcidas á lo largo de su camino. De otras, su biógrafo, Ilustrísimo Obispo Bustos, agrega simplemente: «Se dice, se venera, se tiene por reliquia de nuestro Santo». Pero, además de que en toda controversia corresponde la prueba á quien afirma, por más sensible que sea llevar desengaño á sus devotas, documento alguno atestigua la presencia de San Francisco en la ciudad de Buenos Aires.

Aun no habían transcurrido veinte años desde su fallecimiento, cuando ya se alzaban altares á su nombre en Chile y Cartagena, Panamá, el Cuzco, Habana, Guanaco, Lima, Oruro, Potosí, Jujuy, Salta y Tucumán, Çatamarca, La Rioja y Santiago, en el Paraguay, Córdoba y Buenos Aires.

Como la madre de San Luis Gonzaga, pudo la de Solano oír misa en los primeros altares consagrados á su hijo.

Los misioneros franciscanos conservan todavía gratos recuerdos del general Obligado, por la protección con que les acogiera en todas las fronteras de su mando. Devoto en acción, iniciaba siempre un templo y una escuela en cada zona donde levantaba su carpa de soldado del progreso. A su alrededor prosperan Colonias tan florecientes como las de Avellaneda, Victor Emmanuel, Las Garzas, Las Toscas, Florencia, San Antonio, Resistencia, Timbó, Colonia Benítez. En ellas, como en Goya, y en la frontera de Río Cuarto, solicitaba de los *padrecitos de la cuerda* dedicaran á Solano el primer altar. Armado de la cruz y del breviario, él empezó la propaganda civilizadora por esas regiones todavía salvajes, que después de trescientos años la continuaban la espada y la escuela. A este biznieto de la mencionada señora de tantos nombres (biznieta ella á su vez de la abuela de Solano), enseñado habían con el *Bendito*, pidiera al acostarse: *¡la bendición tío Pancho!* No era cosa que, teniendo parientes en el cielo, olvidase su protección.

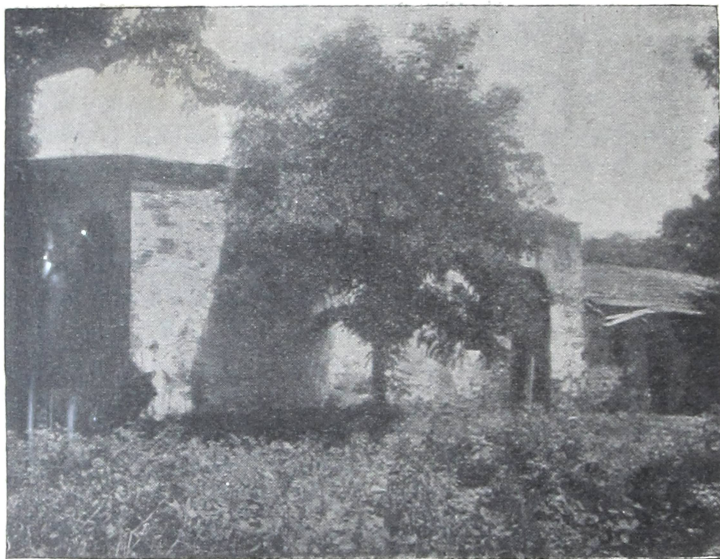
Además del Perú y la Argentina, también fué declarado Patrono y Abogado de Chile. En la tarde del domingo 28 de Agosto de 1633, á raíz de uno de sus muchos milagros, (obteniendo inmediata salud el Capitán General, D. Francisco Lasso de Vega), á ejemplo de la ciudad de los Reyes, la de Santiago aclamó á San Francisco Solano, Patrono de la paz del reino. Hubo toros y cañas, verseadas, procesión y comedias, laberintos de letras y quartetas, campo de lucha, donde en vez de sangre, corrió el agua de la fuente Castalia y atronador aparato de tambores entre la muchichanga, espadas desnudas, de usanza en el paseo del estandarte Real, como minuciosamente lo comenta el ilustrado Dr. Gutierrez (Juan María).

### III

Cien años después, por iniciativa del Señor Canónigo Don Apolinario Argañaráz, de la Catedral de Córdoba, sobre la primitiva Capilla en ruinas del Chañar se erigió el nuevo

templo, que aún levantado sobre un desierto, congrega hoy los seis mil fieles del Departamento Sobremonte.

Producto fueron de su elocuente plática incesante, recolectar diez y seis mil pesos en cuatro años, como de la perspicacia de su activo Cura Juan B. Correa, salvar los últimos fondos del Banco en moratorias, de esa Provincia, con los que llegó á inaugurarlo el 24 de Julio de 1890. Cuando años há se inventó por La Rioja, uno de esos temblorcitos vergon-



Ruinas de la Chacra San Francisco (1815)

zantes, pretesto quizá para que con un ferrocarril les llegara el agua, (tan escasa hasta entonces, que ni la taza de San Francisco llenaba la de toda la comarca) en el pretil de la Iglesia de ese otro Chañar, pifiando estaba, á su acólito porteño, el campanero riojanito, que en vihuela de dos cuerdas, como el violín del Seráfico, canturreaba:

Porteño, no seas tan vano  
Que San Francisco Solano  
Hasta La Rioja llegó,  
Predicando en Tucumán,  
Esteco, Salta y Metán,  
Pero en Buenos Aires, nó.

Lo que al punto, el porteño muy listo retrucó:

—¡Por supuesto ¡y qué iba á llegar! Aquí se comprende. Todos ustedes eran rústicos de tierra adentro. Allá, el beato Bolaños le ganó la delantera. Tan buenos eran en Buenos Aires, sus habitantes, como sus aires, pues ya un Obispo de entonces, carteándose con el Rey, decía: «Por estas Misiones no se encuentra ningún natural capaz de cometer pecado mortal».

Después de haber caminado más que San Francisco (desde los nogales en Quilmes hasta los viñedos de Montilla), en requerimiento si llegó ó nó á esta ciudad, casi somos de la opinión del riojanito campanero.

De él sólo nos vino el altar portátil de San Francisco, y una carta. Aquél está en la iglesia de su nombre. Tema será su autógrafo de otra tradición, caso que devota alguna *antojo* tuviere en leerla!...







## LA CALUMNIA MATA

### I

Cuando se reunía á campana tañida en la Capilla de San Miguel, el lunes 21 de Setiembre de 1755, la Hermandad de Caridad, con paso lento y majestuoso, entró el Señor de Campana y espuso:

«Que en vista de la precaria existencia que arrastraba la Cofradía después de treinta años, comprometiase á fundar el Colegio de Huérfanas, costeando de su propio peculio edificio y cercados, reservándose el patronato y título de fundador.» El discursito no podía ser más sabroso. Todos aprobaron, levantándose para congratularle por su piedad y cristiano propósito. Algunos admiraban que ofreciendo tanto, pidiera tan poco.

—«Ni siquiera un par de huérfanas para el desayuno, ó alcanzarle el mate de leche matinal»,—murmuró la mulatilla que por ahí andaba, sacudiendo flores viejas de trapo en el altar del Arcángel.

No sólo sus cofrades le aplaudieron, sinó los filántropos de entonces, que sin lista impresa, ni bombo periodístico, hacían más caridad en silencio, y los señores Gonzalez, Goyeneche, Ochoa, de Almarita, el Obispo Agramonte, el Gobernador Andonaegüi, y hasta el mismísimo Rey, desde España, agradecimientos presentaron por su desprendimiento, á tan magnífico Señor . . . . .

Seis años después, todavía en el Capítulo celebrado el 25 de Noviembre de 1761, volvía á exponer Alvarez Campana,



que habíase visto en el empeño de pagar la obra, los gastos de alimentos, vestuario, y muchas otras etcéteras, como consta, no sólo á los Hermanos, sino á toda la ciudad, llevando miras de fundar el Hospital de Mujeres, y una Casa de Expósitos. Contestaron los presentes, testigos de cuanto refería, y era notorio, como lo atestiguaron, y no habrá quién lo niegue, declarando, que el Patrono y fundador de dicho Colegio era y debía ser el Señor Campana, pues que lo inició, lo ejecutó, recibía las limosnas, administraba sus cortos productos, corría con la fábrica del Colegio, y también con las colegialas por los vericuetos del jardín, á falta de otra gimnasia, ó ejercicios para el mayor desarrollo. Esto último no lo decía, pero lo suponían.

Los mismos señores Gonzalez, fundador el padre de la predicha Hermandad, y posteriormente el hijo, del Hospital anexo, firmaron el acta, y por segunda vez Su Ilustrísima aplaudió el santo celo con que empleaba su caudal. Llegaron á querer tanto al Señor Campana toda la gente de sacristía, que hubieron de elevarle á la altura de sus tocayas, y si no le pusieron en altar, fué por que el único de la Capilla lo ocupaba ya la imágen del Angel de la Guarda.

## II

Muchos años no transcurrieron, cuando en el de 1766 era arrestado por orden de Su Magestad, secuestrándose sus propiedades durante la prisión.

¿Qué había sucedido para caer del alto pedestal, que cuanto más elevado, mayor porrazo produce? ¿Qué causa transformaría la opinión pública, tan versátil, que ni buenas obras proyectarse pueden sin levantar emulaciones? . . . .

«¿Qué me importa?» suele decirse. «Me rio del qué dirán» «Tenga Vd. la conciencia tranquila, y no haga caso de lo que se diga» «Ande yó caliente, aunque se ría la gente». Y adagios parecidos, más ó menos estóicos, se repiten con frecuencia. Pero la verdad verdadera es otra, cuando la procesión anda por dentro de esos honrados á

medias, nó enchapados á la antigua, como los que enseñan que preciso es nó solo ser honrado, sinó también parecerlo. ¿En qué cascarita de naranja, ó mal paso, habría resbalado este promotor de tantas obras buenas, para ser conducido entre rejas, el que muchas y muy pesadas hiciera venir de Vizcaya, precaviendo escalamientos, gatuperios y tentaciones del mundo, y también de la carne, á pobres huerfanitas por tantos abandonadas y que sólo él guardaba?

Mientras lo adivina el adivinador, seguiremos nuestro cuento . . . . .

Engorroso sería reseñar las diversas peripecias de traspasos y divisiones en los campos de Campana, desde que en noche de trueno y sobre la verde carpeta los ganára al Capitán Lómes, obtenidos por donación del Rey, ni cómo de esa sucesión los adquirió la sociedad Escalada y Armstrong. Escenas hubo, y algunas de melodrama, al cederlos después el Padre Escola al Coronel Ibarrola y Martínez, de quienes los adquirieron los Señores Costa en 1853.

Misteriosas leyendas recuerdan aquellos pagos, como la de *El Pirata Correntino*, *La Salamanca de Juan Sin Ropa* y otras; pero ni en la celebrada carrera, (parejeros de Don Ladislao Martínez y el Padre Escola), hasta el cañón de la Recoleta, frente la antigua Quinta del Doctor Cayetano Campana, podemos detenernos en esta tradición, también á la carrera, destinada á recordar cómo la calumnia dió muerte, al que dió vida á esos campos, y nombre al *Rincón de Campana*.

### III

En el transcurso del largo pleito, nó faltó, ni aún de los mismos beneficiados por el señor Campana, quién se prestara á declarar con un: *Así se dice!*,...—*Esto se asegura—eso se murmura*.... como que, si en la Estancia *Los Remedios*, (en las *Vacas*) éstas solo daban leche para el Patrono, (siendo propiedad del Colegio,) y que pichuleos de huevos y

quesos, frutas de corral, etc., etc. solo engordan al mismo.

Otro de sus émulos declaró, que el rinconcito consabido servía para ocultar muchas cosas, y que si detrás de cada rancho del camino solía quedar una *campanita*, resultado de frecuentes idas y venidas del enamorado estanciero, ninguna de sus tocayas sonaba á tiempo, para despertar al guarda-costa, cuando por esas desiertas barrancas del Paraná se introducían mercancías del *Buque del Asiento*, olvidando pagar derechos fiscales, ocupado en sus huérfanas y tanta obra pía... ó de pillería.

Y de cuantos declararon, apénas resultaba con algún viso de apariencia, que, si del contrabando á la moda, revancha de gabelas, almojarifazgos y altos impuestos, alguno había desembarcado allí, no fué para provecho del rico estanciero.

Si en un mismo libro llevaba cuentas de propios y extraños, y asentado á su nombre, propiedad para otros adquirida, exigencia era del vendedor, á quién inspiraban más confianza los fondos del señor Campana, que todas las huérfanas sin *fondos*; y que si de todas ellas, apénas la más talludita reservára, nó para su uso particular lo era, sinó para servir el chocolate á la señora, quién, como muy piadosa, bien la adoctrinaba.

#### IV

A rumorcillos de contrabando agregáronse viejos ódios suscitados, pues que por petición de Campana, vino la Real Cédula prohibiendo á los Curas cobrar derechos que habían inventado, sobre muertos, por lo que, si fallecía alguno, muerto podría quedar, pero enterrado nó, mientras no se pagára por él. Y como entónces, cual al presente, tan irresistible persuasión tenía el mal, al referir un embustero vicios inventados, mayor crédito alcanzaba, que narrando el veráz, virtudes ciertas, su reconocida virtud no le impidió largos y fríos días de prisión.

Campana, rico de nacimiento y hasta después de sus días, poseía desde antes que las huerfanitas del Colegio na-

cieran, mayor caudal que la limosna para ellas recolectada. Cuando al fin la verdad se abrió paso, uno tras otro, y antes de dirigirse á su casa, los dirigió detrás de San Miguel, que la experiencia le había enseñado á cuidar más el buen nombre, que las peluconas.

A la puerta del Colegio de Huérfanas nuevos inconvenientes se opusieron para franquearle entrada, que los últimos escombros de la calumnia tapiaban. No obstante salir abuelto de culpa y cargo, desconocíanse sus prerrogativas de Patrono y fundador. Abatido, pero nó vencido, cuando se le cerraba la institución á que consagrara tanto tiempo, dinero y paciencia, nuevo largo pleito siguió, aunque á la larga llegára el día de su triunfo!

Cierta mañana, pasando por esa misma Iglesia de San Miguel, desfigurado por los sufrimientos, á oír alcanzó la murmuración de dos beatas, que salían de comulgar, por más señas, al no serles contestado el saludo por el buen mozo que pasaba.

—Pero has visto, mujer!— chismografiaba una á la otra,— qué tieso se ha puesto el sobrino del encarcelado, desde que salió el tío de chirona, purgados sus gatuperios?

Quebrantado por la pesadumbre desde ese día, cayó en cama el benéfico devoto, pues hasta en el umbral de la Iglesia tropezaba con la calumnia. Herido quedó, y simismando en la idea pertináz que le consumía. ¿Cuán cierto es que de la calumnia algo queda. Siempre hay oídos más abiertos para el mal del prójimo, que para la justificación de su inocencia.

Otros tres años transcurrieron en trámites y apelaciones, engrosando, subiendo y creciendo el expediente, como una montaña.

Llegó la hora de la reparación, y saliendo Campana de nuevo, más limpio que patena, al tapar con ésta el cáliz, dió vuelta el Cura en la solemne misa del desagravio, dirigiéndose á la puerta de San Miguel. Parado frente al Párroco, á la entrada de la Iglesia, le rodeaba numeroso grupo de vecinos y curiosas, de entre las que, viendo á Campana tan demudado, se escapó más de una exclamación compasiva:

—¡Cómo lo han dejado, pobre hombre! La calumnia le mata! . . . . .

Ya el cartulario bajaba las antiparras, leída la sentencia, que, entre otras penas, imponía al ofensor que tomando al calumniado de la mano, lo presentara inocente al público y pidiese perdón por la ofensa, declarando tres veces en alta voz, que no había tenido razón en su dicho.

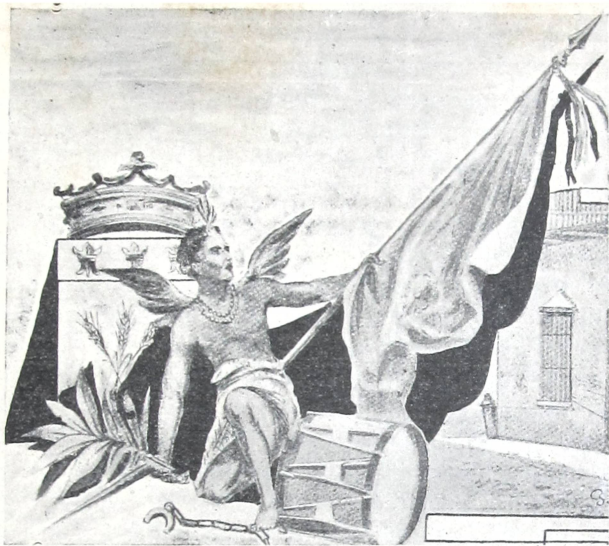
A cumplir esta primera parte de la reparación dirijíase, cuando el de Campana, trémulo y emocionado, retrocedía al aproximarse su adversario. Los sufrimientos y amarguras de largos años habían de tal modo consumido su físico, que, agotada toda enerjía en tan larga comprobación de su inocencia, desfalleciente el ánimo y quèbrantada su naturaleza, al estenderse aquella mano para satisfacerle, se desplomó todo temblando, fulminado por conmoción profunda, cayendo para siempre el anciano en el mismo sitio que se le había afrentado.

No fué que el honrado Señor Campana llegára á ser convicto de malversación de fondos, sinó que la última justificación, marchando con piés de plomo, como acostumbra la justicia, tardó tanto, tanto, que llegó al terminar de sus días! . . . . .

La calumnia mata, y tampoco éste es el único ejemplo que recuerda la crónica del siglo pasado. Ella tocó de rechazo á todos los que, de más ó ménos cerca, tuvieron participación en tan escabroso berenjenal.

Hasta el virtuoso prelado que amenazara al Capellán de San Miguel con la excomuni3n en boga, si no prohibía la entrada en el Colegio á su fundador, murió en el destierro, y le mató otra calumnia, el día antes que fondeara en Montevideo el Gale3n de Indias, cuyo caj3n de España traía la real comprobaci3n de su inocencia. . . . .

Por más que la reputaci3n de una persona, no es la que le quieran dar otras, sinó la que en honradez de verdad se basa, lectora amiga: ¡no calumnies, no calumnies jamás! ¡Cuántas veces, sinó de pronto, lenta y sorda, vá interiormente mi-  
nando. Oh! ¡cuántas veces la calumnia mata!



Casa y Escudo de Belgrano

## LA CASA DE BELGRANO

---

### I

A cincuenta pasos de su cuna, su tumba.

En los cincuenta años que transitó, en la tierra, no solo la de su nacimiento, sino la tierra toda americana, ilustró con sus virtudes.

Nació rico, vivió pobre, falleció en la indigencia.

La última noche, faltaban velas en su agonía, á muy corta distancia del suntuoso monumento que hoy se levanta para perpetuar sus virtudes, que perduran en el corazón de sus conciudadanos.

Entre los héroes de la emancipación de un mundo, pocos hombres tan esclarecidos. No fué un génio; fué algo más: un patriota honrado, lleno de abnegación, de buena fé y de lealtad.

Abogado, no venció en muchas instancias, pero ganó el gran pleito: la emancipación de un pueblo.

General, no fué descollante militar, pero obtuvo las dos primeras victorias por la independencia, sobre suelo argentino.

No fué un diplomático de la escuela de Talleyrand, de los que definen fué dada la palabra para disfrazar la verdad, pero hasta la ingrata noche de Tacuary, en su retirada, abre los ojos al enemigo que le rechaza, haciendo resonar en oídos, entorpecidos por la ignorancia, principios como éste: «Si aún no quereis ácarbar de ser súbditos, si todavía no deseais ser americanos, sed paraguayos, pero sed hombres libres».

No fué un sábio político, pero sí un honrado patriota que persistió hasta el fin, todo de una pieza: «Fundemos, decía, la independencia de un pueblo; éste elijirá la forma de gobierno de su predilección.»

Fué el primero que enarbó la bandera de la Patria, y el primero que le prestó juramento, al que nunca defeccionó, como el primero también que puso en manos del indijena el Evangelio de los derechos del hombre.

Y en ese cuartito oscuro de la calle de su nombre (Nº 420, hoy), donde vino á luz en 1770, faltó ésta á su cansada vista, y se estinguió la de su espíritu *en la noche de los tres Gobernadores*, el año 20, en que veinte caudillos disputaban llegar á la silla de la gobernación, de la que siempre él se mantuvo alejado.

En esa misma casa fallecieron, años después, el General Alvarez Thomas, Director de las Provincias Unidas, el Coronel Castañón y otros notables.

Un día cayó en ruinas ese antiguo hogar de patricios, como antes habíanse dispersado á los cuatro vientos, las de la casa solariega, oriunda de su nombre.

## II

Hace cuarenta años que en una de las frías noches de invierno, en el hogar de nuestro sábio codificador, al oír las

amenas pláticas con que el Doctor Vélez Sarsfield comentaba la «Historia de Belgrano», un ilustre italiano decía:

—Si alguna vez nos encontramos en mi tierra, le enseñaré cerca del pueblo de mi nombre, aquel de donde proviene la familia de este prócer.

Y es uno de nuestros más bellos recuerdos sobre la dorada ribera del mar azul, el del anciano Cúneo, guiándonos en Coghetto, cuna de Colón; y en Niza, á la cabaña de pescadores en que Garibaldi vino al mundo, para defender la Italia y el Plata, frente al lugar donde viejos nizardos acaban de elevar su estatua, cómo la generación que no alcanzó á Belgrano, frente á su cuna levanta hoy su cenotafio. En la última excursión, bajando de Cúneo á Onégliá, refiriéndonos el entusiasta patriota italiano Don Juan Bautista Cúneo, antiguo Secretario del héroe de ambos mundos, dentro la Nueva Troya, la tradición que compendiamos:

.....

Uno de los antiguos Reyes del Piamonte en sus incursiones de caza, llegó hasta las últimas estribaciones de los Alpes, contemplando la magnificencia de ese inmenso raso azul que desde allí desdobra el Mediterráneo, hasta las costas en que Cartago fué. Descendiendo á media ladera en la verde campiña, paróse á elojiar el manto de oro ondulante de extendido y frondoso trigal.

—Buena tierra! Bello grano cosechas!—dijo el Rey á un noble patricio, antiguo soldado, que así defendía la patria como fecundaba el suelo con el sudor de su frente.

Con el tiempo fué cambiando su nombre patronímico, apodándoseles con el elojío real, y *bel-grano* firmarón sus descendientes. Si el nombre originario de aquella modesta familia no fulgura en la Historia, la de Onégliá tantas virtudes y hazañas refiere de sus descendientes, que luego el Rey la ennoblecíó, autorizándole ostentara en el centro de su Escudo tres hermosas espigas curvadas bajo el peso de grandes y bellos granos.

Nieto de aquel primero que sustituyera este nombre al de sus antepasados, aparece en sus Anales, Pompeyo Belgrano, principal Notario del pueblo, allá por los años de la



repoblación en Buenos Aires, autorizando el avenimiento entre el Duque de Savoya y la República de Génova. Uno de los hijos de éste, Carlos Matías, tanto se distinguió en la defensa de su pueblo, que, ingeniando medios para incendiar la Fortaleza en que se habían refugiado los franceses, despeñaba barricas de brea encendida, contra el portón de madera. Retardando en arder, introdújose en una de ellas, y fué á prenderle fuego por su propia mano. Primogénito de éste, era el célebre Rogelio, que con denuedo singular defendió en 1649 el Castillo de Oneglia, y uno de sus hijos, Félix, (en familia que tantos militares, sacerdotes y hombres de ciencia se distinguieron) llegó á ser el padre de Don Domingo, eximio artista en joyas, cuya platería rivalizaba entre las de los discípulos de Benvenuto Cellini. Desposó la noble doncella, María Gentile Perí, de cuyos hijos, Domingo, se trasladó á España, donde se conaturalizó, pasando en 1759 á Buenos Aires. De los diez hijos que éste procreara con su esposa, la Señora González, descollaba Don Manuel, como de la gran fortuna que recompensara su laboriosidad, fué la más grande para su casa y la Argentina, Don Manuel Belgrano y Perí, tipo de excelsa virtud, que resplandece desde las primeras luces de Mayo.

Cuando el éco de sus hazañas traspuso el Océano, los patriotas genoveses colocaron el busto en mármol del General Belgrano al lado de Doria, en su Palacio Municipal.

### III

Belgrano no fué el guerrero de más génio, pero sí la figura más pura en la Revolución de nuestra Independencia.

Precursor de la emancipación, propaló su doctrina antes que Moreno; apóstol armado de la Revolución, inventó su símbolo entre las Naciones, y fué el primer General, que al día siguiente de la victoria, cedió cuantos premios se le acordaron, abriendo Escuelas para combatir la ignorancia, que sigue siendo el primordial enemigo de todo progreso. Ejemplo que al imitar San Martín, (fundando con igual desprendi-

miento la Biblioteca en Chile y el Perú) exclamara en la inauguración de la primera: «La ilustración y fomento de las letras es la llave maestra que abre las puertas de la abundancia y hace felices los pueblos; deseo que todos se ilustren en los sagrados derechos que forman la ciencia de los hombres libres».

El virtuoso General Belgrano, padre de la Patria, hizo cuanto á un hombre es dable por el bien de sus semejantes, dando su intelijencia y su brazo, su tranquilidad y su fortuna, cuanto tuvo y obtuvo; y el que un día ofreció cuarenta mil duros para fundar Escuelas en las más aisladas zonas que conquistaba á la libertad, careció en su última hora de vela que alumbrara en su agonía!

Bien repite su biógrafo General Mitre, palabras de otro ilustre publicista: «Hombre de corazón y de pensamiento, encontró la gloria sin buscarla en el camino del deber». Al fin la posteridad le hace justicia, y representantes de tres generaciones se agrupan hoy á saludar sus manes, rodeando el monumento levantado en el día de su apoteosis.







Chivilcoy

## LA LANZA DE CHIVILCOY

---

### I

Que una tribu tenga lanza, y aún en plural, corriente es en idioma *pampa*. Así se designa: «La toldería de Calfucurá es de quinientas lanzas». «Catriel cuenta dos mil lanzas». «Yanquetruz llegó á reunir mil lanzas». «Derroté las ochocientas de Pincén». Aunque entre ellas se distingue la primera lanza de los indios, la primera lanza del ejército, la que más se abre paso, — aunque hoy todos se abren paso, y primero en todo sentido para cada uno, es su personita, — la que más sobresale en pujanza, no tiene hoy nada de particular.

Pero cuando una tribu errante, deja de errar, asienta su

aduar en el desierto, y ensanchando su toldería, transformándose vá en población, y de Fortin, asciende á Guardia, Pueblo, Villa, Ciudad, otro agente más eficaz es lo que afirma su progreso. Para entonces lo que verdaderamente detiene la inundación de la barbarie, no es una lanza: es una Escuela.

Trataremos de desenmarañar de esa tupida selva de lanzas que asolaron nuestros campos, la de *Chivilcoy*, que, cual verdadera tranquera, detuvo por mucho tiempo la población que hoy fecunda esos mismo campos.

*Chivilcoy* inauguró sus proezas con sus colegas de la Pampa Central, cruzando lanzas con las famosas del Regimiento Blandengues, Cómandante Olavarría (Don Antonio), que por blandirlas ante el Virrey en su primera Revista, de *blandengues* se denominó.

Una hora de amor al terruño tuvo *Chivilcoycito* en su juventud, y por ella se le perdonaron muchos de sus pecados, que esponja de olvido se pasára sobre sus malones de ensayo, cuando se ofreció con sus Capitanejos para echar hácia los tembladerales de la costa (barros blancos, en Quilmes) á los *petos colorados*, que para un *Domingo siete* anunciaron su segunda é intempestiva visita, el año siete.

Era por entonces la primera Estancia que se encontraba pasando el *Salado*, la de *Los Talas*, en la que muchos de estos inocentes arbolitos, transformáronse en la *ene de palo*, patíbulo improvisado á vecinos y transeuntes.

Su actual propietario, Mr. Carthy, de cortesía y excentricidad británica, la última vez que por sus cardales cruzamos, saliendo de su confortable comedor inglés, caminito derecho nos conducía al bosque de hermosos talas, célebre por más de un recuerdo. Y entre bocanadas de su pipa escocesa, parienta sin duda de aquella en que fumaba Berresford, antes que lo fumáran los pobres criollos, referíanos caminando:

—Vé Vd. aquel tala solitario, allá á orillas de la laguna de Navarro? A su sombra fué injusta é impremeditadamente fusilado el Coronel Dorrego, siendo Gobernador legal de esta Provincia. Si tal pena aplicado se hubiere á cuantos á Gobernador se encumbraron, en revueltas sin término en

toda la República, escasos serían estos árboles, á patibulos destinados. Recuerdo haber oído aquí mismo,—agregó con su flema inglesa,—que al salir sereno al patibulo, el Señor Dorrego, tan valiente, como todo soldado argentino, un Almeyra gritó, protestando ante el grupo de Oficiales más inmediatos, en cuya rueda comentaba criticando esa ejecución sin previo juicio:

— « ¡Es un crimen lo que se vá á cometer!»

— « ¡Silencio! replicó el Ayudante.—Si su protesta llega á oídos del General, puede costarle caro.

— « ¡Qué me importa!—replicó el dueño de la Estancia. Quede siquiera mi protesta por hecho tan inaudito.»

Y con calma sin igual, seguía nuestro Cicerone:

—¿Vé Vd. este otro *tala*, á cuyo pié estamos? Fijese en el robusto brazo que cruza esa alameda. De él fué colgado el fiel negro capatáz de la Estancia, pocos años después, por orden del tirano Rozas. El General Lavalle, había allí fusilado al señor Gobernador, por su orden. El Gobernador Rozas, no queriendo ser menos, fusiló al negro que dragoneaba de patrón, no encontrando éste á mano. Pero, no era de contentarse con uno. ¿Divisa Vd. aquel otro *tala*, desgajado y solitario, que dá en campo *Lomas de Echegaray* (hoy Anasagasti)? A su pié fué fusilado el Doctor Calixto Almeyra, por orden directa de Rozas.

—Pero, Señor,— interrumpimos,—alejémonos un poco, pues que semejante á la sombra del manzanillo, la de estos árboles tan hermosos, fatal parece, si de cada gajo ha colgado un hombre. Parientes, ó trasplantes de la misma poda, serán sin duda, de otros viejos árboles en la antigua Quinta Almeyra. (Cinco Esquinas, de la Calle Larga de la Recoleta,) donde contemplaba el temible Preboste Alcaráz, balanceando siete, de la cueva de los cuarenta ladrones, elevados por él, á puesto tan eminente?

## II

Y temiendo siguiera la historia de degollamientos, colgados y fusilatina, que fué la de esta tierra por muchos años,

saltamos nuestro *malacara*, llevándonos los vientos, sin que bien pronto se divisára entre la polvareda ni el ponchito blanco, recuerdo de la campaña en el Paraguay (época que también sangre humana fecundaba la tierra de los yerbales).

En la disparada, escapando á sombra maléfica, galopando del Establecimiento primitivo que poblara Don Juan Almeyra, uno de los más acaudalados de su época, padre del proto-médico de ese nombre Don Francisco Paula, al sofrenar el caballo aplastado en la carrera, aún no habíamos salido de sus veinte leguas.

El medianero del último puesto, alcanzándonos el primer mate, alrededor del fogón, continuó historia semejante de muertos y aparecidos, de indios y cristianos no menos salvajes, que todos ensangrentaron los campos de la patria, verdeando hoy por la faena de criollos y extranjeros.

—Tengo oído á mi padre,—agregó el paisano,—que cuando el viejo Almeyra vino al pago, los Fortines no avanzaban mucho más de veinte ó veinte y cinco leguas del Fuerte de los Virreyes, y que Establecimientos como éste eran visitados frecuentemente por indios.

Cansado de esperar protección de una autoridad que siempre llegaba, (¡cuando llegaba!) al retirarse la indiada y á lejos arreando haciendas, un día el patrón se levantó de media luna, y sin esperar para la otra luna, como se anuncian los malones, preparó su defensa, para castigar indios ladrones. Armó toda la negrada de esclavos, pertrechando los vecinos más resueltos, víctimas de continuas depredaciones. Compró en la ciudad, entre otras armas de fuego, dos cañoncitos, transformando el Establecimiento principal de la Estancia vieja, en pequeña plaza de guerra y de instrucción.

Era por entonces devastador de toda la comarca del Oeste, el terrible Cacique *Chivilcoy*, cuyas tolderías asentaba donde hoy la Ciudad de este nombre. Inusitado ruido de armas, bien pronto llegó por *bomberos* á oídos del Cacique, acostumbrado á dormir con un ojo abierto y oído atento á los ruidos del campo. Orgulloso el indómito *pampa* de pasa-

das correrías, se alistó para el gran malón que arrasando el Talar, no quedara ni el nombre.

El encuentro sobre el *Arroyo Saladas* fué sangriento. Ciego de ira, ante el puñado de valientes vecinos que salieron á su encuentro, *Chivilcoy* al frente de numerosa indiada se vino lanza en ristre sin dar tiempo á cargar las armas de los novatos, pero decididos defensores. A ojos cerrados, en gritería infernal, la melena al viento, seguían aire de carga hasta lo que tronó el cañón. Sin acobardarse los cristianos, á vista de los que de su pequeño grupo caían, cruzaron bayonetas.

Pero los indios, impetuosos en su primera carga, indecisos á la segunda, dieron vuelta caras á la tercera, más interesados en asegurar los animales que arreaban las indias, que del Capitanejo postrado en la refriega. Yá remolineaban chuzas, cuando por más esfuerzos inauditos que hiciera *Chivilcoy* en obtener el triunfo, no pudo llevarse por delante el grupo á cuyo frente avanzara decidido Don Juan Almeyra, con dos de sus hijos, de Ayudantes. Lanceado el caballo de éste, al desplomarse cayó apretando el ginete. Viéndole en tan crítica situación, atropelló *Chivilcoy*, tirando un lanzazo al caído. Logró el joven Hipólito, por un esfuerzo supremo, zafar, y desviando su espada el arma que le ultimaba, hundióla hasta la empuñadura en el pecho del Cacique, cuya caída señal fué para que sus chusmas se dispersaran, y perseguidas hasta sus tolдерías, las abandonaran.

Tan sangrienta lección impidió se repitieran malones al Talar de Almeyra.

### III

Y alejándonos, yá perdido en lontananza el monte de las ejecuciones, cuyos talas plantados fueron el siglo XVIII por las propias manos del Señor Don Juan de Almeyra, donde su nieto Calixto no fué el último de los que allí se ejecutaron, (á pesar de ser consocio en el Estudio del Doctor Don Lorenzo Torres, como Abogado el año 40), por orden del tirano Rozas, seguimos atando lazos y contando cuentos con el viejo puestero, hasta el cañón esquinero de la Plaza de Na-



varro, el mismo que diera en tierra con el más poderoso Cacique de la época.

La tribu sin cabeza, desparramándose, fué muy léjos á sofrenar los potros de la Pampa. Unos, tiraron al Sur; y otros, rumbeando hácia el Oeste, llegaron á juntarse con los *Ranqueles* del Cacique Rozas. Veinticinco años más tarde, jactábase éste ante el sobrino del tirano, cuyo nombre explotó, como Baigorria el de Urquiza: «Yo siendo ahijao de tío Juan Manuel,—contestó á Mansilla—y por eso nombre llevando» Y vacas, tambien!»—agregó el sobrino de su tío.

Con el tiempo, pasado el julepe, fuéronse reuniendo y acercando los restos esparcidos de la tribu *Chivilcoy*, hasta más acá de donde tomó su nombre el Cacique, y cuyo núcleo obedeció después á *Coliqueo*, (Coronel Don José Ignacio) cuyo hijo dirige hoy los restos de la antigua tribu á medio civilizar en *Los Toldos*, tan adelantados que elocuente es este solo dato. El Correo local repartió el último mes, quince mil piezas de correspondencia.

Pero esto yá es harina de otro costal, y dejando aquí la rota lanza de *Chivilcoy*, tradicionaremos la transformación de aquella Pampa abierta, en cuyos campos mayor número de arados norte-americanos rupturan la tierra que desvasaba el salvaje.



Malón de Indios



## PRIMERA ESCUELA EN LA PAMPA

---

### I

Concluíamos de tradicionar *La lanza de Chivilcoy*, recordando, cómo desde la muerte de tan famoso Cacique, por los vecinos de la Estancia «Los Talas», restos de esa tribu fueron á sofrenar sus potros salvajes en lejanías del Oeste. Agrupáronse á los *Ranqueles*, con quiénes poco se entremezclaban. ¡Hasta en los *Pampas*, cosquillear suele cierta quisicosa que barrunta á rancia nobiliaria! Teníanse por únicos descendientes de los *Querandies*, primitivos Señores de esta tierra, á orillas de la *Laguna grande* (Río de la Plata), y por ende, la más pura estirpe local. Celos y diarias reyertas con los *Ranqueles*, de origen araucano, y quizás un tantico atraídos por *cuentos de viejas*,—de que en toda la Pampa, cuan vasta es, no se mentaban campos mejores, ni habían sacrificado sus padres yeguas más gordas que en las cañadas de Chivilcoy,—después de algunos años, volviendo riendas, regresaron con el Cacique Coliqueo, (piedra de pedernal) genuino tipo de hermosa estampa. En medio á campiña de tan asombrosa fertilidad, clavó éste su lanza, y á su alrededor acamparon cuantos le seguían. Bien pronto levantaron toldos, más bajos que los pastizales que les cubrían, llegando carretas, carpas y ranchos, creciendo y creciendo hasta su actual población (Los Toldos, Estación de F. C.) mil habitantes, indijenas los más, nó mucho menos civilizados que los gauchos matreros que á refugiarse llegan, bien aventurados, pues que sufren persecuciones de la justicia.

Allá por los años de 1854, salió el Gobernador á recorrer

la campaña, (para conocer de visu, y remediar sus necesidades). Al pasar, elevó á mayor rango y á *Villa de Mercedes*, lo que entónces denominábase *Guardia del Luján*, llegando su jurisdicción al centro donde hoy florece Chivilcoy, pueblo que predecía como la Ciudad central del porvenir. Hacía muchos años que gobernante alguno, recorriera la campaña con tal objeto, pudiendo asegurarse que una y dos generaciones de nuestros paisanos, no habían tenido ocasión de ver por sus pagos la cara de un Gobernador. No es el menor recuerdo que de aquella visita dejó, lo que Administrador de tan elevadas vistas, como el Señor Sarmiento, desde antes de ofrecer cien Chivilcoy en sus seis años de presidencia, aplaudía diciendo: «Los inquilinos de Chivilcoy, expusieron sus agravios al primer Gobernador que les visitaba, y como el acto de más transcendencia social, entre tantos que honran la Administración del Doctor Obligado, recuérdase el Decreto, (Noviembre 4 de 1854) que hizo cesar el inquilinato feudal y el derecho de desalojo, reivindicado por los propietarios titulares. Entre éstos, había alguno,—agrega el Señor Sarmiento,—que cobraba trescientas fanegas de impuesto, que le daban sesenta mil pesos; era enfiteuta que no pagaba cánon desde diez años atrás, y que á pagarlo, bastábanle novecientos para desobligarse.»

Un mes antes, habían firmado el acta de fundación del pueblo de Chivilcoy, al par que D. Federico Suárez, primer Juez de Paz, grupo de vecinos tan respetables como D. Manuel Villarino, Mariano Benitez, Cayetano Castro, Gabriel Ramirez y Valentín Coria, formando éstos la Municipalidad. Pero su primer poblador, fué el viejo vecino de la *Guardia del Luján* Don José Herrera, quién cuatro años antes de los famosos terragales del año 30, en el que majadas enteras no se ahogaron en poca agua, sinó por falta de ella, terrible seca de 1826, le impulsó sacar afuera sus haciendas. Otro Estanciero, Don Juan de Lacroze, igualmente obligado á aventurar las suyas fuera de frontera, llevó entre los útiles de labranza dos cañoncitos que guarnecieron su rancho foseado. Siguió despues, arriando con tonada cordobesa una puntita de ovejas criollas, Doña Carlota Guzmán, fundadora de las más anti-

guas, y el Señor Lobos, vecino inmediato, viniendo á poblar en la mayor alturita, cerca de los pajonales, donde se estiende la Plaza principal.

Y aquí nos perdonará nuestro maestro y amigo, el ilustrado literato General Mitre, rectifiquemos su aserto, de que fué un santiagueño quien sembró en *quichua*, ó á la moda de algarrobales y mistoles, el primer grano de trigo. La vieja Carlota, choclos y *rosas de mais*, oyó saltar antes, en fritanga de sartén, al lado del trigalito, (tamaño de su rebozo negro), protegido por los cañones de Lacroze, ochenta años há. Más que Herrera, vecino centenario, vivió esta fundadora de la primer semillita, oriunda de *La Carlota*, de los Guzmanes de Córdoba.

Don Jacinto Concha, plantó por entónces el primer árbol, precursor del alamar de Lacroze, que se descubre de lejos, recortando caprichosamente el claro-oscuro horizonte, al par que anuncia un pueblo agricultor, á cuya sombra descansa de la faena de cada día. Tercer poblador fué Don Juan Pico, primer cautivo de *Coliqueo*, cuando ocupaba la chacra de Doña Juana Carvalho, la que al estrecharle su rugosa mano de seco pergamino, (1866) contaba ciento veintiseis navidades, siguiendo en la misma chacra primitiva.

Yá por 1845, quedando tan atrás la Guardia del Luján, se solicitó jurisdicción independiente para un nuevo Partido, de que fué primer Juez de Paz Don Lázaro Molina, subrogándole Don Calixto Calderón, como por veinte años sus primeros Comandantes fueron, el Coronel Don Felipe López, y Don Laureano Díaz.

Lo que sigue, es historia de ayer. Los vecinos Suarez, Villarino, Benitez, Bermejo, Krause, Calderón, como Gorostiaga, Montenegro, nombres son que no es dable omitir entre los promotores de la naciente población.

Sus propios vecinos Villarino y Ramirez, Gollonera y Coria, hicieron la primera delineación, tomando por punto de arranque de la traza, la esquina Peirán (después de Don Jacinto Barán), casa en el ángulo Norte de la Plaza Principal. Dijo misa el primer cura, Don Roque Mazeira, en la Capillita improvisada frente al rancho de la Municipali-

dad, y cuando dos años después pasó por allí el Obispo Escalada, Luchito Palacios fué el primer confirmado, hijo de Don Hipólito *idem* y Doña Victoria Ramos, también fundadores.

El sábio Cura Don Manuel Badano, después de concluir la hermosa iglésia de Goya, coadyuvó á hermostear la que funciona hasta el presente. Cuando en 1858, pasó el Doctor Alsina (Don Valentin), que como Obligado y Saavedra, fueron los primeros Gobernadores que allí llegaron, se empezó la Escuela, ejemplarmente dirigida por el laborioso Señor Tambornini. Por muchos años hacía declamar á sus discípulos, con la oración matinal, el elocuente discurso del Ministro Avellaneda, á la inauguración del ferrocarril, augurando progresos yá realizados.

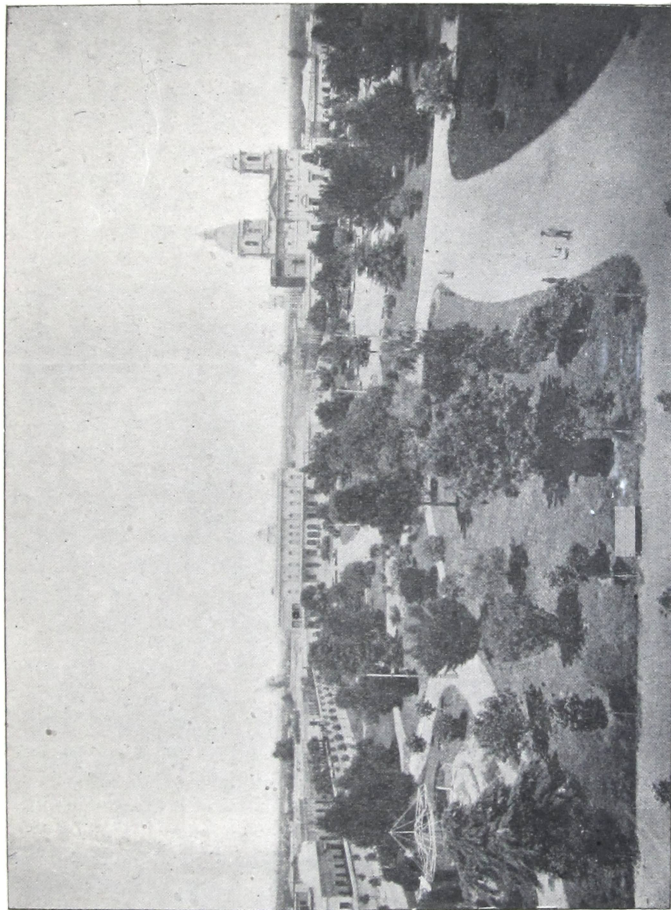
Apercibímosnos que al dejar en descanso la rota lanza, tan terrible en manos de *Chivilcoy*, arma de otra índole, que mayor brecha abre en las apiñadas multitudes de la ignorancia, la Escuela, es la que ofrecimos tradicionar.

## II

El día que saliendo de Chivilcoy, luego de pernoctar en la naciente población Nueve de Julio, llegamos á los toldos de *Coliqueo*, pidiéndole permitiera fundar una Escuela, para los hijos del desierto, debemos confesar que este indijena, no se mostró tan ignorante, ni aferrado á instintos, de aquel cuya tribu heredára.

No fueron los salvajes quienes resistieron dejar de serlo, sinó cristianos civilizados los que retardaban la civilización. Hasta poco há, cierto cristiano cacique electoral, arreaba al Bragado los Coliqueos, para ganar elecciones. *Caras pálidias* son los que, hasta el presente, obstaculizan el progreso del actual pueblo, (Los Toldos), traspapelando la mayor parte de terrenos (cuatro leguas), que el Gobierno concedió para su asiento y labor.

Después de muchas vacilaciones y consultas entre Capitanejos reunidos al efecto, en gran parlamento, y á pesar de las espresivas misivas, recomendando la misión que nos



Ciudad de Chivilcoy



llevaba, como propagandista de la educación popular, (firmadas por Jefes allí prestigiosos, como los Coroneles Don Julio Vedia, Don Nicolás Granada, Jefe á la sazón de la frontera inmediata con residencia en Nueve de Julio, los Coroneles López, Díaz, Gorordo, el Mayor Benitez (y sobre todo el señor Coronel Don Eugenio Bustos), trás muchas idas y venidas, lenguaraces, secretitos á voces, vacilaciones de indios desconfiados por naturaleza, en que uno preguntaba á su compañero: «¿A que vendrá éste? ¿Qué traerá al cristiano? ¿Qué vendrá ganando éste, que tan interesado se muestra? ¿Nos vá á pagar el Gobierno por que aprendamos? ¿Qué le importa que nosotros no sepamos leer ni escribir? ¿Si será para mayor enredo, como los que aquí viene hablando con papel pintado?» Después de larga é infernal gangolina, en que no se entendían (como acontece entre cristianos), y de haber impuesto silencio el Cacique, tradujo el lenguaráz su última peroración:

—«Dice el Coronel que él acepta la proposición que vos traés, pero, que como los Capitanejos de más lanzas se oponen, los vá á trabajar para convencerles, si no habrá nada que pagar, si esta educación que les ofrece gratis el Gobierno, no vá á cobrársela en el cuero, haciéndolos soldados despues.

—Contéstele, que el Gobierno no tiene otro interés que el que todos los indígenas dejen de ser ignorantes, y se conviertan en útiles ciudadanos. Que lo que ván á ganar es que no les roben, y sepan valorar y defender lo suyo, para que no les dé el pulpero una *limeta* de caña, ó de aguardiente de maíz, por las cuatro patas de un caballo, ó doce galletas por un atado de plumas de avestruz, ni sigan contestando cuando les ofrecen *cincuenta* pesos por un poncho *pampa*, que si no les dán *veinte*, no lo venden.

—Responde el Cacique, que si has de mandar un Maestro de allá de la Ciudad.—Contestamos:

—Ningún maestro viejo de la Ciudad sabe hablar en tu lengua, pero ya se han enseñado jóvenes indígenas, que sin olvidar su idioma, saben leer y escribir en castellano. Yá un anciano de mucha paciencia, digno apóstol de la en-



señanza, que se llama Don Francisco Larguía, ha tenido la constancia de instruirles, y están aptos para enseñar á otros. El más sobresaliente de los primeros indiecitos que llegaron, ha ascendido á Capitan-escribiente, y es jefe de mesa en las Oficinas de la Inspección de Armas. Otro, sigue su educación al lado del señor Obispo Aneiros. Otro está en una Estancia, y ya tiene majada de su propiedad. El Gobierno mandará un joven, pues no pudiendo ustedes enviar todos sus hijitos á la Ciudad, la Escuela vendrá á buscar sus hijos aquí, congregándolos, y formando jóvenes instruidos, que á ustedes servirán de mucho.

—No; eso nó, por que si el hijo de un Capitanejo pega palmeta al hijo de otro, como he visto hacen en la Ciudad, el padre de éste montar á caballo, y pelear al padre del indio Maestro. Si vós querés que tengamos Escuela, mandá Maestro viejo de ciudad.

### III

Haciendo gracia al lector de las mil repeticiones de indio porfiado, y de lenguaráz repetidor como indio, fatigados salimos del toldo, siguiendo la alegata á la sombra del ombú, donde nos obsequió el Cacique Coliqueo, con un corderito que las brasas doraban.

Cuando se acabó la frasquera de *caña de Holanda* de hoy, según la veleta-aviso de la pulpería donde la habíamos comprado, se acercó el lenguaráz, diciéndonos en voz baja:

—Vámonos, yá ha prendido la chispa, y el Cacique dice que mandará nota al Gobierno.

No las tenía todas conmigo, cuando saltamos á caballo, y en galope de regreso, simismando veníamos del éxito, cruzando campos sin caminos: «Uno de tantos galopes sin resultado, en el camino de nuestra vida!....»

Cuál sería nuestra agradable sorpresa, cuando á poco de regresar á la Ciudad, nos llamó un día el Doctor Luis José de la Peña, á la sazón Jefe del Departamento de Escuelas, saludándonos muy contento:

—Doy á Vd. mis parabienes, pues no ha sido inútil su ga-  
lope hasta los toldos. Lea esta nota en pampa.

IN RRUCA THAFQUEN QUEBELA QUIERU-EPUMARI AILLA ANTUOE

Throquinquelú ñi quoetacuol:

*Amayenmu iñ quimelelgúchan chillcatun iñ pú vo chiúnu  
brenchaimu pú Uotomen Zullilglüemi ñi azumhelateo  
chillcatun, ñi cüome quimelelgueam.*

*Yanteumu thraf casi le pain güincanmi; thraf casi le  
pain pú Voldmenmu, guinca güelhain iñ pinmeo velepaiñ,  
quiñé veimu azumhai chillcatun in pú vochium iñ güinca  
gúcham.*

*Ta vauteumu yuoꝑqúocleñ throquiquehuuco, vill mu vre  
nehaimu iñ pichnu. Iñ pepahetcomu tubichi güe che voldmen  
Obligado, quirheimu iñ Cuoemeben maiñ milliñmai, yebaltu-  
llüñ iñ man Cuõe.*

CUOLUQUEOFÚ.

Ni el ilustrado Jefe, ni el Secretario del Departamento de Escuelas se distinguían en corrècta pronunciación *pampa*, ménos en traducción de idioma que aún no tiene formado vocabulario. Rebuscando cómo salir del intríngulis, en nuestro Archivo de viajero durante anterior excursión á los indios del Sur, cayó como llovido del cielo, ó rodando por fuerte pamperada, hasta nuestra mesa de trabajo, un cariñoso recuerdo del infortunado Avendaño, cautivo de los indios á los ocho años en el Azul y escapado por San Luis á los dieciocho.

Su larga vida de cincuenta años en el libro de nuestras amistades, desvanecidas por la muerte, le señalan lugar aquí. Traducido el amarillento papelito carcomido, bajo el seudónimo de *Pichiuñ Guala*, por ese lenguaráz de Yanquetrúz, hijo del gran Heucqueta (superior á todos los otros Caciques) según su antiguo Secretario Avendaño, cuya traducción es:

«La amistad brindada por un hombre generoso-á otro de humilde condición, es un presente inestimable para el que es favorecido. Así és pues, que cumpliendo con el deber que

me imponen la admistad y la gratitud, dedico para Don Pastor estas pobres palabras, como un eterno recuerdo en la lengua de los pampas que me cautivaron.

SANTIAGO AVENDAÑO.

Buenos Aires, Mayo 12 de 1857.

¡Eureka! Encontramos la clave! Pero antes que nos llegara su traducción, vino el mismo Coronel Bustos, (el que más había ayudado por sacarnos airosos en nuestro propósito), trayendo de su puño y letra, la más correcta traducción.

Toldos de Coliqueo, Abril 29 de 1867.

*Sr. Ministro de Gobierno, Doctor Don Nicolás Avellaneda.*

En mi nombre y en el de los Caciques y Capitanejos que me están sometidos, deseando que nuestros hijos aprendan á leer y á escribir y la contabilidad, conocimientos que aunque no tenemos, sentimos su necesidad para nuestras compras y negocios, y despues de haber oído al Señor Doctor Don Pastor S. Obligado, quién nos asegura que el Gobierno está dispuesto á hacer cuanto esté á su alcance en nuestro bien, pido al Gobierno de Buenos Aires, por conducto del Señor Ministro, se sirva enviar á Los Toldos algunos de los jóvenes indijenas que se instruyen en aquella Capital, para que enseñen á nuestros hijos esos conocimientos, que agradeceré en nombre de todos se nos proporcione.

Saludo al Señor Ministro.

IGNACIO COLIQUEO.

Al presentar la nota, de cuya tramitación se nos encargara:— «¡Triunfo en toda la línea!—exclamó regocijado el educacionista Don Marcos Sastre, poniéndose acto continuo á empaquetar *Anagnosius* y el *Tempe Argentino*, obsequio que envió á los futuros alfabetos pampas.—«Agrego á Vd. mis felicitaciones, pues en cuanto viva, y muchos años le deseo para la propaganda educacionista, no dará otro galope de resultado más fructífero.»

Muchos años después, vagabundeando hácia los cuatro

estremos de la tierra, llegamos á galope tendido hasta las viejas Pirámides, admirando lo que resta de las siete maravillas de la antigüedad, y las setenta del moderno progreso, descifrando monolitos, é interrogando piedras que hablan el apogeo de civilizaciones caducas. Todos esos monumentos, no tuvieron mayor influencia, respectivamente, que la *Cartilla* que hubimos ocasión de poner en manos del *pampa*.

Confiamos que los más sabidores, perdonen nuestras muchas ignorancias, pues obra de misericordia iniciamos entre indígenas: la de *enseñar al que no sabe!*

#### IV

Después, de uno al otro extremo de la República, sobre el Pilcomayo y también por Nahuel-Huapí, promovimos fundación de Escuela entre indígenas, y tenemos por qué creer no fué semilla arrojada en desierto infecundo. No há mucho, recibimos contestación del joven indígena, hijo de Rufina Coliqueo, esposa del sastre en *Los Toldos*, y á su vez biznieto del Cacique Coliqueño.

El Cacique Santos Morales, de la *Colonia Mitre* (Pampa Central), pide se establezca allí autoridad para llevar un apuntito, dice, de los que nacen, mueren ó se arranchan, pues para cumplir con esa prescripción de Ley, tienen que galopar veinte leguas en cada matrimoniamiento.

De estos vencidos por la civilización en la lucha, diez Caciques y Capitanejos que representan la suerte de cuatro mil indígenas, han bajado, en estos días, á la Capital, solicitando ubicación permanente de sus tribus, absorbidas por el avance de la marea de progreso creciente.

Hace cuarenta años, llegábamos suplicantes, sombrero en mano á pedir á uno de estos Señores del desierto, permiso para introducir una muestrita de Escuela en la Pampa. Hoy son estos antiguos dominadores en ella, que vienen sumisos á solicitar la Escuela, á cuyo alrededor sus miserables tolderías se transforman en poblaciones florecientes.

Mejor que todo comentario, abona el súcio papel pintado,

(carta dictada por el Cacique Nuncuché Nahulquir) desde su colonia indígena en Cuschamen, en que leemos:

«Hoy en día soy un indio, pero sé lo que hago de mi cabeza. De mi pensamiento, he hecho esta Colonia indígena y una Escuela en medio de ella, para que la gente eduque sus hijos para aprender á leer y á escribir. Yo, en mi conocimiento, creo que hasta un animal, lo que le enseñan aprende. Trajino treinta leguas al lago Nahuel-Napí para traer madera. También te digo, que el maestro falta cada semana cinco días, y anda de un lado para otro. El Maestro como me crée ignorante, quiere hacer el gusto de él: si yo fuera ignorante no pondría Escuela, pero no quiero que se gaste el dinero de balde por un haragán, ni quiero quedarme con el clavo de vergüenza. Así que no me conviene pasar vergüenza por falta de otros.

Sin más, *Miguel Nuncuché Nahulquir*.

.....

Solicitud semejante presentan al mismo tiempo, los Caciques Francisco Nahuel-Pau y Santiago Macias, vencedores de los *Tehuelches* en Apulé, y dirijiendo en *16 de Octubre*, la Colonia de este nombre.

Ponemos punto final á esta tradición medio-pampa, haciendo resaltar la actual transformación. Si en el pasado el Cacique clavaba su lanza, como diciendo á la civilización: «¡De aquí no pasarás!», al presente, vencido y convencido se muestra, de que al rededor de la Escuela, á cuya sombra brota un pueblo, sólo le será dable reconquistar tierras perdidas.

Desde ese día resonó hasta en la pampa, la profética exclamación de Rivadavia: «La Escuela es el secreto de la prosperidad de los pueblos».





## GRUPO HISTÓRICO

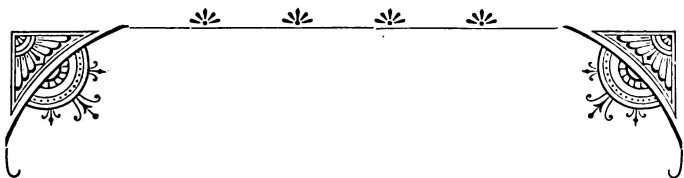
---

El 3 de Abril de 1865, precisamente diez días antes del fatal Viérnes 13, que empezando la guerra *de los cinco años*, (Paraguay) vino á detener por otros tantos el progreso de todo el país, los Señores que componían la Comisión Directiva del Ferro Carril del Oeste, salieron acompañando al Señor Gobernador Don Mariano Saavedra y su Ministro de Hacienda Dominguez, hasta el pueblo de Chivilcoy, con objeto de estudiar si era posible prolongar yá hasta allí la vía férrea, que ocho años antes se inaugurára á la Floresta.

Del grupo fotográfico, tomado sobre el área indicada para Estación, sentado en el centro del primer plan se vé al Señor Gobernador. A la derecha, con su alto sombrero de pelo blanco, Don Mariano Haedo, Presidente de la Comisión. Entre él, y el Doctor Vélez, el poeta Dominguez. De pié, junto al codificador argentino, el Doctor Gorostiaga. Síguele el Señor Cazón, (Don Joaquín), y entre éste y

el bondadoso rostro del Señor Llavallol, Presidente de la primera Comisión, bajo otro sombrero blanco, el otro Señor Haedo. Sigue la gallarda figura del Doctor Carlos Saavedra Zavaleta, y entre el Edecan Danel y éste, los Señores Suarez y Villarino, Juez de Paz y Presidente de la Municipalidad. Sentado, bajo Danel, Don Jorge Atucha, y entre éste y el Señor Saavedra en el primer plan, sentado á su izquierda, el Doctor Obligado, quién clavó el primer riel en la República Argentina (año 1854) en la Estación del Parque, siendo el primer Gobernador Constitucional de Buenos Aires.





## EL ORATORIO DE SANTA LUCÍA

### I

Era mi dueña y Señora, Doña María Joséfa Alquizaleta, propietaria entre otras muchas cosas buenas, del par de ojos más retenegros y decidores que se alzaban suplicantes al pié del altar del Señor del Milagro, en Ciudad que, cuando la chamusquina apuraba, se delegó la Gobernación en la milagrosa imájen, revis-  
tiéndole banda  
y bastón de su-  
prema autori-  
dad en Salta.

Pero nó sólo  
hermosos ojos  
tenía la devota  
salteña, amén  
de muchos bu-  
rros y muladas,  
sinó buen olfato  
y finísimo oído,  
al que llegaran  
diceres exaje-  
rados de tantas  
maravillas, en  
la Ciudad de



Primitiva imágen de Santa Lucía

los porteños, y  
entre éstas su  
Catedral, que á  
causa de los  
pleitos con que  
golillas traían  
enredado al ve-  
cindario, ha-  
bianse venido  
abajo sus to-  
rres, (hasta el  
presente res-  
tauradas) según  
de buena tinta  
lo sabían, y asi  
afirmaban bea-  
tas de Sacristía.

Tentada fué  
un día, ¡al fin nieta de Eva! en ver tanta esplendidez con  
sus bellos ojos, sin destino ya en aquel escabroso Valle de  
Lerma, y echando numerosa mulada por delante, de la que  
en la última féria de Sumalao reservára para su silla, la de  
mejor alzada y anchos lomos, caminito cuesta abajo empre-



dió, cargada de cruces y escapularios. A poco andar, vívidos reflejos de las salitreras de Santiago, que en napa de agua flotante se extendía por largo trecho, inflamaron sus párpados. Atacada luego por denso terragal, ardores y engegucimiento empezó á sufrir, por más que tomara delante á la récua.

Después de un mes de padecimientos en larga travesía, que, en menos de dos días se cruza al presente, bajó, ó más propiamente la bajaron de su mansa mula de paso, en el Santuario de Luján, en cuyo pretil compró dos ojos de plata, para ofrendarlos á Santa Lucía, siquiera llegara con uno á divisar su imágen. Entrando á esta bendita ciudad por la calle de su nombre, como al través de una nube, distinguió el hermoso pino, por cuya elevación de faro servía, indicando puerto seguro á pequeñas embarcaciones, que desde la Colonia del Sacramento cruzaban el Plata. A la puerta de ese pequeño Oratorio (hoy esquina Cuyo y Montevideo), se arrodilló, yendo á depositar los dos ojos en el ara de la protectora de ciegos, y amparo en tormentas, de agua y terragales.

Y como por la influencia de la Virgen siracusana de lindos ojos, siguiera la cura maravillosa en progreso, costeó nueva imágen de Santa Lucía, luego altar para la misma, en la vecina iglesia parroquial de la Piedad, y cuando adquirió catorce manzanas para formar su *Quinta Santa Lucía*, lo primero que construyó fué Oratorio particular bajo su advocación, que en 1783, el Obispo fray Sebastián Malvar y Pinto concedió licencia para hacerlo público.

## II

Agrega la crónica que el 20 de Octubre de 1794, dicha piadosa Señora solicitó el ensanche, que autorizado por el Obispo Azamor, Rocha llevó á cabo. Tan elocuente resultó la plática de este Capellán, que bajando del púlpito, recojió de paso trescientos pesos de la Alquizaleta; doscientos de su propio bolsillo; del vecino inmediato Collazo

ochenta, y hasta el cáliz de plata que todavía se conserva. El material del coro, barandas y puertas de Sacristía, oferta del trabajo de un peón, tres días en la semana, y hasta cuatro carradas de tierra blanca, que convertían de su color, á los negros que la trajinaban. Otro vecino, Don Francisco Benzal, donó diez pesos á nombre de su cara mitad, agregando dos mil ladrillos que de los Padres Betlemitas obtuvo á ocho pesos, según minucioso detalle en cuentas de fábrica. Y si sólo dos fanegas de cal de la Calera de Barquin envió la señora de este nombre, (Barquin y Hormacopea) doce más de la misma, agregó Suarez. Coimbra, célebre mamarrachista de la época, pintorrajó la Capilla. El mismo Collazo regaló el aguamanil, ofreciendo á toda la peonada carne con cuero en la inauguración de las obras. Más tarde hizo el altar del Cármen, costeando la preciosa imájen, enviada no há mucho por el actual Arzobispo al Cármen de Patagones, obra del escultor barcelonés Don José del Carpio, á fin del siglo XVII. El vecino Don Francisco Meza, contribuyó con más ladrillos y dinero, y Don Antonio Dorna, de la antigua familia Videla Dorna, toda la cristalería, el altar y la imagen de San Antonio de Padua, la misma que se venera en el nuevo altar, donado por el señor Don Zenón Videla Dorna. En el órgano que el señor Don Francisco Salvio Marull encargó á España, según el Archivo de cuadernos de música, el organista José Gil ensayó el primer día del año 1800 una Salve, que resultó Credo.

Numerosa como sus ex-votos, es la lista de los benefactores de la antigua Capillita de Santa Lucía, descollando las señoras Juana de la Cuntolla, que siguió á Doña Josefa Alquizalet, por cuyas virtudes y donaciones obtuvo singular sepultura en el panteón de San Francisco, cuyo esqueleto, poco há exhumado, pretendió confundirse con el de la señora del Pino, conocida por la *Virreyna Vieja*.

No cumpliríamos misión de justicia, si dejáramos en el tintero á bienchores tan asíduos, al par de Rocha, Collazo, Suárez, Benzal, á Don Francisco Meza, Antonio Dorna, José Modollel y su esposa Dolores Marull; el Presbítero Mariano Somellera, su hermana Doña Candelaria, siguiendo al cuidado

de la Capilla desde 1856, Don Antonio Modolell, (nieto de Marull) hasta 1873, y su esposa Doña Paula Campos. Fué primer Capellan, el propio sobrino de la Alquizaleta, (Don Juan Antonio) y el anterior, al actual señor Orzali, por veinte años, desde 1870, el Arzobispo de nuestra Arquidiócesis Monseñor Espinosa. En su activa propaganda por el nuevo templo, llegan de puerta en puerta recogiendo limosnas, en el más pobre rancho del barrio de San Antonio, donde con este nombre tuvo Capilla, una pequeña niñita que los terragales enceguecían, vino corriendo al rastrillo con dos centavos en su manecita, diciéndole sonrojada:

—No tengo más. Tome señor, mi limosna para Santa Lucía.

A lo que, con su natural afabilidad, contestó sonriendo:

—Dios se lo ha de pagar, hijita. De muchas lágrimas de cera, se forma un cirio pascual.

Pocos Pastores, como el Arzobispo Señor Espinosa, á pesar de su modestia, han subido más rápidamente desde las primeras escalas una á una, hasta la cumbre. Más allá aún. Después de haber construido un templo, después de haber ido á catequizar multitud de salvajes en el extremo de la tierra, saliendo de ella, en excelsa ascensión aérea, llegó un poco más cerca del trono del Altísimo, á implorar la paz y la prosperidad sobre la región argentina.

### III

Y cuando las corridas de toros con que celebraban la fiesta de Santa Lucía fueron prohibidas, aún del otro lado del puente de Barracas, donde se trasladaron (demolida la plaza de toros en el Retiro), muchos años siguieron las carreras, desde la celebre esquina *de la Banderita* á la quinta de Casajemas, las corridas de sortijas sobre el mismo pesado colchón de arena en la *calle Larga de Barracas*, cuyo anillo principal era ofrendado á la patrona de la localidad.

A estas fiestas siguieron fogatas como la de San Juan, por la noche de su día, desde la barranca de Caseros al Riachuelo en cada boca-calle, barricas de alquitrán facilita-

das por los barraqueros, que *orilleros de mi flor* con el clavel trás la oreja y la guitarra en la mano, saltaban en su caballo de crédito, sin que llegase á destemplarse la vihuela con que luego sollozaran, ante la prenda de sus amores, las mismas dolientes trovas que inspiró al poeta de *Los Consuetos*, en la antigua Quinta Piñero, su melancólica *Guitarra*.

Después, durante el breve gobierno de Don Felipe Llavallol, los castillos de fuego, cuyo más ingenioso pirocténico llevó la palma la noche en que, *la paloma de fuego*, cruzó de la vecina quinta de Llavallol á prender con su pico, los que revistieron de luces y colores la vieja fachada de la primitiva Capilla.

A los ciento veinte años de su fundación, nos es grato recordar entre los benefactores de la Capilla de Santa Lucía, las familias de Somellera, Botet, Viola sobretodo, Miguens, Noguera, Piñero, Otamendi, Nóbrega, Alvarez, Hídalgo, Videla Dorna, Villegas, Serna, Almeida, Paso, Balcarce, Fernández, Echegaray, del Campo, Torres, Alzaga, Casajemas, Aguirre, Herrera, Gómez, Badaraco, Carrasco, Saenz Valiente, Boneo y Cambacéres.

Hasta extranjeros como Brighton, Atkinson, (primer matrimonio allí celebrado) Plaut, Brown, etc. exhornaron su altar con multitud de ex-votos.

.....  
 Protectora de enceguecidos, Patrona de la buena vista! imploramos á Santa Lucía abra bien los ojos á los que manejan el pandero, para que con buena vista y mejor tino, nos guíen al través de la enmarañada selva, que en el primer siglo sólo encontramos buena para trocar en lanzas sus ojos y despedazarnos, por más que el grave Mister Parish, la admirára como tierra en que brota la leche y miel.







## LA AGONÍA DEL GUAYAQUÍ

---

### I

De la última incursión que hicimos por nuestros tupidos cedrales del Paraná, repleta de apuntes, notas, descripciones, cuentos y cuentas, volvía nuestra cartera de viaje. Pero entre las mil historias, leyendas, aventuras y mentiras que estantes, vecinos y pasantes, tan verídicos como nuestro convecino Don Buenaventura Flechas, Comandante perpétuo y Juez de Paz en Jesús y Trinidad; Ayala, descendiente de los primeros pobladores; Codas, que miente por los codos; Baumeister *el sabidor*, así apodado nuestro Cónsul en Encarnación, muy vivo, y activo industrial; Rossi, y el último de *los Mil*, (*los Mil de Marsala*, que allí arranchó) Rafael Felice Gianfranchi, destarando mil mentiras, al dejar se llevara la corriente que remontábamos todas las exajeraciones de sucedidos y nó sucedidos, otra alguna nos impresionó tanto, como la agonía del guayaquí.

Corazón Pereira, el pirata correntino que asolára desde Iberá á Caa-Guazú, venciendo á punta de facón cuantas celadas le prepararon autoridades paraguayas y argentinas, traiciones y acechanzas que en ninguna cayó, por más refinada crueldad con que ultimara sus víctimas, llegó á imaginar una más terrible que la muerte guayaquí. Todo es poco al lado de esa larguísima agonía de uno de los últimos restos aborígenes de aquella comarca, que la gran familia guaraní no ha conseguido absorber en cuatrocientos años. Sumamente débiles, arrastran miserable existencia, vagan-

do entre montes, y en pequeños grupos los diminutos guayaquies, cuyo número total no alcanza hoy á quinientos. En rarísimas estaciones, estraviado viajero selva adentro, de las que bordan el alto Paraná, suele sorprender alguna vez nubecita azulina que, retorciéndose al ascender, se esparce luego diafanizándose, al remontar sobre la espesa bóveda de la selva vírgen, deseando no ser percibida tan tímida nube cual el pequeño número de silenciosos y tembleques enanos, que rodean el fogón. En la tribu fragmentaria y vagabunda, sin pan y sin hogar, desnuda y aislada, sin dirección ni guía, de vez en cuando, en cierta estación congregase mayor número, preparándose para salir á caza, que de ésta y de la pesca viven muriendo, bien que vejetan en una de las más ricas comarcas. Se presentan siempre trémulos, cuando se presentan, sin vestidos y hasta sin palabras, en el mutismo que les caracteriza. En aquellas excepcionales reuniones, el Jefe ó Caciquillo que á la vez hace de *Padre* de la tribu, revistiendo el cónico bonete cuero de tapir, collar de dientes, arco, flechas y atributos de su dignidad sacerdotal, trepa al árbol más alto á invocar al *gran espíritu*, para que les sea propicia la cacería, pidiendo á un sér invisible que reconocen de más poder. A su plegaria responden en coro, en una especie de letanía con este estribillo:

«El león encuentra su alimento».

«El tapir encuentra su alimento».

«El yaguareté encuentra su alimento».

Y siguiendo enumerando todas las fieras, los peces y las aves, terminan con un grito plañidero que desgarrá:

»Los cristianos lo tienen todo; sólo los pobres guayaquies son miserables».

Bien clasifica el sabio naturalista Burmeister, á estos pequeños indiecitos tembladores, última escala en la especie humana, pues hasta orangutanes encontró más hábiles para proveer sus necesidades.

Y en tales reflexiones engolfados, íbamos siguiendo la estrecha *picada*, cruzando nuestros bosques de *Jesús y Trinidad* (Paraguay), cuando al desembocar á un abra en

medio de espesa selva, mientras se doraba el corderito para el desayuno, se nos refirió lo siguiente:

## II

—Terrible fué la muerte del Guayaquí, y lenta, más que larga siesta paraguaya,—dijo nuestro guía, al acampar en *Guayaquí-Cangué* (esqueleto de guayaquí).

Figúrense ustedes, que en ese *timbó*, el más alto del bosque, el indio mielero que había trepado en busca del pan de cada día, quedó colgado de su propia mano, que no pudo zafar de estrecho agujero, y colgado siguió todo el día, la noche, y uno y otro día, hasta que, achicharrado por el sol, balanceándole la brisa, fuese disecando poco á poco, sin caer sus restos, como racimo de palmera, sinó á pedazos, los que despreciaban los buitres. Era un medroso guayaquí que temía, más que á las fieras del monte, á la fiera humana, para lo que razón no le faltaba, pues que, fatales fueron los pocos tropiezos que no pudo evitar con cristianos. El primer cazador que encontró en el bosque, no hallando pieza de importancia, ni volátil ó cuadrúpedo á su paso, para probar su remington, cazó otro guayaquí, que por mucho tiempo quedó balanceándose, como racimo de horca, suspendido, por la filástica que atan á su cintura, enlazando el otro extremo del gajo más alto, durante su faena. La segunda hazaña de cristiano que presencié, fué contra una pobre india que le guiaba por extraviada senda. Molestado durante la travesía del monte con el llanto continuo de la chiquita á su espalda (el que no llora no mama!), arrebatóle de pronto, y la estrelló sobre el primer tronco en la *picada*. Cuando la madre corría llorando á ocultarse, exclamó con sarcástica sonrisa:

—¡Mirá! ¡También saben llorar como gente!

El tercero.. el tercer encuentro fué tan inmediato, que ojos le faltaron para verlo. Anté tales muestras de civilización, no es de estrañar que el guayaquí encaramado en lo alto del *pindó*, sintiendo rumor, nó de fieras, que sus largas flechas desafían, sinó de gente que caza indios por



distracción, se precipitara á caer, como maduro coco que cae, para ocultarse gateando bajo espeso matorral. No atinó en la sorpresa á enfiar la mano que, continuo masaje desde la infancia, transforma casi, deshuesándola, en esa tribu toda braquicéfala, apropiándola para rebuscamiento, en el fondo de huecos y hendiduras. La mano del mielero que pasaba rápidamente al cesto de su espalda cuanto dentro del hoyo encontrara, hinchada por los primeros tirones, otros sucesivos le inflamaron más, y aprisionada en la estrecha hendidija del árbol, quedó allí suspendido, sufriendo lenta y terrible agonía.

El que por ese tiempo en uno de los ingenios de Santiago cayó en el tacho de melaza en ebullición, menos tardó en zabullir en ese caldero del infierno, que en reaparecer sus huesos sobrenadando en la superficie, desprendidos de toda carne y limpios como blancos marfiles. Espantosa muerte, pero sin agonía, la del pequeño obrerito que enredado ayer su delantal en la rueda de la máquina que enaceitaba, fué arrebatado en rápidos giros, triturado por mil engranajes, martillando su cráneo cada vuelta sobre la mesa en que le cogió, almorzando. Esta y otras muertes instantáneas, tuvieron la duración de un minuto.

Pero nó horas, sino días y noches, continuó sufriendo prolongadísimo martirio, el guayaquí colgado de una mano, retorciéndose en el dolor sin esperanza. Muy próximo revoloteaba el cuervo que venía por sus ojos; desde la espalda, enjambre de abejas le pasaban la miel por los labios, y al compás de la música de su rumor, cada una sucesivamente dejaban su aguijón, en los oídos, la nariz, la boca y en cuantas cavidades empezaban á anidar las fabricantes de colmenas. Así, antes de momificarse el esqueleto humano, aparecía convertido por las más bravas avispas del monte, en *camoatlí* flotante.

¡Sarcasmo del destino la del infeliz indio, cubierto de flores, que suave brisa desprendía del bello árbol-patibulo, víctima de prolongadísima y amarga agonía entre mieles!





• La agonía del Guayaquí





## HUMANIDAD EN LA GUERRA

---

¿Quién dijo que el soldado no tiene corazón? ¡En nuestra propia Historia, cuántos ejemplares en contrario, héroes que corrieron á un sacrificio seguro por auxiliar al caído, ó al enemigo!

### I

Como aún son de grata memoria, en Chile el general Las Heras; Necochea en el Perú; Lavalle en el Ecuador; Miralla, el poeta Miralla en Colombia, y Guido en el Janeiro, Córdoba, Ortega, Díaz, Mayer, no fueron los únicos soldados argentinos que llevaron á la patria de Juárez el esfuerzo de su brazo, como antes Villanueva, que abrevó su caballo de guerra, de las pampas argentinas á las heladas orillas del Volga.

No vamos á ir tan lejos. Hace algún frío, y por compensación en contrastes, quedaremos un poco más acá, en las circunvecindades del Rio Piedad, que refresca el caliente valle de Méjico, donde, al través de transparentes aguas, acaso descubramos alguna de esas perlas de bello oriente, cuyos cambiantes, en su irisada faz, reflejan la escena más tocante de piedad, en un bravo, cuya coraza no llegó nunca á endurecer su corazón, ni á entibiar nobilísimos sentimientos en que resplandece el alma del soldado, con brillo más atrayente que el del acero que esgrime.

He aquí, entre otros, dos ejemplos de que la sensibilidad no se embota, ni empedernizan el corazón los golpes del combate. No tenemos que recurrir á tradiciones en el pasa-

do para extraer esas semillitas de virtud que, sin salir de casa, dentro la amplia casa americana, encontrarse suelen, si bien tan recónditas por la modestia que hermosea á cuantos las cultivan, que trabajo cuesta sacarlas á luz.

Y con perdón de quién criticó con frecuencia encontrar reminiscencias de un hogar, en tradiciones que tienen su origen en cuentos del mismo, séame permitido recordar que entre mis hijos tengo un soldado—lo que no es una novedad en esta tierra de soldados.—Aún bien joven, tuvo ya ocasión de releer á César, sus *Comentarios*, sobre las ruinas de su Imperio, y también los de Napoleón, dentro la fábrica de Krupp, estudiando el perfeccionamiento del cañón, que venció su táctica. Como joven hijo del Nuevo Mundo, prefiere en sus lecturas la de proezas americanas, que no siempre hemos de vivir entre griegos y romanos.

Hojeaba la otra noche una de esas Revistas militares que, si en otro tiempo sólo llegaban al Club Militar, frecuentes son hoy bajo la carpa del Oficial argentino.

—Mirad, papá, qué bella acción recuerda este grabado—dijo, señalando la reproducción del célebre cuadro de *Blonweid*.—En él, lanza el Emperador su guardia sobre los Escoceses grises, perseguidos, hasta que Dragones ingleses cargan á su turno, deteniendo aquellos, para dar tiempo á la reorganización de los primeros. El coronel Herbey, que mandaba esa caballería, había perdido el brazo derecho en la batalla de Oporto, al lado de Berresford, quien, si no perdió los dos en nuestras calles, sí, algo parecido á su honor y fama, al sorprender esta ciudad.

Entre las peripecias de la carga, el intrépido manco se encontró frente á un Coronel francés, que yá, al chocar, alzaba su espada para herirle. Sorprendido no se defiende, percíbese recién que le falta un brazo; entonces levanta su arma, haciendo el saludo militar. No queriendo herir á un adversario indefenso, avanza, y sigue en busca de enemigos que tengan con qué defenderse.

—¡Bello acto de hidalguía! Más plausible, por la reflexión

instantánea, en momentos que el fragor de las armas, y la exaltación del combate parecen detener todo noble sentimiento. Fué pesar de toda su vida para el Coronel inglés no encontrar en toda ella, su noble y caballeresco enemigo, cuyo nombre nunca llegó á saber.

## II

Tornemos á los nuestros, que grato nos fué en todas circunstancias presentar de más cerca esos raptos palpitantes donde la humanidad resplandece, descubriendo nobles sentimientos. Ejemplo propio, pues que más hondamente toca, lo que de más cerca nos atañe, recordamos enseguida á nuestro joven artillero.

En vísperas de la célebre carga de caballería mejicana, último sablazo que volteó la corona del intruso monarca, el Ayudante del General Díaz llevó la orden al Jefe del ala izquierda, que simulara una retirada, para ocultar cierto movimiento envolvente que iba á iniciar hácia el extremo opuesto, cayendo por retaguardia.

Cambiando la dirección de la cabeza de la columna, por conversión, quedó el Jefe que estaba á su frente, el último á retaguardia, picando ésta, muy de cerca el Regimiento de austriacos, en su persecución.

Corto, muy corto espacio separaba los enemigos, y de las guerrillas más avanzadas, lluvia de balas caía sobre los que se retiraban lentamente sin contestar, pero sable en mano, carabina á la espalda, prontos á dar vuelta caras hácia el enemigo.

Cuando el tiroteo era más recio, vióse caer adelante algo que rodó entre el pasto al borde de la zanja. Por el poncho corto y las anchas alas del sombrero, creyóse fuera un soldado, y como el destino de éste es caer, cuando no vence, siguió el jefe protegiendo la retirada; pero, cuando en ésta se aproximaba, paró de pronto su caballo, desmontando. De las filas enemigas creyeron habría caído herido y ya cantaban victoria, tomándole prisionero, afanándo-

se por llegar los mejores montados. En el acto se incorporó, con un pequeño bulto ensangrentado, que, colocándolo sobre el arzón, saltó á caballo para alcanzar los suyos.

### III

Qué noble es la hermosa tierra mejicana! Con Puertos sobres ambos Océanos, y puertas abiertas á todo el mundo, cuna de grandes caracteres, lo fué desde el principio de grandes obras. Pocas civilizaciones más adelantadas que la azteca.

Cuál de los progresos que hoy alcanzamos, no se había ensayado en la América anticolombina? Edificaciones, tan sólidas como las egipcianas, obras hermosas, al par de las griegas, gobierno semejante al de los romanos. Desde la astronomía á la agricultura; desde las calzadas interminables, á Correos no más veloces en parte alguna; desde el adelantado cultivo de la tierra, y el respeto al Sér Supremo, dispensador de todo, ¿qué progreso no se hallaba en gérmen á la llegada de los *caras pálidas* del otro lado del gran charco?

Y en cuanto á caracteres, de Guatimozin á Juárez, el mismo inconvencible amor á la pátria! Poco despues que Cortés quema sus naves, enseñando á los invasores no hay salvación posible; ni otro camino que el de la victoria, el Mexicano Emperador nó nave, sinó su propio cuerpo deja quemar á fuego lento antes que descubrir secreto de Estado, por no ser traidor á su pátria. El Cura Hidalgo sube al patíbulo con la cruz en la mano y la fé en el corazón; la fé del triunfo de esa pátria que él inicia. Juárez, rodeado y perseguido de todas partes por invasores extranjeros, triunfa al fin, en larga y porfiada lucha, con un puñado de valientes, y por la enerjía de su carácter vence el pueblo mexicano. Tanto atraen virtudes tales, que hasta ese Emperador de un día, se inclina ante la tumba del *Padre de la pátria*. Peregrinando al Estado de Guanajuato, escribe en el álbum consagrado al inmortal Cura de Dolores:

«Un pueblo que bajo la protección y con la bendición de Dios funda la independencia sobre la libertad y la ley, y

tiene una sola voluntad, es invencible, y puede levantar su frente con orgullo.»

Y á vuelta de esa página de un Monarca, el actual Presidente de la República, llegando también á la ermita de la Independencia, el General Díaz sobre la mesa de Hidalgo añade: «Hidalgo tiene también derecho á la inmortalidad, por que, como hombre, cultivó la tierra y fomentó la industria; como sacerdote predicó la religión del amor y la fraternidad; como mexicano, adquirió la convicción de sus derechos, y trasmitiéndola á sus hermanos, hizo de un pueblo esclavo una nación independiente y libre».

Estraño no es que, en aquella República de catorce millones de demócratas, único país en la tierra sin deuda alguna al presente, florezcan virtudes como la que esta tradición recuerda?

#### IV

¿Por qué tesoro se exponía á peligro tan inminente? ¿Qué había recogido el que allí se apeó? Sobre el pecho destrozado y lleno de sangre de una india, el hijito sin madre que gateaba, estrujando el seno maternal, buscando instintivamente sustento de vida en la que yacía sin vida.

Víctima de amores sin esperanza, era una de esas pobres mujeres de campamento que son el consuelo y el refugio del soldado. En la hora en que los hombres se ensañan despedazándose, ellas con mano compasiva, afánanse por cerrar heridas que otros abren.

Abandonada la mísera criaturita sobre el campo desierto, momentos después, los cascotes de los caballos le habrían hecho pedazos; si por salvarla, no se espusiere al jefe, á la muerte que de tan inmediato le perseguía, á pocos pasos de su corcel.

. . . . .  
Toda obra buena tiene su recompensa; cuando no es en la tierra, es en el cielo. Inesperado toque de clarín se oyó. Y aunque de nuestro valiente compatriota, la muerte que lo circunbaba por todas partes, era ya su antigua conoci-



da por haberla visto bien de cerca, no creía fuera la trompeta del Juicio final, pero no dejó de sorprenderle que, detenidas como por toque eléctrico, las filas enemigas no avanzaran en su persecución.

¿Qué había sucedido? Era el éco de plata dilatándose por el valle, del trompa de órdenes de un Príncipe austriaco. Observando éste la humanitaria acción de su enemigo, mandó hacer alto, para que tomase distancia.

Tal como á lo lejos el brillo de las armas que avanzan, ofuscar suele al que á espera está de la victoria, nobles acciones entrañan la virtud del contagio, entre los que las presencian.

¡Cuánto conforta encontrar en el combate de la vida ese afecto, por pequeño que sea, gota de consuelo que Dios puso en el corazón, cuya propiedad de hermanar, comprueba su origen divino!

Abreviaremos. El final de la escena fué la carga final, y su resultado la caída del Emperador y el triunfo del pueblo mejicano.

Tras los días nublados de la guerra sonrosáronse de nuevo los horizontes. La paz reverdeció los campos, doró las espigas, principalmente en aquel valle de Méjico donde las virtudes florecen en escenas semejantes.

Años después que una nave de guerra del mismo Imperio austriaco arribaba en son de paz, solicitando los restos del infortunado Maximiliano, víctima de la ambición que en cieguece, el mismo Coronel de este cuento, regresaba, Embajador de su Imperio, ante el Presidente de la República, que como el sol nunca fenece.

Lo era á la sazón el mismo General Porfirio Díaz, que con tal retirada falsa había vencido. La primera puerta á que llamára el recién venido, fué la del héroe de ese hermoso rasgo de abnegación que hondamente le impresionó.

¿En tan largo viaje habría olvidado su nombre, como el manco inglés?

Nobles acciones semejantes nó se olvidan fácilmente. Cuando de tan cerca conmueven, estampadas quedan, con-

servándose indelebles como en placa inalterable en la lámina del alma.

Llamó á la puerta de honrado hogar. Su jefe había muerto. Virtuosa viuda educaba allí sus hijitos en los heroicos ejemplos del padre. ¡Coincidencia á de romance parecida! Quien de par en par abría ambas hojas, era el mismísimo huerfanito salvado.

¿Creeréis todo esto cuento, ó una de las tradiciones que, como de nuestra invención se nos cuelgan?

El Coronel austriaco en 1867, luego primer Ministro diplomático que el hermano de Maximiliano enviara á Méjico, es el príncipe Hoenwart de Gerlachtein. Y el denodado jefe, cuyo acto sublime hizo marcar el paso al enemigo, era... era... ¿Habremos también olvidado el nombre? ¡Fué el ciudadano argentino, General del ejército mejicano, D. Bernabé León de la Barra.

¡Hasta en los confines más remotos, por todas partes compatriotas hubo que dejaron bien puesto el nombre argentino!

Diarios de la época, nacionales y extranjeros lo aplaudieron. Juan de Dios Peza lo inmortalizó en uno de sus *Poemas*, y hasta los ciegucecitos de Méjico, por los tiempos de esta vieja tradición de ayer, en las gradas de aquella suntuosa Catedral, la primera en el Nuevo Mundo, que diz llegó á Méjico por equivocación, (trazados sus planos para Chile), popularizaron en coplas, tan hermosa acción de nuestro compatriota, del abnegado compatriota de la humanidad:

«Esta proeza famosa

Canto al son de mi guitarra:

Cómo salvó de la fosa

El General de la Barra

Al huerfanito Henestrosa».







La Recoleta

## LAS CINCO ESQUINAS

---

—¿A dónde vás?—¡A la Recoleta! ¡A la Recoleta!  
—¿De dónde *venís*? — De.. la... Re.... co .....le.....

### I

Diálogo á este semejante, entre niñitos endomingados, repetíanse al encuentro en incursión primaveral á la Recoleta desde el 12 de Octubre, allá por los tiempos de Mâri-Castaña. Bueno es recordar que la primavera y el otoño de nuestros abuelos, no empezaba en las fechas del actual calendario. Todo español de cepa colgaba ese día su gran capa de paño grana, mal olienté, por nietecillos llovedores. Con ventolera ó terragal, concurrían de pantalón blanco á las fiestas populares de la Recoleta, de alegre resonancia, en las que hasta la Virgen del Pilar salía al baile, deteniéndose frente la carpa ó bandolita que de más flores, velas y limosnas recargaba sus andas.

Las «Cinco esquinas» de la «Calle Larga» de la Recoleta han desaparecido, como otras muchas. No nos esquinamos, nos ochavamos. En lugar de cinco esquinas, hasta ocho

ochavas cuéntanse en cruzamientos de la calle Soler, Mansilla, Lavalle, Almagro, Salguero, Guatemala y otras tierras. En cuanto á «Calle Larga», corta ha quedado la que así denominaban antes de la subdivisión de zona limitada, por las de Libertad, República, Ayacucho y Paseo de Julio, y al lado de la de Rivadavia, que llega al número «nueve mil». Trás las verdes persianas de una de esas cinco esquinas, desapareció también mi Señora D.<sup>a</sup> Trinidad De María de Almeyra, respetabilísima dama de alta alcurnia, y señora de muchos cuentos, quién por medio siglo vió pasar bajo sus ventanas mayor número de cesantes de vida, caminito al Cementerio. Viva imájen de la Tradición se nos figuraba, divisándola en alto estrado, cuyas gradas rodeaban apiñados nietecillos, oído atento á los cuentos de la abuela, que por su boca hablaba la verdad, el pasado y el amor á la Pátria. He aquí el último que alcanzamos, referente á nuestro barrio actual:

La vasta área, conocida por «Quinta de Almeyra», que en 1839 comprara D. Francisco Paula al padre Escola, por cuarenta mil pesos, costándole luego setenta mil las paredes que le cerraron, propiedad fué, hasta 1818, de D. Martín Elordi, teniendo allí gran Barraca de cueros. Cierta dia, emborrachando en la pulpería de Michelena, bajo viejo altillo sobre la plazuela de la Recoleta, al negro capataz, uno de los bandoleros de la gavilla del negro, harto de merodear por el «Hueco de los Sauces, Bajo de los Hornos y Corrales», aterrando todo el barrio y las quintas de Boado, Campana, Gómez, Muñoz, Garayo, Marcó, Araujo y otras señoriales mansiones de Riglos, Sánchez Villanueva.

Pero el capataz, más fiel que un esclavo, desde que dejó de serlo, aunque haciendo «eses», dió con la puerta trasera del quintón, deslizándose entre sombras, esquivando se le notara el bamboleo. Tras largo sueño, se dispó la embriaguez y á la madrugada siguiente, con el fresco matinal, fuéle volviendo poco á poco la memoria, adormecido bajo una idea fija y persistente, que impresa quedara en el fondo de su cerebro obscuro. Con gran trabajo coordinaba, entre recuerdos esfumados, lo que de él pretendía el que le pagó

la caña: «No olvidar quede abierto el portillo». «Repartir porrón de ginebra por cabeza á cada negro.» «Orden de no moverse por ningún ruido, aunque se venga la casa abajo.» Y como por la repetición de tales instrucciones á sospechar llegó no se trataría de faenar á media noche, en el estaqueadero de los cueros, fuése derechito al amo, desembuchando de un golpe «todo el entripado».

Elordi no era lerdo, ni le asustaban sombras, y encomendando completa reserva al fiel africano, salió al paso de su barcino rabón, tarareando en voz baja:

«Yo soy de las Cinco Esquinas,  
Donde llueve y nó gotea;  
A mí no me asustan sombras  
Ni bulto que se menea.»

Gambeteando entre sendas y encrucijadas para despistar al «campana» de la gavilla, caso de que se siguieran sus pasos, llegó al cuartel en Betlemitas, pidiendo confesión, nó con el padre barbón, sino con el mismísimo Preboste de la ya diezmada cuadrilla de hermandad. Sesteando encontró al célebre Alcaráz, que en sus trasnochadas, á mal traer tenía ladrones de todos los suburbios. Contento cuando se le anunciara que esa misma noche sería «el baile», salió en mangas de camisa con su gran pañuelo á cuadros, ceñida la cabeza, á blanco capullo parecida, por la nieve de los años. Después de dar sus órdenes al sargento de la «partida», volvió restregándose las manos, contestando á Elordi:

—Bueno, compadre. Vaya tranquilo, no más. No tenga cuidado. Ya sabe que yo no me caso con nadie. Deje su negrada dormir á pierna suelta, pues que no gusta al bandido ese medirse sino con caras blancas; le haremos el gusto, y aunque la noche sea negra, hemos de ver quién palidece.

## II

Cuando una familia, en sociedad como la actual, cada día más invadida por el cosmopolitismo, cuenta seis generaciones de arraigo en el país, llamarse puede ya de viejo abolengo. Así la familia patricia de Almeyra, que sus últi-

mas tres generaciones distinguidos médicos abillantaron, desde mucho antes, y otras tres más arriba, dejaron nombre de honrados, de patriotas y de filántropos.

La relijión del hogar trasmite de viva voz y de una á otra generaci3n la más pura enseñaanza moral.

El 20 de Febrero de 1778, D. Juan Agustín Almeyra, porteño, hijo de D. Juan Almeyra y D<sup>a</sup>. Isabel Iturriaga, desposó á D<sup>a</sup>. María Petrona Gorría (cuyos padres D. Juan y D<sup>a</sup>. María Ignacia Rodriguez de la Torre,) reputado entre los golosos el más lindo palmito, por el que gastaban botas currutacos del barrio de la Catedral. Bendijo ese matrimonio el can3nigo Dr. José de Andújar, Deán dignidad de la misma, y Previsor y Vicario general desde años atrás. De más campanillas que el de Campana, pasado el puerto de ese nombre, poseía haciendas en el «Rinc3n de Andújar» (entre San Pedro y San Nicolás), sobre las barrancas del Paraná. Llámase hoy «Rinc3n», ó «Vuelta de Obligado», porque desde 1784, á éste, lo enajenó dicho Can3nigo. Fruto de ese matrimonio, el 4 de Abril de 1791, bautizó en la misma Catedral, su Cura D. Julián Segundo de Agüero, á Francisco Paula Almeyra, quien, desposando más tarde á la Sra. Trinidad De María, tuvo, entre otros hijos, al Dr. José Juan Almeyra.

Lejos nos llevarían las reflexiones que estos sitios históricos reviven. Volvamos á los que murieron aquella ingrata noche. Tiempo han tenido de llegar, por más larga que entonces fuera la «Calle Larga» de la Recoleta, á la «Quinta de las Cinco Esquinas» y á esconderse entre espesos cardales, ocho de los guapetones del astuto alcalde, que no eligió más, para arrollar doble número de cuatrerros y salteadores.

Media noche era por filo, una en que si no llovían chuzas, llovieron balas, cuando pisando D. Martín Elordi, por el entornado ventanillo de la cocina, llevaba la cuenta á Alcaráz, que á su lado observaba todo movimiento, cómo se introducían uno, dos, tres y hasta ocho emponchados que, agazapándose, venían á rodear la casa. Ganoso el propie-

tario de dar la voz de alarma:—¡Silencio!—le impuso el Preboste.—En cumplir las órdenes dadas, sin alterar un ápice, está el éxito asegurado. Todos los míos acechan alerta: un tiro es la señal.

Pocos minutos transcurrieron, cuando tanteando puertas muy próximo á la cocina, al cuadrillero caporal púsole los puntos Alcaráz, dejándole «frito», sin que se le oyera un ¡ay! A esa detonación siguieron otras, de uno y otro lado. Por un cuarto de hora, el fuego graneado continuó. La cuadrilla hizo pié á la «partida» del Preboste, á cara descubierta, hasta que reconocido el cuadrillero, tendido entre el pasto, y sobre él Alcaráz dictando sus órdenes, trataron los ladrones de ponerse en salvo, saltando cercos, en cuyas zanjas, cayeron todos, muertos, heridos ó prisioneros.

A la mañana siguiente, acabando de despenar á los semi-muertos ahorcó todo el rebaño, dejándoles colgados á los árboles de la quinta.

El viejo «laurel de España» (elevado patíbulo al jefe de la banda), sirvió por mucho tiempo de pararrayo, pues su alta copa, como la más elevada, atraía rayos en todas las tempestades. Desgajado por ellos, en el furioso vendaval de 1868, se derrumbó bajo el peso de sus años, irguiéndose luego en su lugar el grueso «árbol borracho», que transportó desde Tupiza D. Adolfo Carranza.

### III

\*Treinta años después, frente á su estrecha puerta falsa, pintada de colorado, sobre la acera sin vereda por donde hoy brilla la luciente placa de uno de los Ingenieros, cuya actividad y esfuerzos empujaron á más lejanos confines los rieles del progreso, regresaba una niñita madrugadora, que todavía aún, con más lento paso, no corre, sino vuela en piadosas peregrinaciones, si á su oído llega miseria alguna que socorrer. Media dormida sobre el hombro del negro tío Alejo, caminaba éste á la cola de numerosa familia en desgranamiento. Era una de las que, fatigada por correrías dominigueras persiguiendo mariposas entre hinojales y amapolas



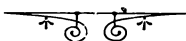
de la quinta de Conde (actual Belvedere), llegaba sin aliento para concluir la interrogación del regreso: De... la... Re... co...le... Bajada fué allí en la parada de descanso, al borde de honda zanja cuyas ocultas violetas perfumaban el manto de rojas margaritas, donde entre frutas de mora resplandecía la blanca perla, codiciada por la muchachería (dulce huevo de gallo). Como asomase al estrecho nicho ennegrecido, donde un candelero todo chorreado, reflejaba intermitentes llamaradas de vela espirante, retiróse sorprendida, y balbuciendo al pasar: «¡aquí murió un candelero!».

Mucho tiempo, la aparcera del pescador de la Recoleta, lloviera ó tronara, iba noche á noche á encender velas de baño en aquel michinal. Allá había caído el último ladrón, único de los asaltantes que alcanzó á saltar el cerco, á quien mal herido, ultimara el negro capatáz que pretendieron sobornar. Su china enamorada, le había repetido con tesón:—«No vayan á robar en lo del Padre. Les vá á salir mal. Esta noche anda el diablo suelto. No te metas á sobornar negros. Desiste, y no hagan cosas de negros». El amor es medroso, y los Cacos de antaño eran, como al presente, de naturaleza contraria. Desoída la prudencia, quedó ese amor viudo. Mucho lloró la china apasionada, pero como toda pena tiene fin, otra noche de frío pasó el pescador de la Recoleta que tenía su rancho donde hoy la gruta. Como había mucho barrial, y los malos pasos eran los de todas las bocacalles, invitada dos veces, se arrebozó la china y saltó en ancas.

Entonces se robaba, pero en todas vías hemos adelantado, no sólo en las que prolonga el activo ingeniero Brian. Se robaban «macuquinos, recortados y plata Güemes». Puñado de moscas en Barraca de cueros donde hay tanto mosque-río; pero se ponían las peras al cuarto, si no les salía el tiro por la culata. Desde antes del año de los veinte Gobernadores, robos frustrados, ó tentativas semejantes como ésta, insinuábanse por estos barrios tenebrosos en que, hoy el «sol de media noche». alumbraba pero no deslumbra á robadores de mayor cuantía, de perlas y pedrería.

Sin duda por llevar el nombre del compositor de la mar-

cha nacional (Parera), no marchan en esta calle, que se estacionan músicos ambulantes, combinados con domésticas de manos súcias, diestras en limpiar alhajas al son de la «Serenata» de Schubert, y otros andantes, bien sea en la casa del Presidente, ó saltando paredes en la Calle Parera.







Eustaquio Suárez  
(Resucitado)

## LOS RESUCITADOS

---

Este cuento, de oportunidad acaso, en Domingo de Resurrección en que escribimos, coincidencia es nos llegue entre el fárrago de notas y antecedentes que acostumbra enviarnos paciente archivista de sucesos, y que, entre otras cosas, á confirmar viene que «no todo es lo que parece».

En cierta casa, cuyo número no queremos recordar, penetraba la otra noche un aparecido, á quien el gallego, anunció lleno de azoramiento: «Ahí está uno, que al preguntarle quién es, contesta: «Anuncie al fusilado»...

## I

Allá por los años en que viniera al mundo, en la calle en que dejó su nombre el inventor de la bandera azul y blanca, sacaban dentro de su fúnebre caja «al hombre que resucitó».

Jerónimo Mundo llamaron á ese pacífico vecino del barrio de Santo Domingo, y así apodado quedó para toda la siega, como «Roque Don» gritaba la muchichanga al mulato cochero que, vanidoso por elevarse más alto de su pescante, compró título de «Don», la víspera en que la Asamblea republicana prohibía todo título.

Cristiano viejo, largos inviernos viviera en paz y gracia de Dios; pero, adoctrinado en aquello de que «la caridad bien entendida empieza por casa», si no pedía, como rapavelas de actualidad: «Para Nuestra Señora de la Estrella, la mitad para mí, la mitad para ella», por largo tiempo limosnero perpétuo fué de Nuestra Señora del Rosario, sobre el mismo cancel que, filántropos como los Señores Lezica, Iturriaga, Nevares, pasaron la mitad de sus muchos años pidiendo para la Cofradía, en la que, desde cerero, ascendió el pequeño Jeromito hasta Hermano Mayor. Encomendado había á sus cofrades, que cuando el buen Dios le llamara, destinados fueran la mitad de sus ahorrillos, á un decente funeral, y la otra mitad á limosnas, obras pías y sufragios para sacar almas del Purgatorio, entre las que, pescádose pudiera también la suya.

Como grueso puñado de *peluconas* enmohecidas relumbraron, entre pajas del único colchón, funeral más que modesto se le preparaba, y en entierro numeroso apeñuscábanse como moscas zumbonas, salmodiando «Kyrieleysones» negras, chinas y mulatas, y si campanas no se lamentaban en fúnebre tañido, doblando desde la torre, era porque no había llegado á colgarlas el Síndico de la Fábrica, Sr. Lezica. Pero cantos y letanías, oraciones y lloriqueos, sí, seguían evaporándose como el incienso en concurrido acompañamiento. La Cruz de la Parroquia, entre altos faroles adelante, el pendón de la Hermandad, rodeado de cirios, lloronas,

plañideras y enterradores, Betlemitas, Barbones, Hermanos de la Buena Muerte, las cofradías del Rosario, Hermandad de Animas, Comunidades de Mercedarios y Juan de diosdados, Dominicos y Franciscanos, cantando todos el *gori-gori*. Cerraba la fúnebre procesión, el féretro en hombros de encapuchados.

Aunque el trayecto no era largo, tardaron á paso de hormiga en pós del muerto, apeñuscamiento abigarrado, sin presentir lo que éste les preparaba, siguiendo al Campo Santo, detrás de la Iglesia de Nuestro Padre Santo Domingo. Dentro y fuera de cada una, por delante y por detrás, enterratorios había en que los muertos seguían matando á los vivos, desde tumbas entreabiertas, y pretiles que eran osarios. Sólo en 1822, inauguró el Cementerio de la Recoleta, una negra vieja de 102 años, que murió de pena, al saber que no sería enterrada bajo el altar de San Benito.

Todavía no se había apagado la última vela del enterratorio, cuando al caer la caja en la fosa abierta, saltando la tapa mal clavada, á punto estuvo de repetirse aquello de «¡el vivo se cayó muerto, y el muerto se echó á correr!» Espanto general se produjo, desmayo en algunas y confusión en todos, hasta que, dominando el terror que contagia, el más corajudo ayudó á levantar al pálido agarrotado, quién por lo endeble de las cuatro tablas, sacando fuerzas de la desesperación, se incorporó antes que cayera la primera palada.

## II

De entoncés acá progresamos tanto, que milagro semejante no se repetiría en los lujosos féretros de Mirás, que según dicerés de herederos impacientes, garante féretros asegurados contra resurrecciones. Un pobre diablo de aquellos tiempos, más afortunado era que ricacho de actualidad. ¡Al fin, por algún lado ventaja habian de tener los pobres!

Pero, como desde este primer resucitado, del que memoria há, al último de la otra tarde, larga se va haciendo la lista de los que vuelven, criticable es por demás la pre-

cipitación que con asaz frecuencia, deudos desesperados por dolor de contrabando, se apresuran á echar tierra sobre sus muertos ó mediomuertos. No acontece esto solamente en epidemias, ó al siguiente día de batallas, en que tantos fueron con vida bajo tierra: Una madre que no ha mucho dió á luz dentro del ataud. El Escribano en la Unión, cuyos deudos y amigos daban al traste, cirios y crucifijos, rodando por el suelo en la aterradora disparada, al oír al muerto, que se incorporaba, diciendo con apagada voz cavernosa: «No se asusten, hermanitos, que por no perder la costumbre del oficio, vengo á dar fé de no haber llegado al otro mundo, y mi muerte de engañifa, servido me há, para comprobar si tenía amigos capaces de entristecerse por toda una noche». Desde el que el general Deheza fusiló en Córdoba, por haber muerto al parlamentario Capitán Tejedor, y que apareció pidiendo limosna á otro Tejedor en la calle San Martín; los prisioneros que fusiló Quiroga cuando quedara por muerto La Madrid, resucitados por los Domínicos enterradores, hasta la hermosa Catalina, (estrella del Norte) que, dejada en su ataud, en la Capilla del Cristo de Monteverde, á la mañana siguiente incrustada apareció entre las rejas del portón de la Recoleta, que no pudo separar en su desesperación, regimiento forman los enterrados con vida.

¡Cuántas veces una muerte aparente, (síncope ó catalepsia prolongada), fué convertida en real, por la precipitación!

¡Qué desesperación inmensa habrán sufrido en el último paroxismo esas almas, aún no desprendidas de su ropaje carnal, en el minuto que precedió á su eternidad, llegando á comprender que todo el amor que halaga en vida, no alcanza á disminuir una noche entre los muertos!

A cuántos que lloran deudos fenecidos, insoportable fué acompañar sus restos breves horas. Parecían identificarse con la muerte, pretendiendo ser enterrados juntos, y extremos tales de tanto amor, tantas lágrimas y lamentaciones, y el primer martillazo sobre caja que ya no se abrirá, parece resonar como éco de otro mundo en corazón olvidadizo. Cuando todo vuelve á las concavidades de la tierra y se vá

desvaneciéndose hasta el nombre del que fué, sólo queda en pié, el dolor, en estátua. Más perdura el simbolismo de encargo del sufrimiento, en que la Escultura y la Poesía, la Literatura y las Bellas Artes, siguen llorando lo no sentido, sobre el epitafio de una calavera, que repite al transeunte: «Soy lo que serás, fui lo que eres». Contrasta las más de las veces sentimentalismo tan vivamente expresado y que tan fugazmente se desvanece, como nube de cirios que humean.

¡Si la muerte es lo único que no tiene remedio, no la anticipéis un minuto! Verdad que muchos muertos habrían hecho bien en no volver á la vida. Los que no acostumbran á reincidir en ella, se evitan desengaños!

### III

Y á cerrar este batallón de resucitados, llegaba el último, que diarios y periódicos ilustrados acaban de reproducir, rodeado de media docena de hijos, habidos después de fusilado, quien, con voz nada cavernosa, dijo á un abogado:

—Aquí estoy porque he venido, y pues me han contado que su oficio es hacer justicia, quiero me presente solicitud para que me paguen cuatro años y cuatro meses de sueldos, como soldado del Batallón 12° de línea. No olvidaron los mismos que quieren transpapelarme, pretendiendo convencerme que estuve muerto, hacer constar mi fusilamiento, pero sí mis servicios. Cóbreme el premio (de unas tierritas) acordado á los expedicionarios del Río Negro, y también mi pensión de inválido, pues inválido para toda la siega me dejaron por equivocación.

Pidiéndoselo ampliara algunos antecedentes como justificativos de lo solicitado, añadió:

—¡Qué más justificativos, Señor, que los que llevo escritos en mi cuero. Los testigos de mis buenos servicios no sé por donde andan, y como yá hace rato, dispersos ó muertos estarán. Los que me fusilaron, esos sí viven. ¡Dios los perdone! Este lanzazo, me lo pegaron al ayudar á reducir al cacique



Purrán, y este otro bayonetazo, por defender al Teniente Cárdenas, que era uno de nuestros buenos Oficiales, al que los sublevados tampoco querían matar. Muertos catorce de mis compañeros por los correntinos sublevados de la banda, que no sabían tocar bien ni el tambor, mi Oficial, á ciegas, echó mano al montón y á los catorce más á mano, nos fusiló. Estas son las señales de la descarga. Resucitado por el frío de la noche, seguí gateando, y arrastrándome medio muerto por la rastrillada, y cuando llegué á alcanzar á los compañeros, por cariño á mi Batallón, mandárome fusilar otra vez. A no ser por un Oficial corajudo y de corazón, que se animó á decirle al superior, que mis grillos estarían mejor en el Oficial que me fusiló, me refusilan nuevamente.

Tal fué la aparición del fusilado. Con las felicitaciones de Pásqua, enviamos á nuestros lectores sinceros votos, porque la paz sea perpétua en la vasta familia americana, y la justicia y el amor y la fraternidad, impidan encontrar soldados, como Eustaquio Suárez, mendigando limosna de justicia.





El Cabildo, en 1810

## LOS NOTABLES

(1810)

---

### I

«Ha registrado V. los cofres de los abuelos fenecidos, y ha encontrado en ellos joyas que, si no están de moda, conservan siempre su valor intrínseco, siendo nó pocas de oro fino, de las que se guardan como reliquias de familia. Gracias por la parte que puede corresponderme en la herencia común, inventariada con tanta diligencia y primor de cariñoso ingenio, empleado en curiosear tradiciones antiguas.»

C. G. S.

... Y no era otra cosa que seguir consejo tan alentador del laureado poeta Guido Spano, lo que nos ocupaba la primera noche bajo el hogar, más ansiado cuanto más distante, de regreso á la pátria, de dar una vueltecita por la tierra, y también por los mares, en éste, el más pequeño de los planetas, cuyos extremos cada día acerca el vapor.

Escudriñando en la gaveta de viejos recuerdos de un glorioso pasado, cayó el papelito amarillento, que entre las patrias reliquias de nuestros abuelos veneramos, y el que, alzándolo el más minúsculo de nuestros nietecillos, leyó casi de corrido:

«Buenos Aires, mayo 21 de 1810.—Señor Dr. D. Manuel Alejandro Obligado:—El Exmo. Cabildo convoca á V. para que se sirva asistir precisamente mañana, 22 del corriente. á las 9, sin etiqueta alguna, y en clase de vecino, al cabildo abierto que, con anuencia del Exmo. Señor Virrey, ha acordado celebrar, debiendo manifestar esta esquila á las tropas que guarnecen las avenidas de la plaza, para que se le permita pasar libremente.»

De los cuatrocientos cincuenta invitados, apenas la mitad concurrieron, y aun de éstos, notable fué, que veinte Notables se retiraran sin expresar su voto. Tratábase, ¡poca cosa! poner en la calle al representante de un Rey sin reino, y por ende, un representante que ya nada representaba.

Pero pocos andaban por las calles desiertas aquellas mañanas tan lluviosas, menos por temor al trancazo, que por olorcito á chamusquina revolucionaria, que aún los más ñatos percibían en plazas y encrucijadas.

¿Quiénes eran los Notables en 1810?

Tal mescolanza y entrocamiento se ha producido en la Ciudad-millón, que antes del siglo, en esta metrópoli cosmopolita, apenas resalta uno que otro nombre notable en la tercera generación de aquellos que, como á tales, se invitaron á la Casa Capitular.

Presidían la primera asamblea popular, los señores del ayuntamiento, de que eran alcaldes de primer y segundo voto: Don Juan José de Lezica y D. Martín Gregorio Yáñez; D. Manuel Mansilla, alguacil mayor; D. Manuel José de Ocampo, D. Juan de los Llanos, D. Jaime Nadal y Guarda; D. Andrés Dominguez, juez diputado de policía; D. Tomás Manuel de Anchorena, defensor de menores; síndico procurador, D. Julián de Leiva; Dr. Benito de Lue y Riega, obispo; y D. Santiago Gutiérrez.

## II

He aquí ahora la nómina de vecinos notables en la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de la Santísima Trinidad en el Puerto de Santa María de Buenos Aires, y sobre los que, (bajo las gafas de sus «quevedos») el cartulario de cámara, D. Justo José de Núñez, dá fe de que, en todo el día, y también durante la noche del 22 de mayo, resolvieron por gran mayoría que, declarándose caducado el gobierno de la metrópoli, reasumieran el de esta tierra los hijos de la misma, votando en el órden siguiente:

Ilustrísimo señor obispo Lue, general Pascual Ruíz *Huidobro*, Oidor Manuel José de Reyes, contador mayor decano Diego de la Vega, Pedro Viguera, tesorero de la real aduana, Juan de Andrés *Arroyo* contador mayor, D. Bernardo Lecog, coronel Joaquín Mosqueira, Eugenio Balvastro, Joaquín de *Madariaga*, José M. Balvastro, José Cerras y Valle, Manuel Ventura de Haedo, Antonio Luciano Ballesteros, Manuel Antonio Bazo, Francisco Xavier de *Riglos*, Ramón Díaz, Feliciano Antonio Chiclana, Hipólito Vieytes, José Viamonte, Nicolás *Peña*, Juan José de Rocha, Juan Antonio *Pereyra*, Estebán *Romero*, Juan de *Almagro*, brigadier Francisco Orduña, Ramón *Balcarce*, Simón de Rejas, comandante Cornelio *Saavedra*, comandante Pedro Andrés *García*, Francisco Antonio Ortiz de *Ocampo*, Manuel de Andrés de *Pinedo*, y *Arroyo*, Manuel de Luzuriaga, Martín José de Ochoteco, Ulpiano Barrera, Juan Canaveris, Hilario Ramos, Justo Pastor *Linch*, Manuel de *Lavalle*, Miguel de *Irigoyen*, Vicente *Capdevila*, Diego de Herrera, Gregorio *Tagle*, Agustín *Pinedo*, Mariano *Larrazabal*, Martín de Arandía, José Ignacio de la *Quintana*, Rodrigo Rábago, fiscal D. Jenaro Manuel Vellota, Dr. Domingo *Belgrano*, Dr. Andrés Florencio Ramírez, Dr. Melchor *Fernández*, Antonio Villamil, Manuel de Velasco, Agustín Fabre, Joaquín *Belgrano*, Julián del Molino Torres, Mariano García Echaburu, Ildelfonso *Ramos*, Francisco Xavier Pizarro, José M. Cabier, fray Ramón Alvarez, Pedro Cortinas, Pedro Santibáñez,

Manuel Torres, Manuel Alvariño, Juan Manuel Aparicio, José Vicente, de San Nicolás, José Ignacio Grela, Dres. Luis José de Chorroarín, Francisco Planes, Antonio Sáenz, Juan Dámaso Fonseca, José León Planchón, Juan Nepomuceno de Sola, Ramón Vieytes, Juan León Ferragut, Pantaleón de Rivarola, Manuel Alberti, Nicolás *Calvo*, Bernardo de la Colina, Pascual Silva Braga, Cosme *Argerich*, Licenciado Justo García y Valdez, D. Marcelino Callejas, Miguel Jerónimo *Garmendia*, José Superi, Felipe Castilla, Antonio Ruíz, José Botello, Fermín de Tocornal, Francisco *Mansilla*, Francisco Prieto de Quevedo, Alonso de Quesada, Félix *Casamayor*, Vicente Carvalho, José *Martinez de Hoz*, José Barreda, Martín Thompson, José Gregorio *Belgrano*, Saturnino Sarasa, Fernando Díaz, Dr. Estebán Hernandez, José M. Morell, Juan Bautista Elorriaga, José Pastor *Lesica*, Juan Bautista *Castro*, Hermenegildo *Aguirre*, José Francisco *Vidal*, Agustín Pío de *Ella*, Miguel Escuti, Pedro Francisco de *Arteaga*, José M. de las *Carreras*, Francisco Antonio de *Letamendi*, Domingo *López*, Angel Sánchez Picado, Basilio Torrecillas, Miguel Sáenz, Manuel *Belgrano*, Dr. Juan José *Castelli*, Matías de *Irigoyen*, Ignacio de *Rezabal*, Antonio *Pirán*, prior del R. consulado, José Hernández, Ramón de *Oromé*, contador mayor, Pedro Baliño, Dr. Francisco *Seguí*, Felipe Cardoso, Juan Ramón de Urien, Tomás José de Boyzo, Juan Antonio Zelaya, Nicolás de *Vedia*, Norberto de *Quirno* y Echaudía, Agustín de Orta y Azamor, Pedro Durán, Agustín Lizaur, José Antonio de *Echenagueta*, José Soliveres, comandante Martín *Rodriguez*, Dr. Simón de Cossio, Dr. José *Darragueira*, José de Leide, Dr. Vicente Anastasio de Echevarría, Dr. Bernardino Rivadavia, Dr. Mariano *Irigoyen*, Francisco del Passo, Dr. Mariano *Moreno*, Jerónimo de Lassala, Bernardo Nogué, Juan Ramos, Dr. Juan José Passo, Francisco Antonio Escalada, Tomás Antonio *Lesica*, Francisco Antonio Herrero, Francisco de Neira y Arellano, Francisco Antonio de *Beldústegui*, Pablo *Villarino*, Juan Ignacio *Escurrea*, *Olaguer* Reinald, Domingo Antonio *Achával*, Dr. Bonifacio *Zapiola*, Lorenzo Machado, Pedro Antonio Cerviño, José San Martín de Zoloeta, José Antonio

*Capdevila*, Juan de la Elguera, Andrés de *Lezica*, Floro de Zamudio, Manuel Antonio Barquir, Domingo *French*, Vicente Dupuí, Mariano *Orma*, Buenaventura de Arzac, Juan Florencio Terrada, Manuel Martínez y García, Domingo Matheu, Juan Bautista Bustos, José León Domínguez, Pedro *Capdevila*, Felipe *Arana*, Dr. Joaquín Campana, Pedro Valerio Albano, Juan Fernández Molina, Pedro Martínez Fernández, Francisco Xavier Macera, Manuel Ruiz Obregón, Dr. Manuel Alejandro *Obligado*, Dr. Vicente *Lopez*, Mariano Conde, Dr. Ambrosio *Pincdo*, Dr. Manuel *Pinto*, Antonio Luiz *Beruti*, Agustín José Donato, Dr. Matías *Patrón*, Enrique Ballesteros, Antonio Ramírez, Juan Francisco Marchesi, Miguel del Cerro Saenz, Valeriano Barreda, Dr. Alejo *Castex*, Juan Pedro de *Aguirre*, Miguel de *Ascuénaga*, Antonio José *Escalada*, Agustín de Aguirre, Felix *Castro*, José María Riero, Gerardo Esteve y Llac, Juan Ignacio Ferrada, José Santos *Inchaurregui*, José Amat, Bernabé San Martín, José Moll, José Merelo, Francisco *Pico*, Gerardo *Bosch*, José Martínez de Escobar, Dr. Joaquín Griera, José Laguna, Toribio Mier, Andrés de Aldao, José Fornaguera, Francisco Tomás de Anzoategui, Francisco de la Peña Fernández y Juan Antonio Rodríguez.

### III

A la altura que hemos alcanzado la tan cacareada igualdad republicana, NOTABLE debe ser sólo entre nosotros quien, en obra propia, resalte algo de notable. Sulfurarse no deben, pues los que no encontraren invitado alguno de sus antepasados, entre los criollos de antaño, la mañana de Mayo de 1810.

¿Cuán contados nombres de estos Notables en 1810, si-guen siendo notables en 1905? ¿Es que la generación ha-brá degenerado, ó con la inoculación de sangre de otra estirpe, inoculádose habrán también en sus descendientes extraños sentimientos, primando el interés al patriotismo? ¿De ese puñado de vecinos que tuvo á raya el poder del

más poderoso imperio, abatiendo sus ejércitos entre sus retoños injertados, no habrá nueva sávia para repeler nuevas conquistas?

Pero la verdad fué que en aquellos hermosos días de Mayo, los héroes de la Reconquista vencieron toda clase de enredos y artimañas, haciendo surgir esplendente, con los nuevos principios de los derechos del hombre, sobre una majestad caída, la majestad del pueblo soberano. A pesar de argucias y estorsiones, como las del irascible mitrado que enronquecía gritando: «Mientras exista un español en América, debe mandar en toda América», el pueblo, aún en la infancia, venció por su energía y decisión. A pesar del incrédulo Síndico que asomaba exclamando: «¿Donde está el pueblo?», vencieron los que contestaban: «De muy larga vista será quien pueda divisar desde este balcón, el pueblo todo que se levanta. Convocad á campana tañida, y veréis como sea alzan hasta las piedras, que ya se alzaron para repeler al usurpador».

Las escenas de la imborrable mañana del viernes 25 de Mayo de 1810, recuerdan por prólogo y apéndice el doble diálogo de los dos principales chisperos de la Revolución:

—¿Qué colores tomaremos para distinguirnos de los que pretenden aguarnos la fiesta?—preguntaba French á Beruti.

—¡Aquellos!—contestó éste, señalando al cielo, que pusieron por testigo de su juramento, los padres de la patria al fundar una nación libre é independiente, para que los hombres de los cuatro extremos de la tierra llegaran en todo tiempo á levantar su tienda de trabajo.

Y en aquellos momentos, de un escampe entre dos garúas, cual con frecuencia acontece en días de largas lluvias, aclarando el cielo gris y tormentoso, ancha nube blanca cruzaba lenta y majestuosa, separando en dos fajas el celeste de la inmensa bóveda que cubría la Plaza Mayor.

Sacando luego cintas blancas y celestes de la mercería de García, en la «vereda ancha», empezaron á ornar con sus moños el pecho de los primeros entusiastas patriotas, escarapela que más tarde dió sus colores al «blanco y al celeste de nuestro pabellón».

Cuando más avanzada esa misma mañana, retardaban los señores del Cabildo la decisión aclamada por el pueblo, de que á Cisneros, despojado de su autoridad de Virrey, no se le dejára como Presidente de la Junta, según peninsulares lo pretendían, se oyó este otro diálogo, que vino á poner punto final á la ansiedad de los expectantes:

—Parece que entre tantos voceros no se entienden, y andan en componendas por allá arriba, sin atinar en nombres genuinos que resuelvan el conflicto,—decía French á Beruti.

—Pues vamos, compañero, y abrámonos camino para proponer los hombres que el pueblo quiere le dirija. E imponiéndose por su verbosidad y energía, exclamó este inspirado de la Revolución, subiendo sobre el estrado:

—El presidente de la nueva Junta debe ser el jefe del movimiento que más vivamente encarna al pueblo; por lo que proponemos al Comandante de Patricios, D. Cornelio Saavedra, para que presida la de los señores Belgrano, Castelli, Azcuénaga, Alberti, Matheu y Larrea, teniendo por Secretarios á los señores Moreno y Passo.

#### IV

Y así fueron aclamados por el voto popular, dando Beruti, con estos, nombre á la Revolución, como le diera sus colores en los de su divisa, que, enarbolados luego en la bandera de Belgrano, dió vuelta al mundo americano, enseña de una nueva y gloriosa nación.

Un siglo va á cumplír. ¿Qué hemos hecho? Los nietos de la joven generación, que sigue de cerca nuestros pasos, podrán decir con más independencia hasta dónde fué cumplido el testamento de los padres que nos dieron patria?

Debemos inculcar siempre en los que nos siguen, la religión de la patria. Conservar sus reliquias, es consagrar su recuerdo. Aquel estrecho balconcito revolucionario, cuna de la Revolución, reservarlo como altar de un culto y en el salón Capitular, bajo cuya bóveda resonaron los primeros



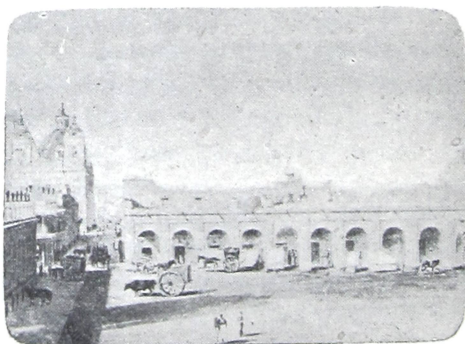
acentos de libertad, guardar la campana que llamó este pueblo á su emancipación. Como profetas del nuevo culto, conservar en mármol imperecedero los bustos de los patricios de la Primera Junta, incrustando también al exterior de sus muros, revestidos de piedras de todas las provincias, las estatuas de los Generales de la independencia, guardianes perpétuos de la que fundaron por su esfuerzo, y de los pensadores que la encaminaron.

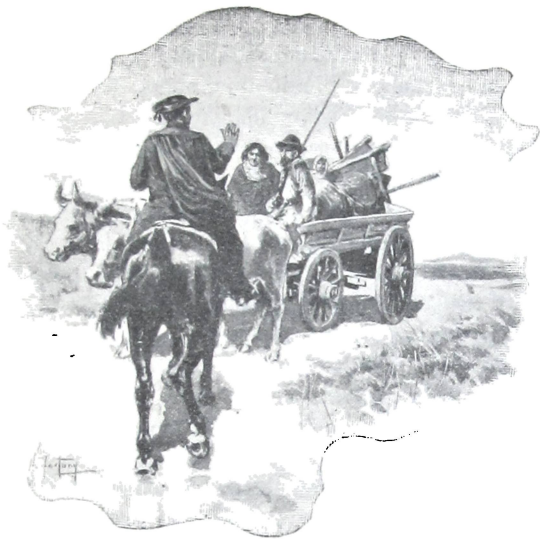
Al trazar estas páginas á la ligera, recordando los Notables en 1810, son nuestros votos que podamos celebrar el próximo centenario de Mayo al pié de la Pirámide, cantando un himno á la confraternidad americana.

En aniversario tal, 25 de Mayo de 1910, debe inaugurarse el Congreso, nó de pan americano, que no sólo de pan se vive, sino el Congreso de la paz americana.

¡Acaso con cien años de experiencia, lograra ser más fecundo en su misión, que en los tímidos ensayos en que la más joven soberana del Viejo Mundo (Holanda) incuba la plausible iniciativa del más poderoso soberano de la Europa!

¡Gloria á los padres de la Patria en el 95° aniversario de su iniciativa del primer día de libertad!





## CASAMIENTO Á PUÑALADAS

---

### I

Alto, magro, jaranero y bonachón— aunque cuando montaba el picaso, se le solía ir la mano,—decidor y decidido era el frailecito que dragoneaba de Capellán Castrense en la División del Oeste, contando más chinas casadas, sietemesinos bautizados de barragana, y gauchas desbarraganadas, que cuentas su rosario.

Cierta ocasión que había salido del campamento Nacional, cabalgando chúcara mula cuyana, llegó al caer la tarde á un rancho pobre, algo aislado, donde la amiga de un paisano bastante rústico, y tan de pocas palabras, que le llamaban en el pago *el silencioso*, se adelantó alegre y charlatana, saludándole:

— Buenas tardes, Padre; dése contra el suelo, y acérquese al fogón: matearemos.

—Dios se las dé muy buenas, comadre. ¡Qué! ¿está sola?

—Allisito no más, sobando un cinchón bajo el alamar de la acequia, quedó mi Ciriaco. ¡Velay! Aquí viene con el más gauchito, que andaba buscando *güeyes* perdidos.

Y á su arribo, continuó el diálogo nó interrumpido por el cimarrón con bombilla de paja, que cebaba la patrona, agregando el Padre Capellán:

—Y ya que hablamos de bueyes perdidos, ¿por qué no se casa, don Ciriaco, regularizando su situación, pues que olvidó pasar por la sacristía antes de echar detrás la iglesia tan numerosa nidada?

—¡Qué quiere, padre! somos *probes*; los tiempos andan malos, y al que nace barrigudo, que lo fajen es al ñudo.

—Pero, para matrimoniarse con una mujer y dos voluntades, á veces, con una sola basta. ¿Á qué andar haciéndole muecas al matrimonio?

Y como al trailecito, por demás charlatán, se le solía ir la *sin hueso*, y ño Ciriaco de pocas palabras, entre mate y mate, no obstante la conversación de la china, á la tercera embestida, *el silencioso* dijo, como dándose por vencido:

—Bueno, Padre; si tanto se empeña, cuando guste.

—Las cosas buenas, hacerlas pronto. Hoy es lunes, y como esta semana tengo muchas almas que limpiar, pues entraron á ejercicios los más agalludos, el sábado temprano vengo á echarles la bendición, para que el domingo, después de misa, salgan toditos bien acollarados y en gracia de Dios.

El gaucho quedó rezongando en su rincón, yá tascando el freno ó *bocado*, pero desganoso de probar bocado; á la china gordinflona, risueña y mofletuda, temblequeándole las prominencias maternas, parecidas á jalea que se mece, por las ráfagas de risa; y el curita, saltando en su mula, regresó al campamento.

No era jugador, carrerino, ni siquiera gallero, únicamente... ¡poca cosa! no adelantéis maliciosas lectoras, pecaminosas murmuraciones. Esa noche, tal vez contento por cerrar cadena de matrimoniamientos con el más empedernido, quizá por el frío intenso que bajaba de cordilleras nevadas,

oyósele repetir con frecuencia la jaculatoria de todas las noches:

—¡Dáme otro beso, *negrita*, y vámonos á dormir!

Tan cariñosas demostraciones despabilaban al monaguillo, á pesar que ni por el ojo de la llave, ó hendidja mal tapada, descubría la *Perpétua* de todo cura italiano, hasta que á sus castos pensamientos volvió el intranquilo sacristán, cuando trás mucho rebuscar, descubrió bajo la cama, entre porrones y limetas, ...qué les parece á Vds?... la botella de rón, marca «Negrita», desdoncellada por tantos besos,— que pecado no eran en noches crudas.

## II

No chica sorpresa tuvo el Capellán el sábado siguiente, al no encontrar un alma dentro del rancho, ni á quien preguntar hácia donde habría volado el gaucho maula, de no interrogar la gata barcina que saltó por la ventana. Irrascible por el chasco, volvió á saltar sobre el flete del Comandante, que por ligero le había prestado, para despachar más pronto, diciéndose: «Pues yo no me quedo sin casar á alguno». Y girando la vista en contorno, ni muchinga caza-ratones descubriera, yá echando de menos la escopeta á su espalda, padrecito tan casamentero que las cazaba al vuelo. Pero al fin, empinándose sobre sus estribos, alcanzó á divisar lejos, muy lejos, carretita desvencijada ó castillo disloçado, tras-montando la loma, por donde el Diablo perdió el poncho, que con cuatro desportillados trastos viejos, mudaba el gaucho matrero toda la cría, huyendo del matrimonio.

—¿Para qué matrimoniarse?—se había dicho reaccionando.—¿Para que al día siguiente me salga la china respondona?

Y aunque el sol ya picaba fuerte, observando la marcha parsimoniosa de bueyes entecados, retardada por las sentadas de mula culatera, picó el caballo, y antes del cuarto de hora llegó á la Isidora, el último de su barraganería:

—¡Párese amigo! ¿Donde vá?—dijo cruzándosele en el camino.

—¡Otri! Di ande mé ha salido tata, pa que tenga de pedirle licencia?

—No habrá resucitado el muerto, pero así no se engaña á la gente. ¿No me dijo que viniera á casarlos?

—Es decir: usted se dijo que vendría... no sé si por los cinco pesos de las bendiciones, más que por otra cosa...

—¡Ah, maulón! ahora verás; te voy á dar cinco chirlos por mal hablado.

—¡Eso será si le da el cuero, ó no se enreda en las polleras!—contestó el gaucho, pelando al mismo tiempo su alfajor.

Y allí no más se trenzaron como entre curas y sacristanes, á semejanza de caricias matrimoniales, mientras que la china, entre ráfagas de risa, desde la carreta se desgañaba:

—¡Jesús! No se maten, que la cosa no es pa tanto.

Y sin parodiar al desencantado autor del *Diablo Mundo*, que achaques de poesía no entendía la cuadrada y sólida barragana, murmuró sin duda:

«*Que haya un marido más ¿qué importa al mundo?*»

### III

A sus gritos, hacía coro el llanto de muchachería, á punto de quedarse sin padre.

—¿Y por qué no te has de casar, indino? Para qué lo prometiste? ¿Acaso por que me veas con sotana, me has tomado por *aguanta-pulgas* y me engañas?—se oía al frailecito, que era una luz en tajos y reveses, y como un relámpago para irse al humo con su alfiler.

—Me va á echar á perder mi hombre,—lamentábase la parte contraria, que había rebanado ya medio hábito de su paternidad, hasta que al poner fin á la lucha, antes de tropezar en el otro medio, con un doble quite y atropellada atrevida, cayó al suelo el candidato á marido, ó á difunto. Y tirando el cuchillo, dijo el más cuchillero:

—¡Ahora á curarse!—Y quiso que no quiso, después de fajarle la herida, con jirones de su propia camisa, al par que le administraba remedios y consejos en un mismo un-

güento, repetía que no hiciera ascos al matrimonio, que no siempre sale tan malo como lo pintan.

Y viniendo en rumbo opuesto por el mismo caminito unos *rotos* arrieros del otro lado, que se pararon á curiosar tan rara hazaña, ayudando á subir el herido á la carreta, oyeron:

—¡Ahora, á casarse tocan!—Y quieras que no quieras, sin una ni dos, casi sin esperar voluntad de partes, haciendo intervenir como testigos á viajeros que por el polvo del camino poco vieron lo que atestiguaron, el curita casamentero les echó la bendición entre dos latines, rubricando la partida sobre el misal, con dos ó tres cruces de los que no sabían firmar, que eran casi todos, y saliéndose con la suya en media Pampa, como no lograra el virrey de Lima en circunstancias semejantes, cuando los *casamientos* de Real Orden.

Esa noche, en los fogones del campamento, se comentaba la hazaña, repitiéndose las palabras que de regreso al rancho del que ya no tenía á que huir, refería el marido á puñaladas:

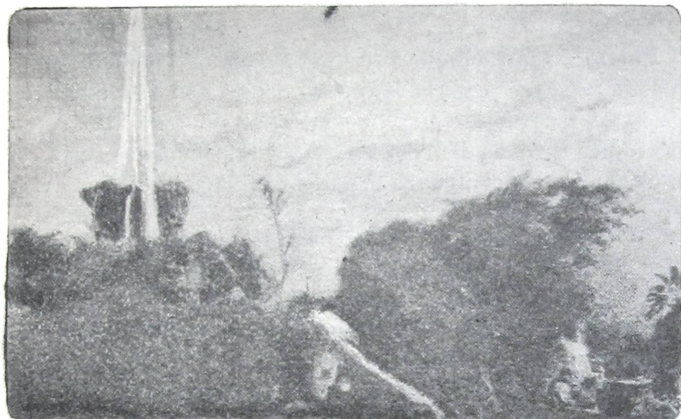
—¡Caramba con el Padrecito éste que había sido pieza! Como hombre me venció, como Cura me curó y como Capellán me matrimonió entre pedregales y cordillera, donde cizaña y mío-mío germinan, más que yerba-buena.

La tradición no agrega si este casamiento á puñaladas dió fruto de bendición, ó semillero fué de apuñaladores.

No sería éste, todo un Cura ejemplar de mansedumbre evangélica, pero exaltado en sus buenos propósitos, creía que todo medio era bueno para alcanzar un buen fin, ó que el fin justifica los medios!







Gruta de la Recoleta

## ¡FATAL DESTINO!

---

«Nací bajo negra estrella».

Probablemente invento de imaginación calenturienta, ó tema de novela romántica, se juzgará el presente. Pero, por los cantos de nuestra pluma honrada, aseguramos ser exacto el cúmulo de desgracias, cuyo eslabonamiento, cadena de dolores hizo arrastrar á Carlos N., que rayan en lo inverosímil.

Sin embargo, los que han seguido nuestras tradiciones, comprobada su verdad encontraron en artículos de fé, in-  
troitos y críticas publicadas, como las del Doctor Carranza, Doctor Estevés Saguí, Guido Spano y otros, respecto á *El hombre que voló, Casamiento á puñaladas, Monja y familiar, El amor de rodillas, El que contó el cuento, Un río encadenado, Soldado argentino General en Rusia, Hospital fundado por un loro, Un Capitán de papel, La Iglesia del susto, Pesca de oro en el Plata, Se los robó á la muerte*, todos tan verídicos como el presente, no obstante sus títulos que á de mentirijilla parecen.



Por lo demás, aunque extraño parezca el sucedido, no lo fué menos el de *Casamiento sin hombre*, que los periódicos de estos días esclarecieron, señalando una vez más, cómo la crónica de cada día registra ejemplares humanos, más extraordinarios que invenciones de imaginación febriciente.

## I

Allá por los años de 1860, el socialismo, los gremios anarquistas que pretenden limpiar todo con petróleo, no se habían desarrollado como en la actualidad, de mayor progreso. Las huelgas mismas adormecían en germen.

En la primera que fermentó en una de las Fábricas de sedas en Milán, habiendo conseguido su Director abroquelarse dentro sus muros, resguardando como guardia de honor los más fieles obreros, las máquinas y telares, sucedió que, cerradas á piedra y lodo puertas y balcones, hácia los fondos por el lado más inexpugnable, de vigia en observación sobre el alto muro, tocó al más jóven de los obreros. Repitiéronle la órden de que, á cualquier grupo ó persona que se aproximára pasado oraciones, si no se detenía á los tres gritos de ¡alto!, hiciera fuego con su pequeña carabina.

Aconteció que, fuera por sordera del anciano transeunte, ó precipitación del novel centinela, enseguida de las tres voces precipitadas por el temblor del que las daba, se oyó el tiro de alarma. Acudiendo todos á la defensa, no descubrieron novedad alguna y creyendo falsa alarma, se retiraron los defensores, mudando el vijia cuya medrosidad podría nuevamente interrumpir el descanso de obreros fatigados.

Del ataque imaginado, resultó sólo un muerto; un solo tiro, (¡puntería fatal!) si bien la justicia de barrio no hiciera gran alharaca por muerto más ó menos, en vísperas de los muy numerosos de Magenta y Solferino, mucho menos cuando abandonando la protección de la autoridad entre patrones y sublevados, dejaran que cada gremio se arregla-

se á pedrada ó palo limpio. Apenas limitó su oficio el Alcalde, á recojer el cadáver, sin iniciar esclarecimiento alguno sobre quién era el muerto, ó matador.

Algunos años después, Cárlos el centinela, dió en seguir una linda joven al retirarse de la vecina Fábrica de guantes, donde era obrera, en la misma hora y por la misma calle lateral del *Duomo*, que él seguía hasta el vículo trás la *Scala*. De roce tan frecuente en idas y venidas, brotó la chispa que á inflamar vino ambos corazones, apesar del mucho frío que corre por las estrêchas calles de Milán. Seá por el parecido que algunos de sus compañeros de fábrica notaran, en la pareja que veían cruzar por donde hoy el ámplio pasaje, que de la Plaza Catedral conduce al Teatro, ó por que éste fuera el de la *Scala*, de cuya acústica bóveda unjido salía todo artista de reputación mundial, de tanto oír, pasando á la hora de ensayo, notas musicales, si Cárlos no llegó al *dó* de pecho, la Beatriz, trás el *dó re mi fa sol la*, dió el *sí* apetecido, recorriendo las siete notas de la escala, antes de los siete meses del primer encuentro.

Y otros siete no transcurrieron, cuando una noche, ¡inesperada aparición! que él creyó la de su dicha, se presentó aflijida y ruborosa la jóven Beatriz, en la habitación de su pretendiente. Venía á pedir en una de sus escapadas á la botica, le acompañara en un trance fatal. La madre espiraba. Pero fuera fortificada por el amor filial, ó que la Providencia nunca niega el último cuarto de hora, que una madre consagra para prolongar más allá de sus días la protección á sus hijos, apuella noche pasó la enferma más tranquila, algo consolada también la hija, por la grata compañía. ¡Cuántas pasiones nacieron en esas tristes veladas, al rededor de un féretro, prólogo misterioso de eternidad que empiezas

Pero si fué de calma relativa la última noche de la anciana, algo confortada al pedir protección para la hija, á su prometido, cuya predilección aprobaba, de sufrimiento infinito fué para Cárlos, de remordimiento y duelo, disimulando la herida que en él abría la revelación de una madre en agonía.

## II

Había sido mujer virtuosa y trabajadora, conservándose honrada, aunque cruel destino la persiguiera desde su infancia. Huérfana muy niña, quedó bajo la tutela de una de esas tías-suegras, preocupadas más de liquidar una dote que de la educación de sobrina alguna. Y como bien pronto la consideró carga pesada, la matrimonió con el primero que pasara, bien fuera éste rústico labriego nada apropiado para delicadezas de niña, cuyos primeros pasos guiaron las monjas más instruidas del Convento.

A poco andar, diversidad de caracteres ahondaron separación de hecho, que empezada cuando Beatriz no había cumplido tres años, dió por resultado, quedar ésta sola con la madre, llevándose el padre su hijo varón. Tan cruel éste, no le había permitido viera una sola vez al hijo, ni dejado huella para recuperarle después de sus días. Y uno y otro joven, arrodillados junto al lecho de muerte, jurábanse amor eterno, y la bendición de madre, anticipando la de sacerdote, á consagrar iba unión tan ansiada de dos corazones desbordantes, cuando preguntó la hija aflijida:

—Pero, al fin ¿como murió mi padre?

—¡Ay, hija! fué la única víctima de la primera huelga, en el año de Magenta.

—¡Cómo! ¿En la Fábrica de seda trás el *Duomo*?

—Sí. Parece que en esa primera huelga sólo hubo una víctima. ¡Y fué el hombre que tanto nos ha hecho sufrir! ¡Dios le haya perdonado!

Así al joven Carlos, vino á revelársele por la madre agonizante de Beatriz, que ésta era su propia hermana, ambos nacidos del mismo seno maternal, y por la fatalidad de su destino, muerto el padre á manos de su propio hijo. Suprimido el apellido del esposo, desde que éste la abandonara, la niña había seguido sólo bajo el nombre materno. Su hermanito mayor, en el olvido de un padre beodo, recojido en la Fábrica, en cuya defensa tuvo la desgracia de matar al primero que se acercó, suponiéndole espía, en momen-

tos que creía próximo instantes dichosos, terrible revelación de última hora llegaba á interponerse, como la sombra del padre, para evitar el matrimonio de sus hijos.

### III

Muchos años habían pasado. Algo repuesto del fracaso en su primera pasión, llegaba á creerse menos perseguido por mala estrella, prosperando en el almacén que abriera en la *Vuelta de Rocha* (Boca), cuando volvió á renacer sentimiento semejante al que prendiera la bella Beatriz, en cierta Magdalena, hermosa como la pecadora de su nombre y pecadora como su tocaya. En idas y venidas á la tienda y trastienda, empezó probándose demasiados zapatos, (corsé no usaba la gordinflona), trás el mostrador de aquel titirimundi, en que se almacenaba de todo, sinó como en el Arca de Noé, (pues que allí no anidó blanca paloma, que cual Espíritu Santo uniera dos corazones) como en *Las tres Bolas*, que todo cambalacheaba. Así, la vecina más frecuentadora de la tienda «La Beatriz», cuyo nombre recordaba á la hermana, que desde la Boca del Riachuelo no dejaba de proteger, enviándole puntualmente la mensualidad ofrecida, después de dejarla casada, pronto ascendió de parroquiána á parroquiadora. Más linda que la figura de muestra, girando á todos vientos sobre la puerta-esquina, ni nada muda como ésta, atraía por su verbosidad y buen despacho, mayor concurrencia á la esquina de Carlin el milanés.

De observar sí, era, que ya no se alzara tantas polleras para robarse zapatos, pero sí patrones y marineros medios despechugados, concurrían por corbatas, pañuelos y calzoncillos, y girando como su veleta, á todos despachaba contentos, que era un gusto. No un año pasara cuando más próspero el negocio, cierta noche de frío propuso á Carlos, su Magdalena:

—Mira, mi patrón; ya es tiempo goces mejor vida, y no te fatigues tanto, que al fin no tenemos hijos, y lo que es tu mujercita nada te gasta. El negocio nos da para el sueldo

de un dependiente. Tanto joven activo que hay por la Boca, y que ya tienen su principio de mostrador, por las pacotillas que de Génova y Nápoles traen á mercar. ¿Por qué no pruebas con *Bachichin el coralero*, que tan pronto negocia en cada viaje su mercancía, y que nos contó la otra noche tiene pocas ganas de seguir en viajes?

—Bueno, mujer, lo probaremos. Y si á tí te parece bueno, —contestó el bonachón de Carlos, tan melancolizado desde el naufragio de su primera pasión, y más triste cada vez que recordaba cómo vió morir la madre, y cómo diera muerte á su padre, que sumiso como un cordero, con un poco de cariño, bien fuera de imitación, se dejaba mansamente conducir.

¡Cuán malo es ser bueno, más si se toma esa bondad, por cobardía ó debilidad!

Y se tomó al Juan Bautista, que sin duda tan á su paladar encontró en su primera prueba Magdalenita, que fué quedando y quedando, y confiado á él dejaba el patrón muchas veces su negocio, por largas ausencias insidiosamente aconsejadas por su pérfida mitad.

—Tú ya no eres hombre que no debas pasar de la pulpería de la esquina, ni del *truco* de la *Fonda del Vapor*. Debes darte más importancia por tu posición de comerciante principal. No vés más allá del baratillo *La Rondanita* de *Bonorino*. En los remates de Arriola y Gowland se encuentran artículos más finos, y hasta debieras ir alguna noche á Circos más decentes á ver el hombre *Cuarenta onzas*, al *Cafe de las Cuatro Naciones*, *Panoramas* como los del bajo, de la Recoba Nueva, y hasta el *Teatro Goldoni*, ya que tenemos dependiente de buen mostrador.

—Sí, mujer, no quiero dejarte sola. Alguna vez te llevaré á esos grandes teatros, pero un hombre de trabajo como yo, no tiene más placer que la copa al lado de su mujercita, más cuando ha dado con una alhaja como tú, que ni hijos me dás, por no darme más trabajo.

Y en estos y otros diálogos semejantes, pasaban las noches apacibles para él, y de infernal desazonamiento para la pécora, en la parsimonia del plan que proyectaba, sin atinar á su inmediata realización.

## IV

Pasó algún tiempo, cuando al día siguiente de su última entrevista con el matasanos de la Botica de enfrente, despertó con excesos de cariño para su marido, á quien por dosis homeopática apenas le propinaba una ó dos cucharaditas de amor falsificado por semana.

—¡Mira, tengo un antojo, en esta mañana tan linda! Llévame á pasear por las Quintas de los alrededores. La de Navarro Viola, cuyos altos eucaliptos desde aquí divisamos; la de Lezama, de cuyas barrancas se abarca tan espléndido panorama, y otras.

—Bueno, hija, viste tus trapitos domingueros, y andando, pero recomienda á Bachichin atienda el despacho; que no le voy encontrando tan activo dependiente, como lo ponderas.

Subiendo iban la barranca de la Convalecencia, cuando en un segundo antojo, propuso la Magdalena querer visitar ese gran Establecimiento que un siglo de beneficios lleva hechos á sanos é insanos. Entraron, temiendo el bueno del marido que el tercer antojo fuera de mellizos.

—A ver si está—dijo.—Yo conozco aquí al segundo, y si el Doctor Uriarte no lo tiene ocupado, nos enseñará más pronto, lo principal del vasto interior de este Hospicio de la Convalecencia.

—¿Y de donde conoces ó tienes relación con locos ó loqueros, que aquí todos pierden el juicio, hasta los porteros ante el diario espectáculo de tanta inteligencia en desorden?—agregó el cándido marido.

—Por que cuando vá á pescar, á la ida ó la venida, más de una vez ha entrado al almacén, por la copa del camino. Aquí viene.

Y manifestado el deseo de los visitantes, mientras propuso que una hermana de Caridad enseñara el pabellón de locas, en menor grado que la Magdalena, siguió el practicante caminando al patio de observación. En animado diá-

logo que distraía á Don Carlos, tan al interior le entrara, que en un abrir y cerrar puertas, en tantas vueltas y revueltas, á nadie encontró al dar vuelta: médico, practicante, mujer, y aun llavero, habían desaparecido como por escotillón.

No debemos pasar adelante, sin antes insistir en la más acerba crítica la facilidad con que contra el simple certificado de un médico y por la sola afirmación del menos especialista, cierránse las puertas del Manicomio, trás demente imaginario, que de cuatro casos, tres salen locos de remate.

No menos de quince días retardaron los informes y observación, sobre un marido bueno y sano, cuya única insania era querer mucho á su pérfida mujer, que en connivencia con el matasanos de otra Parroquia metiéronle en reclusión. Y si largo fué el plazo para comprobar el estado de salud de Carlos, en otro mucho más breve pudo alzar la tienda, dar remate de todas sus existencias, y volar la pecadora Magdalena en alas del amor, dejando con tres cuartas de narices al mancebo de Farmacia, sobre cuyo mostrador mediquillo de tres al cuarto, firmara el informe que llave fué para que, trás del pobre Carlos, cerráranse las puertas del Manicomio.

Pero si allí entró sano este honrado trabajador, perseguido por su mala estrella, melancolizóse á tal punto, que casi loco de verdad regresara á su casa, donde no encontró negocio, mujer, ni dependiente. Ambos habían salido á tomar mejores aires que los de la Boca del Riachuelo. Unicamente, sobre su catre vacío, los últimos recibos sin firma, para el pago de Impuestos Municipales, alquileres, etc., etc.

Cabizbajo, lunático y hablando solo, volvía á subir la barranca que poco antes ascendiera del brazo de la felona, y llegando á la Policía, pidió hablar con su jefe, Don Marcos, á quien refirió todo lo que llevamos contado, pidiéndole un consejo, si creía llegado el caso de justificar el suicidio que premeditaba, desde que saliera de la Casa de Locos. Paz lo mandó al médico de Policía, y el Doctor Blancas, ante quien hizo patética narración de sus desgracias, con mucha paciencia lograron sus buenos consejos, calmarle.

Desesperado, sin un amigo, (que no los tiene, no sólo en la Boca, el que se queda sin blanca) vagaba por la *Vuelta de Rocha*, *Estación Brown*, *Plaza Mendoza*, *Tres Esquinas* y á entrar iba á la «Fonda del Vapor», cuando le detuvo el recuerdo de la felonía con que insistiera la Magdalena frecuentáse más lejanos centros, como el de *Goldoni* y *Cuarenta Onzas*. Resonando en sus oídos el grato rumor de onzas, francos y liras, recordó que á muchas cuarenta piezas de esa moneda ascendía su depósito en el *Banco de Italia*; fué corriendo á su puerta, sobre cuyo umbral pernoctó, para entrar primero, aun que no por mucho madrugar, amanece más temprano.

## V

Sospecha horrible martillaba su mente sin cesar. Al simple pedido de su mujer, se le había abierto el Manicomio, Médico y mancebo de botica, y el mancebo de la manceba, cuatro golpes, á cuyo empuje fácilmente abríanse las puertas que guardaban el fruto de su trabajo con tanta economía atesorado.

Al fin llegó bamboleante á la barandilla, y traspasado de frío por la trasnochada. El robo no había sido tan grande como el que toda esa noche le preocupaba. Con una libreta de *Cuenta Corriente* á nombre de ambos, pudo sustraerle unos cinco mil pesos de la antigua moneda, pero otra á *Plazo fijo*, de mayor cantidad, á su solo nombre depositada, salvado había las precauciones de Banco tan respetable, que muchas cantidades de pobres ha preservado.

La monomanía se acentuaba, y obcecado en la idea fija del suicidio, transcurrió una y dos semanas en que, por nuevos consejos al Jefe de Policía y ante el Médico de la misma, volvía todos los días.

—Pero Vd. no ha quedado en la miseria, y es de hombre levantar el espíritu para arrostrar la desgracia hasta vencerla,—le dijo el enérgico Señor Paz.

—Si, Señor, me han quedado algunos pesos. ¿Pero que



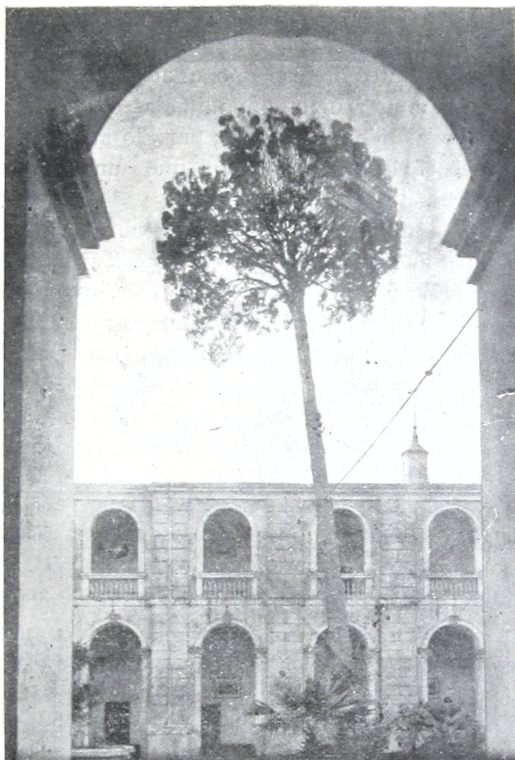
voy á hacer? Siento desgano en todo. Volver á trabajar; ¿para quien? ¿volver á querer? ¿volver á enloquecer? Pues si no estaba loco en la Convalecencia, siento como viene llegando paso á paso la locura. Señor, oígame. Es mejor acabar de una vez. He sufrido tanto desde chiquito en su tierra y en la mía, que prefiero más bien poner punto final de una vez. Mire. Señor, le voy á encargar dé á los pobres, por que yo no tengo amigos, esa platita que hay en el Banco, mientras voy á comprar aquí á la vuelta, (cuartos de Borbón) unas balas para este revólver. Y aquí no más me pegaré un tiro, para evitar averiguaciones á la Policía, si me mataron ó de que mal morí.

—Présteme, le evitaré el gasto,—dijo el Jefe de Policía, siguiendo con toda calma la corriente del monomaniaco. Y mientras le cargo el revólver, vaya á hablar un poco con el Doctor Blancas. Está condolido de su suerte, y le ha de dar mejor consejo.

—¡Como nó!--dijo Carlos al levantarse,—si es mi padre, pues como tal me habló tan bien el otro día. ¡Qué hombre bueno es Don Blancas!

Poco después, por indicación del Médico de Policía, ordenó el Jefe de ésta, vigilancia especial sobre el desgraciado Carlos. Y así pasó otra semana, vagando por los alrededores de la Recoleta, cuando al día siguiente de la inauguración de su Gruta, al pescar el cadáver que flotaba sobre sus primeras aguas, reconocióse la victima del fatal destino, matador de su padre, apasionado de su hermana, reconociendo la madre en el momento de su agonía, atrevido por la mujer, traicionado por el dependiente que protegía, secuestrado por declaración de su mujer propia, en Manicomio al que entró sensato y salió neurótico, enloquecido bajo el cúmulo de tantas desgracias, y suicida en su locura.





El ciprés de San Francisco

## LO MAS VIEJO

---

### I

—Qué es lo más viejo en esta ciudad?—preguntaban hace pocas noches á cierta memorialista, contemporánea de la ilustrada señora Bolaños de Halbach, quien como ella cuenta en su quinta generación nietecillos, que á cada paso interrogan ¿por qué? de cuanto pasa. El más grandulito de todos ellos, contestó sin vacilar:

—La casa de Dios, en la esquina de la vuelta, cuyo frontis dice: «Año 1772.—Porta Cœli».

—¿Entonces, antes de ese año el cielo no tenía puertas?  
—balbuceó la menor de la chiquilina.

—Como no las tiene hasta hoy; pero lo más antiguo es el Cabildo de 1711, según la cifra que un rayo borró,—dijo otra.

—Mayor es un alto viejo, que se conserva flacucho y alicaído, pues que intemperies y vendavales de trescientos años conmovieron su cabeza, y aunque algo curvado, todavía se empina en un pié, sin duda por no perder la costumbre de curiosear sus alrededores; bien que las más curiosas vecinas no lograron verle nunca,—agregó una otra tradición viva del siglo pasado. —Alrededor del anciano misionero, diez generaciones sentáronse, meditando sobre lo fugáz de la vida, de la planta humana, que dura menos de lo que ella planta. Si pudiera hablar, ¡qué cosas contara! En cuanto á lo que vió, contemporáneo de los primitivos cimientos, ha visto crecer y desarrollarse cuanto á su alrededor se ha levantado, y gracias al activo ingeniero Thays, que le mimaba como el más anciano á su cuidado, largos años presenciara todavía el engrandecimiento de «la ciudad de los sesenta».

—¿Pero cómo ha podido vivir tanto, en barrio en que tanto sietemesino muere?—observó el más impaciente

—Por milagro de San Francisco Solano, quien encargó al más querido de sus hermanos, el beato Fray Luis Bolaños, plantara de madera incorruptible, como la fé que simboliza, el ciprés que dió de recuerdo al despedirle, pues no es otro el anciano de Misiones de esta tradición.

Hoy que la iglesia celebra la fiesta del serafín de Assis, no estará demás, queridos niños cristianos, les recuerde que, quien mandó levantar este convento, fué el Custodio Solano, verdadero Orfeo del Nuevo Mundo, al que seguían los indígenas embelesados, menos por la suave melodía de su violín de dos cuerdas, que por la atracción de su mágica palabra persuasiva, haciendo vibrar las dos más sensibles fibras del corazón humano: el amor y la caridad. Ningún otro apóstol en el Nuevo Mundo, convirtió mayor número de in-

fieles en su evangelización, desde Panamá al Alto Perú, La Rioja, Santiago y Misiones.

## II

Es este árbol el monumento más antiguo de la ciudad del millón, y lo que de más vieja data perdura, desde que el virtuoso misionero que casi llegó á santo en el cielo sin puertas, abierto á todo bienaventurado, lo plantó en 1605 en la antigua huerta del primitivo convento de San Francisco. Pálido guardián del jardín de los muertos, se yergue más alto que cuanto le rodea, como le representa la fotografía que reproducimos; y para contemplar su desgajada copa, preciso es elevar, como el alma, la mirada al cielo. Es, sin disputa, de antiguo abolengo, y lo de mayor arraigo entre nosotros.

Nacido en sus vecindades, (á cien pasos distante el hogar de nuestros abuelos) al declinar la vida, volvemos con frecuencia en horas melancólicas á sentarnos al pié del tres veces centenario, cuyo perfume conforta, como si aspiráramos miasmas de lejana época, rogando al Seráfico Solano interceda, por que nunca se desarraigue la fé que fortifica y alienta al joven pueblo argentino.

Recordamos con gratitud en aquel banco de la paciencia, de la espera, de la meditación para tantos, al Reverendo Padre Hidalgo, Andasol, Fray Pedro Durán, que condujo los primeros estudiantes argentinos al Colegio Americano-Latino fundado en Roma por Monseñor Eizaguirre, Fray Antonio de Cerdeña, quien después de acompañar al Emperador Maximiliano en Tierra Santa, nos ciceroneaba en su mismo camino; el Ilustrísimo Señor Bustos, Ortega, Lagos, desde el Padre Banegas (catedrático de Derecho Canónico) hasta tantos Padres de la Iglesia y Oradores sagrados que oímos allí, fuera del púlpito, en sabrosa plática, en las tardes serenas de verano.

Al lado de tanto Cura de almas, á nuestro pedido, el facultativo Cura de coníferos, no há mucho fué á tomar el pul-

so á éste inválido. Como las cataplasmas y paliativos de botica casera y aún de la de enfrente, (no yá tan frecuentada de frailes cual en tiempos del farmacéutico Torres,) como medicamentos de frailes mendicantes no le mejoráran, el perito señor Thays acaba de reforzarle con más firmes sunchos de fierro, para detener la inclinación causada por fuertes vientos del Sur. Tomó sus grietas, curando heridas, rasguños y cicatrices de su ancianidad. El árbol no rejuvenece, pero su caducidad se detiene, habiendo alejado sus destructores, que desde lúengos años le desgajaban para ornamento de túmulos y procesiones. Sin los cuidados de los Reverendos nóbrados, fin habría tenido, como el otro célebre árbol plantado por el mismísimo San Francisco, en Córdoba, que acabó serruchádo en alfajías.





Escuadra Anglo-Francesa

## EL COMBATE EN OBLIGADO

---

### I

Las diez serían, minuto más, minuto menos, de esa calurosa mañana (Noviembre 20 de 1845), cuando el primer cañonazo del *Philomel*, Vapor de la Escuadra inglesa, retumbó en las aguas del Paraná. Iban sus écos muriendo en ambas riberas, y su bala, rebotando en dos y tres piques sobre la superficie tranquila del río, fué á incrustarse en la barranca de Obligado, desgranando la húmeda greda. El cantor del Uruguay, (Dominguez) corresponsal de *El Comercio del Plata*, observándolo desde uno de los buques que seguía á la Escuadra anglo-francesa, dijo á su señora al pasarle el antejo: «El pedestal del tirano empieza á desmoronarse». En aquel momento, el General Mansilla subió á la batería de su nombre, y saludando con la espada al enemigo, cuyo Jefe se destacaba por su galoneado uniforme, al terminar los vivos seguidos al Himno Nacional, dijo: «Suenen el cañón. Yá rompe la paz. Tremola en el Paraná y en

su costa el pabellón azul y blanco, y nuestro primer deber es morir todos, antes de verlo bajar de donde flamea».

El comandante Trethouart, resumió su proclama agregando: «El Dictador de esta hermosa región, pretende tiranizar aún las Naciones vecinas. Navegamos desde tan lejos para convertir en hermosa realidad la libre navegación de los ríos, protegiendo el comercio del Paraná. El pabellón francés, que siempre ha defendido la libertad humana, cumpliendo su misión, viene á romper cadenas. ¡Viva la Francia!» Esto último, fuese por la distancia, las palabras que se lleva el viento, ó un poco de ruido del combate, no se oyó muy claro; pasado algún tiempo, algo así como cincuenta años, leímoslo en *El Monitor* (Paris), donde otro poeta, (Heredia) nos hacía notar el parte bombástico. Aunque lacónico, si bien elogia debidamente el valor argentino, agrega entre otras mentiras oficiales, que las baterías fueron formadas por desertores de la Escuadra, puesto que en todo el país no existía un ingeniero militar. En cuanto al Comandante Hotman, como buen inglés, era mudo; pero al oír: «Nadie pasa sin hablar al portero», como el tirano era sordo á toda reclamación, se expresó con las voces más altas de la época, exclamando por boca de sus cañones de ochenta: «Estos caminos que andan, los ha hecho el Creador para que todos pasen. ¡Pasemos!»

El San Martín, adelantando hasta tiro de pistola de la batería más avanzada, echó anclas al objeto de servir de blanco inmediato, mientras que trás él navegaba la escuadra hácia la línea de atajo. Desde aquel momento, el combate se hizo general. Cien cañones en once buques, tres de ellos Vapores, aparecían cada uno, como castillo flotante. Eran sus fuegos contestados por cuatro baterías improvisadas, cuyos pequeños cañones no sumaban la tercera parte. Bombas, balas, granadas, palanquetas, balas rojas y encadenadas, caían sin cesar. Tras los merlones, un poco abajo, la reserva de los sirvientes de pieza; éstas, en dos baterías á flor de agua y otras dos coronando las barrancas. Los infantes, resguardados entre el monte grande, para repeler el desembarco. En vez de protegerles, sus árboles, multiplicaban

proyectiles en troncos y ramas, que hacían saltar palanquetas y balas. Todavía las de mayor calibre, levantando carretadas de tierra, y bombas que reventaban en el aire, diezmaban los soldados en línea, de rojo chiripá, entre el verde pastizal. Recordaban algunos de esos mismos gauchos, cómo años atrás habían hecho prisionera, enlazándola en el estrecho Colastiné, toda una escuadrilla sutil, bajo el mando de uno de los heroicos vencidos en Trafalgar. Los valientes gauchos argentinos llegaban á murmurar por lo bajo, preferible fuera nos lanzáran al abordaje con el facon entre los dientes, (cual veinte años después, á son de camalote, audaces paraguayos asaltaron acorazados brasileiros), en vez de seguir impunemente cañoneados á la distancia. Cuando el San Martín, puesto fuera de combate, con ciento catorce balas incrustadas en su banda de estribor y velámen, dejóse arrastrar por la corriente aguas abajo, el General Mansilla expidió su primer Parte volante, comunicando que: «No había dejado aproximar á la línea de atajo la escuadra anglo-francesa, pero que, á la larga, no sería imposible lo consiguiera por la superioridad y el alcance de su artillería, así como por el agotamiento de sus municiones...»

Difícil es, en breves líneas, resumir los episodios heroicos de aquella olvidada acción, donde el valor argentino resplandeció como en todas partes. Paseándose sobre la explanada de la batería, Mansilla tomaba mate con toda flemma al lado del coronel Crespo, en cuyo peto militar, cuajado de medallas y condecoraciones de la guerra de la Independencia, no cabía una más. Los coroneles Rodríguez, Cortina, y Thorne, Brown, Arzogaray, Palacios, jefes de las baterías: Elizalde, Anzoátegui, Angel Basso, Botet, Segovia, el Ayudante Garmendia, que perdió un brazo al alcanzar al General un parte, ¡cuántos bravos en aquel día descollaron! al lado de Zeballos, Villar, Barreda, Virton, Maurice, el Capitán Ochoa, el abanderado Félix O'Gorman, como Julián del Río, Urraco, Magallanes, Lima, Cañete, Craig, Cerviño, Martínez y el bondadoso D. Facundo Quiroga, que recogió tantos heridos, (como los cirujanos Salvarezza y Marengo,) en las diezmadas milicias de San Pedro, que comandaba.



No menos audaces que Hothman, Hope, Sullivan, Leringe, Trethouart, marinos ingleses, rivalizaban sus aliados: Mazières, Miniac, Paire y de la Riviére.

Oficiales, soldados y hasta mujeres del campamento, sobresalieron por su actitud valiente. Así, *Masamorra*, soldado de San Nicolás, celebrado por lo píñón y dicharachero, ocupó largo tiempo en continuos viajes, metiéndose al río para acarrear agua, en el saco de cuero, con que apagaba la sed devorante de sus fatigados compañeros, en día de tanto calor, que el humo denso de la pólvora hacía más bochornoso. *Marta la Chacabuco*, china del campamento, cuando no quedaba ni un taco, rompió sus polleras para que el Cabo de cañón atacara á *Bocanegra*, de veinticuatro. Otra, tan negra como la boca de ese cañón, *Tía Marica la charlatana*, sobre un médano, entusiasmaba con sus gritos y vivas á *mi amito el Restaurador*, cuando una bala le llevó la cabeza que, entre el ramaje de un ceibo en flor, quedára balanceándose. Otra negra que corría á refugiarse bajo el corpulento quebracho (ciento veinte años há, plantado sobre lo más alto, por el que dió nombre á la comarca), con un atado de achuras en la cabeza, y dos negritos de la mano, fué alcanzada por una de *ochenta*, volando en pedazos por los aires madre é hijos. Cerca de Estanislao Maldones, cayó el Teniente Rodríguez, y disparando su último cañonazo, el Teniente Romero se subió á caballo sobre el propio cañón. Cuando no tuvo más con qué tirar al enemigo, le tiró... un corte de manga, entre imprecaciones que la muerte cortó, al tiempo que caían Medrano, Martínez y Sánchez por otros lados.

## II

Cuando la negra Marica (*bicho feo*) fué muerta por una bala de la Escuadra, el General Mansilla, de poncho vicuña y chambergo, que seguía parado sobre el merlon de la Batería, hizo seña continuara trayendo mate, al asistente más inmediato. Regresaba de alcanzar una ponchada de balas de á cuatro, para el cañón de menos calibre, único que más provisto de ellas estaba. Subiendo y bajando la



*Plano del pasaje por la «Vuelta de Obligado» (Río Paraná) de la Escuadra Anglo-Francesa, levantado sobre el propio terreno por el Capitán de Artillería, Ingeniero Don Alejandro Obligado, según el Parte Oficial del combate, y detalles de testigos supervivientes.*



húmeda greda resbaladiza de los merlones, siguió largo tiempo, hasta que caído al pié de su cañón Demetrio Seguí (luego Teniente Coronel) invalidado allí para toda su vida, corrió á servir el cañón de la batería más avanzada, con González, Elizalde y Maldones.

Ese bravo asistente, echado á las tropas de Rozas, en la leva de 1837, por tildarse su familia de *unitaria*, es hoy el decano del ejército argentino. Pocas son las batallas á que no ha concurrido, y después de haber aprisionado la Escuadra del tirano López con el Regimiento *San Martín* (apéndice de una brillante foja de servicios), luce el Señor Donato Alvarez, los entorchados de Teniente General.

El combate continuaba con mayor encarnizamiento. Agotadas sus municiones, el capitán Tomás Graig hizo volar el bergantín Republicano, que defendía un extremo de los barcos encadenados. El cañón reservado, en puntería fija, al remache de ella en la vecina isla, (ochocientas brazas distante), mató al primer marinero que desembarcó á reconocerla. Pero, poco después de retroceder la Comus y el San Martín, apagados los fuegos del Fulton, el bravo Hope del Firebrand, consiguió cortar á martillazos la triple cadena que enlazaba los veinticinco minúsculos barquichuelos, y azotada por la fuerza del Paraná, su corriente la abatió hácia la ribera. Trás el Firebrand y el Gorgon pasaron aguas arriba, siendo recibidos á cañonazos por el Comandante Thorne. Enfiladas de retaguardia las baterías, la Expeditive tardó tres horas más en concluir con los artilleros de tierra.

### III

Cuando al caer la tarde, desmontados casi todos los cañones, sin un tiro que contestar, al descender tropas de desembarco, el coronel Rodríguez inició la primera carga con el batallón Patricios. En aquel momento, alguna confusión se produjo, viendo que los Ayudantes subían á caballo al General Mansilla, volteado por un terronazo en el estómago, y aun bajo los fuegos de una Escuadra que había bombardeado ocho horas, las tropas veteranas fueron de-

tenidas en una segunda carga de los Cívicos, sin atreverse los asaltantes á pasar de las baterías, bajo el amparo de sus cañones.

Al fin, tras largo y encarnizado combate, buques de las dos más poderosas escuadras, pasaron. Desde Trafalgar, uníanse por primera vez bajo la humareda de los mismos cañones para combatir al dictador argentino. Pasaron la angostura del Paraná, no sin llevar tres ó cuatro de sus naves desmanteladas y como doscientos hombres fuera de combate, frente á las barrancas en que el soldado argentino probó una vez más que, sin contar el número de sus enemigos, ni desventaja ó inferioridad, sabe en toda hora defender con brío el puesto á su valor confiado.

.....

Sobre los olvidados muertos de aquella gloriosa jornada, años después, fué puesta por el poeta Obligado (Rafael), la solitaria Cruz de ñandubay, coronando las barrancas, á que nuestro bisabuelo dió nombre, y el valor argentino renombró.

Hombres y mujeres, niños y ancianos, patronos y peonada, paisanos de muchas leguas á la redonda, acudían conmovidos. Cada cual extraía una palada de tierra, profundizando el hoyo, y cuando el viejo señor de aquellos campos levantó la Cruz, tristes y cabizbajos los más rudos gauchos conmovidos, lloraban deudos y amigos perdidos en combate, que, nó por olvidado, fué menos glorioso. Todos se descubrieron, é hincándose, rezaban *el bendito* regando con lágrimas aquella Cruz. La más anciana alzó á la más pequeña, cuyas manecitas inocentes colgaron la corona de laurel (que las jóvenes de la familia tejieran) sobre la Cruz que al desfilar, besaban con respeto.

.....

Entre felicitaciones de todas partes en que los marinos franceses é ingleses elojian el valor y tenacidad de los argentinos, resistencia tan prolongada con tan escasos pertrechos, no fué el menos notable, treinta años después, el Oficio del Vicealmirante inglés Sullivan, que termina: «Quiero restituir la bandera bajo la cual, y en la noble defensa

de su patria, cayeron tantos de los que en aquella época la componían».

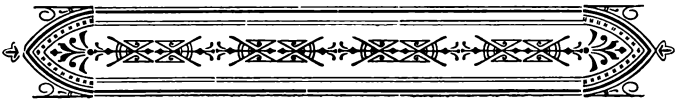
Séanos permitido comentar. Las banderas de las baterías fueron llevadas por sus Oficiales en la retirada. Sobre las embarcaciones que formaban la cadera de atajo, no flameó alguna, y no habiendo llegado á cruzarse bayonetas, bien fuera esa bandera tomada en buques de cabotaje que navegaban el Paraná, ó de vivanderos que entre el monte y el campamento la izaban, (con gorros colorados, sobre fajas casi negras) para atraer marchantes, ellá motivo fué, muchos años después, de tan honroso reconocimiento.

.....

La última vez que llegamos á prostrarnos al pié de la Cruz consagrada por la familia, encontramos una barca inglesa, á cuyas cavas derramaba el progresista y activo vecino Don Filiberto Oliveira César, cereales de la comarca. (Seiscienta mil bolsas, sólo en la última cosecha). Sus cañones de madera (canaletas) emplazados están sobre las mismas baterías que detuvieron la escuadra anglo-francesa. De aquí escuadrilla numerosa formarían las naves cargadas para las costas británicas, con la carne, el grano y la lana que abriga y alimenta descendientes de aquellos que, si encontraron bravos argentinos atajándoles, cuando en són de guerra llegaron, con brazos abiertos les recibieron luego. ¡Hoy devuelven sobre rieles que su hierro extiende, el pan de cada día, semilla fecundada con el sudor argentino en campo que labra el arado inglés, arados aquel día por sus balas!.....







## LAS APARIENCIAS ACUSAN

---

### I

Alto, grueso, de sonrosadas mejillas, encuadradas entre largas patillas rubias, de pelirojo subido y afilada nariz, dinamarqués de origen y Contador de nacimiento, era Don Agustín T....., allá por los años de 1830, Contador mayor del Banco de Buenos Aires. Contaba tan bien como escribía, y escribía tan ligero en francés, sin corregir una coma, planillas que, por su nitidez, parecían litografiadas. Lástima que tan hermosa caligrafía, escluida se halle hoy de nuestras Escuelas. Respirando bondad y salud por todos los poros, de tan bello carácter, como caracter, fué nuestro buen dinamarqués el hombre más honrado que había llegado de aquella isla. Franco, expansivo, jovial y correcto en todo, hasta en sus incorrectos amores.

Yá muchos años llevaba de empleado en aquel Banco memorable, que tanta prosperidad esparció en esta tierra, y que, fundado con el millón de pesos del primer empréstito, (Baring Brothers y C<sup>o</sup>) llegó á contarse tercer Banco en el mundo comercial.

Así también desde el más subalterno, ascendió don Agustín, grado por grado, á los puestos más altos. El Presidente de la Casa, que lo fué más de un cuarto de siglo, hombre de peso y de pesos, tan grave como Don Bernabé Escalada, le consultaba en todo, no sólo los detalles y cuentas de administración, sino hasta en las de su rosario de plata, desengarzadas al enredarse en la manteleta de la bella Mercedes, su novia por treinta años, en ocasión de ofrecerle agua bendita á la salida de la Iglesia de su nombre.



Pero un día sucedió, que no embargante el olor de honorabilidad en que se tenía al hermoso dinamarqués, descubrióse en el último arqueo de caja, desfalco de cien mil pesos. Se buscó en toda la antigua Casa del Consulado, á que trasladárase el Banco, fundado en *Temporalidades*, y por más de escudriñarse por todos los rincones, en parte alguna aparecieron.

Bien que al principio, de ninguno se sospechara menos que del pulcro y sonrosado Contador, vago rumorcillo encocorizador fuese levantando, más inquietante cuando no se conoce su procedencia.

Ocurrió decir á alguno:

—El cara de judío ése ha de saber donde están.

A lo que otro agregó:

—Se dá muchos humos, y demasiado rumboso es para su corto sueldo.

Atando cabos, el vecino de su querida, expresó:

—Al fin es el único extranjero en la Casa, y con *ella* y con *ellos* pondrá mar por medio.

La murmuración fué creciendo, creciendo como bola de nieve, y tomando consistencia, á punto de que, el más sesudo del Directorio en las cuentas del sábado, salió refunfuñando á su adlátere:

—Los libros están bien llevados, pero entre tanta gente-honrada, los *cien mil* no aparecen.

—¿Pruebas? Qué más! No parece judío.—murmuró un tercero.—¿No se le ha visto acompañando en público, la más hermosa Magdalena de exportación que ha llegado?

¿No había en esos días suplido al Cajero en sus funciones, pues el efectivo andaba curándose por la Chacra de su Jefe, el reumatismo tomado en las toscas de San Isidro, sin duda en pesca á la luna, y en grata compañía?

¿No acababa de desbancar con sus larguezas, al Señor Balbin, que no obstante ser el más joven de los empleados, veterano era en lides galantes?

Las apariencias sindicán,—se agregaba,—y si pruebas bastantes no se encuentran para enjuiciarle, sospechas hay para suspenderlo. Al insinuarle con su más melíflua vocesita y

aire compungido, su segundo en la Contaduría, que talvez sería conveniente presentara su renuncia, el digno dinamarqués, todo un hombre, contestó:

—¡Jamás! O culpable en la cárcel, ó inocente en la estima de todos. Yo no entiendo de esas medias honradeces, ó componendas con la Justicia.

Comprobado el desfalco, y recayendo descuido y responsabilidad sobre el Contador Mayor, Cajero y Jefe inmediato en todas las dependencias, pero teniendo en vista como atenuación, buenos servicios de muchos años; el Directorio se limitó á suspenderle provisoriamente. Márjen dió ello á varias publicaciones del Contador y del Cajero, en polémica provocada por la prensa, y en folletos, pero esquivadas por los Señores del Directorio. Dos empleados del Establecimiento pedían juicio público, que evidenciara su inocencia, contestando el Superior, desde el trípode de su infalibilidad: *¡Non possumus!*

## II

Esta reminiscencia de un suceso, del que aún viven contemporáneos que abonan su exactitud, pudiendo parecer lejana, recordaremos otro de mayor resonancia, diez años después, de cómo las apariencias acusan.

Aconteció allá por los años de 1840, que una honrada esposa quedó, como otras muchas quedaron, sin marido, pues que á su tercera tentativa de embarque con los que emigraban á Montevideo, si bien alguien alcanzó á divisarle herido y desangrando, tirado en las toscas; ni entre los muertos en la ribera, ni entre los casi muertos de hambre, dentro de aquella plaza, por diez años sitiada, volvióse á ver en parte alguna. Como á la semi-viuda del salvaje unitario perseguido por la mazhorca, seguían apareciéndole diez y ocho mesinos cada año y medio, la maledicencia de sus caritativas vecinas, empezó á abrir jirones en la reputación de esa honrada señora.

Una cándida doncella cincuentona, le retiró sus servicios.

Si bien como piadosa cristiana ayudaba en el barrio en toda enfermedad, terror pánico le alejaba de las parturientas, preservándose de contagio. La sobrina del Cura, que tampoco creía en generaciones espontáneas, arañaba que era un gusto, el buen nombre de la desolada esposa, que á los sufrimientos de la pobreza y estrechez, aislamiento y abandono, aumentaron los de mala fama, que apariencias arrojaban.

—¡Mire lo que son las cosas!—lengueteaba la negra charlatana comadrona del barrio.—Hasta las más señoronas hacen lo que cualquier lavandera, quedando tan frescas, como las que *matean el cimarrón* sobre las toscas. ¿Quién había de decir de la señora Doña Pepita, que mientras su pobre marido trabaja como un burro en Montevideo, por mantener la familia aquí, en su ausencia le llueven hijos, que es un primor?...

Para dejar de ser la befa y blanco de la maledicencia, fué preciso esperar cayera Rozas y su tiranía de veinte años, y que uno de sus acérrimos enemigos, sepultado vivo por doce años en el húmedo sótano de su huerta, surgiera de bajo tierra, como aparición ó resucitado, en medio á sus hijos, á quienes yá encontraba grandecitos.

En este drama que tomará por novelesco la generación que nos suceda, dudaráse cual es de mayor admiración: si el amor del marido sufriendo tantos años bajo tierra, por no alejarse de la mujer amada, ó la abnegación de ella sacrificándose hasta afrontar apariencias deshonorables, por ocultar el digno padre de sus hijos.

La tradición del primer Hospital, recuerda cómo el fundador que le consagró gran parte de su vida y fortuna, fué calumniado por apariencias tales, de gatuperios y estropicios, que oscurecieron su buen nombre, llegándose á murmurar que en el Colegio de Huérfanas, eran éstas lo único de su procedencia. Negados sus servicios y cuantiosas limosnas, prendió la calumnia su envenenado diente, dando con él en la cárcel, acusado por malversación de fondos. Cuando la rehabilitación llegó, en juicio nó menos largo que los del día, fué en vísperas que el calumniado salía de la cárcel para el cementerio.

De igual modo, veinticinco años después de aquel en que á un honrado Contador se le alejara en suspensión sin término, aparecían los cien mil pesos extraviados.

### III

Lector amigo, ¿no habeis tenido entre los de vuestra mesa-escritorio, alguno de esos cajoncitos ladrones, que chasquear suelen al más avisado? Tablas desunidas en el uso, dejan caer, por la separación al fondo, en el cajón de abajo, documentos cuyo extravío inmediato, causar suele grave perjuicio. La endija de una tabla, y el olvido de otro, orijinaron la suspensión de dos empleados.

Un nuevo Directorio, en su vista de inspección por todas las Oficinas y dependencias, dió con los *perdidos*, habiendo insistido en abrir antigua caja de hierro, arrinconada por vieja en el más obscuro sótano.

Aún era Presidente el Señor Escalada quién mandó llamar varios cerrajeros. Como no consiguiera abrirla ni Don Francisco Carulla, quien fundió su vida y su haber en la primera Fundición, establecida para enseñar niños pobres, mientras el señor Terry consultaba con los empleados más antiguos, cómo viniera á parar allí, caja que tantas inspecciones pasaran cerca de ella sin observarla, el activo señor Don Leonardo Gonzalez, propuso: «¿Por qué no se solicita el más hábil de los ladrones de cajas, que en un abrir y cerrar de ojos dará vuelta y media al mejor cerrajero? Yá ha de estar por salir de la cárcel, compurgado, el que fracturó de la caja del Papel Sellado».

Menos tardó en mandarlo el recomendable Jefe de Policía Don Cayetano Cazón, que en aparecer el célebre jorobado, Domingo Parodi, Capitán de ladrones, en la gavilla de los *Caballeros de industria*, ocultando su joroba bajo amplio *cavour* de anchos y multiplicados bolsillos, cuya moda introdujo.

Sonrióse con aire de suficiencia, complacido al ver que su propaganda hacía escuela, llamado á un Banco, sin

duda para que enseñara tan lucrativo oficio á la alta escuela. Se cuenta, grande es el número de sus depositantes, hasta el presente doloridos, quejándose de mayores desfalcos, asegurando, no lo creemos, que acreedor, y más de uno, sobrepasaron las lecciones del Profesor y toda su gavilla, obteniendo *puros dieces* en materias de curso tan peligroso. Cuando presentándole un manojito de ganzáas, se interrogó á Parodi, si podría abrir la enmohecida cerradura, retiró las llaves, pidiendo también se retiraran un poco los presentes, que no era el caso de dar gratis lección de su método, y especialidad de *Caco* perfeccionado. Quedando sólo el Presidente, al asegurar su reloj, nó bien abotonara el largo levitón sobre sú ámplio abdómen, cual ante la mágica palabra: *¡Sésamo ábrete!* de un golpe apareció abierta la caja olvidada. Yá intentaba el jorobado introducir la mano, cuando la del Señor Escalada sobre un hombro, le indicaba concluido el objeto de su llamado. A tiempo entraban los demás empleados, viendo en las obscuras concavidades, *bajo la tabla caída*, hasta diez grandes paquetes húmedos y ennegrecidos, de verdi-oscuró color, que contados, sumaron los cien mil pesos.

#### IV

Tantos años habían transcurrido, que nadie recordaba su procedencia, ni incúria, de tan fatales consecuencias.

Y como era Sábado y primer día de mes, recién por la noche, rezando la *Salve* ante el altar de la Virjen de Mercedes, en la Iglesia de este nombre, el señor de Escalada, devoción que conservó hasta los últimos días, al regresar de su paseo de tarde á los bancos de la Almeda, (entre su hermano y el Señor Llambí), bajó á su memoria, como inspiración de la Virjen, la de que, esos cien mil pesos reaparecidos, sin duda eran los que perdieron al honrado Contador.

No pudiendo comprobar su inocencia en delito que no existía, empezó el honrado Don Agustín T... á enflaquecerle mal de ánimo, y al transcurso de algunos años de sufri-

mientos de toda clase, víctima de apariencias, le mató la pena negra, después que poco á poco se le había hecho el vacío á su alrededor por el qué dirán, aunque no se le reconocía culpable.

Puesto el hallazgo en conocimiento del ilustrado Ministro de Hacienda Señor Riestra, el Gobierno del Doctor Obligado decretó la rehabilitación de la memoria de un honrado empleado del Banco, mandándola inscribir en el libro de «Actas», al márgen de la página en que se anotára la suspensión. Se ordenó liquidar todos los sueldos que debieron corresponderle desde esa fecha, hasta la de su fallecimiento y se entregaran á su hija, publicándose en todos los diarios, el referido Decreto de rehabilitación.

Como ésta, y el calumniado Campana, y la difamada Señora Josefa S. entre nosotros, en Italia, en Francia y en todas partes, ¡cuantas víctimas de las apariencias!

«Acordaos del pobre panadero», se mandó grabar con letras bien grandes en la sala de Juicios en Venecia, para revivir perennemente ante los Jueces, *el error judicial*, por el cual fué allí ajusticiado un inocente. De carácter irascible y dudosos antecedentes, se le había visto levantar sobre la víctima, sacando de su herida el puñal, encontrándose luego en la propia casa, la vaina á que ajustaba. A pesar de esas y más apariencias, se comprobó después, en otro, el verdadero asesino.

Pruebas tan claras como la luz exige la ley, por lo mismo que una vez fallada, no se debe volver sobre la cosa juzgada. No tendrían nunca término los litigios, se alega como oposición, á la reapertura de una causa. Mayor perjuicio es, que nunca tenga término la injusticia.

Con verdad se ha dicho: hay algo más afflictivo que la injusticia, y es la imposibilidad de remediarla.

Así un judío al ser condenado, trás incorrectos procedimientos secretos, clama hoy en su desesperación:

—La justicia de unos cuantos me condena; apelo ante el único Juez que no está sujeto á error.

—No hay dos traidores en el ejército francés, dice uno de sus Jefes, pero la culpabilidad de uno, comprueba la

inocencia de otro, y á esta comprobación es á la que ciérranse todas las puertas y resquicios, sin duda para que no filtre el menor rayo de luz, que haga resplandecer la verdad, en aquella cámara obscura donde se ha prejuzgado.

Sólo Dios es infalible, la justicia humana es factible, y la rehabilitación de un inocente, es derecho público.

Cuando con tanta insistencia y por tantas bocas se pide una revisión, si no hay ley que la autorice, el remedio es agregar á ella el artículo que falta.

En momentos que los más adelantados procedimientos excluyen el secreto, hasta en el sumario, y aún la prisión preventiva, se condena sin oír al acusado, sin exhibirle prueba en su contra.

Y esto nos viene de la Francia, de la ilustrada Nación que con la antorcha de la libertad en alto, pretende alumbrar al mundo.

No es la Francia contra el mundo, sinó un reducido grupo contra la conciencia humana. Hasta por la irregularidad de torcidos y ocultados procedimientos, más inocente aparece el condenado por unos cuantos militares, cuya soberbia les enceguece, al declararse infalibles.

Cualquier persona honrada puede hallarse en el caso del condenado por apariencias, ó de ese otro, sin oírle, coartado en su defensa, cuyos testigos de descargo se presentan como uniformado batallón de mudos, ó semi-mudos, declarando, ante todo, que no pueden declarar, que no les es dable decir la verdad, que se les ha ordenado el secreto, por una Orden del día, (todos militares *independientes*) que apenas podrán responder una media verdad, ó verdad á medias; pues que les está vedado por el Superior jerárquico decir todo lo que saben, y aunque saben mucho, acerca de lo que se investiga, sellados están sus labios para espresar la verdad, con candado más fuerte que el de San Ramón.

En el Contador de nuestra tradición, si apariencias sindicaban, honradez de muchos años le abonaba.

—En alguna caja queda mi justificación, dijo al salir. Pero llave, caja y justificación retardaron tanto,

que primero llegó la consunción, paso á paso, minando lentamente su robusta naturaleza, hasta que la pesadumbre y quebranto, melancolizándole, dieron con él, donde no llegan écos de reparación.

En otros casos, cuántas veces, con la justificación en la mano, y las blancas manos llenas de pruebas de inocencia, no pueden abrirse para exhibirlas.

Una honrada madre sospechada de adulterio, bajaba los ojos sonrojada delante de su pequeña hija inocente, cual ante muda acusación.....

Antes de calumniar, acordaos de la heroica esposa, de esa víctima de la tiranía, que amó más á su marido, que á su propia honra.

En cuántos casos como éste, el de Campana y el Contador Don Agustín, pruebas más aparentes que reales, tejieron denso cendal que á ceñir fué los ojos de la Justicia, á la que nó ciega vendada, sinó caminando, con los ojos bien abiertos, debiera representársela! Si por apariencias á semi-verdad parecidas, por conjeturas, cavilaciones, ó celo que seducir puede al Juez, indujera á error, siendo más fácil caer en éste, que repararlo, no es justicia negar la reparación. En sus tribulaciones por ésta, no ha sido para Mr. Zola la menor satisfacción, llegar á saber que hasta en un pequeño pueblo, por el extremo de la tierra, se cotizaron los vecinos con un franco, en la más espontánea suscripción popular, para abonar la multa á que fué tan injustamente condenado, el que tan elocuentemente defendía el honor de la Justicia.

Tal resonancia alcanza por todas partes la voz de la verdad!

. . . . .  
Años después de reproducida esta tradición en «El Fígaro», tuvimos ocasión de oír en París de propios labios de Mr. Zola, que la suscripción iniciada en la ciudad de Dolores (Prov. de Buenos Aires) no llegó á su destino.

Valiente luchador: él solo contra la Francia ayer. Esta contra el mundo luego; hoy cuatro militares frente á la conciencia humana.



—«Déjense todos los caminos espeditos y abiertos para buscar la verdad!»—esclama un inocente.

A lo que contesta engeguécido el Presidente de un Jurado:

—Hay algo que está por encima de la verdad, y es el honor del ejército francés.

Blasfemia. ¡Nada está encima de la Justicia!

Para cristianos que defienden un judío, sobre el antagonismo de raza y de religión, está el amor á ella. Francés, se nos comprendería adversario de Alemania; y si como cristiano, contendor de los Judíos, como hombre honrado somos amigos de la verdad, reflejo del mismo Dios.

¡La justicia sobre todas las cosas! ¡Ante su límpida luz serena, todo resplandece!

Jueces: mis antiguos colegas tantos años, ¡acordaos del inocente Contador! En cuántas ocasiones, ¡ay! cuántas veces *las apariencias acusan!*.....





Antigua Escuela: Perú 463

## LA ESCUELA

(DE LAS RODRIGUEZ)

Regresábamos ciceroneando por los rincones de la ciudad al ilustrado literato que una de las Repúblicas hermanas acaba de enviarnos como su digno representante, cuando deteniéndose frente al número 463, (antigua calle de Representantes), dijo:

—¿Qué significa este rezago en barrio tan modernizado? ¿Cómo ha quedado fachada de tan mala facha, vis-á-vis, á esas grandes vidrieras? Veo al través de sus amplísimos cristales los últimos perfeccionamientos en máqui-

nas, que, abriendo esta tierra fecunda, tornan en ricos propietarios á inmigrantes de la víspera. Momia mejicana semejante, numerosas parientas tiene en Quito.

—Más inmediato contraste es—si se observa que, su vestu frontispicio triangular, soporta ténue alambre que ilumina la ciudad y sus antiguallas.

Y como siguiera el galante huésped elogiando edificios de escuelas y métodos de enseñanza, en educación popular tan desarrollada, agregamos:

—No siempre tuvimos palacios de la Cartilla, ni cómodos edificios para su Majestad la infancia, en esta República, que cuenta cinco millones de soberanos. Precisamente, resto es de mi primera escuela, y nó por esto, sino por ser típica de su época, ya que nos sale al paso, referiré algo, de lo que aquí pasaba en luengos años. Tomando pié de la observación del diplomático, grato nos fué recordar escenas de un pasado que se va!...

## I

Desde cien años atrás pertenecen á las antiguas familias de Arana y Alzaga esos solares, cuyos elevadísimos muros se tocan, en martillo á sus fondos, y adosado al último, este otro de sus mismas dimensiones, (diez y siete y media varas de frente, por setenta de fondo), sobre el que, no menos tiempo há se levanta el edificio, próximo á demoler su progresista propietario Señor Alzaga.

Su saliente balconcito, contemporáneo al de Rivadavia, que indicamos, (Defensa 453), no se ha derrumbado, porque, cuando su primitiva puerta, coetánea de la número 553, (Perú) (cuna y tumba del cantor de la patria) yá en años mayores, tuvo familia, abriéndose para dar paso á otras modernizadas, se subdividió con tabique reforzante.

Desde el año 40 á 60 leíase sobre el pintarrajeado frente hoy verde cotorra, en tablero color de sangre, como postes, puertas y ventanas de la época: «Escuela de Niñas y Niños». Allí las hermanas Rodríguez ejercían el cristiano pre-

cepto de enseñar al que no sabe. ¡Cuán dignas son de la gratitud de dos generaciones, cuyos primeros pasos encaminaron con afán, cultivando inteligencias infantiles, enseñando, en época que nadie enseñaba; desde la Escuela de Huérfanas á la Universidad, todo centro cerrado, ó entornado por la férrea mano del tirano.

Las Señoritas Rodríguez (Misia Margarita, Inés y Eulogia), virtuosas é instruidas hermanas, ligadas por el triple vínculo de la sangre, de la vocación y de la caridad, rodeando la madre anciana por quien se desvelaban, pertenecen al numeroso batallón de las olvidadas, no obstante ser dignas del mejor recuerdo, y del aplauso que reanima á sus colegas. Verdaderas hermanas de la caridad social, si blancas tocas no cubrían sus cabezas, blancas almas reflejaban en todos los movimientos de su vida, consagrada por entero á la educación. Con paciencia incansable, todos los días del año, y por muchos años, desde la hora matinal hasta la tarde, consumieron su salud y su vida, inclinadas sobre el grupo de cabecitas rubias, cuyos rulos de oro sombreaban rosaditas mejillas, semejando cada grupo, desbordante canastillo de animadas flores. Ellas alentaban entre mimos y sonrisas, con bondad infinita, aún las más perezosas, aconsejando que, acostumbrándose á vencer las primeras dificultades, habituadas quedarían para vencer luego mayores tropiezos en la vida.

Precioso invernáculo, fué esta estrecha escuela, donde germinaron tantas semillas de virtud, injertadas siguiendo sus consejos y ejemplos, en las que hoy, madres y abuelas, prosiguen tan noble iniciativa. Empezaron á enseñar á leer y escribir, y después de la «Cartilla», con Cristo más grande que el del «Silabario Argentino» de Wilde, se pasaba al «Catón Cristiano», antes de llegar al «Amigo de los Niños».

Todavía pedagogo tan competente como el autor de la «Anagnosia» sin silabeo, no colgaba sus cuadros murales de grandes letras, pero ya anticuado era el «cajoncito de arena» de D. Rufino Sánchez, y enseñábase á escribir en pizarritas y papel pautado. Llegando en aritmética á

las cuatro reglas primeras, salía el niño tan sabio, tan sabidor, que, sinó por esto último, por grande se despedía de la clase de los chicos. Aunque escuela primaria de niñas, empezóse por aceptar pequeños hermanitos de las grandes, que, si no servían de compañía á las que conducía todos los días la negra vieja cargada de libros y cuadernos, dejando caer más de uno, sí, les acompañaban á embrollar la lista, en horas de asueto, que para los chicos eran todas. Porque, si en la escuela de las Rodriguez no llegó la «educación á caramelo», desusada era ya la regla: «la letra con sangre entra», y ni se colgaba lengua de bayeta colorada á la chariatana, como en la vecina escuela de Barbosa, ni ostentaba el penitenciado, cucurucho de amarillento papel marquilla, cual en la de D. Juan Peña, ni menos asomó la palmeta con agujeritos, del activo Sr. Larroque. Luego la escuela fué creciendo como sus discípulas, aumentando entre sus ramos: costura, bordados, labores de aguja; clase de gramática en la que Navarro Viola, (de renegrada cabellera rizada) erguía los martes y viernes, explicando preferentemente tiempos del verbo amar, quisicosa que, si no comprendíamos por entonces, supimos más tarde que, de las condiscípulas (más bonitas sobre todo), ninguna salió reprobada. Hasta se aumentó clase de narices y orejas. Traviesos muchachos dibujaban siempre la enrojecida y floreciente de D. Pedro Angelis,—sin tenerla por modelo, y orejas de suegra parecían las que, corrige que corrige, enmendaba los sábados D. Martín Boneo. Sin duda sobresaliente profesor de ojos, le juzgara cierto Jefe de Policía, pues al regresar de obtener el primer premio en Florencia, le llamó para retocar el ojo del «Gallo Policial» que lluvias dejaron bizco; preferencia que no hemos llegado á averiguar porque rehusara el decano actual de los pintores argentinos. Hasta un atentado musical se inauguró en clavicordio perniquebrado, donde el mulato Ambrosio, nunca consiguió llegarán á dar el «sí», sus discípulas de solfeo.

Larga sería la descripción de la enseñanza diaria en escuela que, empezando por palotes, fué ampliando, sin programa impreso, muchas de las materias que, sólo quedan impresas en programas de actualidad.

## II

Así como la primera cuna que indica Naturaleza es el tibia regazo maternal, la primera y más instructiva Escuela de todas horas es el hogar, en lo que se oye, se vé, se palpa y siente primero, la continua enseñanza en acción de cuanto nos rodea, como en los ejemplos primeros que más perduran. A ésta, sigue la enseñanza del niño, todavía confiada á la mujer, más paciente é insinuante.... ¿Por qué será que sólo en esos primitivos balbuceamientos permitido es á nosotros los barbudos, (antes de serlo) alinearnos en el mismo banco de niñas, cuando todavía queda tanto que aprender con ellas y por ellas? Por nuestra parte, gustosos seguiríamos codeándonos en las filas de nuestras condiscípulas, si, viejos hay que tienen horror á las contemporáneas.

. . . . .

¡Cómo se nos representa vivo, después de sesenta años, todo ese nuestro primer barrio de *la bajada de los Dominicos!* El alto Señor Arana, visto del balconcito al lado de su casa solariega, habitada por sus biznietos. La contigua casa esquina de Doña Andrea Ibañez de Anchorena, la esquina del *Poste blanco* y en la que hacía cruz, saltando en el sartén, los chorizos de Bejarano y pescado fritanga de su almuerzo, contiguo al *Cantor de la Patria*, (cuya casa, como se estaba, se está) frente las tapias de Boado. La Escuela de Don José Barbosa, vis-á-vis al pintor Boneo. Doña Jaëinta Velarde, con su *Nacimiento*, zahumados por sus tres doncellas sesentonas, frente la esquina de Don Tiburcio Bustos, vistas todas, que aún cerrando los ojos, vemos deslizarse como largo panorama de nuestro antiguo barrio. Subiendo al *de los tambores*, la cuadra empezaba con el Reñidero de gallos, allado de Masculino y concluía en la escuela de Doña Josefita y Doña Juana Lagaña, frente al corralón de Achinelli. De aquí escapaba frecuentemente el niño terrible en cabeza y á la carrera, gñetando sobre el flaco jamelgo del Médico Brown dejado en la puerta á su cuidado, mientras tomaba el pulso á todas las viejas de la acera

Estraño no era, que cuando el excéntrico Médico salía mirando á todos lados, sin divisar su bayo clinudo, llegara á aumentar su clientela de Caridad, en la vieja negra pastelera, que el cuidador del caballo se llevara por delante, ó el negro aceitunero patas arriba en media calle, su tablero por un lado y las aceitunitas entre el barrial, descuajeringados todos por aprendiz de equitación.

. . . . .  
El otro día entramos al patio de nuestra primer Escuela, y al penetrar en el salón de los chicos, á la izquierda, subdividido por doble tabique, con artefactos que no son precisamente de un gabinete de física, parecíame revivir todo mi pasado infantil, como si hubiera quedado archivado, dentro de sus viejas paredes. Cerrando los ojos, divisábamos desde el obscuro rincón de los chicos, á Joaquinito Cazón, al lado de aquel travieso Vicentito Cané, con mayor profusión de rulos que su linda hermana Nieves, tan blanca como su nombre, el de las botitas de charol, por cuyas cañas coloradas se me iban los ojos. ¡Cuando al concluir la carrera allí empezada, pude adquirir más de un par, nunca adquirí una, pues, sin tocarme suerte tan perra, «jamás me puse las botas».

Allí estaba, entre las mayores «el banco de las monjitas», discutiendo siempre Juana y Genoveva Constanzó, si más monjas eran las Clarisas, por su estrictez, que las Catalinas. El Canónigo Víctor Silva, virtuoso párroco de la Concepción, (cantado por Florencio Balcarce), les profetizó llegarían á ser abadesas de uno y otro convento, como hasta el presente lo son. Hacia el banco siguiente, divisaba la Pascualita del lado, (cuyos adormidos ojos, bien temprano se abrían, para llegar á la hora del beso paternal, y abrazando al Ministro todopoderoso, dejar sus bolsillos llenos de solicitudes y memoriales de tanta madre aflijida, que acudían á la intercesión de esa buena hija). Contiguo á su prima Joaquina Arana, tan espiritual desde chiquita, como Elena Torres, seguían Máxima y Teresa Andrade, Paula Carbone, las Achinelly, Fernández, Rivera, Masculino y muchas otras precoces niñas, hoy santas madres de familia las más.

Pasando del salón grande de los chicos, á la sala chi-

ca de las grandes, como fresca reminiscencia inmediata, revivía la primera distribución de premios que presenciábamos en año que no galante fijar, rememorando damas vivientes, que como otras muchas no recuerdan la edad de sus recuerdos.

Sobre elevada tarima, á la cabecera bajo el cuadro pintado por el sordo García, Jesús diciendo: «Dejad que vengan hácia mi los niños», en medio de mesa atestada de diplomas, libros y medallas, relumbrando los filetes dorados de la librería de Stegmán, frente al Colegio, presidía tan solemne acto Misia Crescencia Boado de Garrigós, por muchos años Presidenta de la Sociedad de Beneficencia y eximia retratista, de más suave pincel que su maestro, Monvoisin. Sentábanse á uno y otro lado las señoras: Agustina Rozas de Mansilla, la mujer más hermosa de su época; la de Arana; María Antonia Beláustegui de Cazón; Estanislada A. de Anchorena, protectora de los pobres, y la Sra. del Pino, descendiente del virrey de su nombre. Como en aquel tiempo todavía no se decía: «¿Quién es tu enemigo? ¡el de tu oficio!», directores de colegio, educacionistas, pedagogos, doctores y simples maestros, tenían á honra realzar con su presencia la fiesta de premios en una escuela de primeras letras, que, empezando por el A, B, C, progresaba por la contracción de sus directoras, hasta propagar todos los ramos enseñados en aquellos tiempos. Así, el Padre Majesté, del colegio Republicano Federal (sobresaliendo por su amplitud) entre profesores, como Larroque, Larsen, Mariano Martínez, Montero, Larguía, Aravena, D. Juan Andrés Peña, Negrotto, y las señoras de Guerra, de Pintos, Lagaña, rodeaban la mesa, de lá que también formaban parte el sabio doctor Gafarot, médico del barrio, hijo de Don Salvio, que á tantos niños salvara del «crup», M. Lerbet y Mr. Ramsay, maestros de francés é inglés, que insinaron en los primeros pininos de uno y otro idioma, la generación á que pertenecemos.

Y, como en años anteriores habían desfilado por ante mesa semejante, Mercedes Aguirre, de aire majestuoso desde su niñez, quien como Carmen Nóbrega, su compañera de



banco, mereció llamarse «Madre de los pobres», por su beneficencia, esa víspera de Navidad, las tres Dolores, sin ninguno todavía, (Bayá, Somoza, Marcó), pasaron, y pálida y elegantísima Sofia Nazar, tan blanca en pós de las Miguens, Crisol, Manuelita Martínez, Juana y Rita Casá, pasaban y pasaban á recibir medalla de plata y libro de «premio á la aplicación», que tan aplicadas siguieron en el curso de su vida, á todos los deberes en que con tanto cariño aleccionaron las buenas Señoras Rodríguez. Al nombrar Misia Eulogia, la última: *M. F. O. lectura, escritura, doctrina cristiana, sobresaliente*, resbaló á subir la tarima la más pequeñita, de dorados rulos, llegando á la silla de Misia Agustina Rozas, que al prender la medalla, le dió un beso, juntándose un momento dos bellezas, en sus extremos: la espléndida hermosura en su zenit y la belleza infantil que surgía.

. . . . .

El vecino de la cuadra siguiente, «la canción de la patria andante», como llamamos, llenos de admiración al serle presentado hacen cincuenta y ocho años, al Dr. Vicente López y Planes, había tenido la feliz inspiración de hacer ostentar á las catorce premiadas que iban á cantar el Himno Nacional, pendientes de sus blancos vestiditos, pequeños escudos de las Provincias, y al concluir, abrazándose todas, vibrando la última nota:

«¡Al gran pueblo Argentino, salud!»

empezó una elocuente alocución, señalando ese grupo encantador con estas palabras: «He ahí las Provincias Unidas enlazadas en fraternal abrazo, unidas como hermanas, y así deben encontrarse siempre el nacido en Jujuy y en Corrientes, el mendocino y el porteño, prontos á estrecharse para defender la patria, cuyos primeros deberes se enseñan en la escuela».

#### IV

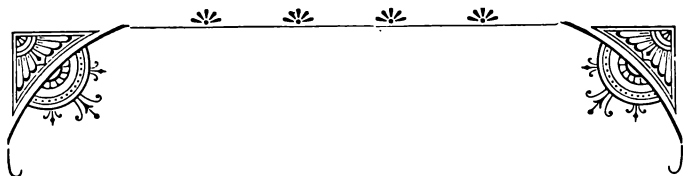
Al salir de aquella casa, cuya fachada triangular aparece coronada por verdinegra melena de exuberante florescencia

espontánea, entre cuya maleza yérguese el duraznillo y el palán-palán (huerta que recuerdo lejano trae de los jardines suspendidos de Babilonia, de cuyos pagos volvemos, sin hallar vestigios); creíamos encontrar el pequeño carbonerito que, cargado de leña, llegaba deletreando en su cartilla ennegrecida. Vivía en la casa contigua. Tan aplicado y de fácil comprensión, que todos los días al entrar la bolsa de carbón al último patio, sentábase sobre el umbral, del que no pasaba, temeroso de manchar blancos vestidos, pero de memoria tan feliz, que de oír repetir lecciones, quedaban ellas más impresas que el carbón en su tiznada carita. Ese niño precoz creció rápidamente en conocimientos y aptitudes, prosperando en cuanto se dedicaba. Grumete, marinero, vaqueano del patrón «Bachichin» en la Boca del Riachuelo, dueño ya de Balandra propia «La Joven Italia», transportaba por su cuenta, leña de las islas del Paraná y naranjas del Paraguay después, desde Villeta y Lambaré. Cuando por el ensanche de las Obras de Salubridad, salió de quicio la ancha y clave-teada puerta, á que tantas veces nos asimos á los cinco años, para subir el umbral desgastado por pisadas de tantos escueleros, la compró, colocándola en su depósito vecino á la barraca del Yacaré (Boca), en agradecimiento de que, por ella se le habían abierto de par en par las puertas de la fortuna.

Ráfaga luminosa de su tránsito dejaron las señoras Rodríguez en numerosísimas discípulas, adoctrinadas en sus buenos principios de moral cristiana, fecundando nobles sentimientos, más profundamente inoculados con su ejemplo. Llegue adonde os encontréis este éco de reconocimiento, que al evocar vuestros nombres, bién deseáramos poder convertir la pluma que pusísteis en nuestras manos, en guirnalda de agradecimiento, digna de ornar frentes por tantos años inclinadas sobre el duro banco de la enseñanza!

¡Y al echar la última mirada á esa vieja casa de nuestra primera escuela, parecíanos ver todavía resplandeciente la dulce y suave imagen de la bondadosa maestra sobre el umbral del que nos alejábamos, señalando con su índice inflexible el camino del deber, del honor y de la rectitud.





## PRONÓSTICO CUMPLIDO

### I

El viernes 13 de abril de 1817, un ilustre argentino al que la ola de la revolución arrojara dos mil leguas de la patria, no habiendo podido abordar á la Isla de Santo Domingo, desembarcaba en las riberas de Baltimore. En sus primeros pasos tropezó con una de esas vagabundas gitanas color chocolate, decidoras de *buena ventura*, que trocar suelen en *mala*, cuando escasa encuentran la propina. Observando los signos de la mano, que á su pedido tendió, predijo: «¡Llegarás á la cumbre del poder!» Y espantada á ver, al escudriñar más prolijamente desde el dedo del corazón, profunda huella, agregó: «Pero al fin, tu ambición te conducirá al cadalso».

—Pues bien,—contestó sonriendo éste incrédulo candidato á la horca,—guarda esa *mejicana* para que llegues á tiempo de mi desposorio con ésta,—en tanto que murmuraba su compañero de desembarco: ¡Lo que es andar en la mala! A que si aumentas otro *patacón*, el cáñamo revienta, ó la gitana te hace resucitar al tercer día. Y siguieron su camino, no peor que antes de tal vaticinio.

. . . . .

Fué, estuvo y vino publicando en periódicos de la gran República, cuyo mecanismo constitucional observó, sin implantar después, protestas sobre cómo se le había aprisionado sin causa, desterrado sin oírle, ni forma alguna de juicio, pues que en su articulito chanzonero, publicado el 13 de Noviembre de 1816, materia parva era llamar *Congreso de traidores* al que en Tucumán acababa de declarar la Independencia Argentina, cáfila de los mismos, á quienes rodeaban al Directorio,

y vendidos al oro portugués, los que ofrecían la patria al mejor postor.

En balde replicaban los órganos que combatían la oposición, que el pájaro ese era de cuenta; que si Belgrano lo desterró de Jujuy, San Martín le confinó á Santiago, el Inspector le arrestó en todos los cuarteles y Pueyrredon hizo tomar vuelo á tan ejemplar patriota, motivos había, más de uno, para recetarle otros aires. Cuando antes del año regresara á la patria, siguió como se había iniciado, por vías travesas. Con la pluma, con la espada, con la palabra, deshaciendo, demoliendo y atropellando todo.

Talvez en el fondo no era malo, sí, de esos patriotas que hacen mucho daño, y como fuera inteligente, perspicaz y hasta ilustrado, no era inconsciente. Honrado, patriota, decidido en todos los peligros, elocuente en el decir, y arrojado en la acción, por su petulancia y burlonería, lo mordaz de sus críticas, andando siempre de broma, hacía resaltar su ambición sin límites, pues que del General en jefe abajo, no reconocía nunca superioridad alguna. Venció en Tucumán y Salta, en Montevideo y Santa Fé, y así arrebató una bandera sobre el campo, como fusilaba dentro del cuartel á un pobre diablo, su rival en chanzas, si bien con balas de papel,—que no le suprimieran de entre los vivos, pero sí le arrojara entre los dementes. Sus intrigas políticas le llevaron al poder, gobernando entre otros veinte, que gobernaron el año *veinte*, y cuando de su banca del Congreso saltó á la silla presidencial, tibia aún por el genio de Rivadavia, yá al través de tantos años de violentas convulsiones revolucionarias, olvidado había el vaticinio de su *mala ventura*.

Burlada creía ésta, como de tantas otras cosas se había burlado. Cumplida la primera parte de la buena ventura, tan distante del día, en que sonrió incrédulo, á la profetisa que bajando los tugurios del Genil, atraída por el primero acento español que oyera en Baltimore, predijo su suerte. Sin recordar cuán cerca está el Capitolio de la roca Tarpeya, en nada pensaba menos, que en sospechar á dos pasos de su mayor elevación, patíbulo inmerecido.

## II

Disuelto el Congreso, derrumbada la presidencia histórica del señor Rivadavia, alejada la constitucionalidad, por la que honrados patriotas suspiraban, todavía resonaban en aquel derruido Capitolio, los últimos adioses de hermanos que se alejaban, rotos los eslabones de la nacionalidad, aquella su postrer catilinaria: «Vengo del Parque, donde atestados encuentro los arsenales, de pertrechos, armas, vestuarios y bastimentos, mientras que perecen nuestros bravos, careciendo de lo más indispensable en los campos del Brasil, sin llegar á ser socorridos; tal, la torpeza de quienes no saben hacer la unión nacional, ni tampoco defender la patria del agresor extranjero». Y cuando su colega de la banca inmediata le tiraba del faldón, advirtiéndole: «Pero si no hay nada en el Parque; los almacenes está desprovistos, como las arcas». — «Cállese, compañero, — contestaba *sotto-voce*. — Nadie ha de ir á comprobarlo, y la patraña, golpe de ariete produce para acabar de hundir esta presidencia en el aire, de fátuos que han perdido la brújula.

Otro ruido de pasos se oían aproximándose, y eran los vencedores de Ituzaingó, que llegaban airados, á pedir cuenta. á los que habían hecho malograr el resultado de sus hazañas, entreteniéndose en desbaratar la obra de patriotismo en veinte años. Personificaban el fracaso en el militar audaz, cuyo empuje ayudado por los caudillos del Interior, llevara la Patria á dos pasos del abismo, haciendo bambolear la nacionalidad en sus cimientos.

No encontrando el de la *mala ventura* puntal alguno que le sostuviera en el poder, trás las primeras escaramuzas en Navarro, se dió á la fuga. Aprisionado durante ella, su vencedor rehuyó su presencia, ordenando: «Intímese al Coronel Dorrego, (pues no otro es el personaje de esta tradición) que dentro de una hora, será fusilado!» — «¡Viernes trece! ¡La fatalidad me persigue! «Conteste al General Lavalle, que aunque no sé por qué me fusilarán, como cristiano y como ciudadano honrado, estoy dispuesto á comparecer en

cualquier momento ante el Juez supremo que á todos nos ha de juzgar».

Y así sucedió. Al sonar la descarga, remontando un alma al cielo del perdón, su éco quedó resonando en la conciencia del que se había levantado sobre todas las Leyes, sentenciando sin apelación.

*¡Pronóstico cumplido!* Doce años transcurrieron del día en que se profetizara su *mala ventura*; por otros doce, desde este último trece fatal, el remordimiento sombreó los días de ese otro vencedor infortunado.

El Coronel don Manuel Dorrego, de admirable inteligencia natural, de esforzada acción, de fogoso ardor bélico, audaz por excelencia, turbulento por carácter y ambicioso de nacimiento, rindió servicios á la patria; pero dió también á ella días de luto y horas de amargura.

Al General don Juan Lavalle, también audaz é irreflexivo, cabe la gloria de ser el argentino que llevó más lejos el pabellón celeste y blanco, enarbolándole triunfante en Río Bamba y Pichincha. De él se dijo por ]San Martín: «Lo que Lavalle haga como valiente, muy raro será el que lo imite; y ninguno el que lo exceda». Confirmación que Bolívar consagró con estas palabras: «Lavalle es un león á quien preciso es tener enjaulado, para soltarlo el día de la batalla». Pero con anterioridad había declarado Napoleón: «Las batallas ya no se ganan con la espada. . . . .»

### III

Una noche, preguntando en el campamento de Yeruá, el jefe de la Cruzada libertadora (1839): «¿Qué día es hoy?» ¡Trece de Diciembre—le contestaron. «Fecha fatal,—exclamó—en que el extravío de las pasiones me llevó á sacrificar un hombre». Siguiendo la marcha, cuando llegó á desmontar bajo el corpulento tala (Estancia de Almeyra) á cuya sombra balas fratricidas truncaron la vida de un valiente, se lamentaba, arrepentido de su injustificable sentencia, jurando la más solemne expiación, y hacer por los deudos,



Últimos momentos del Coronel Durrigo





cuanto no era dable ya hacer por el compañero de armas sacrificado. Refiere el señor General Iriarte, que pernoctando en el mismo dormitorio que la noche fatal del viernes 13 de Diciembre de 1828, (en marcha para la Capital, en 1840) Lavalle no encontró reposo, sin lograr conciliar el sueño. Todavía, incitado más tarde por algunos de sus Jefes, para que fusilara al general Garzón, su leal enemigo rendido en Santa Fé: «¡Jamás!—exclamó indignado en un raptó de generoso arrepentimiento—Jamás volveré á sacrificar uno de mis semejantes. Bastante pesa la sombra de Dorrego. Los mismos que aconsejaron su sacrificio por la salud de la patria, me volvieron la espalda al día siguiente. Si bien asumí toda responsabilidad, á mi conciencia de hombre honrado no ha escapado después, que hice mal. Si en alas de la victoria llegamos un día á libertar la patria del tirano, que por nuestra desunión se levantara sobre el patíbulo de Navarro, satisfaré debidamente los manes del infortunado Dorrego!»

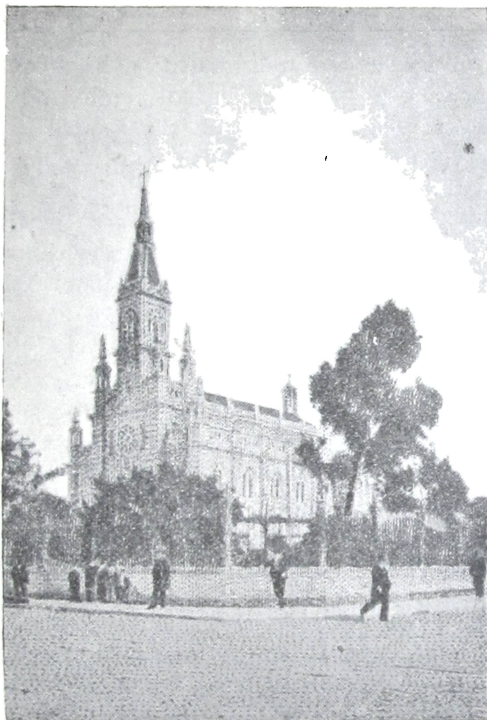
Indudablemente fué este último, una brillante figura en los primeros años de la independencia, aunque su compleja personalidad adoleciera de los defectos de la época. No es su fusilamiento, origen de su espectabilidad; servicios y méritos propios, la acentúan en más de un momento histórico. Pero de aquí á convertirse su patíbulo en altar.....

Falso criterio juzgamos el tan vulgarmente generalizado, por el que pronto se está en perdonar toda una vida de errores, si estos condujeron al sacrificio fatal, como olvidase con frecuencia toda una larga vida de buenas acciones, si la última no lo fué. Bien que no siempre el patíbulo deshonre, mal puede convertirse en altar de apoteosis el de Dorrego, ni proyectársele estatua antes que á Moreno sobre la tierra de Rivadavia, en que la de ambos falta. A Dorrego, por inmerecido fusilamiento, perdonados le han sido todos sus pecados. A su victimario, bien que confesara arrepentimiento, por más que, cuan alta es la columna donde su marcial figura de adalid de la Independencia se eleva, corta aparece para grabar los días

de gloria que dió á la patria, preténdese marchitar sus laureles, por fatal tropiezo.

Doble enseñanza se deduce de la tradición del que fusilaron en la misma fecha trece, que subió al poder, víctima de su espíritu burlón, demoledor incesante que le malquistaba. La primera, que nunca debe sacarse al acusado de sus Jueces naturales. Sin esto, el vencedor de la Ciudadela de Tucumán, no hubiera sido sacrificado, y á la bandera de principios que Rivadavia levantó bien alto y Lavalle sostuvo, no afeára una mancha. La segunda, que el remordimiento en conciencia honrada, es como negra sombra, que se extiende en las tenebrosidades de las noches sin sueño!





Capilla del Carmen

## LA CAPILLA BOLA DE ORO

---

### I

Aunque tradición moderna, no la recuerdan vecinos de barrio tan modernizado, (acaso por el cosmopolitismo que absorbe), el campanero que toca ánimas con bola de oro,—tanto relumbra la campana,—ni su ilustrado Capellán actual, que tiene un corazón de plata. Bueno es mencionar de paso la persistencia del fundador de ese aislado Oratorio, en arrabales de antaño, en que no se nombre Cura nunca. El que hace sus veces, llegado á servir la coque-

ta iglesita gótica en que transformado se há, no es extraño ignore el porqué de su origen, desde que Rodríguez lo silenciara. Nadie obligado está á publicar el móvil de sus buenas obras y, que las de este buen señor lo fueron, á la vista están.

No era él, de esos filántropos forrados en picardía, que después de muchos años de apilar fortuna, en contrabandos y pecadillos menores, dejaban, lo que no podían llevarse, para fundaciones pías, en la creencia, sin duda, de que con llave de oro se abre toda puerta, hasta la del cielo; ni el virtuoso Capellán González Díaz, de los que esperan el chocolate matinal llevado por beatas con olor á sacristía, encargadas de adoctrinar á su Padre de espíritu en chismes del barrio, cuando hasta hace poco no había oído lo que pasamos á referir.

Noche oscura era por filo, de truenos y tempestad (luego de remordimientos), aquella en que un hombre bueno, sin dejar de serlo, mató á otro, que tampoco era malo, por una bergamota. Y mientras averiguamos cuándo, cómo y dónde el señor Rodríguez, de la numerosa familia de filántropos de ese nombre, autor inconsciente fué de sucedido tan lamentable, acápite aparte haremos, de cómo pequeñas causas, producir suelen grandes efectos.

Para ser verídicos cronistas, deberíamos recordar que *Bola de Oro* le apodaron, nó porque la usara de ese metal en su billar, ó bochas, ni porque dejara correr la bola en larga siesta á *la bartola*, que activo horticultor era; sinó por lo generoso que en sus amoríos se espontonaba, pues bien se le aplicó cantarillo de cholas color chocolate, en plazoleta que no era la del Cármen:

«Al Conde de la Monclova  
Le llaman *mano de plata*;  
Pero tiene mano de oro  
Cuando festeja mulata.»

Y... y basta de murmuraciones, que feo pecado es, según lo predica el Cura de almas de mi parroquia.

## II

¡Cuán larga es la lista de muertos por equivocación! Un Juez Correccional de la vecina orilla, oye á media noche pasos sobre su azotea. Dispara un tiro al aire, y cae un demente, escapado del Manicomio, á los fondos. Otro vecino, en Almirante Brown, observa que no se detiene á su voz un bulto que avanza entre sombras de media noche, por los senderos de su jardín. Descarga la escopeta y, al hacerse la luz, vé que ha causado la muerte de su propio jardinero, quien, algo sordo, rayos y truenos impidieron oyera la voz imperativa de su patrón. Todavía ayer, un vecino de Nueva Pompeya, percibiendo ruidos, que sin duda no eran de ranas. (aunque en su barrio), descerraja el tiritó, y cae un trasnochador de la calle Arena, su íntimo amigo. Caso semejante aconteció al fundador de la Capilla *Bola de Oro*, así conocida la Iglesia del desagravio, hoy bajo la advocación de Nuestra Señora del Cármen.

Más que los primeros olivos, en la gran Quinta de los mismos, que introdujo el Señor Altólaguirre, y de los álamos con que el abuelo de Don Juan Cobo enriqueciera á Mendoza, tanto como sus viñedos, cuidaba el Señor Don Juan Antonio Rodríguez sus grandes manzanos, perales y demás fruta prohibida á pilluelos salta-cercos, injertos legítimos que le obsequiara entre bergamotas y peras de agua, su vecino Mr. Brittain. Y como el quintero preocupábase más de venderlas, que de preservarlas de bichos de cesto y cabezas de hormigas coloradas, personalmente las cuidaba el dueño, como á niñas de sus ojos. También guardaban la doble fila de esos árboles, espinas y tunales del cercado, revestido de zarzas, en cuya húmeda zanja blanqueaban *huevos de gallo*, como grandes perlas en canastillo de violetas. Noche de tormenta fué igualmente la que, sintiendo rumorcito, no á remolino de hojas parecido, tomara el señor Rodríguez una vieja escopeta en receso, abriendo el postigo, apuntó al grupo de sus árboles predilectos, gritando: «¿Quién andá ahí? Voy á largarle dos chumbos»; y opri-

miendo el gatillo, sonó tiro que no esperaba, y que de bruces diera con el cazador, creyendo le había salido el tiro por la culata. Vuelto á la cama, seguía sin recordar quién cargado hubiere esa arma, que de espantajo sólo conservaba.

Cuál sería su sorpresa cuando pasada la lluvia, saliendo á recorrer la Quinta, al pié de aquel manzano, en medio de su Paraiso, encontró un cadáver. Ni intención tuvo de inculpar á helada de media noche, ó que se hubiese ahogado en tan poca agua, como la de su noria, parienta cercana de otra histórica noria inmediata. Si la noche anterior volteóle de espaldas el susto, grande fué su horror viendo muerto al vecino de los fondos, por bergamota, ó antojo de vecina de media mota.

Sin el abuso de esas armas que el diablo las carga, ¡cuántos homicidios ménos, sobre todo, si severísimas penas castigarán el uso del revólver, tan comprometedor que, por los barrios de la Capilla *Bola de Oro*, como por centros y arrabales, se usa y abusa!

### III

Hasta principios del siglo XVIII se mantenían indivisos esos terrenos, en mayor extensión, como el primer día de Garay, todo plazas, aunque dentro el éjido de la ciudad, por él trazado. Pero desde el año 1745, traccionados fueron para dos Rodríguez, que si nó parientes por vínculo de sangre, muy estrechos estuvieron por los de su generosidad y filantropía. Dos de esas manzanas, que aún sin cerco por medio, nunca fueron de discordia, (ésta llegó ciento cincuenta años más tarde, cuando más civilizaditos), obtuvo Don Alonso Isidro Rodríguez de la Peña, Comandante de frontera que, al traspasar la de Córdoba, adquirido había la más hermosa serrana, de las que contestaban el amor, cantando, hermana mayor del Canónigo de más campanillas, célebre Deán Funes. Con ella procreara aquí, su primogénito, nó menos celebrado prócer de la Independencia, Coronel y estadista Nicolás Rodríguez Peña, más de un vástago. Al

rededor de la noria en la Quinta de éste, reuníanse los conjurados en vísperas de Mayo, y de su brocal salió la voz de la Revolución, cuando ésta se echó á la calle, acompañando á Rodríguez los señores Castelli, Vieytes y Moreno. El resto, en más grande extensión, lo hubo otro Rodríguez, (Juan Antonio) de *don Diego el de las bergamotas*, siendo Mr. Brittain quien las introdujera al país. En 1840 aquel erigió la primera Capilla en desagravio del luctuoso hecho referido, después de atarugar de *columnarius* y *macuquinos* boca de viuda tan consoladita, que ni fingía llorar muerte que la dejó en desahogada viudedad, y mejor pensionada.

Por los años de 1863, mandó edificar más espaciosa Capilla que la erigida por su buen padre, la virtuosa Señora Doña Petronila Rodríguez. Entre los escasos benefactores que practicaron beneficencia sin repicar, el nombre Rodríguez resplandece con brillantes fulgores, iluminando ejemplos de caridad y patriotismo. No es el que nos ocupa el último de ese nombre, como no fué el primero Vega y Rodríguez, benefactor de la Casa de Ejercicios. Tras él, Fray Cayetano Rodríguez, *pico de oro* de su Comunidad, en cuya lira resonaron los inspirados acentos de la Independencia; el mismo General Rodríguez (Don Martín), conduciendo soldados victoriosos hasta las cumbres potosinas, salvando cautivas en el extremo opuesto de la Pampa y arrebatadas en el asalto al Salto; ni silenciar debemos, en la Escuela de las Rodríguez, aquellas virtuosas señoras, que cultivaron tanta inteligencia en flor, por su paciente apostolado, y el señor don Marcelino Rodríguez, de grata memoria, filántropo en el barrio del Sud, (Capilla Santa Catalina) semejante á la del Cármen, cuya esbelta torre sobresale en la mayor altura de esta ciudad, como sobresale el recuerdo de sus fundadores entre sus homónimos. Digno de reconocimiento debido, es el nombre Rodríguez, grabado por la tradición argentina, más que con letras de oro, en el corazón de sus conciudadanos.



## IV

Y tan no era mi Señor Don Juan Antonio, protector de Curas y Sacristanes, que, por cumplir su voluntad, sigue repitiendo la caritativa hija en su testamento: «No se eleve nunca á Curato el modesto Oratorio; que en ningun tiempo mis sucesores consientan convertir en Iglesia Parroquial, pues quiero proporcionar más enseñanza, que mujeres ociosas á toda hora dentro una Iglesia».

Así empezó la obra de desagravio, dejando en media calle, pozo abierto para proveer al pobrerío, en la zona más elevada, donde se alza hoy el hermoso *Palacio de las Aguas*. En seguida de dar de beber al sediento, dió Escuela primaria; luego la Capilla *Bola de Oro*, y techo á los más necesitados, cobrando mínimo alquiler á los menos indigentes.

El señor Rodríguez dispuso fuese Patrono de su fundación el Prelado, pero en cierto momento, que el bondadoso Arzobispo Aneiros consintió desempeñara el Patronato la Superiora del Huerfanato, instalado allí en 1873, tan dadivosa resultó ésta, que dejando iba á la Virgen sin camisa, por dispensar alquileres de casitas construídas al rededor de la Capilla, para su sostén.

Como su inolvidable padre, la piadosa Petronila, preferible creía cobijar bajo ámplio techo mayor número de igno-rantes, para que dejaran de serlo, que costear desde muy lejos pesadas columnas de granito de Olavarría, para levantar palacios (Escuela Roca) con cuyo millón de costo, de mayor beneficio fuera la creación de veinte Escuelas modestas, diseminadas por barrios pobres. Dato ilustrativo agregaremos sobre algo de lo que valen, y valían los terrenos que tradicionamos. Todos los que cedió el Señor Don Juan Antonio Rodríguez, valuados fueron en dos millones de pesos papel, (ochenta mil nacionales). Hace años se vendió una de esas fracciones en doce millones, y las que restan por vender, valen más de veinte y cuatro millones. Nuestro ilustrado Arzobispo actual, persiste en edificar ahí otra vasta Escuela, para mil quinientos niños pobres. Concluido está el

plano de otra Iglesia en aquella confluencia de las cuatro parroquias: Pilar, Socorro, Balvanera y Piedad, y el dinero pronto, esperándose únicamente concluya controversia municipal, sobre la plazoleta del Cármen.

No ha tenido escasa suerte el Señor Rodríguez. Contadas veces puede hacer un hombre su gusto en vida, ni de su capa un sayo, como generalmente se dice, pero el arrepentido cazador nocturno, á quien no siempre saliera el tiro por la culata, cuya gran fortuna fué alzando, hilada por hilada, con honrado trabajo, conseguido há, después de sus días, se siga respetando su voluntad. Cuando la Justicia, que se mete en todas partes, un poco tarde á veces, sus representantes lograron filtrarse por alguna hendidura en el *Palacio de la Cartilla*, los ejecutores testamentarios de la señora Rodríguez les alejaron, no sin gestión judicial, sosteniendo que esa casa era para aprender á hacer justicia, nó para los que la administran. En esta ocasión, ejemplo saludable dieron, saliendo los que no habían sido llamados. Al volver los niños á sus bancas, se cumplió la voluntad del donante. Caso único, quizá éste, en que tan caritativa señora, como las honradas personas á quienes confiara la ejecución de su última voluntad, la hicieron cumplir á todo trance: Tribunales, Consejo de Instrucción, Depósito de bancas, Archivo y varios establecimientos, todo lo que se introdujo dentro los amplios salones de la «Escuela Petronila Rodríguez» ha sido desalojado; persistiéndose en que, sólo debe ser concurrida por niños pobres del barrio. El alma del que inconscientemente abrevió una vida, satisfecha debe estar, rescatando aquel acto, al destinar cuantiosos bienes, para despertar por la instrucción la inteligencia de una y otra generación en su infancia.

.....  
 ¿Vale ménos que una manzana, la vida de un hombre? Bien que por ella, por la curiosidad, se viene perdiendo el mundo, desde nuestra madre Eva! Quinteros demasiado meticulosos, no dispareis tiros al airé, que os puede salir el tiro por la culata!

Y si, lector, dijeres ser comento,  
 Como me lo contaron, te lo cuento!





Parque Lezama

## EL PRIMER DUELO

---

Poco há, un Ministro muy grave, se batía en duelo con el Jefe Político de la misma Capital, porque habilidad faltara á éste para transformarle en congresal. Desde antes, el más gigantesco de nuestros Generales, honda huella ostenta en su mejilla izquierda, del más hermoso sablazo de un minúsculo Capitán, que estimó responder así mejor á la orden de arresto. Y no hace mucho, un ex-Gobernador, que creyó de su deber refrendar, con otro acero que el de su pluma, decretos del Poder Ejecutivo, fué muerto en duelo, por militar que, al perfeccionamento en armas de su oficio dedicara el tiempo, que al estudio del derecho, para la defensa de sus semejantes, el abogado-gobernador. Y como la duelomanía que se cultiva al presente, con el juego y el suicidio, tres plagas son de la época, que no porqué no háyamos conseguido extirpar, debemos dejar de combatir, sigue á «La primera suicida», el espíritu moralizador de «El primer duelo».

Puede que, anterior al que referimos, duelo criollo en campo abierto, sin actas, testigos, ni cirujano, hubiese algún

otro, pues contábamos ya doscientos años de civilización. Pero fué en la noche del 21 de Noviembre de 1814, cuando un joven subalterno, expidió á su Jefe inmediato, por un quítame allá esas pajas, pasaporte para el otro mundo.

## I

En una de las fiestas del Patronato de la Infancia, celebradas en el Parque Lezama, conversábamos con cierta dama chilena, de noche, pero nó á media noche, quién con amable insistencia nos pedía alguna tradición local, del en que nos encontrábamos. Como en esos momentos se oyera un tiro, sin duda, al asaltante de fruta vedada en cercado ajeno, pié tomamos de él, para esta narración:

«Precisamente bajo estas barrancas—referíamos,—y á estas horas, noventa años há, poco más ó menos, oyéronse dos tiros á un tiempo, y con intervaló de breve silencio, un tercero. Dos valientes militares, ante los que en lances anteriores la muerte recogiera sus alas por no rozarles, se batían con aparente frialdad, pero devorados interiormente por ira mal comprimida. Antiguas enemistades, rivalidades de familia, exaltación de partidarios, la irascibilidad del uno, le ponía por segunda vez frente á la flema del otro. Irlandés éste, chileno su adversario, ambos habían trasmontado los Andes con restos fugitivos de Rancagua, cuya derrota, O'Higginistas y Carreristas se inculpaban mutuamente.

Aproximándose el cirujano Hanford al Capitán Taylor, discutían con el Capitán Vargas sobre la sinrazón del duelo que tales tiros denunciaban, y como el viejo Brigadier repitiera: «Por mi parte yo he venido más decidido, á morir que á matar». El inflexible joven adversario agregaba: «Pues, dé una satisfacción»—Impetuosamente replicó el primero:—«Sostengo lo dicho, y antes de retractarme, dispuesto estoy á batirme todo un día».—Y yo, dos»—dijo el otro.—«Este duelo no puede continuar, al menos sino á la luz del día». Y como el testigo que así hablaba, quisiera retirarse, en la esperanza de que con las frescas brisas matinales se

disipase la exaltación de los combatientes, ó tropiezo alguno surgiera:—«Peor será dejarlos solos—reflexionó su colega.—En el estado de excitación que se encuentran, seguirá un asesinato entre sombras. Quizá después de un segundo encuentro, consigamos aplacarles».

Minutos después, interrumpió el silencio de aquella soledad un tercer tiro, sin contestación. Como degollado por el gatillo de su propia pistola, que la bala del adversario arrancara, cortada la carótida, caía ahogado por bocanada de sangre, al pretender hablar, el Brigadiër, quien, en aquella misma altura del cuello, había sido antes herido, en defensa de la patria de su matador.

## II

—«Me dijo ladrón, y lo levanté de un tiro,—jactábase cierto matasiete, ante guapos de Café, entre más honrados amigos, de los que el más viejo, reflexionó con toda pachorra:

—¿Y no habría sido mejor, primero comprobar la honradez?

—No es de tan inmediato resultado. Bien puede serse, más ó menos pillo, pero á nadie gusta le echen en cara sus defectos, mientras que por bribón que sea, cuando en los primeros pasos se ha despachado uno ó dos de esos censores espontáneos, puede ya vivir tranquilo el más redomado pícaro, sin tener que seguir llenando fosas. ¡Desengáñense! La honradez de cada hombre, está en la que los otros quieran dispensarle.

—¡Qué chasco! Y yo que pasé sesenta años creyendo que la honra de cada uno se basa en su propia honorabilidad! ¡Así vá el mundo! ¡Cuánto más se vive, más cosas se oyen!

Cuando, sesenta años más tarde, visitamos la pacífica República de Chile, uno de los publicistas que con sin igual galantería «ciceroneáranos» por todas partes, fué el Señor Don Benjamín Vicuña Mackenna. Al penetrar en su Estudio, contemplando dos espadas cruzadas sobre la puerta, pre-

guntamos cándidamente si, con aceros tales, acostumbraba firmar sus artículos el más fecundo de los escritores americanos. Entonces explicó eran las espadas de su abuelo materno, el Señor Brigadier Don Juan Mackenna, y la del Coronel Don Luis Carreras, su contendor en el duelo referido. Colgados arriba de su silla de trabajo, dentro de un pequeño cuadro de orla enlutada, leímos estos Carteles:

«*Noviembre, 20.*—Usted ha insultado el honor de mi familia y el mío, con suposiciones falsas y embusteras; y si usted lo tiene, mé ha de dar satisfacción, desdiciéndose en una concurrencia pública de cuanto ha hablado, ó con las armas de la clase que quiera, y en el lugar que le parezca. No sea, Señor de Mackenna, que un accidente tan raro como el de Talca, haga se descubra esta esquela. Con el portador espero contestación de usted.—*L. C.—Noviembre, 20.*—La verdad siempre sostendré y siempre he sostenido. Demasiado honor he hecho á usted y á su familia, y si quiere portarse como hombre, pruebe tener este asunto, con más sigilo que el de Talca y el de Mendoza. Fijo á usted lugar y hora para mañana, á la noche; y en ésta de ahora podría decidirse, si me viera con tiempo para tener pronto pólvora, balas y un amigo, que aviso á usted llevo conmigo.—De usted—*M.* »

—No raro parecerá que entre los papeles de mi abuelo encontrara el cartel de su provocador, pero sí, la contestación de él, que la noche fatal fué sacada del bolsillo de la víctima para despistar huellas del lance—agregó D. Benjamín, á quien contestamos:—Enigma más ó menos indescifrable pudiera ser, pero no para quien, tiene oído del mismo General Mitre, que, cuando en la abortada revolución de 1851, tocó por su buena ó mala suerte, pernoctar dentro de la misma prisión al futuro Presidente de la Argentina, y al candidato actual de lo mismo, (en la de Chile 1876), conjuntamente con el primogénito del caudillo Miguel Carreras; el poeta prisionero distraía sus melancólicas horas de cautiverio, sacando de su ingenioso pedernal histórico chispas de discusion inacabable, más largas que las horas de cautiverio, sobre los partidos Carrerinos y O'Higginistas. De tan apa-

sionadas polémicas, *mirable visum!*, surgió una sincera amistad, estrechando al nieto del Brigadier Mackenna con el primogénito de su matador, á punto que, franqueándole éste el Archivo de la familia Carreras, dió origen al relato más poético que histórico: *Ostracismo de los Carreras*, que tan maiparados deja, á los argentinos, la tornasolada pluma del romancista Mackenna. Mitre, periodista revolucionario, condenado á muerte, en ese su último día de Chile, por de pronto, salió caminito á la presidencia de la República Argentina. Treinta años después, á su regreso, el gobierno le mandó recibir en el coche de gala, para que fuera su primer arribo á la Moneda, pues descendientes eran quienes allí gobernaban, de los que en otrora sus compañeros de prisión, siendo el mismo escritor Mackenna su más asiduo cicerone en los campos de Chacabuco y Maipú, que tan de relieve presenta la abillantada pluma de Mitre.

Todavía, veinte años después, cuando ocasión nos fué dada de presentar el bisnieto del Brigadier Mackenna que llegara á Buenos Aires á nuestro erudito historiador, cuyas páginas rememoran los patrióticos servicios del Brigadier, como anatematizan á ese arcángel de la devastación (General Carreras), que cruzára la Pampa cual ráfaga de sangre, guíamos al joven Alberto Mackenna donde nuestros pasos, resultaron verdaderos pasos perdidos, en busca de los restos del bisabuelo allí enterrado.

### III

No lejos del Condado de Mayo, cuna del Almirante Brown, más al centro de Irlanda, Condado de Mónaghan, en Willville, casa solariega de Mackenna, Don Benjamín Vicuña encontró á una hermana del Brigadier, que el año 1853, á sus ciento seis años de vida, no había alcanzado á saber el fin de Don Juan, hermano menor, que ella llevaba á la escuela. Sobre la misma vereda de ese su viaje cotidiano, vimos, dos años há, al última Mackenna, irlandés tan bizarro y



gentil como el joven Alberto, bisnieto del primer duelista, al pié de la barranca que va á ser coronada por la estátua del Almirante Brown, dominando desde aquella altura, el inmenso estuario del Plata que ilustró con sus hazañas.

Y retornando al comentario de nuestro cuento, refiere la tradición de este primer duelo de resonancia, en el cuarto año de la revolución argentina, que él dió márgen al decreto del Director Posadas. Recordando la vigencia de leyes, que con severísimas penas castigaban á cuantos á duelo salían, amenazando fusilar los padrinos, y castigando al muerto, más allá de su tumba, vedándosela en sagrado, sin duda fué por esto que no dimos con ella. Mackenna, irlandés y católico, todavía después de muerto, anduvieron vagando sus restos.

Abandonados en esos potreros por su propio Ayudante Vargas, expuesto luego bajo los portales del Cabildo, más piadoso su fiel negro asistente, al reconocerle, corrió á dar aviso al Sr. Irisarri, y emigrados chilenos, quienes lo transportaron al inmediato Convento de San Francisco, del que, rechazados por Guardián, sin duda godo, siguieron á Santo Domingo, de cuyo pórtico continuaron hasta el camposanto, á los fondos. Aunque el Sr. D. Benjamín Vicuña Mackenna asevera en la descripción de su viaje, haber puesto lápida conmemorativa al pié del «altar de la Piedad», de ella, ni de Mackenna, encontramos restos, si bien el Reverendo Padre Fray Modesto Becco, Prior más patriota, extendió en nuestra visita paños fúnebres sobre el pavimento próximo, y colocando un Crucifijo entre cirios, esparció flores, y elevó plegarias rezando responso, que con mística unción siguió rogando por el descanso del alma de su bisabuelo, nuestro amigo el ilustrado joven Don Alberto Mackenna, de tan elevada talla y de rubios cabellos como su heroico antepasado.

#### IV

Cuando iniciamos la propaganda de la «conspiración del silencio» alrededor de semejantes escenas de sangre, se

objetó que, privada quedaría de su mejor parte, la crónica sensacional, si la prensa, realizados, ó meramente inventados *ad hoc* para la espectación, no pudiera glosar dos ó tres duelos y otros tantos suicidios por semana. Entonces, como último recurso en nuestra misión de confiar á la justicia, y no al azar, la reparación de una ofensa; propusimos algo que la prensa aplaudió, sin propalar: un tribunal de honor, permanente, cuyo fallo, revestido de la mayor imparcialidad, dirimiría toda cuestión. Si el provocador no retiraba su provocation; si el ofensor rehusaba dar espontánea satisfacción, el tribunal, que íntegros y honrados ciudadanos formaran, condenaría al culpable á que la ofreciera, acordando se diera por satisfecho el ofendido. En caso que una ú otra parte denegara el cumplimiento de la sentencia, el tribunal por sí, y ante sí, expediría diploma de honorabilidad, de mucha más importancia, sin duda, que una ó más estocadas á un inocente. El que no acatara la decisión del tribunal de honor, al que tendría obligación de recurrir todo el que honor tuviere, excluído quedaría de los círculos sociales en que rolase. ¿No sería satisfacción más equitativa, y proceder de resonancia más universal, que la fotografía del perni-quebrado, ó tirador más hábil?

Esos llamados juicios de Dios, que más podrían decirse juicios del Diablo, ó invención diabólica, originarios entre los salvajes de la Escandinavia, adelanto de tiempos bárbaros fueron (rezagos hoy). No sólo la Rusia, la Alemania y Inglaterra estigmatizan; la Iglesia los condena y la humanidad los rechaza. Los pueblos más ilustrados no conocieron el duelo. Nunca llegaron á imaginar que un hombre comprobaba inocencia, ó ser hombre bueno, matando á otro, ni que Dios mismo dirigía puntería de quien no sabía tirar. Hoy la prensa los azuza, y la impunidad los alienta. Cuando por razones de oficio, debimos hacer respetar las leyes vigentes (si no nos fué posible extirparlos), conseguimos limitarlos, y al menos dentro la jurisdicción de nuestro Juzgado no se efectuaron duelos. Tal vez en las afueras, lejos, como cosa mala que se oculta.

Este primer duelo que la tradición recuerda, y en el que

fué víctima el Brigadier Don Juan Mackenna, dió origen al decreto referido, (30 de Diciembre de 1814), recordando que por la patria sólo debe exponerse la vida, no pendiente á caprichos y venganzas; que las leyes «consideran verdaderos asesinos á los duelistas», recibiendo todas las penas fulminadas contra los desafíos, los que salgan á ellos aplicándose irremisiblemente la pena de muerte, á los testigos, ahijados, padrinos y á cuantos á ellos concurren.

Al presente, á propósito del pisotón en un callo, de apresurado transeúnte, la prensa anuncia duelo para las doce del día siguiente, *en gran tenue*. Todos los «carruajes de punto» son al punto contratados; las cuatro trompetas de la fama lo anuncian á los cuatro vientos, y batallón de fotógrafos, formando cola, siguen y persiguen en los más veloces automóviles, cronistas, noticieros y aficionados, que, ya caiga uno en la fosa, ó todos en el ridículo, igual resultado obtiene el agraviado, con tal expectación.

¿Verdad que algo hemos adelantado en novísimos procedimientos, multiplicando al infinito la imágen que el susto afea, del duelista, de quien antes se mandaba fusilar hasta los padrinos, cirujanos, y quizá.... quizá, al que pasaba á tiro, por casualidad?





## DE COMO UN VIRREY

### SE CONVIRTIÓ EN HORMIGA

#### I

Surgido de la nada, hasta volver á la misma, ó de Caballerizo á las gradas del trono, quizá un poco más arriba, y después de haber sido Montero Mayor de su graciosa Majestad, (no hay que avanzar maliciosas suposiciones, que título siempre fué de grandeza y privanza, acompañar á caza á Reinas cazadoras, casaderas ó cabalgadoras,) y luego de General convertirse en polvo, humus, ceniza, humillante es para quien en su soberbia llegó á llamarse Rey de la naturaleza. Pero mucho más mortificante sin duda, á poco de ser Virrey, de transformación en transformación, llegar á hormiga, multiplicarse éstas sobre sus restos, aposentándose en el hueco de su cráneo, cardúmen del animalito que más imitó en vida, sinó en lo laborioso, en lo andador.

Bien que cuando esto sucedía, en su brevísimo Virreynamiento, cuando se sulfuraba la Virreynita á quien tales andares disgustaban, mirando su corto cabello rojo en movimiento de hormigas, exclamaba:

—¡Ave María, Periquito! ni que tuvieras hormigas en la tras... tienda! Siéntate en alguna parte. Está quieto; fijate siquiera por la majestad que representas.

A lo que contestaba el Virrey-hormiga:

—¡Cállate, mujer! Si donde siento eso, no es ahí. Tengo la cabeza que es un hormiguero.

Y hormiguero fué. Hormigas tenía el andariego como ellas: coloradas, blancas, negras, aladas, etc.

Y hé aquí al caso un vago recordamiento de nuestras

anterioridades, ó presentimientos de transformaciones sucesivas, que un muy amigo nuestro, médico é inglés, por más señas, creyente en metempsicosis, telepatía, sueños azules, diablos idem, clarovidente,—repíte, con toda gravedad: «Recuerdo muy bien que antes de llegar á hombre, fui pez!»

Si Melo fué antes de hormiga, átomo, oruga ó mariposa, si lo recordaba ó nó en su mente, dificultad no pequeña hay para interrogarle al respecto; pero, que de él naciera, no sólo una hormiga, sinó hormiguero numeroso, pronto lo comprobaremos.

Melo arribó con humos de ser, ó haber sido, *el bello de la Reina*, subiendo en la Corte de la coronada Villa, de niño de corte, paje de una Reina, y privado de otra, á *caballero cubierto*, y por ende, su esposa, *señora sentada*. Luego de salir del Colegio de Nobles de Madrid, Oficial de la Guardia Real, fué haciendo la guardia ó la corte á la Reina, ésta fijóse en el buen mozo, y subió con más aceleración que las gradas de la Real escalera, las de carrera á vapor, antes del descubrimiento de Fulton. Page, Oficial, Caballerizo, Montero de María Luisa, Gobernante de la Colonia más lejana de Madrid, Ministro General, Virrey, fué todo lo que quiso, y también algo de lo que no quiso el Señor Don Pedro Melo de Portugal, aunque no era sinó de España. ¡Lo que vale una mirada á tiempo, sobre todo si real mirada es!

El historiador Dominguez, de tan mesurado criterio histórico, incapaz de levantar la puntita de cortinaje alguno, observa, cómo serían las prendas que le adornaban cuando tan rápidamente ascendía el antecesor á Godoy, en todos sus cargos y cargas. Ello es que nombrado Teniente General, llegaba este quinto Virrey de la Plata, el 17 de Marzo 1795, dando las doce la campana de Cabildo, la misma que sigue contando las buenas y malas horas de esta población, desde la alta torre del Colegio de San Ignacio.

## II

Y fué su primer ensayo, el desenmarañar cierta revolucioncita de encargo, algo más impalpable que otra de marras, cuatro años preparada con todo sigilo y en nocturno laboratorio subterráneo, que al despuntar el alba, (4 Febrero de 1905) se evaporó *nonnata*, por el atraso de otro reloj.

A Don Martín I, (proyecto de Rey quedado en proyecto, de esta bendita Ciudad), también por aquellos días se le había metido, entre ceja y ceja, que cuatro franceses querían arrebatar este Virreynato para el gran hombre que entre el Alpes y Pirineo se alzaba, eclipsando el sol de España. Corrió con el chisme á la Colonia, á contárselo al Tenorio, que á resguardarlo venía, y si esa revolución de los franceses no abortó, fué por que nadie estuvo de parto, sí, solo de susto Antonini, en cuya relojería encontróse subversivamente introducida la Libertad desnuda, ó en camisa, bajo gorro frigio grabada en la tapa interior de otro reloj. ¡Cómo influyen los relojos revolucionarios!

A pesar de nunca estar quieto, con movimientos de hormiga, de Madrid al Plata, de Buenos Aires al Paraguay, de allí á Montevideo, inmóvil parecería Melo, parangonado con el Rey Eduardo, y el otro Emperador, que padece de hormigas y en todo se mete, con Moros y cristianos, desde Marruecos al cabo Norte; del país del sol á media noche, al país del sol á medio día, de Berlín á Betlem, y sobre todo, añ par del Rey de los belgas, que en todas partes se encuentra, menos en Bélgica. ¡Cosas de la época!

Antes de inaugurar el puente de su nombre, sobre la *Calle del Empedrado*, (Florida esquina Córdoba) solemne recepción hizo á la Comisión de los siete sábios, nó de los siete sábios de Grecia, sinó de Misiones; casi lo mismo, aunque faltaba el astrónomo Marqués Sourriera de Souhillac que había ido á descubrir pasajes de cordillera. Llamábanse sus colegas ó cosábios: Félix de Azara, Diego de Alvear, Andrés Oyarbide, Pedro Cerviño, V. Varela y Juan Valentín Aguirre.

Y mientras descubrimos algunas otras de sus grandes obras, que en los dos años de Virreynato se contaron por los dedos, recordaremos algunos de sus antecesores, de quienes prosperidad más progresista camina hoy, sino como el andariego, con más reposo y provecho, por estas calles que no alcanzó á empedrar.

### III

Bueno es advertir que este Melo de Portugal, su abuelo, al pasar de España perdió una letra del apellido, y entre las melodidades lusitanas al caerse la *r* én el Tajo, Melo quedó, aunque no proviene de Melo, Merlo, Merlón la etimolojía de su pronombre, según cierto Rey de armas. Los Archivos de familia remontan á la del célebre triunviro romano Melonia, que de las Galias llegó á Portugal.

Regresó su estirpe á España, y antes que el Virrey que tradicionamos, su parentela arraigaba en este mundo, con Miguel Antonio de Merlo, porteño, á principios del siglo XVII. Don Suero Raymundo de Rivas de Avignola, noble portugués, acompañó al Rey Ricardo de Inglaterra, en 1191. Pobló á su regreso el sitio de Paralopamimón, y al volver de Jerusalem, la Villa de Melo, en Portugal. El año 1204, hizo allí casa su hijo Mens Suero de Melo, y el Rey Don Fernando concedió jurisdicción á Don Martín Alonso de Melo de Portugal, *ricohome* del Ruiz de Melo. Los Señores de Güimaraens, en el Valle de la Sierra de Estrella, á cuatro leguas de Guanta, conservaron muchos años en la Villa de su nombre el Palacio de Melo. Alfonso V. dió el título de Villa, donde empezaron población los Caballeros de Melo, en Portugal. En las montañas de Cantabria, el primer pueblo fundado por un Melo, llámase al presente *Campo de Reinoso*, y Don Dionisio fundó el Monasterio de San Juan de Trollo, en Braga, año 1520.

No pudiendo remontarnos en la alcurnia de los hijos de Adán hasta el bisabuelo de éste, recordaremos de paso que Don Miguel Antonio de Merlo, nacido en esta

Ciudad, desposó en la misma, á Doña María Teresa del Sar Guerra, padre del Coronel Don José Ignacio Merlo, cuyos hijos fueron de los jóvenes argentinos que se distinguieron en Trafalgar. Esposo era éste de Doña Rafaela Basavilbaso Urtubia y Toledo, señora que por su virtudes y filantropía recuerda lápida funeraria, que en la Capilla contigua al mausoleo de San Martín, yace en nuestra Catedral.

Don Domingo Reyes Corvalán Chirino, se casó en Mendoza con Doña Manuela Sotomayor y Videla (de los Vide-las dulces), y uno de sus veintiún hijo, (General Don Manuel Corvalán, que logró salir incólume, aún dragoneando de Edecán de Juan Manuel, el mal hermano de sus treinta y un hermanitos), desposó la hermana del Ayudante Merlo, Don José Ignacio. Primogénito de éste, Don Rafael, Relator por largos años, casóse con la Señora Perez del Cerro. De esta unión descienden, sinó todos, la mayor parte de los Corvalán, en Belgrano, Buenos Aires y otros pagos. Como su Maestro y tocayo, Doctor Rafael Casajemas, infaltable durante todos los años de la tiranía, viniendo desde Barracas, lloviera ó tronara, bajo su añciano ponchito y sobre su caballo blanco, á dictar el curso de Derecho en la Universidad, desde que Rozas la cerrára;—de igual manera divisábase de alto sombrero blanco, éste su predilecto discípulo, galopando por el *Camino de las Cañitas*, al honrado Doctor Corvalán (Rafael), desde Belgrano al Cabildo, perpétuo Relator de Cámara, é incorruptible en sus honestos procedimientos de justicia con que coadyuvó la obtuvieran tantos desheredados.

A Don José Ignacio Merlo, en 1767, siendo Ayudante Mayor, tocó ser conductor á Charcas del pliego Real, ordenando la espulsión de los Jesuitas de España y todos sus dominios. Sin duda, en desagravio donó á los Mercedarios campos donde hoy se estanca el pueblo de su nombre, (Prov. de Buenos Aires) para que fundaran la Capilla, que después llamaron del Buen Viaje, pues que allí bajaban á rezar la última oración los que para Luján, Provincias de arriba y Alto Perú, peregrinaban.



Cláusula primera de la donación fué, que volvieran á la familia Merlo, si los Mercedarios eran expulsados. Se fueron éstos con la música á otra parte, pero no volvieron terrenos tan valiosos.

No sólo Llavalloles, Buchardos, Corvalanes y otras distinguidas familias, descienden de la antiquísima alcurnia ligeramente tradicionada, sino todos los Merlos, Melos y Merlines, yá de España ó Portugal, y por ende, en sus Colonias, ora de la sábana de arriba, ó de la sábana de abajo.

Volviendo al Marqués Ferreira Braga, título que también llevaba el de Villena, agregaremos que pocos años después, fué á *matear* por el Paraguay sin Jesuitas, este segundo Melo en Portugal, y Merlo en España, que con *r*, ó sin ella, oriundo del mismísimo tronco que el General Don Ignacio, era Don Pedrito el Virrey. Nada más hizo en aquella Gobernación, que en diez años en la Corte. A fin de no seguir dándose tanta corte, cuando en privanza subía el de Godoy, interrogado éste por qué tan lejos enviara al privado que sustituyó: «Por que no hay otra más lejos» repuso. Ni antes ó después, ni allí ni aquí, hizo otra cosa que moverse mucho, como hormiga incansable y declararse protector de doncellas, para seguir guardián de las Vírgenes del Señor al pié del locutorio, donde há cien años descansa.

#### IV

Ciento diez años transcurridos iban desde el día que empezó su sueño sin despertar, cuando en uno de nuestros matinales rebuscamientos artísticos, contemplábamos por centésima vez, el más espléndido Gobelino de verdad, de cuantos á esta bendita Ciudad llegaron, (Iglesia de San Juan) suspendido sobre el Coro bajo de las Clarisas. Comezón de curiosidad nos agitaba, al regreso de la Fábrica de Gobelinos en París, para comprobar su autenticidad, cuando otra comezón en pantorrillas, nos hizo bajar los ojos del cielo á la tierra, descubriendo, bien á nuestro pesar, caminito por ellas, de hormigas más coloradas que el Virrey.

Interrogado al Sacristán que por ahí andaba, de donde provenían, dijo con calma:

—Sí. Son pocas. Han de ser algunas que han quedado del hormiguero del Virrey.

—¿Y qué Virrey era ése, tan rico, que hasta hormiguero en su propiedad tenía?

Entonces contó cómo al levantar el mármol cuyo epitafio pisábamos irreverentes, se había descubierto á lo largo, sobre la vaina de la espada de Melo, largo reguero de hormigas, cuyo caminito provenía de las que anidaban en el cráneo del Virrey. Al partir para su último viaje, que en verdad fué el último, volvió á despedirse de sus vírgenes protegidas, cuando la Virgen Mayor (Madre Abadesa) se atrevió á decirle con la más melosa voz, como que á un Melo hablaba, preñada en lágrimas, que preñeces de otra naturaleza prohibidas son en Conventos:

—No se embarque, señor Virrey, que el tiempo vá entrando en agua y sus achaques en frío, para tanto movimiento.

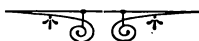
Como el de Melo insistiera tímidamente agregó la caritativa sierva del Señor:

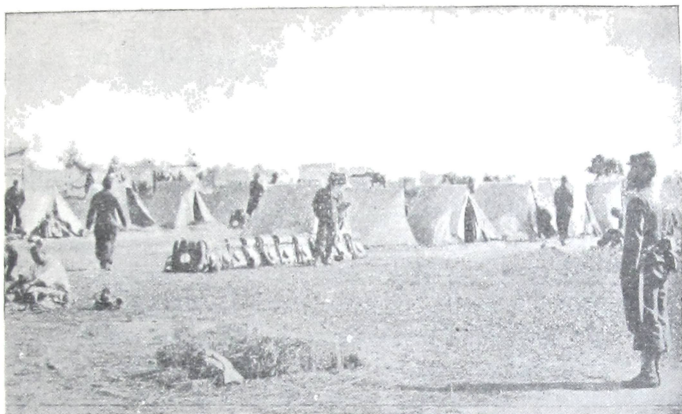
—Aquí no creemos en agüeros, ni en uso de hechicerías, ni en cosas supersticiosas. Pero anoche no he podido dormir, cuando se nos anunció la visita de despedida de Su Excelencia bajo persistente alucinación, de que el Señor Virrey no volvería de Montevideo. Toda la comunidad quedá en ayunas y en oración perpétua, implorando á nuestra Madre Santa Clara, nos devuelva bueno y sano cuanto antes á Vucelencia, cerca de las sieryas del Señor que tantos beneficios le deben.

—Y bien, Madre, si muero, que me entierren. Si esto acontece pronto, para que el ayuno de las siervas del Señor no se prolongue, pidó ser enterrado aquí mismo, donde la piadosa madre me pronostica viaje sin vuelta.

Y así aconteció. Fué, vió, pero no volvió. Lo volvieron, dentro caja muy lujosa, pero fúnebre, cavándosele sepultura en el mismo sitio que oyó el mal agüero de tan cándida monjita.

La vaina de plata de aquella espada virgen, sin punta ni filo, á cuyo lado empezara su sueño eterno, convertida en límpida bandeja, actualmente se usa para dar la comunión á las monjitas al través del enrejado. Si doncellas le ciñeron algún día esa espada, cuando yá sin fuerzas para manejarla, Vírgenes del Señor guardan hasta el presente los restos del Virrey que se convirtió en hormiguero.





Campamento en Olavarria

## DOS AMIGOS

---

### I

Toda la noche la había pasado en blanco, Silvano. ¿Ve-  
lando enfermo de gravedad? De ninguna manera, por más  
que amores de consecuencia nacen en nuestra campaña, du-  
rante el velorio del Angelito, ó al rededor de un ataúd, yen-  
do á terminar nó pocas veces dentro de él. El enfermo, ó  
candidato á tal, gaucho Silvano, era un tantico enamorado,  
cuchillero de profesión, pero muy hombre y amigazo de sus  
amigos, capaz de quedarse nó solo en camisa, sinó sin ella  
por aquel á quien al darle la mano daba su corazón.

Rondando una rubia, á punto estuvo la mala cabeza  
de hacerle perder la suya. Entonces no se usaba por  
esos pagos *pelar la pava*, á usanza andaluza. Distinta era  
la treta de costumbre. En lugar de pasarse las noches, horas  
y horas pegado al estrecho postigo, comía freno el caba-  
llo al palenque. Iba pasando un amigo de tránsito, con es-  
cusa del mate del estribo, comenzaba amansando la mozá

entre las *mansas*, ya al maneárselas para ordeñar, ó sobre el tronco de añoso ombú, cuando en trajines de batea le encontraba. Cuando llegaba el tiempo, antes de entrar en agua, nunca faltaba aparcerero caritativo, ¡hoy por mí, mañana por tí! calentando agua para que otro tome mate, que distrajera la vieja, bajo el alero de entrada, mientras que saltando la prenda en ancas del parajero, juntos saltaban con el raptor la zanja del fondo, á galope tendido, y á esconderla iba en lo más espeso del cardal, mientras comadre complaciente preparaba nido á los fujitivos.

Y de este primer paso en el Calvario de sus amores, regresaba riendo Silvano, cuando se le atravesó el síno de su mala estrella.

El día aquel, parecía aclarar más temprano, trás esa última noche en blanco, de amor á la luna, sin quedar terminados todos los detalles del rapto que no dejaran huella á seguir. Al retirarse, medio bamboleando, ébrio de pasión, bajó el paisano á la primera *Pulpería* del camino, para *hacer la mañana*, con el vasito de caña que le haría entrar en calor, cortando el fresco de la madrugada. No olvidando haber sido asistente del Conde Pezzuti-Pelloni, cantaba á media voz al vadear un mal paso del arroyo, versos que tanto le oyó:

«De ese precioso licor  
que cognac llama el francés,  
rón de Jamaica el inglés  
y en mi tierra es aguardiente;  
con éste, que es mi asistente,  
llamado José Pastrana,  
mándeme usted una botella  
para empezar la mañana.»

Y como un poco delgadón traíale la trasnochada, al primero, siguió el segundo y otros copetines. Oyendo ruido cerca del rancho, salió un poco caldeado, cuando los dos que jugaban á la taba, reconociéndole uno de ellos, gritó:

—Venga amigo, haga un tiritito, á ver quien paga otra vuelta.

Al tiritito se siguieron otros muchos, y fuera por debilidad de las tabas, ó de la muñeca, en todos perdió el recién

llegado. Con la repetición de las *cañilas*, fué enredando el juego, y acalorándose la disputa con el *Mataco* del pago. Como tenía fama de *visteador*, en las primeras de cambio, achuró á su adversario, que si nó rematára, dejó tendido y desangrando, por tremenda herida. De cuero curtido, pero cribado de otras muchas, á los quince días falleció en el «Hospital Melchor Romero».

Y yá que todo se olvida en este pícaro mundo, no está de más al tropezar con ese nombre querido, recordar de paso, la privilegiada puntería, de tan excelente Capitán de Ingenieros, metiendo la primera bala de cañón entre la compacta columna de caballería, con que López Jordán pretendió rodear por retaguardia la infantería porteña, la tarde en que el último que murió, fué el referido Conde Pezzuti-Pelloni, bravo italiano cuyo peto colorado, blanco fué, á ocultados tiradores del otro lado del arroyo Pavón, donde en busca de agua se aproximaba.

## II

A la mañana siguiente, se oía á Silvano en el siguiente diálogo, con su más amigo:

—¡Qué quiere hermanol! No me supe comprimir. ¡Este maldito genio que Dios me ha dado, me mata! Por las buenas, soy capaz de dejarme llevar hasta quedar como Adán antes de pecar. Pero empezó la jugada. Trás la taba, los naipes viejos de su vieja conocencia. Para mal de mis pecados, tenía á mano la botella de ginebra. ¡Ginebrón de los diablos! Más que el éfecto de su contenido, la sangre se iba subiendo á la cabeza, haciéndome perder los estribos y la paciencia. El gaucho cargante, con pullas y cárgosidades de estribillo como éste: *¡Afortunado en el amor, desgraciado en el juego!*—«Vd. es un pobre desgraciado en ambos»,—dije, tirándole las cartas. Me mandó con el porrón por la cabeza, y haciendo una cuerpeada, le envasé en mi facón. Sabiendo tantas cosas, no supo un quite á tiempo, cayendo como chorlito, cual si fuera de que-

so el niño burlón, después de tanta sorna. Y aquí me tiene, amigazo, perseguido por un *pronto*. Me desgracié; vengo á pedirle refugio:

—¡Hermanol para estos casos son los amigos! No tiene que pedir nada. Sabe que todo es suyo, cuanto tengo y cuanto valgo. Disponga de su pertenencia.

Pero el pobre Silvano andaba en la mala, y no bien había salido el amigo á buscarle escondrijo más seguro, cuando el Sargento de la *partida*, antiguo rondador de la flamante viuda, todavía frescachona, (á quien venía de prometer, que había de dar vivo ó muerto, con el matador en la *capacha*), rodeó el rancho con su *partida*. Siguiéndole los pasos, ¡donde debía haberse refugiado, sinó en lo de su compadre? que mellizos parecían en la amistad estos dos buenos amigos, por los seguidores siempre en yunta.

¡Ay! ¡el cariño de los cuartos chicos! Lo tomaron sin perros. El que tiene enemigos no duerme, y héteme caminito á chirona, cuando el amigo regresaba de ajustar en la Boca con la Balandra carbonera del isleño del Guazú, escapatoria del perseguido, por más que éste creía más seguro escondite, entre la multitud de la gran Metrópoli, que en el desierto de la Pampa, yá sin *pampas* ni desiertos! . . . . .

Contra lo habitual, la Justicia no anduvo con piés de plomo en la sustanciación del homicidio, apresurada quizás por empujones del Sargento, que seguía empujando igualmente á la viudita. Si faltaron morlacos para multiplicar trámite de defensa, sobraron buenos antecedentes de honrado vecino sin vicios, apenas un tantico tentado por las mujeres, el vino y el juego, siempre con el corazón en la mano, para servir á cuantos le necesitaban. Conmutada fué pena mayor, echándolo á las tropas, en tiempos que eran formadas por los sobresalientes en la Penitenciaría, á cuyos hombres sin honor, confiábase el honor de la bandera.

Y en el batallón «Guardia de Cárceles» le encontró el amigo, que lo era tanto, que desde el día de su desgracia, prometiése no descansar hasta ponerle en salvo. ¡Remordi-

miento tenía esta noble alma, de haber sido preso en su casa, el amigo que viniera buscando refugio en ella.

Escaso de dinero, que en general todo lo allana, se ingenió engancharse en el mismo Batallón para seguirle de cerca sus pasos, acechando la ocasión de libertarlo.

### III

Perra fortuna en los primeros pasos, entorpeció todos sus trabajos. Que Silvano hacía guardia en La Plata, á su amigo Dionisio lo mandaban á la de San Nicolás de los Arroyos. Que al fin del año regresaba éste al Batallón de Cárceles, el *destinado* acababa de partir entre los destinados á vigilar el cortar adoquines en Sierra Chica. Que llegaba después de dos años á Olavarría, yá el preso de Sierra Chica, había regresado á La Plata. Así, uno en pos de otro, el voluntario trás el destinado, un año, y otro, pasaron, cual si jugando á las *esquinitas* siguieran, sin que amigo tan constante perdiera la esperanza en la proyectada evasión.

Pero, al fin de los fines, se dió vuelta la taba, y el buen día tan ansiado tocóle estar de centinela en el patio de los presos destinados, entre los que, el más antiguo era Silvano. Veteranos ambos; el uno, en la carrera del presidio, á la que había entrado sin querer, y el otro en la de sus guardiames, espontáneamente sin saber escribir y apenas hablar entre custodiados, el sublime lenguaje de la amistad sin palabras, más que por éstas, por signos se entendieron, que entre dos corazones que se comprenden, de más están las palabras.

Interiorizado Silvano de todas la peripecias en la peregrinación del amigo que había prometido salvarle, seguro estaba que tarde ó temprano realizaría su promesa. Al fin logró ésta, en la primera noche de guardia inmediata cuya tormenta, cómplice fué con sus sombras, para que luciera la luz de la libertad, ante el valiente paisano, matador inconsciente, cegado por el doble cendal del juego y la ebriedad, que conduce tan frecuentemente al crimen.



Digno ejemplo de lealtad á toda prueba.

En más de una ocasión, oímos en nuestro propio Rejimiento, paisanos que dejaron su majadita, su rancho y cuanto poseían, tomando enganche ó incorporándose voluntariamente á las filas, por no poder vivir sin el amigo que había caído en servicio,—agregó el Sargento de la rueda, en el fogón, que oíamos esta tradición.

Y luego dicen que la amistad no existe, que está pasada de moda, que todo lo rije hoy el sórdido interés. Casos hay en que no puede dudarse de su sinceridad. Un hombre encuentra un amigo, y cuántas veces uno basta en las escabrosidades de la vida. Hermano de corazón, decidido á hacer espalda con espalda, le acompaña en buenos y malos trances, deja sus comodidades, abandona su bienestar, se impone largas noches de frío, de hambre, de fatiga, en campamentos, en marchas y cuarteles. ¿Qué le impulsa á tanto sacrificio, en prosecución de la libertad del amigo? ¡Nada! todo por ese otro *yo* el sublime sentimiento de la amistad á que, en la antigüedad se alzaban altares, y que en el cambio de los tiempos, tan desteñida aparece, tan diluida entre encontrados sentimientos que casi casi, váse perdiendo de vista!

Tan raras son excepciones como la presente, que no creemos de más recordarla sin comentario.





## LA MAÑANA DE MAYO

### RECUERDOS DE ANTAÑO

#### I

No fué la de Mayo, de esas hermosas mañanas azules de sonrosada aurora, promesa de una bella jornada; sinó gris, húmeda, llorona, preñada de nubes oscuras, como el camino que empezaba la Patria naciente en aquel día.

¡Que tiempos aquellos! No nacimos en los de la *Patria grande*, pero el de su resurgimiento,—el de la caída del tirano,—fué como nuestro primer día. Antes, jamás habíamos oído hablar de Patria, de Libertad, de Independencia. ¿Dónde pudo haber oído en su infancia, la generación á que pertenecemos, acentos tan agradables? El único canto, al que se meció la cuna hasta las postrimerías del *año negro*, el último éco que llegaba á adormecer niños, asustados por esa amenaza, era: «*Mueran los inmundos salvajes asquerosos unitarios. Las diez han dado, y ñublado*», que canturreaba el sereno, dando vuelta á la manzana. ¡Cuán largo fué ese nublado en el cielo argentino! Pero trás la noche, la aurora. Volvieron los bellos días de la *Patria vieja*, y allá, á sus celestes resplandores se vuelven nuestros primeros recuerdos.



.....  
Con los escueleros de don Rufino Sánchez, don Juan Peña y don Mariano Martínez, llegamos á la Plaza de la

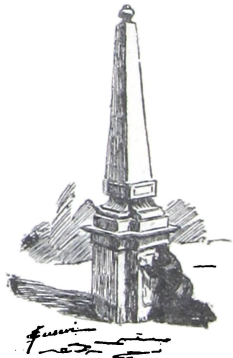
Victoria, al amanecer del 25 de Mayo de 1852. Un tamborcito, tocando paso redoblado, presidía la columna en escalonamiento ascendente, los chicos, medianos y más altos. Al



medio, conducían en andas la imájen de *una virgencita*, de blanca vestidura, cruzada por amplio manto celeste, y cubierta con el gorro frigio del mismo color. Creíamos fuera la Pura y limpia, semejante á la que, pocos años antes, de rodillas sobre la cunita, frente á Ella, nos enseñaba nuestra buena madre *el bendito*. Uno del banco de los mayores, dijo era la Libertad. Colocada sobre el altar de la Patria, nos llevaban

á rezar la primera oración por la libertad. Vestidos de blanco, y banda celeste cruzada, tiritando de frío, rodeábamos con flores y banderitas la Pirámide. Todos miraban hácia el Fuerte, antiguo Alcázar de los Virreyes,—sin duda porque se advirtiera á los más pequeñitos no se asustaran al oír retumbar los cañonazos del baluarte. Antes de asomar el sol trás el doble horizonte azulado del río, al lado opuesto, como una fúlgida llama coloreando la veleta de la alta torre del Cabildo, empezaba á revestirse de color de rosa. Al mismo tiempo, flameando las banderas de las escuelas, cantamos con toda solemnidad:

*Oíd, mortales, el grito sagrado,*  
al compás de la banda militar del batallón Echenagucía. No concluído el himno que por vez primera entonó nuestra generación, la salva de veintiún cañonazos apagaba el ensordecedor repiqueteo general de campanas en todas las torres, y á los vivas, gritos y aplau-



sos, un inmenso pueblo entusiasmado, nos rodeaba y aplaudía alzando en brazos á los más chicos. La madres besaban á sus hijitos, y en aquel festival en que dos generaciones se confundían en un abrazo, vimos estrecharse llorando dos ancianos. El uno, era el propio autor de la *Canción Nacional* (reelecto diez días antes Gobernador); el otro, el General don Tomás Guido, (el íntimo de San Martín) acordándose que en aquella misma plaza, se habían abrazado la mañana del 25 de Mayo 1810. En ese momento, temblorosa anciana de una de esas familias patricias que, cual las de Balcarce, Olázabal y Martínez, dieron cada una media docena de Coroneles y Generales á los primeros ejércitos, abriéndose paso, se *arrodilló, besando entre lágrimas la Pirámide*.

## II

El pueblo todo había madrugado. ¡Pero qué! si muchos ni durmieron la noche antes. Otro era el cantar de esos tiempos, muy distinto al de la oscura noche del año 40. Entre aquellos *salvajes unitarios* que salvaran de la muerte, no obstante la exclamación de los serenos de antaño, abuelo, hubo, que repitiendo sus yá olvidados madrugones del toque de diana, despertara al nietecillo que, entre uno y otro cabezaso, se había dormido repitiendo:

*¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!*

En la excitación de su entusiasmo, soñaba con el verso por el cual le aplaudiría todo el mundo. Nada extraño que tal pensara un niño, si acababa de deletrear en uno de los ovalados escudos, bajo pabellón de banderas, de los arcos en la plaza:

«Calle Esparta su virtud;  
Sus hazañas calle Roma;  
Silencio! que al mundo asoma  
La gran Capital de Sud!»

El hijo del cantor de la Patria, primer Ministro de Instrucción Pública, en aquel gobierno de tantas esperanzas que sucedió al del tirano, Don Vicente Fidel López, y su

colega en el ministerio, el poeta don Juan María Gutiérrez, dirigían los batallones infantiles á la antigua casa del Virrey, donde el hijo de éste, don José Olaguer Feliú, maestro de ceremonias en el solemne *Te-Deum*, preparado había el más perfumado *soconusco*, (larga mesa de chocolate) tomada al asalto por los escueleros. En su alto umbral (Banco Italiano, actualmente) el General Díaz Velez, y Escalada,—cuñado de San Martín, que llevó la primera bandera de la guardia nacional en la formación de ese día,—Martínez, Paz, Zapiola y Lamadrid, recibían á los niños que llegaban, presididos por el Almirante Brown, cojeando á la cabeza, habiendo desfilado entre apiñadas multitudes, dominando como los más viejos árboles en la selva, nombres de los últimos restos de la independencia, ó sus primogénitos: Saavedra (don Mariano, nacido en el Fuerte, en 1810) Quesada, Posadas, Lezica, Pintos é Iriarte, pues los últimos testigos supervivientes de la mañana de Mayo de 1810, sin previa invitación aparecieron reunidos en aquel otro sábado de resurrección.



¡Qué chocolate, y qué chocolateras! Servidos y atendidos los niños por las señoras de Azcuénaga, Olaguer Alvear, Quintana, Escalada, Cordero, Riglos, Barquín, Ocampo, García, Olazábal, Telechea, Mandeville, Aguirre, del Pino, Alzaga, Coronel, Fernández y Villanueva. ¡Qué *chocolate* tan rico *saboreamos*, nó menos dulce que los recuerdos que después de cincuenta años *saboreamos* aún, de esa fresca y dorada mañana de Mayo!...

### III

Los hombres pasan, pero nó el santo amor á la Patria. Entonces, mal comprendíamos el significado de la oración matinal, cantada ante el monumento que medio siglo antes levantáran los próceres de Mayo. ¡Qué tiempos aquellos! Con qué entusiasmo, hombres, niños y mujeres, ricos y pobres,

se entremezclaban en olas confundidas de pueblo, reanimados y todos contentos en la manifestación de su alegría. Gritos de júbilo, músicas, danzas y banderas, por todas partes. Estrecha la Plaza de la Victoria,—cuna de la libertad americana,—en cada boca calle, la satisfacción y el contento estallaban en explosiones de patriotismo.

Los nietos de entonces, abuelos yá, conducirán hoy de la mano á los suyos, como fueron llevados á iniciarles en la fe del patriotismo, explicándoles lo que el 25 de Mayo conmemora?

.....

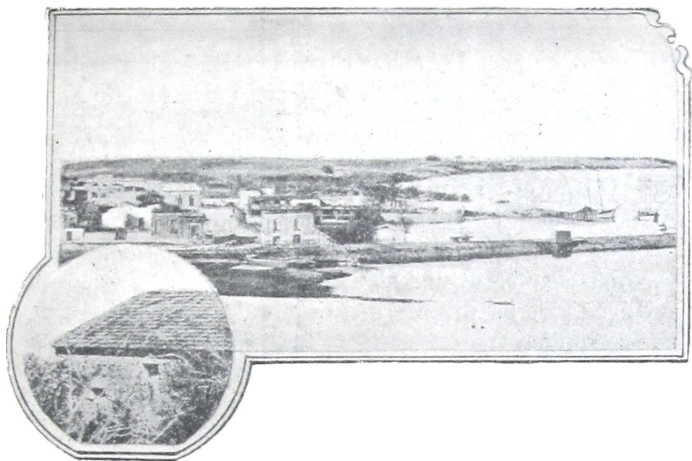
Cada vez que pasamos frente á la Pirámide, nos descubrimos reverentes recordando á los que fueron. Ella fué el punto inicial de nuestra emancipación; de aquí partieron las primeras legiones, cuyas brillantes bayonetas, parecían reflejar en sus puntas ideas fosforescentes, esparciendo á los cuatro vientos gérmenes de los santos principios de la Revolución. En su base, grabados están nombres de los primeros mártires de la Patria. Rendidas fueron allí banderas, contra las que nuestros padres lidiaron y vencieron. El éco de tres generaciones resonó á su alrededor, entonando himnos á la Libertad. Consagrada por el afecto de todos los argentinos, el mismo Rosas no se animó á profanarla. En todas nuestras tribulaciones, aquí nos congregamos, como alrededor de la fuente bautismal, buscando la inspiración de Mayo en nuestros desfallecimientos. Saludáronla al pasar en su marcha triunfal soldados que del Sud al Ecuador, de cima en cima, llevaron la bandera celeste y blanca, flameando victoriosa hasta izarla en Quito, la más alta cumbre de América, para que todo el mundo lá respete.

¡Con qué entusiasmo celebrábase en otro tiempo las fiestas de Mayo! ¿El cosmopolitismo absorbente irá disminuyendo el sentimiento argentino? ¿Nuestros nietos llevarán los suyos á cantar á la Patria, frente al balcón donde sus fundadores la proclamaron libre é independiente?

Hacemos votos porque en la mañana del 25 de Mayo de 1910, alrededor de esa Pirámide, revestida de mármo-

les y bronce de las catorce hermanas, se estrechen argentinos y extranjeros, entonando el himno del progreso, á la fraternidad de los pueblos, borrando yá de nuestro Código la palabra «extranjero».





Puerto del Salto Oriental

HAZ BIEN

SIN MIRAR Á QUIÉN

---

I

El asalto al Salto había concluído. Yá no se oían cañonazos, ni el fragor de arma blanca; allá, á lo léjos, por la Plaza, redobles de tambores; luego el melancólico toque de oración, tristísimo, por el que ahullaban lo perros del Rejimiento. Pero, de barrancos y zanjones, salían lamentos desesperados de los heridos en el combate, clamando por un poco de agua unos; otros, con ella al cuello, sin fuerzas para despegarse de la greda y barro resbaladizos, en zanjas y trincheras dentro las que cayeron, y donde asaltantes y asaltados confundían ayes, imprecaciones y quejidos.

Dos mujeres pobremente vestidas de negro, vagaban como sombras en las de la noche, que se condensaban, burojeando entre árboles y pedregales de la bajada al puerto, cuando tropezaron con el cuerpo de un joven cubierto de sangre, que al pronto supusieron muerto. Notándole algun



movimiento, empezaron á lavar sus heridas, y logrando incorporarle con mucho trabajo, le llevaron á su rancho inmediato.

Corrían malos tiempos, en que aún la caridad era delito. Desde antes que pudiera hablar, reconocieronle por el uniforme del Ejército federal, asaltante del Salto atacado á la sazón por soldados de Rozas.

Alguna vecina, al día siguiente, por cuyo egoísmo no ejercía caridad en propios ni estraños, había dicho á estas piadosas mujeres:

—¡Precávanse! No tienen hombre en casa, y si los de adentro saben que ocultan asaltantes, puede irles mal. No se comprometan.

—Nosotras hemos salido á recojer heridos, sin preguntar de donde son. Los de la plaza tienen Hospital. Estos pobrecitos abandonados en la disparada, morirán como perros en desamparo, si la caridad no enseñara á levantar al caído, ejerciendo la acción tan cristiana de hacer el bien sin mirar á quién....

Allí quedaba agonizando el joven Oficial porteño, bajo el rancho en las afueras del Salto, modesto techo pajizo que se alzaba á corta distancia del embarcadero.

## II

Treinta años habían transcurrido. El Comandante del Puerto en Concordia, ejercía la mayor vigilancia para impedir pasaran á los jordanistas armas, hombres ó municiones. Su segunda revolución estaba en pié. Y aunque á uña de buen caballo escapára éste para Corrientes, después de romper platos en Nambé (plato-roto) huyó nadando á la costa oriental. De ésta, entre el Salto grande y el Salto chico, arribaba una lancha cargada de hombres y armas, que los blancos orientales obsequiaban á sus correligionarios en Basualdo. Antes de anclar, la aprisionaron.

A la mañana siguiente, se presentó con el *parte* al Comandante del Puerto de Concordia, el Sarjento guarda-

costa. La lancha acribillada á balazos; los pertrechos decomisados. En cuanto á los prisioneros.....

—Pero, ¿dónde están los que conducían todo esto?—preguntaba impaciente el Jefe.

—Ninguno, mi Coronel.

—¿Qué se han hecho? ¿Cómo se les han escapado?

—Ninguno ha escapado.

—¡Qué! ¿Se dió vuelta la lancha? ¿Se los llevó la corriente?

Y el gaucho, dando vueltas y más vueltas á su gorra militar, con la vista baja, tartamudeaba:

—No, mi Jefe. Hicieron armas.

—¿Y dónde quedaron sus enemigos?

—Yó no tengo enemigos, mi Coronel!

—¿Y qué los has hecho?

—¡Tuitos los despaché!

—¡Bárbaro! exclamó el Jefe.

—Y qué vamos á hacer, Señor. Todos, hombres de armas llevar, como que traían muchas, y nos hubieran *basureado* si nos descuidamos. Después, supimos eran matones de Pago Largo, y viejos matreros de las Islas, de los que matan por encargo, como á Don Justo en San José, y á Don Justino en esta misma plaza. ¡Familia larga, por una y otra costa, Señor!

—Para que no sigas haciendo de las mismas, vá á ser preciso colgarte en el palmar.

—Como disponga, mi Coronel; pero como la orden era no dejar desembarcar ni un mosquito á media noche, ninguno llegó á tierra, pues ahí no más, dentro el agua, fué el fandango.

—¿Pero, qué, ni uno para muestra has traído?

—Ahí nos traen por el camino del bosque, pero ninguno puede caminar, por la razón espresada.

Y en esto estaban, cuando el tamborcito *cebamate*, vino con el cuento de que se acercaban los muertos. Y poco después, el cabo de la *partida*, al preguntar si seguía para el Camposanto, avisó que no venía bien muerto uno, lo que le parecía, nó por el movimiento, pues á todos movían

los barquinazos del carro, saltando sobre troncos y huellas profundas, sinó por que entre los chirridos de llantas inaceitadas, creyó distinguir lamento humano.

—A ver, llamen al Médico,—ordenó el Coronel; no vayan á hacer otra barbaridad enterrando vivos.

### III

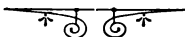
A los tres días llegó el parte al Coronel de que el moribundo resucitaba, y como tenía urgencia en interrogar al único sobreviviente, por si preparaban otra expedición como la malograda, fué en su visita de inspección á recomendar el malherido. Interesado por su juventud, trájolo á la Comandancia, donde personalmente le asistía. Teniendo cierto vago recuerdo, al oír su apellido, de lo bien que él fuera curado en el Salto, cuando se encontró en situación semejante, por señoras caritativas del mismo nombre, en cuanto el inválido pudo moverse, rogando ser transportado á su casa, el Coronel hizo armar la falúa, y ayudando al joven á bajar la barranca, le acostó con cuidado sobre blando colchón tendido á popa. Seis remeros cortaban la corriente del manso Uruguay, costeano la línea de pequeñas boyas blancas que brillan bajo el sol, entre la ribera oriental y argentina, indicando la Canal. Cuando á los pocos minutos divisó una pequeña casa blanca, á la altura del rancho, que él muy bien recordaba, preguntó al herido si era esa la casa de su familia, desde cuándo la habían reedificado y cuál el nombre de las tías que le criaron.

Mostrando alguna sorpresa antes tales datos, al llegar á tierra, hizo adelantar el Ayudante anunciando la llegada del herido, mientras que el mismo Coronel con todo cuidado le descendía, subiendo momentos después á entregar en su propia casa, al herido que conducía del brazo.

En la sorpresa, llantos y exclamaciones, olvidado quedara en un rincón, melancólico é impresionado, el Jefe reimpatriador del prisionero, reviviendo ante la conmovedora escena, otra muy semejante treinta años atrás, bajo ese mismo techo.

Este no era otro, que el decano de los Generales argentinos, Teniente General Donato Alvarez. De vuelta de recibir su bautismo de sangre en Obligado, combatiendo contra ingleses y franceses, restablecido de sus heridas en el asalto al Salto, por cuidados de estas mismas piadosas señoras, alcanzó después de setenta años de continuo batallar, ornar de condecoraciones su peto militar, que honran tanto su valor y lealtad, como la honda huella del sable partido sobre su cráneo. Más de una acción tan humanitaria como la descrita, abriga su hoja de servicios.

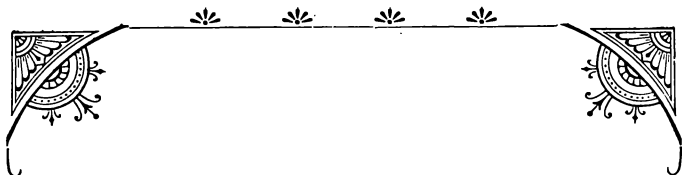
Cuando le reconocieron las buenas señoras del Salto Oriental, deshaciéndose en agradecimientos, exclamaron, como aquí el autor: ¡Qué buen es ser bueno! «Haz bien sin mirar á quién».







**El cañón de Garibaldi**



## EL CAÑÓN DE GARIBALDI

### I

Como la de sus congéneres, voces las más altas de la tierra que amortiguar suelen las del cielo, fueron las de este cañoncito descascarado hoy en su invalidez. Al principio no dimos oído al rumor confuso que de su boca salía, pero siguiendo sus murmuraciones, hablando sólo, como otros muchos andan por plazas y bocacalles hablando por los codos, atentos á su apocada y suave voz parsimoniosa, escuchamos su conversación con las rojas margaritas y azules campanillas, reflejadas en el agua del foso donde él refleja. La narración, en voz entrecortada, de fatigado anciano que ha rodado tanto, compruébanlo inscripciones, fechas y marcas de Fábrica, grabadas en su propio cuerpo, á tatuaje de Indostán parecido, y traje de corte antiguo, pasado de moda. Confirman también su dicho, los que alcanzamos del mismísimo Almirante Brown, y su no menos respetable discípulo, Vice-almirante Cordero.

—«Antes de llegar á hierro, fui tierra,—dijo el cañoncito, tendido sobre la misma, cubierto de flores en nuestro jardín,—como el hombre es carne y hueso, antes de llegar á ceniza. Si nó cuatro Ciudades se disputan mi cuna, cual la de Homero, cuya voz aunque más débil, sigue resonando hace tres mil años, los cuatro elementos se aligaron para darme vida. La tierra y el agua, el fuego y el aire, abrazáronse sobre mi cuna. De las entrañas metálicas, en montañas de Vizcaya, extrajeron mi entraña, y corrí al molde como fuego líquido, evaporándose gases desprendidos, cuando el agua bautismal me dejó frío, en cañón de hierro transformado».

«Vine gateando y rodando hasta el Ferrol, en cuyo Puerto embarcado, tras tumbos y rodar de muchos meses, me bajaron en Montevideo. Aun no reposado del mareo, caminito á su Cerro subiéronme á coronar la Fortaleza, que aquel año empezaron (1800).

«Tan jóven todavía, inmediato á la infancia, se me iba la cabeza en alturas á que nunca aspiré, por lo que perdiendo huella, llegué rodando hasta el Miguelete. Destináronme luego á menor altura, sobre la Ciudadela, en el centro de la estrecha Ciudad. El bautismo de sangre y fuego, lo recibí el 3 de Febrero de 1807, al detener mis certeros tiros los ingleses que asaltaron por la Brecha. Salpicado con la sangre, ó fragmentos de un mi hermano de cuna, ó de montaña, que de tanto tronar reventó, cañón de la Real Fábrica en Ségovia, allí quedé muchos años abandonado, mirando el campo con la boca abierta, hasta que abierta la muralla, cinturón más ancho vino á rodear la coqueta Ondina del Plata.

«Transcurridos algunos años, llegó á pasar cerca de mí, cierta roja camiseta, que más tarde al que la popularizó, llamaron: *Héroe de ambos mundos*, soldado de la Libertad en uno y otro continente, y á su goleta de ese nombre me zungó Garibaldi.

«Pintado de nuevo, urgáronme el interior del *ánima*, limpiando el oído y tapándome la boca, para que no hablara á destiempo; me abrigaron bajo embreada lona, en precaución de resfríos, y saliendo á recorrer costas, pavoneábame al ver reflejar mi largo y airoso talle, balanceándose sobre el Plata, el Uruguay y el Paraná.

«Cómo despertamos á cañonazos más de un pueblo que no quería despertar á la libertad! Mi carrera fué breve, pero gloriosa, y de combate en combate, con accidentes diversos, en que alternaban victorias y derrotas, llegué con los míos á Costa Brava. ¡Qué tronar el cañón entre tantos bravos! Porfiada fué allí la lucha, y lancé bala roja por mi boca hasta lo que me llevó con ella medio cuerpo otro cañonazo de á cuarenta.

«Resuelto á hundirme con el buque, que me servía de cu-



reña, el más pequeño guardamarina de los enemigos (Bartolo Cordero) me salvó con éste. Cuando el bravo Garibaldi quemó sus naves por no entregarlas, revisando al otro día los destrozos, dijo Brown á Cordero:

—«Eche *La Libertad* á pique, y lleve ese cañón á mi Quinta».

## II

Tal fué la tradición que oímos al pequeño cañoncito, que regresando de colocar el mármol conmemorativo en la antigua morada del Almirante Brown, encontramos á nuestra puerta.

Del antiguo jardín del Almirante, fué desenterrado el primer día de este año, y colocado como recuerdo histórico que tanto apreciamos, á la entrada del nuestro, por la galante obsequidad de la familia Nowell, actual propietario de la casa que Brown se edificó, semejante á inexpugnable Fortaleza.

Puesto en batería sobre el foso, cuando la primavera le cubre con manto de flores, rojo botón de seibo, refleja el agua cual gota de sangre, como recordando el destino para que fué fundido. De su boca, ha colgado el nido un jilguero, cuyos traviosos pequeñuelos, saltan á resguardarse en ese largo claustro oscuro. El sauce melancólico, inclina su lánguido follaje sobre el glorioso inválido, instrumento que el hombre destinó para dar la muerte, y el duro fierro, de mejor índole, protege la vida.

A pesar del hombre que la devasta, la selva florece y se expande. Los mismos árboles que el hacha del perpétuo leñador abatió, retoñan de sus raíces, y crecen y se hierguen recubriendo la superficie arrasada, y sobre la nueva rama el pájaro canta y la flor se balancea.

¡Así la naturaleza recobra siempre sus derechos!







Vieja Oliva

## LA MÁS VIEJA OLIVA

---

Por ahí, por esas calles, de Dios, á quien un Virrey algo enamorado dió nombre, muchos años después de olvidado el suyo, éntre andurriales que atascaron su alta galerá de mulas blancas, nos salió al paso la más antigua oliva de que memoria há. Asomando decrepita sobre tapias de estensa Quinta, á estrecho corralón hoy reducida, como vieja pispona, curioseosa cuanto pasa, murmurando hasta lo que no pasa. El rumor de sus ténues hojitas arrugadas, por viejas, remedan cuchicheos de sus congéneres. ¿Quereis saber quién la plantó, cuándo, cómo y dónde?

## I

Adoquín de Potosí (barra de plata) ofrecido tenía el Emperador Carlos V á cada uno que lograra aclimatar gajos, ramas ó semillas de la Península, en esta América. ¿Desde cuándo el ofrecer no empobrece? No había llegado á fraile el César, y Robles, Olmos, Alamos, ministriles quebradizos como luego el Virrey del Pino, dejaron en blanco tan halagüeña promesa. Pero quien más en ello se afanara fué el Conde-Duque de Olivares, á cuyas aceitunas debía su título, lo que motivaba su empecinamiéto en prohibir olivares en el Plata. Recién en las postrimerías del siglo XVIII empezaron á filtrarse algunas semillitas, temerosas de ser exco-mulgadas por contrabando.

Si curiosidad hubiere por saber quién fué el que plantó esa primera rama que simboliza la paz, en ciudad de tantas trifulcas, recordaremos cómo, el señor *Ferrería en descampado* (tal la traducción de su apellido eúskaro) trajo, casi bajo sotana, el primer olivito vergonzante, ocultándose desgajado y tembloroso, de que no embargante real Rescripto, se le decomisara como cosa prohibida, lo plantó en descampados terrenos, transformados hoy, en Avenida de palacios.

. . . . .

Doscientos años hace que el Alférez real don Andrés García adquirió (en el que vino al mundo su primogénito del mismo nombre), el terreno donde se transplantó rama de la primera oliva aquí nacida. A la inversa de las adquisiciones de nuestros antepasados (nó tan ignorantes como se les menosprecia —sí, llenos de fe en el crecimiento de un país nuevo),—formulaban su ideal: «Campo cuanto veas, casa cuanto quepas». Sin duda presintieron el fenómeno económico, único aquí, que con no hacer nada, ni enajenar ó retazar la tierra adquirida, hacían mucho por sus retoños, siquiera no se apresuraran en desbaratar la heredad. Aún no habíase introducido la moda actual, de que al día siguiente que vá el padre al hoyo, vá la casa al remate. Por no sa-

ber conservar, popularizóse el refrancico: «Padre, jornalero, —hijo, caballero, —Nieto, pordiosero».

Es ésta una de las pocas propiedades que en dos siglos no ha salido de la familia. Subdividida al fallecimiento del jefe de ella, en cada generación, siguió retazeándose, en razón inversa del crecimiento en la ciudad del millón. Las catorce varas por cincuenta del solar de la oliva, avaluadas están en mayor precio, que el primitivo en las escrituras de terrenos que se extendían de Callao á La-  
prida.

A don Andrés García, padre legítimo de fray Pantaleón idem, (á quien Mitre compara con fray Luis de Granada, como orador sagrado), tocó una fracción cuya otra parte á su hermana Inés, de quien la hubo su primogénita, que antes de aportarle su esposo otra media docena de nombres, firmó la escritura: Florencia Fausta Fernández García González Agüero de Matías Hurtado de Balcázar Ximenes de Fuentes y Castro. Apenas la cuarta virreina Arredondo, que en ese mismo año falleció bajo el peso de sus veinte apellidos, necesitaba márgen más ancho para garabatear la firma, sus patitas de mosca.

## II

Cierta tarde que visitaba Pantaleoncito, á quien, aún no siendo hija de confesión, pues que entre primos ni confesarse es bueno, dijole en secreto, para que lo supiere todo el barrio y algunas más, un su antojo, y era... que le regalara una estaca.

—¡Estaca! ¿Estaca quieres?—contestó el fraile ruborizado. Pues que, *¿el Malo* te ha tentado derrengues á tu marido?

—Nada de eso, qué á mi Señor Don Antonio media docena de estacas bien derechas téngole dado, y tiesos y espigaditos ahí andan, por esos mundos, en el *Rincón de San Pedro* y las provincias de arriba, prolongando su buen nombre y honradez, aún en la sabia Universidad de Chuquisaca.

—Pues hija, tratándose de estacas, como fraile mendi-

cante, apenas poseo esta tosca y nudosa en que me apoyo, cuando desde el ciprés de mis oraciones, que nos dejó nuestro Padre Bolaños, salgo de San Francisco *en el coche del mismo*, viniendo á descansar á la sombra de la oliva madre, que el hermano Altolaquirre riega en la *Quinta de los Olivos*.

—Precisamente, de madre tan fecunda es que, deseos tengo de uno de sus hijos, que la Sarratea no ha de ser la única que suspire por sus retoños, y antes que la Otárola



Fray Francisco de Altolaquirre

los trasplante, mate con hojitas de cedrón servir he á Su Paternidad, cabe la oliva que su Reverencia bendicirá en esta mi Quinta.

—¡Prima, primita; feo pecado es la vanidad, y me parece que ya no estamos en la edad de los antojos!..

—Si, pero á la vecina le han ofrecido, y por lo mismo de ser yo su prima, y su Paternidad hermano del *Señor de*

*las olivas*, ¿qué se dirá de no conseguir ni una por su intermedio?

Y he aquí el por qué al pasar de regreso hácia la Recoleta, encontrando á su cofrade tomando mate bajo el ombú de la barranca, dijo fray Pantaleón al de Altolaguirre:

—Hermano Francisco, empeño traigo me ha de conseguir estaca elegida del *árbol divino*, que su hermano ha puesto en boga, pues la prima Fausta plantar quiere olivo, con cuyo aceite pretende ungir tataranietos, como nuestra tatarabuela lo hizo en familia de Matusalenes, que el más chico se vivió sus noventa navidades.

Dos meses después, que á su íntima vecina y pariente, Doña Manuela Garayo desposara Don Miguel Tejedor, á poco de cesar el repiqueteo de campanas durante las fiestas del Pilar (Octubre 12 de 1795), se plantaba, donde aún se está, (calle Me'lo, 636), el arbolito, que por ser decano de su especie, estampado queda aquí fotográfica y biográficamente.

Tradición es que mi Señora Doña Fausta sostenía el nuevo retoño, mientras fray Pantaleón García le regaba con el agua lustral. Al señor don Martín de Altolaguirre, su padre ó padrino, rodeaban: Fernández, Garayo, Cerrato, García, Caviedes, Tejedor y otros vecinos.

La generación anterior, (estacas de España) cayeron, no por viejas, sino derrumbadas. A más de niños y pájaros, y también hormigueros, abundantes en las barrancas de la Recoleta, aquellos representantes de un progreso que introdujo el Señor Don Martín de Altolaguirre, cien años después han desaparecido, por esa misma enfermedad de progreso que nada permite conservar. Al modernizar el barrio, la Avenida de los Chalets, derrumbados fueron los primeros olivos. De ellos, y desde esta *Quinta de los Olivos*, se propagaron cuantos por las riberas del Plata fueron extendiéndose. Hasta la concesión Altolaguirre, eran prohibidos. Los del *Hueco de los Olivos*, los multiplicados por los tres filántropos Rodríguez, *Capilla Bola de Oro*, *Capilla de Catalinas*, *Estación Olivos*, todos reconocen igual ascendencia. Ni los que tanto mima Dordoni, viejos guardianes á la entrada de

la antigua *Quinta Almeyra*, cuentan más años que este joven de ciento diez.

### III

Soles de tres siglos reflejaron en su elevado ramaje. Presenció las postrimerias del siglo XVIII, y la aurora del siglo XX le dora. Los primeros cañonazos de 1807, que hicieron refugiarse en los claustros del Convento vecino á doncellas de barriotean apartado, estremecieron sus ramas. Asistió á la caída del virreinato y al nacimiento de la República. Para todas las contiendas, en ciudad de contiendas continuas, tuvo una oliva de paz. Divisó el humo del barco cuyo vapor sombreó el primero las aguas del Plata (1825), y luego, cuando la locomotora pasó silbando por el bajo de la Recoleta, su blanco penacho ciñó su esbelta cabeza, con turbante de transparentes gasas y blanquísimos encajes. Desde allí, ha presenciado la transformación de un barrio y el crecimiento de una ciudad, y todavía se hiergue en días que la iluminación eléctrica refleja sobre su bronceado tronco. Monumento venerable, ha dejado una aceituna en el plato de cinco generaciones y derramado suave aceite en heridas abiertas á su alrededor. Aún en su decadencia, no olvidando su utilidad, antes de desgajarse y caer á la tumba entreabierta á su pié, todavía servir suele de cuna á la infancia. La última vez que al pasar frente al portón sobre el que asoma, descubriéndonos reverentes ante ese coetáneo del siglo XVIII, nos conmovió bíblica escena, semejante á la que presenciamos bajo las añosas olivas de la Judea. (Escribimos esta tradición á la sombra de otra que nuestras propias manos transportaron de Gethsemani).

Después,.... muchas más olivas de paz que laureles de guerrero, se han plantado. ¡Incomprensible anomalía! Más que la paz, ha prosperado la guerra. ¿Qué contestaremos al extranjero, cuando nos increpe, acalladas pasiones que todo lo calcinan, en la hora del progreso que se esboza, forcejando por implantarse en los entreactos de lucha:



«Qué habeis hecho en el primer siglo de vuestra independencia en *esta tierra de leche y miel* (Mr. Parish), que tan ópimos frutos brinda á quien la trabaja?»

Mientras una madre amorosa afanábase en la limpieza y cuidados de su hijita, lavando en inmediata batea, cual bello botón de rosa una preciosa rubiecita, acostada en improvisada cuna, en el hueco, á flor de tierra, del grueso tronco carcomido, jugueteaba con su hermano de leche, cabrito embozalado. Cuando aquella lloró, ante la presencia de un extraño, la cabra de rebosantes ubres llegaba trotando desde el fondo del corralón, apresurándose á amamantar al niño, como diestra nodriza.

Más que el incesante *andador*, vive y perdura el árbol que cuna y tumba es muchas veces del hombre que le cultiva. Regresamos de enterrar el último veterano de la independencia que pudo tambien ser testigo en la plantación descrita, y el moreno José Lara, de ciento veinte años, diez más que el arbolito de nuestro cuento, *rara avis* era.

Cuantos pasan indiferentes por ese arrabal, que ya no lo es, al saludar la más vieja oliva, testigo de tantas cosas que no son para contadas, bien pueden enviar un recuerdo de gratitud al Señor Don Martín de Altolaquirre, primer agrónomo argentino, introductor del progenitor de ella, del lino, del cáñamo y otras semillas benéficas, que Belgrano le ayudara á cultivar en esta antigua Quinta de los Olivos.







## SONROJO COMPROMETEDOR

---

*(Recuerdo á un amigo de cuarenta años)*

«Una madre para cien hijos», suele repetirse, pero, ¡ay! cuántas veces cien hijos no son el sostén de una madre! Así, cuando encontramos en nuestro camino alguna de esas hermosas esmeraldas, color de la esperanza, donde el amor resplandece, nos inclinamos á recojer para engarzarla en el precioso joyel de nobilísimos sentimientos que honran la humanidad, y que felizmente no han desaparecido del todo entre nosotros.

### I

En una de nuestras más avanzadas fronteras, aconteció el sucedido que referimos.

Hallábase en su modesta mesa de campana, rodeado de los Oficiales de la guarnición, el Comandante de ella, cierto día sin sol de crudo invierno, cuando, sacando una pequeña cigarrera con cantos dorados dijo, enseñándola á sus subalternos:

—No está de más que, de cuando en cuando recuerden los olvidados que vejetamos en el desierto. Me acaba de llegar este obsequio, de un amigo de la infancia.

Y pasando de mano en mano por cuantos cortaban pan, llamaba la atención de unos, el cincelado labor sobre la tápa, representando dos hermanos de armas, espalda con espalda, defendiéndose en apurado trance, rodeados del grupo de indios que les sorprendiera en media Pampa, y la de otros, el monograma y dedicatoria: «A un amigo de cuarenta años.» El Alférez recién llegado, que contaba de vida, la mitad de esa larga amistad, más curioso, olió cigarros que hacía tiem-

po no olía, volviendo el obsequio, concluída la ronda, á manos del dueño.

Siguió al churrasco criollo el clásico puchero, y al guiso con papas, el dulce de zapallo, y la conversación y la franchela entre buenos camaradas, sin traspasar la circunspección debida; pues por más franqueza que el Jefe dispensara, no se olvidaba la subordinación y respeto hasta en los actos más familiares.

Al servirse el café, con sabor de achicoria y no á Yunga, el comandante deseó celebrar el buen recuerdo, doblemente valioso por las mil reminiscencias que despertaba, dando participación del contenido á los subalternos. Por más que registrara el bolsillo donde la guardara, no la encontraba; ni entre servilletas ó bajo manteles aparecía la muy perdida, y abarcando con mirada escrudñadora todos los circunstantes, acentuó muda interrogación sin palabras.

Como tocados por automático resorte, los Oficiales se pusieron de pié, dando vuelta sus bolsillos, menos el Alférez del extremo, quien, más colorado que un tomate, dijo sin pararse:

—Afirmo bajo palabra que yo no la tengo.

No faltó quien comentara el denunciador sonrojo, dividiéndose opiniones, elogiando unos su entereza, murmurando otros, al notar lo abultado del único bolsillo nó abierto. El más adulón chismografió:

—Entre pura gente honrada, la cigarrerita no aparece.

Otro, cuchicheaba al vecino:

—¿Se ha fijado que *el nuevo* siempre sale precipitadamente de la mesa?

Los más criticaron el proceder del Alférez, sin que faltara quien añadiera:

—Me parece que ha hecho bien. Al fin no estamos entre jugadores de mala fe, donde al primero que se agacha, achácasele la desaparición de moneda caída.

—Si el Jefe lo hubiera impuesto,—agregó un tercero,—no vació la faltriquera. Mera sospecha deprime. Pero ha sido tan espontáneo el movimiento general, que corajudo debe ser el Alférez, resistiendo la corriente, si bien no ha podido evitar le salieran los colores á la cara.

—¡Al fin nuevo!—dijo el más antiguo.—Sabe Dios de dónde viene. Estos oficialitos que exporta el Colegio militar, llegan al ejército con más humos que locomotora, echando planes y planos sobre el papel, antes de haber acostumbrado la mano al sabor del sable, y aprender á tirar tajos y reverses, en vez de líneas curvas y rectilíneas que nunca dieron el resultado de una carga á fondo de caballería.

. . . . .

Los días pasaban y la tabaquera de cocodrilo exornada de oro y plata no aparecía. Ni que algunos de esos anfibios de laguna inmediata se la hubiera tragado. El subteniente continuaba retirándose el primero, siguiendo el bultito sospechoso en el bolsillo. Los concurrentes empezaban á retirar sus asientos del suyo, haciendo el vacío, hasta dejarle aislado en el extremo de la mesa.

Al distanciamiento de compañeros, fuése agregando el de la palabra. Algunas manos ya no se le extendían; otras oprimían fríamente la suya. El Jefe nada decía, pero los subalternos decían demasiado, condensándose atmósfera malsana al sospechado.

Ya se tramaban sordamente murmuraciones contra el que, si para unos estaba convicto, para pocos era el Oficial digno, que había dado lección de delicadeza. Sério, silencioso, imperturbable, seguía él cumpliendo todas sus obligaciones, observando al pie de la letra la Ordenanza, en cuyo exámen obtuvo *dies*, y alejándose precipitadamente con el bulto acusador.

.

## II

Y en tanto no aparece la dorada cigarrera, que se había hecho humo antes de convertirse en tal su contenido, y en lo mismo el honrado jóven, á quien se inculpaba su traspapelamiento, prendiendo un *puro*, echemos un parrafito hablando de bueyes perdidos; que tal parecerá recordar ese hermoso sentimiento de amor filial tan escaso como los diamantes del Cabo, en la lejana región que

al fulgor de los cañonazos de la más poderosa de las naciones, la más pequeña, aparece al mundo, dando ejemplo de amor patrio.

La antigua Roma, cabeza del mundo, que toda virtud deificaba, antes que los vicios la prostituyeran, levantó un templo á la Piedad en el mismo sitio de la prisión, al través de cuyas rejas, una joven madre prolongó la vida de su propio padre, condenado á morir de hambre, y ocultamente sustentado á sus pechos, en la diaria visita.

Escena en algo semejante dió origen á nuestra iglesia del mismo nombre (Calle Piedad), alzada, sobre los ruinosos cuartos de otra hija que se sacrificó por su padre, donde hoy relumbra á la mayor altura ampulosa media naranja de templo que nunca terminará, según la profecía de Canale, que pretendió enmendar la plana á su colega, el Ingeniero Pellegrini.

Sin mencionar notables ejemplos que en el aniversario de la patria, piadosas damas de la Sociedad de Beneficencia presentan cada año con premios de virtud al amor filial, recuerdan nuestras propias tradiciones el hijo que, loco de amor por su madre, vino desde Londres para darle el último abrazo, y encontrándola monja profesa, saltó las tapias de San Juan, bajo disfraz de acarreador de leña, se introdujo en el Convento, al reconocerla de novicia á través del velo monjil, se desvaneció de ternura en los brazos maternos. También mencionamos otro buen hijo. Al saber la desgracia de su padre, condenado al cadalso, del que escapara, recorrió toda la Argentina en su busca, para llevarle en consuelo, su cariño; perdiendo la razón al entrar por una puerta en la casa de la cual los remordimientos hacían huir al padre por la opuesta, sin poder resistir la presencia de hijo tan cariñoso.

### III

En una de las fronteras de la hermosa región, donde el suave algodónero y la dulce caña florecen, y también sen-

timientos tan suaves y delicados, fué donde se produjo el suceso que tradicionalizamos.

Ya los más atolondrados hablaban de pedir la separación del sindicato, con la única razón del *porque sí*, cuando el Jefe le llamó reservadamente á su alojamiento, diciéndole:

—Usted no me ha tomado la cigarrera.....

—Señor Comandante, lo he afirmado bajo palabra.....

—Ya lo sé; ¿pero tiene usted inconveniente en decirme por qué no quiso seguir el movimiento de sus compañeros, que tan espontáneamente dieron vuelta sus bolsillos?

—Lo que de ningún modo demostraba no pudieran ocultar la cigarrera en otra parte. ¡Aunque libreme Dios sospechar de ninguno de mis compañeros!

—¡Perspicaz es el Alférez! No lo he llamado para apercibirle; menos para que delate á nadie. La cigarrerita apareció: le hablo paternalmente. ¿Quiere usted decirme por qué no imitó el ejemplo de sus compañeros?

—Ante todo por decoro propio, y también por otra causa. Si estamos solos, diré á usted, lo que no hubiera declarado ante sumario alguno.

Y mirando á todos lados como abochornado, agregó en voz baja y entrecortada, temblorosa por la emoción:

—Tengo una madre muy pobre, que llegó á empeñar sus ropas para que yo, su único hijo, concluyera la educación militar. Aunque la asisto con mi pequeño sueldo, desde que empecé á ganar doce pesos en el Colegio, muchos días falta el pan en su rancho. Consiguiendo hacerla venir cerca del campamento, guardo la mitad de mi ración; y yo mismo se la llevo. Feliz para usted fué el día que recibió tan delicado recuerdo de un leal amigo, fecha fatal ha sido para mí, pues desde entonces no me ha quedado un amigo. Todos se me alejan. Pero el día antes le ví comer con tal ansiedad el pan más blanco que reservara á mi pobre viejecita, que me parecía no quedaba satisfecha, por lo que, entre dos rebanadas, agregué otra de asado que abultaba más mi bolsillo. Ya ve usted, Señor Comandante, que para mis propios compañeros habría sido bochornoso sacar la cena escondida:

hubiera preferido sacar el sable antes que dejarme registrar.

El Comandante, que recordaba haber debido socorrer en sus penurias una anciana madre en la indigencia, se levantó conmovido á estrechar las dos manos del joven, volviéndose con prontitud para no dejar percibir dos gruesas lágrimas descendiendo á perderse en su blanca barba. . . . .

Aunque también un día fuí soldado, no recuerdo si la Ordenanza que castiga el que se agacha al paso de las *silbadoras*, prohíbe al Jefe emocionarse ante subalternos. . . . .

Un bolsillo ladrón hizo sospechoso, de tal, al honrado hijo, ejemplo de amor filial. Encontrándose descosido un forro interior en el capote del Jefe, resbaló la cigarrera al fondo. Inmediata investigación justificó la sinceridad del hijo bien amado, como la situación afligente de la anciana madre, y que el bultito acusador en el bolsillo del que se retiraba precipitadamente de sus compañeros, alimento era en el rancho que á lo lejos blanqueaba.

Comprobados estos hechos, el Comandante volvió á llamar ante su presencia al pundonoroso joven, le hizo un obsequio, y desde entonces asignó ración de soldado á la madre. . . . .

Y contaba el Comisario pagador de esos tiempos, algo que honra el noble corazón del soldado argentino, tan exaltado en general, si irreflexivo en ocasiones. Los que más le sindicaban, fueron los primeros en pedir disculpa de murmuraciones infundadas. Desde entonces, cuando llegaba el Comisario pagador con la caja zangoloteándose, y su deseada venida era esperada como la del Mesías, cada dos meses, cuando nó tres, llevando la paga de uno, entregaba *treinta pesos* á esa madre anciana, á quien todos habían declarado la *pensionista del Regimiento*, hasta su muerte, que no tardó en llegar.

Recién entonces vino á saber *el último* que entre los Oficiales, los mismos que tramaban su separación se impusie-



ron como castigo, la *multa* de un peso mensual, que por intermedio del Señor Pico, posteriormente General, y bajo toda reserva, le hacían llegar.

Como en este digno ejemplo de amor filial, ¡en cuántos otros casos las apariencias acusan!







Casa de la familia Balcarce

## CASA HISTÓRICA

---

### I

Alta, larga, enjuta, lagrimeando vejeces por alcayatas y rendijas, color chocolate, como apesadumbrada, cayendo bajo el peso de pasadas glorias, que en otro tiempo cobijó y hoy nadie recuerda, se abre la antigua puerta, calle Balcarce, número 161. Sobre ella, dos estrechos balconcitos, gemelos en ancianidad, apenas se atreven á asomar empotrados en frente, que trasuda humedades, agujereado por cuatro ventanas ascendiendo en orden de altura. Corona toda esta herrería de Vizcaya, que años herrumbran, el bajo parapeto, ocultando morenas tejas, asentadas en palmas del Paraguay.

Traspassando alto umbral de estrecho zaguán, se entornan, á derecha é izquierda, puertas con pretensiones de modernizadas, que cierran aposentos históricos, y en el pequeño patio frente á la puerta principal, se inclina el balconcito del poeta.

Porque es de observar que este vestigio del siglo XVIII, resplandece como nido de héroes, á poco que se enfoque el objetivo histórico. Su blancura, no es debida á ordenanza sobre blanqueos, sinó á los que bajo tan modesto techo fallecieron, luego que el resplandor de sus espadas iluminaron las primeras páginas de la Historia patria.

De esta casa salieron tres Generales de la Independencia, un Coronel, tres Capitanes y numerosa pléyade de honrada familia patricia, que ya en tres y cuatro generaciones no olvida la religión de la patria, en que el fundador de ella inició á los suyos.

Si en el aposento de la derecha vino á fallecer el que firmara el parte de nuestra primer victoria, en el de la izquierda llegó al mundo el hijo de ese vencedor en Suipacha, á quien tocó, medio siglo después, firmar el primer tratado de las catorce hermanas, con la madre patria.

Todos *Blandengues*, prisioneros de los ingleses, conducidos á Londres, siguiendo su aprendizaje de Oficiales de caballería, sableando en España á las de Napoleón, ascendieron á Generales y Gobernadores los cuatro hermanos: Don Antonio Gonzáles Balcarce, vencedor en Tucumán y Salta, Chacabuco y Maipo, Gobernador el año 1814, Director del Estado dos años después, segundo del Gran Capitán en toda la campaña de Chile;—Don Juan Ramón, hermano mayor, desde trece años Ayudante de órdenes de Liniers, segundo de Martín Rodriguez en el Alto Perú, fué ascendido á Coronel en Tucumán y á General el año 1816, Gobernador el año 20 y diplomático, firmó la paz con el Brasil, ascendiendo á Brigadier en 1832, año en el cual por segunda vez se le nombró Gobernador de Buenos Aires; —Don Marcos, blandengue en el Regimiento de su padre en la frontera, á los doce años acompañó en 1801 á Sobremonte, en la campaña de Misiones; Sargento Mayor en 1810, llevó con Las Heras los Auxiliares á Chile, donde se le nombró Brigadier general, triunfante en Cucha-Cucha, luego Gobernador de Buenos Aires, como todos sus hermanos; — el último Don Diego, Coronel mayor de la Independencia, blandengue, prisionero y Gobernador, Capitán de artillería con Belgrano en el Paraguay, y á su lado, jefe de Dragones en Tucumán. El gobierno mandó escribir sobre su tumba: «La patria recomienda á la posteridad el mérito y virtudes del Coronel Don Diego Gonzalez Balcarce».

## II

La muerte que tronchó en la primera juventud á los hermanos menores, única causa fué que les impidiera alcanzar entorchados de General. El Capitán Francisco Balcarce, víctima en el combate de *Nasareno*, y sus primos hermanos, Lúcas y José, murieron, como los Capitanes Gómez, en la Brecha del asalto á Montevideo. A todos ellos distinguía un mismo rasgo de virtud y honradez; de integridad, circunspección y simplicidad de maneras; su valor y lealtad les llevaron á consumirse por la patria, en edad temprana.

Todavía en la siguiente generación, á más del Señor Don Mariano Balcarce, que llegó á ser decano del cuerpo diplomático en Francia, se distinguió su hermano Florencio, el tierno poeta cuyos cantos endulzaban las tardes melancólicas de San Martín, y de quien Ventura de la Vega escribió, que algunas de sus composiciones no tenían rival en castellano.

Como dato ilustrativo de familia tan honorable, añadiremos que el fundador de ella, Don Francisco Balcarce (hijo de otro Francisco y de Doña Rosa de Elat) embarcado en la Coruña en la «Saetía San Isidro», arribó en 1765. Destinado á la defensa de la frontera en el cuerpo de Blandengues, donde ascendiera á Teniente Coronel, falleció en 1797, dirigiendo la expedición de salineros que partiendo de Ranchos, regresó sin el Jefe, al mando de su segundo, el Comandante Don Miguel Tejedor. En 1772 se había casado con una de las más donosas doncellas de la época, Doña Victoria Martínez Fontes, cuatro años antes que su hermano Juan Antonio desposara la otra hermana, Máxima Martínez Fontes.

Así salieron sucesivamente de la casa histórica que tradicionalizamos, los futuros generales Balcarce, nacidos: en 1773, Don Ramón; al año siguiente Don Antonio; en 1786, Don Diego, y dos años después, Don Márcos.

La «casa de hombres buenos» llegó á llamarse, pues por más que toda esa generación de Balcarce lo fuera de hombres de guerra, esta pequeña casita blanca transformábase como en oasis de paz. En el entreacto de nuestras

trifulcas (que fueron muchas), se iba á golpear el llamador allí colgado 140 años há, en busca de un Balcarce, aclamado por el pueblo. Con el ejemplo de sus virtudes y servicios, de su patriotismo y abnegación, sin ser un genio, él apaciguaba desde el asiento de Gobernador, las pasiones desbordadas en la plaza vecina, volviendo al hogar con la satisfacción del deber cumplido, y la conciencia tranquila, pues que, no siendo hombres de partidos, tenían por único partido el de la organización nacional y el orden y la paz interna.

### III

Más tarde, en 1803, adquirió el solar contiguo la señora Dominga Buchardo, que desposada en 1807 por Don Antonio González Balcarce, hubo allí al futuro Plenipotenciario Don Mariano Balcarce Buchardo, el melífluo poeta que aún lloran las musas argentinas (Don Florencio), Don Avelino y Doña María Josefa.

Dentro este recinto histórico, cual en la casa de la Patria, (de la Independencia, en Tucumán), respírase atmósfera de otra época, como si una esencia que alienta á lo bueno, flotára incitando en los ejemplos de esa familia de patricios, á la abnegación y al sacrificio.

Cuando el otro día, regresando de colocar el mármol conmemorativo en la casa que nuestro primer Almirante Brown levantó con sus manos, al pasar por la de otro patricio, notamos con sentimiento haberse retirado recuerdo histórico semejante, de la antigua Quinta de Rodríguez Peña. Aunque se anuncia próxima demolición de esta casa que hoy estrechan las dos Cámaras del Congreso, al trasladarse éste á su flamante palacio sobre la manzana de oro, (que de otro metal parecen los cimientos, que invirtieron los millones presupuestados para todo el edificio), creimos nó fuera de lugar allí la placa histórica en la antigua casa de Balcarce, sobre la calle que recuerda cuatro Generales de su nombre....

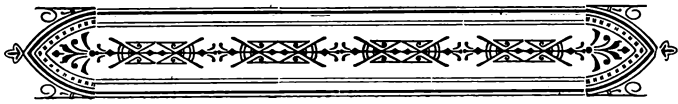
¡Estos ilustres guerreros de la independencia, dejaron su memoria, no sólo en nuestra historia, sino igualmente en la de cinco Repúblicas que sus espadas cooperaron á cimentar!



Balcón del poeta Florencio Balcarce







## LA PRIMERA SUICIDA

(TRADICIÓN DE LA ÉPOCA DE RIVADAVIA)

1827

---

### I

En nuestras frecuentes incursiones matinales por los rincones de esta «gran Aldea», según cierto irónico cronista, ó espléndida Metrópoli, cual la clasificó su ilustre padre, más severo historiador, solemos detenernos interpretando significaciones de nombres nó siempre significativos.

Descifrados habíamos ya los de calle Colpay, Culpina, Curapaligüe, Cajaraville, como los de Sanjuil, Sengüel, Tilcara, reflexionando cuán pocos sabrán que la calle Malabia conmemora al primer congresal en Tucumán; la de Vidt, al segundo Jefe de Güemes, y la de Seaver, al tercero de Brown,—como tantos otros nombres propios, impropiaemente escritos,—cuando llegamos á la calle Martín García. No reuerda ésta al piloto de Solís (descubridor de la isla principal del Plata), sino la victoria que el primer Almirante de este río alcanzó en ella.

Enfrentando al portón bajo el Número 584, detuvimosnos contemplando dos cañoncitos al pie del ciprés, fúnebre recuerdo que sustituye al sauce llorón, bajo cuyo lánguido ramaje suspiraba la noche de sus últimos adioses, Elisa la bella, despidiendo á su bien amado, en visperas de la muerte de ambos. Cuántas veces traspasaría este umbral Brown, tan intrépido marino en la lucha, como suave y dulce en el hogar, lleno de bondades, de cariño y de todas las exquisitas sensibilidades que resaltan en un corazón bien puesto.

Y conocida de memoria la tradición gloriosa del Comodoro, donde todo es Brown: Quinta de Brown, calle Brown, Puerto Brown, estatua Brown, pueblo Brown, pues que su nombre vivirá, mientras el Plata refleje el pabellón celeste y blanco, que nadie como él enarboló á mayor altura, sólo recordaremos, al pasar, un nobilísimo rasgo de amor paternal, por el que á un paso estuvo de perder la vida.

Regresando de uno de los más encarnizados combates, á la vista de la ciudad, penetraba en ese retirado hogar de sus amores, cuando, al divisarlo la cariñosa hija, salió corriendo á su encuentro, en desórden, como sus cabellos sus vestidos, toda agitada y conmovida, abrazando al padre, que cabizbajo y entristecido, palidecía á su vez estrechándola con efusión.

—¿Cómo le ha ido?—exclamó—¡Rogando estuve mientras oía el cañoneo!

—Bien, hija mía. Hemos triunfado! Por algún tiempo no flameará bandera portuguesa sobre el Plata.

—¡Y el Ayudante cuando viene?

Brown, esquivando la mirada, aligeró el paso, y desprendiéndose de los brazos amorosos, apresuróse á entrar en sus habitaciones.

Triste y pensativa quedara la joven, siguiendo hasta el portón, por si detrás llegaba alguien con más noticias. Brown subió al dormitorio, preparándose á descansar de las fatigas del reciente combate, y de rodillas, cerca del lecho, daba gracias á la santa de su devoción, imájen de Santa Bárbara, colgada á la cabecera, por haberle sacado con bien y dádole fuerzas para cumplir su deber. Mientras su espíritu se elevaba en la oración, nublábase por siempre el de su hija Elisa, que enloqueciera por un amor desgraciado.

Al asistente de confianza que venia cojeando, volvió á preguntar con vehemencia:

—¿Y dónde queda Enrique?

Desprevenido el marinero, menos con la palabra que en su expresión angustiada, significó alzando la vista:

—¡En el cielo!

Un grito de supremo dolor dió como prolongado alarido:

—¿Dónde queda mi novio? ¿Está herido? Vamos en su auxilio—repetía toda agitada y convulsa.

—Ya es tarde. El Capitán Drummond cayó en su puesto como un valiente.

Pálida y temblando se desplomó sin sentido. Vuelta poco después del desmayo, se levantó con la vista yá extraviada y el semblante descompuesto:—Quiero verlo—repetía.—Condúzcanme donde se halla. Y en la desesperación del mayor dolor, continuaba:—Voy á arrojarme al río. Quiero morir con mi Enrique, abrazándolo aunque sea en las profundidades del agua. ¡Voy á juntarme con él!

Cuando avisaron al Almirante que la niña iba corriendo en dirección á la ribera, asomóse al balcón. El blanco vestido volando á los lejos, le hizo ver la inminencia del peligro, arrojándose sin reflexionar para ir en pós de ella. La caída fué fatal, fracturándose la pierna derecha, de la que ya cojeaba por su herida, de 1814.

Ni la familia, ni los sirvientes habian regresado de las barrancas vecinas, donde fueron á divisar el combate. El Almirante seguía tendido sobre el césped. Apenas la vieja irlandesa de la cocina, atinó á desatar el gran terranova, que á saltos y brincos sobre zanjas y bañados, corrió tras la huella de la fugitiva.....

## II

Como Nelson, Brown nunca entraba en combate sin arrojarse en su camarote, pidiendo la victoria para sus armas, el triunfo de la justicia, que fué siempre su norte. Cual ese héroe del Océano, cuyo postrer pensamiento era para su Angel de la Guarda, con el último cañonazo con que abordara la verde isla, llave del Paraná y el Uruguay, escribía á su consorte: «Acabamos de tomar la isla de Martín García; hombre ó mujer, pon este nombre al hijo que en estos días nos envía la Providencia». Pero no era de esa bella Martina García Brown de quien recordamos su fin trágico, al perder la razón en el delirio de su amor. Es todo un poema

de pasión en flor. Algo supersticiosa desde la despedida bajo el sauce, que presentía eterna, cuando, alejándose su prometido entre las sombras del jardín, exclamó con un ¡ay! tristísimo: «Mi amor se vá», al mismo tiempo que torva nube cubría momentáneamente la luna llena, y lúgubre y prolongadísimo aullido oíase del fiel mastín, guardián de la Quinta.

.....  
 ¿Quién dijo que la exquisita sensibilidad de un corazón reñida está con la bravura de un alma bien templada?

Recuérdase al valiente Coronel Olavarría, primera lanza del ejército y primera también que se teñía con sangre en las renombradas cargas del 16° de Lanceros. Era tan sensible, que nunca pudo presenciar la menos cruenta operación de uno de sus soldados, en el hospital de sangre. Recuerdan viejos soldados de la Nueva Troya cómo Anzani, segundo Jefe de Garibaldi, hacia retirar á éste, del cuartel de Montevideo en ocasión que, para conservar la disciplina, debían repartirse algunos varillazos, diciéndole fraternalmente:

—Anda, tú no eres para esto; ve á desahogarte por la ribera, y vuelve en la hora del combate, que es tu hora de fiesta. Con palabras semejantes alegaba el Mayor Rosetti al valiente Coronel Conesa del cuartel en el Retiro, en más de una diana, cuyos redobles se prolongaban, para formar cuadro á los desertores del batallón 1° de línea que habían caído en castigo. ¡Cuántas veces vimos por la bajada del embarcadero, al viejo Coronel Murature, distribuir besos y cariños, estrechando entre lágrimas á su hermoso Alejandro, cuando iba á esperar su llegada, como si el corazón paterno presintiera los breves días que podría abrazarle. ¿Acaso el verdadero valor, la energía, el denuedo, divorciados están de toda ternura? ¡Lágrimas de un valiente no manchan el uniforme de soldado!

.....  
 El famoso terranova, nadador como pocos, á saltos y brincos á la carrera, logró llegar al río, al que se arrojó, cuando ya con el agua al cuello la desesperada Elisa flotaba á larga distancia. Debatíase enérgicamente en medio de la

corriente, con el corpulento animal que, si por dos veces asiera sus ropas, por otras tantas logró la suicida desprenderse de ellas. Cuando al llegar á la playa notaba el insistente salvador que el ahuecado ropaje nada contenía, recomendaba el salvataje hasta que, en la tercera zambullida, consiguió hacer presa en la propia cabellera, arrastrándola exánime. Algunos vecinos corrían sobre el arenal, acudiendo á los gritos de la que exclamara, iba á desposarse con el río. La infortunada novia del Plata penetró sin miedo, abriendo los brazos para estrechar en su seno los restos de su amor, prefiriendo que una misma tumba les uniese, y la transparente blanca sábana de agua se extendiera como mortaja de ambos.

¡Insensatez del suicida! Nada hay más seguro en la vida, que su fenecimiento. En tan breve tránsito, ¿vale la pena adelantar un paso, para aproximar lo inevitable? Valientes de un momento créense esos desertores de la vida, al abandonar su puesto, por no afrontar sufrimientos de todos los momentos. ¿Valor? ¡el que arrostra todas las circunstancias, nó el arrebató instantáneo del suicida, que sólo demuestra desequilibrio!...

### III

Luego que el pescador de los juncales alzó sobre su matungo á la infeliz Elisa, emprendió regreso. Al paso macilento del caballo, tirado por un muchacho, destilando venían como perlas, gotas cristalinas de las doradas hebras de su rubia cabellera, siguiendo el perro aullando en lúgubres ladridos.

Música más alegre oíase á lo lejos, descendiendo por la barranca de Balcarce. Bocanadas de viento la aproximaban en ráfagas intermitentes, écos de marcha marcial entremezclados de vez en cuando con vivas, gritos, vítores y algazara. Tropeles de un pueblo entusiasmado, dirijíanse á la Quinta de Brown, aclamando al vencedor de Montevideo, Martín García, Monte Santiago, Ensenada, Quilmes, Pocitos, percibiéndose ya claramente vivas á Rosales, Espora, Jorge, Drummond, Granville, Seguí, Binnon, Parker, Mason,

Ceretti, Warnes, Bouzely y Sinclair, último superviviente hoy de los intrépidos compañeros del Comodoro.

¡El pueblo entero, que había presenciado desde las azoteas las proezas de su héroe querido, venía á felicitarle!

La escena no podía ser más tocante. Al pie del pino desgajado que aún subsiste, de donde el padre desesperado no quiso ser removido hasta que llegase su hija, el practicante mayor de la Escuadra, otro célebre inglés, Don Alejandro Brown, vendaba la pierna, mientras á paso lento, cruzando los anegados potreros de la Boca, adelantaba el fúnebre conyoy en momentos que los primeros grupos se detenían ante la reja de la Quinta.

Del brazo, en filas compactas, jóvenes y viejos, con gajos de laureles en las manos, venían cantando la oda inmortal del poeta Varela:

Alzóse Brown en la barquilla débil,  
Pero no débil, desde que él se alzara.

Allí seguía bajo el doble sufrimiento de la fractura y el alma traspasada, sólo y aflijido un padre desesperado, apartando todos los laureles y vanidades mundanas, más pálido que los blancos despojos de su hija, sobre cuyo seno virginal lluvia de lágrimas vertía el más amante y heroico de nuestros marinos.

.....

Volvimos á echar una última mirada, sobre esos cañoncitos tendidos sobre verde prado, salpicado de rojas margaritas, semejando gotas de la sangre que derramaron más de una vez. Habían sido tomados en el último barquito que otro hombre de valiente corazón sensible, navegara sobre el Paraná, recuerdo de otro acto de hidaguía en el soldado que entre sollozos entrecortados, lloraba la muerte de la hija que tenía en sus brazos.

En más de una ocasión oímos á su digno discípulo, el viceAlmirante Cordero, la siguiente reminiscencia que abri-llanta la nobleza de Brown. Concluía ya el combate en Costa Brava, observando el vigía que el Jefe enemigo, Garibaldi, distinguido por su camiseta roja, escapaba en el último bote hácia la costa entrerriana. De la vanguardia, pi-

de órdenes Cordero para cortar la retirada. El Comodoro iza banderas de señal: «Bote á bordo; cese toda persecución». Nuevas señales se repiten, insistiendo: «Escapa. Podemos tomarle». — «¡No! ¡No! A enemigo que huye, puente de plata; déjenlo!—contesta Brown. El General Rozas lo va á sacrificar. ¡Pobre Garibaldi! Es un gran corazón. Aún puede servir para la humanidad. Aprendan á honrar el valor desgraciado». Y los Cordero, que rivalizaron en destreza y actividad en esa histórica regata de los dos hermanos, volvieron rezongando, sin dar caza al abnegado soldado de la libertad, su desgraciado enemigo en aquel combate. Al lado de la espada de Brown (actualmente en el Museo), que él ciñó allí á D. Mariano Cordero, quedarán en su lugar esos dos pequeños cañones tomados á Garibaldi.

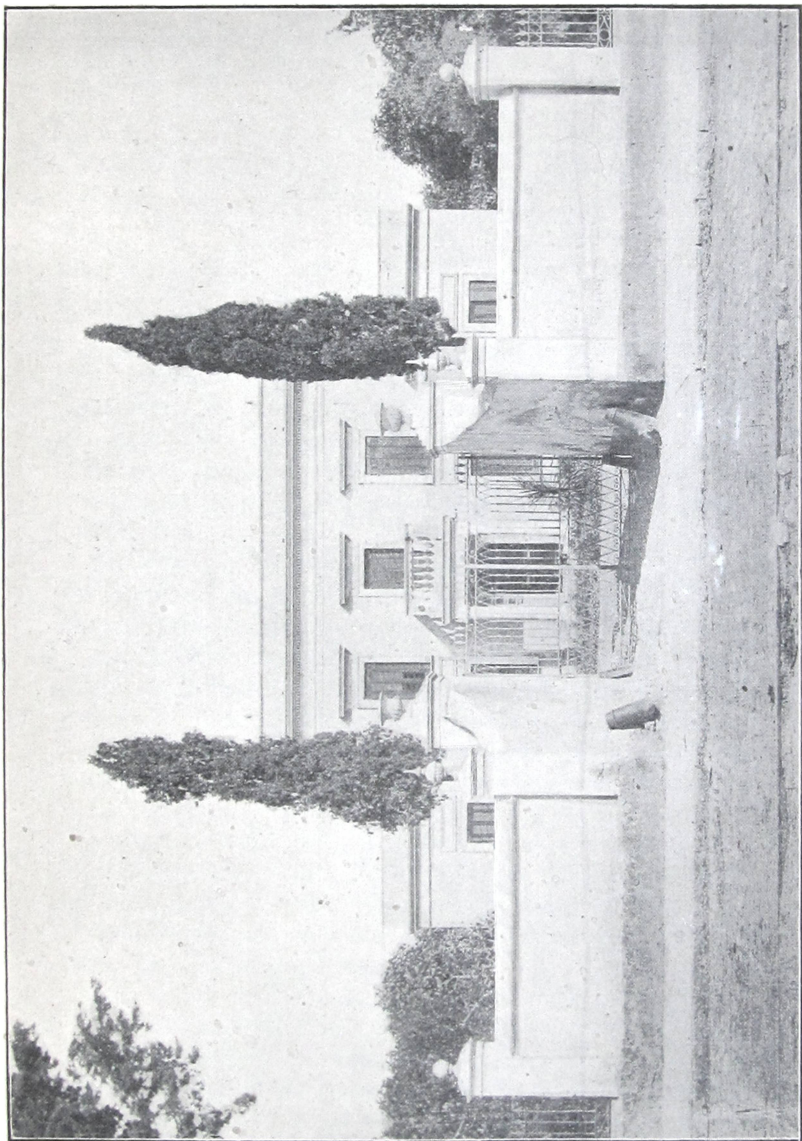
#### IV

Nos retirábamos, reservando descifrar en otro paseo por los rincones de la ciudad, nombres en sus calles tan raros como el Signo, donde no se encuentra el de la Cruz, apénas el de los que cruzan haciendo eses, y viendo estrellas á medio día; Alegría, en el barrio más triste; Armonía, donde apenas resuena la de tarros de lecheros que la frecuentan; Aroma, que no es á rosas el que perciben los que cruzan la antigua calle del Pecado; Acoyte, Achupallas, Cachi y otras, cuando de pronto, grito estridente y prolongadísimo oímos á la espalda, seguido de un desgranamiento de notas cristalinas en escala descendente. Alegre calandria, parada sobre la boca del cañón, elevaba trinos armoniosos en los que algún creyente en la metempsicosis, sospecharía el alma errante de esa melancólica Ofelia, víctima de un amor infortunado, ó eco de su último grito de pasión, resonando sobre las aguas serenas del majestuoso Plata. Más prosaico el joven Oficial de Ingenieros que nos acompañaba, notó cómo, remontando el vuelo á nuestra aproximación, el pequeño pajarito fué á seguir

su canto sobre apilamiento de hierros viejos y deshechos de armas en La Cantábrica, gran Fábrica al frente, para laminar, curvar, transformar todos esos cascajos de instrumentos de matanza, que allí convierte en brillantes rieles, sobre los que corre la vida, la riqueza y el progreso en la tierra, que defendió ese padre tan bravo como sensible.

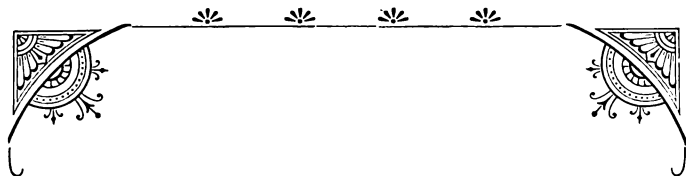






Quinta del Almirante Brown





. . FÉ . . . . AMISTAD

---

I

Aunque aclaración á título semi-enigmático, sencilla y naturalmente fluirá, anticipamos no se trata de endilgar homilia teológica sobre la fé y la amistad, por más que predicamos en época que tanto escasea la una como la otra. Sin duda necesario no es viajar á Iscariot, en procura de Judas, donde á la vuelta de cada esquina peligro hay de tropezar con un traidor.

Sólo resta del antiguo *Café de la Amistad*, á más de los recuerdos en tres generaciones que intimaron afectos, (humeante taza de aromático moka por medio) fragmentos abollados de ovalada tablilla metálica que tenemos sobre la mesa, descifrando apénas en fragmentos de letras medio borradas:... FÉ... AMISTAD. Lo que falta, lo carcomió el herrumbre. Sábio arqueólogo, exhumador de antiguallas, consiguió restaurar letrero, cuyo desciframiento dice: *Café de la Amistad*.

• El afamado Establecimiento, abría su única estrecha puerta, todos los días del año, de siete de la mañana á diez de la noche, y desde el subsiguiente al *año negro* (1840), hasta el ennegrecimiento de su frente, ocasionado por chamusquina de la Estación al frente....

Esto aconteció cuando la Empresa del Ferro Carril del Norte, haciendo oídos de mercader á repetidas órdenes para trasladar su viejo casucho indiano, demoleedor anónimo juzgó más expeditivo prenderle fuego, ante la reincidente desobediencia con que, esa y otras compañías extranjeras, acostumbran ménospreciar la autoridad del país.

Destarada la parroquia (de viajeros retrasados) ma-

rinos que ya no desembarcaban por el largo muelle vecino, y asiduos más viejos esparcidos ya en diferentes cementerios, cerró puertas y ventanas. Café tan limpio y confortable, después de haber hecho la fortuna de sus dueños y estrechado con apretado nudo, la amistad de sus comensales.

Verdad es que su origen nos remonta al cariño, en los apuestos estrechos, anterior á la invención de Clubs que á desalojar vinieron contertulianos de confianza, del mate, noche á noche al calor de la estufa, sin que el humo del cigarro separara todavía, del comedor á la sala, niñas y mozos, ancianos ni pisaverdes de cabezas canas. Pasado habían aquellas largas noches de invierno lluvioso en que el negrito del farol, precedía alumbrando al atravesar bocacalles, oscuras como boca de lobo, saltando albañales y malos pasos, que por entonces lo eran todos, aunque únicamente llegaran al *Café Márcos*, anterior al sucesor de Don Ramón y de *Catalanes*.

Luego de la invención de los clubs (el de *Residentes Extranjeros* es decano) entre el *Café del Plata* y el de *Colón*, fué el *Café de la Amistad*, de mayor concurrencia en las primeras horas matinales y en las últimas de la tarde. En parte alguna servíase mejor café con leche, ni tostada más tostada. ¿Qué estudiante no hizo *rata* por un par de ellas? A qué marino no se le iban los ojos y el olfato trás el humo de esa gran taza tan gruesa como antigua jícara de aromado *soconusco*?

No en valde letrado tan atrayente, pues sin los inmensos cristales que reflejan cientos de luces eléctricas en sus congéneres de la Avenida de Mayo y Buen Orden, sinó se vendía allí amistad, á son de música, al calor del café y la amistad compenetrábanse muchas almas buenas. Concurrentes conocimos que desde su primer rabona, por cincuenta años consecutivos infaltables fueron á la mesa de *dominó*, y muchos de ellos cuando sus manos se entrelazaron, sus almas quedaron abrazadas.

## II

Fué por los años de 1842, que los Dirube, bayoneses de honrada raza, establecieron el *Café de la Amistad* en el Paseo de Julio, bajo el número, hoy 160. Rico estanciero escocés, de los numerosos pastores, cuya laboriosidad acumuló en nuestros campos gran fortuna, donó ese inmueble para que sus alquileres costearan la educación de dos menores, que debían seguir enviándose mensualmente á la Sociedad Escocesa, á objeto de contribuir al sostén del Colegio de esa colectividad en esta ciudad, como hasta el presente se cumple.

El más jóven de los hermanos Dirube, después de veinte años traspasó el Café á su consocio Cancillo y Gómez, vendiéndole más tarde á Posse y Durán. Fué bajo esta dirección que se clausuró, cuando ya el hijo de su fundador, laborioso jóven, levantaba fortuna más allá de Lujan, en su Estancia, comarca vecina á los ricos campos de Areco, donde falleció el propietario escocés de la casa Paseo de Julio.

En las horas matinales, su primera concurrencia era de marinos. En sus lustrosas mesitas, todas llenas, yendo ó viniendo de á bordo. entre dos sorbos del fragante Moka y mucho humo, conversaron y discutieron largos años los Tenientes Ballesteros, Rodríguez, el Mayor Seguí, ó Zacarías Pereyra y su inseparable (infortunado Massini), cuando de un poco más distante del Japón arribaron; *Don Pedro el Cruel* (Capitán Carerras) Pedraja, Cabal, Jorge, Folly Brown el joven, Turner el rubio, y el rubicundo Capitán Badía, Morris que salvó el Vapor «Buenos Aires» y Constantino Jorgé el griego que perdió los dedos de una mano por defender á Murature en el drama de traición, herido el padre sobre el cadaver del hijo; Marzano y Marzanito, Py, Neves, Fidanza, el Comandante Somellera y hasta el Capitán del puerto alguna vez, Coronel Don Francisco Seguí (el vencedor de Juncal) Sinclair, que alcanzó su centenario, Mura-

ture y su suegro, viejos y jóvenes, marinos de ese barrio de la Marina, que en cuanto desembarcaban, era por su devoción, la primera parroquia donde oficiaban.

Aunque nó con tanta frecuencia, solía encontrarse en la mesa de entrada grupito, que casi llegó á ser grupo histórico. Cuando de su rancho de Belgano, llegaba el *corneta de Ayacucho*, á echar su cuarto á espadas con el grumete de «La Argentina», sesentones ambos, Obregoso y Manrique, en continua disputa, sobre quien había hecho resonar más la trompeta de la Fama, ó conducido más lejos la bandera. Verdad que este último, la hiciera flamear sobre todos los mares, en la nave que el Comandante Buchardo condujo hasta el Mar Indico, y Obregoso, mellado tenía el lábio de tanto tocar á la carga (en el Regimiento de Granaderos) que por costumbre, á degüello le salía cualquier toque. Tras la inacabable narración de sus hazañas, sobre quien obtuvo más heridas y medallas, apéndice infaltable tenía el último sorbo de café, si el de Younga que él bebió, al pié de la planta, donde en Bolivia florece, desde antes de haber Bolivia—según la frase del Mayor Obregoso—ó el té de Hokong, que sin azúcar le brindaron al Teniente Manrique, antes, mucho antes de ser Teniente, en tacitas tan minúsculas como las que en Arabia, mascan el Moka. A cortar el diálogo solía pasar Don Manuel Pedro de la Peña, despidiéndose de este par de porfiados patriotas, repitiendo: «Digan lo que quieran, no hay mejor café ni té, que el del Paraguay, bebido á la sombra del yerbal. Yá lo probarán Uds. si llegan á mi tierra».

Llegaron, y ocasión tuvieron, pues que estos dos meritorios servidores de la patria, que en su prolongada vida abarcaron la primera y última batalla por su independencia, siguieron íntimos camaradas de campamento hasta el poster combate en el Paraguay.

### III

En las horas centrales, la concurrencia raleaba un poco, pero luego, yá antes de caer la tarde, venían cayendo los

infaltables, comentando las nuevas del día. Cansados unos por las tres vueltas del largo muelle, obligado paseo digestivo, impedidos otros por el fresco de la oración, de los bancos y poyitos de mampostería, que bajo añosos ombúes en la Alameda, encoraba discusiones trascendentales entre vecinos tan graves como los Señores Escalada y Llambí, como la de que, si Don Felipe Seniliosa ó Don Felipe Arana, habfa pasado la cuchara de plata á Manuelita Rozas en la inauguración de la muralla del Paseo de Julio, ó si era de ese *Café de la Amistad*, que salieron marinos ingleses bamboleando entre San Juan y Mendoza, y gritando un ¡Viva Rozas! al divisarle, embarrándose entre sus soldados bajo lluvia torrencial (9 de Julio 1851) última parada en que él paró!

Por mucho tiempo distinguíanse entre los frecuentadores, á los Señores Balbin, Aramburu, Molino Torres, Quintana, Pestaña, Monasterio, Dozal, Uribelarrea, Benguria, Lalama, Eastman, Islas, Sagasta, Rodríguez, Basso, Delfino Basabe, Olazarri, Terencio Moor, Acevedo, Uriarte, Gallardo, Temperley, Llavallol, Carreras, Rossi, David Bruce, los Doctores Ocantos, Villegas, Garrigós,—en fin, todo el barrio de la Merced, y la Merced misma, pues que tarde hubo que sobresaliera la teja de su primer Párroco Olavarrieta, ó del Teniente Coronel Canónigo Argerich, ó Don Felipe Elorondo, despues Dean, nó el último de los Felipes de tan feliz época.

Pero la mesa jefe, donde pontificaba por muchos años, al caer la tarde, dominando su vozarrón todas las voces, fué por muchos años la de Don Emeterio de la Llave, infatigable lector de «El Nacional». Todo era entrar este antiguo consignatario de frutos del país, de tan buena ralea como la que sus descendientes continúan, que aproximarse el risueño Cancillo brillando sus ojitos celestes, de tan suave carácter, como el gordinflón de su consocio Dirube, excelentes bayoneses, en mangas de camisa, que en veinte años 1:0 tuvieron una palabra, donde no se oían más gritos al través de espesa gangolina, de humareda y comentarios que:—«¡Copas para el dos!—¡Café para el siete!—¡Media para el ocho!—¡Completo para el cuatro!—¡Chocolate y

tostada para el seis!—¡Dos para el doce!—¡Té y rón para el trece!»—siguiendo la numeración de las pequeñas mesas lustrosas. Llegaba pues, Don Cancillo, sonriendo con «El Nacional», número reservado para los reservados. Bien pudiera repetirse, en aquel solemne momento, la salutación de Virgilio:

«..... intente hora tenebant».

Todos callaban, agrupándose los que esperaban, y entrando los retardados, mientras que, limpiando sus gafas con inmenso pañuelo á cuadros, sorbía su riquísimo café, entre novedades de Bolsa y Mercado de Frutos, al desplegar con calma el diario repetía sonriendo su muletilla: «Bien está San Pedro en Roma, mientras yo coma».

Acercaban con ruido sus sillas á la mesa del rincón el grave Don Cayetano Griman, marino retirado, poniéndose los anteojos para mejor oír, Larrosa, cobrador de Pestalar-do, (Teatro de Colón) los señores Amadeo, Don Luis, Don Vicente, de matrimoniamiento reciente, á sus sesenta, padre, hijo y nieto, Trinidad de Amadeos, tan religiosos como honrados; Don Evaristo Pinedo, Lugones, etc. etc., siguiendo impertérrito, con su voz aguda y chillona, desde el artículo de fondo hasta el último hecho local, inalterable y sin pausa, sin tomar aliento, aunque, sin alientos dejaban los comentarios de alrededor, y grescas en que los más fosforescentes, intrincábanse por quítame allá esas pajas y con salidas como ésta:

—Bien dice Don Juan Bautista que de nada sirven todos esos pelagatos que escriben los diarios, y vienen descomponiendo el panderero. No han sabido atender su hacienda, y pretenden dirigir la del Estado, gentes todas que si las cuelgan patas arriba, no les cae un cobre.

—Mejor replica Sarmiento, —decía su contrincante,—que á muchos de esos ricachos, por que anduvieron más despabilados para atrapar tierras, yá se les ponga patas arriba, patas abajo ó de cualquier forma, no les cae una idea de ninguna parte.

—No hay más, mi amigo,—agregaba un tercero,—la Patria la vienen perdiendo todos esos patrioterros, afanosos en



levantar la hacienda pública, al día siguiente de haber perdido la propia.

Y otro viejo de voz aflautada, que nunca sirvió para maldita la cosa, alzando su roja nariz, agregaba:

—¡Sálvense los principios! los principios ante todo; la ambición y la intransigencia, lo echan todo á perder. No bien acabamos con el fanatismo de los frailes, nos impusieron los caudillos de poncho, aunque dice el manco Paz, que estos caudillos de frac son peores. Nos llega á su turno numerosa tribu de doctorcitos pastores, que se han dado á fabricar por ristras, leyes rurales sobre lo que no entienden.

Y dejando caer por un momento la hoja, agregó una tarde Don Emeterio de la Llave:

—¡Vean, vean, como andan las cosas! Bien se dijo la otra noche en la Cámara que al último Rector jesuita, se le ha puesto recuperar los terrenos adyacentes á la antigua Chacarita de los Colejales, en que Munita trajina con los ayunos de estos. Oigan: «Diablura ingeniosa: Esta mañana, los madrugadores del barrio de «El Nacional», formaban corro frente á la ventana del Rector del Colegio Seminario, Canónigo Don Eusebio Agüero, sobre la que flotaba una ancha sábana blanca, que todos veían, menos él, resaltando entre cuatro calaveras, pintadas en sus extremidades, el esqueleto de un estudiante, escuálido, muy flaco, cuya boca exclamaba: ¡Socorro! ¡Socorro! *que nos morimos de hambre!*

• —¡Pobres colejales! Aún muy tarde se apeñuscaban los curiosos pasantes, hasta que el Jefe de Policía Don Cayetano Cazón, entró á denunciar el cartel, para que lo descolgaran. El Rector se preocupó más que de indagar la verdad de la queja, por el Ecónomo, en averiguar quien era entre los discípulos de Don Martín Boneo, que rejenteaba la clase de dibujo, el que tan lindas calaveritas pintaba.

#### IV

Así continuó por muchos años este cónclave inofensivo de comentarios del día.....

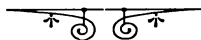
Numerosas mesas en cuatro largas hileras, poblaban el único vasto salón, al que en su fondo, se agregó últimamente complicada y altísima maquinaria para triturar, torrificar y mezclar el grano, cuyo café hervido á alta presión, corría líquido por tubos, desde el piso alto.

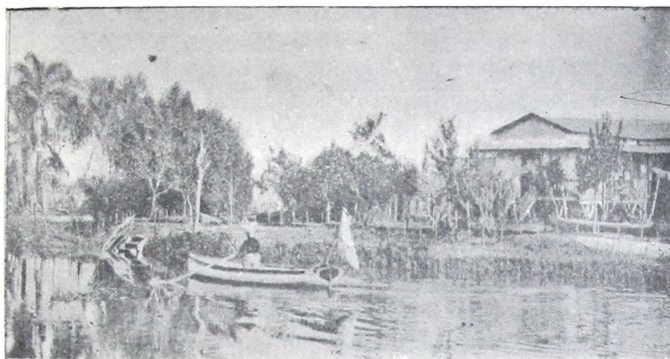
Cincuenta años después, en la gran Metrópoli, de un millón de habitantes, en cada esquina han brotado dos Cafés, pero no otro más agradable, tan abrigadito, lleno de dulces recuerdos y amistades duraderas, como el modesto y confortable *Café de la Amistad*, en el Paseo de Julio, (1842-1892).

¿Dónde estará ese grupo de cabezas canas que noche á noche disputaba sin alterarse jamás?

¿Dónde aquellos honrados ancianos que creían reconstruir la unidad de las Provincias, comentando la propaganda de Vélez, Sarmiento, Piñero, y provincianos que la predicaban todas las tardes? Ese buen Señor de la Llave, seguirá comentando «El Nacional» en el otro mundo?

*¡Sic transit!* . . . . .





Carapachay

## EN LA CIMA . . .

---

### I

A la cima del mástil aspira llegar el cadete menos ambicioso, desde el día en que pisa el puente de la nave, cuyo rumbo sigue. Tonto de capirote comprueba ser, falto de bríos, de nervio, pusilánime de nacimiento, el que á tal no aspire. Faltos de ánimo y ambición, estos tales, rezagados quedarán á medio camino, ó irresolutos, sin emprender ninguno, fuere cualquiera el rumbo á que se dirijan, y como ellos son los más, mísera sociedad, la que no cuenta con ambiciosos, que alcanzan el triunfo.

Y esto último es lo que sucedió á cierto sanjuaninito, desde que se ocupaba en tirar piedras al aire,—copiando, sin saberlo,—á otro chiquilin de Córcega, algo conocido más tarde bajo el nombre de Bona-parte, aunque de mala parte llegára el *corso*. En la batalla del *Piojito*, que célebres Anales comentan como los del César, tiró con un General por la cabeza (piedra mayúscula) al Ayudante que no había leído la *Orden del día*, cuando las columnas infantiles se dirijían al Pocito, donde más tarde murieron de verdad, algunos de los que allí ensayaban jugar á revolucioncitas y degollatinas. Autoritativo desde niño, preguntó con altivez:

—¿Por qué no le has leído la orden del día?

—Por que no se leer, mi General.

Y aunque éste no llegó á Napoleón, sí á la cima que se propuso, y á *General de la Cartilla*, título que más le enorgullecía, de todos los que alcanzó.

Cincuenta años han transcurrido desde el día señalado con piedra blanca, en que conocimos al gran luchador, vencedor en los combates contra la rutina y el estancamiento que adormece. Siguió su incansable propaganda en Escuelas esparcidas por los más apartados extremos, en anales, periódicos y folletos que en toda América difundió. Cuando llegamos á los toldos de Calfucurá, (empapelado su rancho con las caricaturas de Stein, «El Mosquito»), el célebre lenguaraz Santiago Avendaño, leía *Facundo*. Entrando al estudio del poeta Longfellow, (Boston) saludamos el retrato del autor sobre la edición allí impresa. Todavía la fría noche que en Heidelberg, esperábamos tren para Baden-Baden, hojeamos ese libro, único que en francés hallábase en la Biblioteca del Hotel alemán. De la patria de los sabios, á la toldería de salvaje ¿no son los extremos de la tierra habitada? Apóstol en la más hermosa propaganda, también fué su mártir. En vida no faltaron detractores que le lapidaran. La gloria nace del otro lado del sepulcro, por lo que la posteridad encontrando amontonadas esas piedras, no encontrandoles mejor destino, formó con ellas el basamento de su estatua, inscribiendo frase también lapidaria: «Puso la cartilla en manos de tres generaciones».

Bien pudiéramos denominar á éste: «Cuento en el aire», agregado á la colección de *Cuentos en la montaña, sobre el agua, en el valle, ó el desierto*, á paso de drómedario, de mula, en barco, tren ó globo, que en tan zarandeados movimientos recojimos tradiciones. Y nó por falta de base, de verdad ó fundamento, sino por que en las alturas lo escuchamos. El improvisado comedor, crujía á cada suave mecimiento de añosos sauces, (ligados y solidificados á la vez, por escalera que en espiral les envolvía), almorzando bajo el ramaje de su copa. Casi rozando su nivel pasaban

los mástiles de Balandras, Goletas y Pailebots, que suave corriente del Carapachay deslizaba.

## II

Una tarde de verano, treinta años há, nos encontró el Señor Don Domingo F. Sarmiento, al entrar á nuestra Quinta, libro en mano.

—¿Qué está Vd. leyendo?—fué su saludo.

—Un libro que Vd. no puede leer, contestamos.

—Hombre! Vd. creyente de buena fé, peregrino de Tierra Santa, que al volver de Jerusalem ha ido á pedir la bendición de Pio IX (á quien antes de hacer nono, se la pedí yo por encargo materno en Mendoza) conserva libros prohibidos, inscritos en el Indice?

—Nada de eso, Señor. Son viajes de Vicuña Mackenna que nos ofreció su autor, al pasar por Chile, los que de Santiago á Buenos Aires, sólo han llegado un poco después de nuestra vueltecita por América, Europa, Asia y Africa, un continente más de los que Vd. recorrió...

—Lijero han venido. Sin duda nó á lomo de mula, sinó á lomo de hormiga. ¡A ver, á ver!

Y arrebatándonos el libro que desde que lo supo chileno, hojeando con curiosidad de una á otra página llegó á la 392 del «Diario durante tres años de viajes, etc.», precisamente aquella que esquivábamos de nuestro ilustre huésped.

•Cabalgando sus gafas de oro díjonos: «Présteme su pluma» (nunca tan honrada) escribiendo al galope: «En 1864, siendo Sarmiento nombrado Ministro Plenipotenciario, cerca del Gobierno de Chile, al día siguiente de su arribo á Santiago, recibió temprano por la mañana, visita de un antiguo amigo, diciéndose enviado por Vicuña Mackenna, que á la sazón estaba esperando á la puerta del Hotel Inglés. Su mensaje era el siguiente: «Diga á Sarmiento que yo he escrito contra él conceptos desfavorables, y que reconociendo mi sin razón le pido me señale hora, y en presencia de cuantos desée, haré esta declaración». Mi constatación se adivina: «Que pase adelante». Y saliendo á recibirlo, nos dimos un

abrazo. Después hemos residido ambos en Estados Unidos, y prestándonos ayuda en un objeto y fin común. Un telegrama recibido en el Parque 3 de Febrero durante su inauguración, es el último recuerdo de la simpatía de Mackenna. San Fernando, Diciembre 25 de 1875».

Largos serían los comentarios de aquella visita tan interesante como todas las del autor del Facundo, cuyo objeto era invitarnos á un almuerzo en su Isla, en la que nos encontrábamos la mañana siguiente.

Rodeaban la mesa más alta, compartiendo de sobremesa: á su derecha, el General Don Tomás Osborne, Plenipotenciario de Estados Unidos; á la izquierda, uno de los más hermosos tipos yanquis, Don Eduardo Hopkins, concesionario del primer ferro-carril á San Fernando, que se le empacó por largos años. Haciendo vis-á-vis, sentábase á nuestra derecha, uno de los más ilustrados jóvenes abogados del Paraguay, Doctor Decoud (José S.) A la izquierda el inolvidable Mayer, militar, doctor, músico, poeta, Coronel del ejército norte-americano que se costeo allá para dirigir al combate y á la victoria, batallones de negros, rompiendo cadenas de sus hermanos. General en México, Gobernador en el Chubut, allí reprimió á los colonos galenses, su falta de derecho para apelar, como lo hicieron, ante el Parlamento inglés, por que el Gobierno del suelo donde prosperaban, en la hora de abrir sus hijos la Biblia el Domingo, les citaba á otra enseñanza: el ejercicio del fusil, cuyo peso argentino alguno ha rehusado.

### III

Terminaba ya el servicio tan correcto, cual si no fuera entre islas á medio poblar, y en el seno de la más franca hospitalidad, salpicada por el fino sprit del jovial educacionista. Habíase ido zungado dentro canastos de mimbres, cuyo cultivo introdujo en la comarca, el plato ó bebida que en su exquisita amabilidad había preparado, de la procedencia de cada uno, agregando á los postres:

—Para mi, y como buen cuyano, á lo que te criastes..... prefiero el vino de San Juan!

Uno á uno sucesivamente, derramára yá á quita-manteles, su cuento en el aire, ó á los cuatro vientos, cuando invitado de nuevo el Señor Hopkins, principió, echando una fumada del rico Virginia, que en pipa curada le alcanzaran:

—Pues, Señor, mi llegada al país de la yerba, la primera noche que pedí me sirviera un poco de amor á una hermosa guaraní, y que en verdad de cuento me contestó: *Di ande yerba.... puros palos!* y estos últimos son los que á punto estuve de recibir, aunque no de quiebra-hacha, cuyo taino enriquecido me hubiera.

—Por lo que poco faltó nos los devolviera, nó en palizas benefactoras, sinó en cañonazos Escuadra Yanquí, que su Gobierno mandó y el Paraguay supo detener en las Tres Bocas, interrumpió el abogado de la misma.

—Eso es nota de otro cantar, ó astilla de otro palo,—siguió el narrador. Venía de visitar al sabio Bompland, en Misiones Argentinas, prediciéndome no lograría substraerme entre otras, de dos cosas sobre todo, en el país de las naranjas: larguísimas siestas de enervante clima tan caluroso, y á la influencia de la yerba, que él recomendaba, purgativa, diurética, refrescante, chupadita su infusión en bombillas que todos chupan, y otros efectos estomacales, pues que el sabio compañero de Humboldt, la recetaba como sánalo-todo.

• Cruzando por la Tranquera de Loreto, pernocté en las ruinas del último refugio del famoso Artigas, digna entrada á la región de la trinidad de tiranos, que tras los Jesuitas asolaron esa rica región, con perdón de mi ilustrado Doctor, —añadió sonriendo.

—Adelante el de la República con esclavos,—devolvió la puya al aire el joven Doctor Deçoud, de tan inagotable verba, que las cazaba al vuelo.

—Siguiendo la picada entre Jesús y Trinidad, atolondrado por gritos y chillidos de monos y loros del monte, desemboqué á un descampado, y divisando el corral de la única población á la vista, desmonté á la sombra de su empaliza-

Ja. Mientras ataba mi caballo desensillado á pastar, calentando agua para el mate del camino, afinaba mi guitarrita. Debo confesar que, en los más grandes pesares de mi vida, la música me fué siempre grata compañera y de gran consuelo, así en viajes como en tristes horas de soledad. Mi hermano, el Obispo, me enseñó desde muy niño á leer toda música, y aunque no tuve mucho tiempo para cultivarla, cuando el órgano de Capilla aparecía resfriado, (por borrachera dominguera del Sacristán) recordando sin duda á David bailando al són de su arpa, ante el Arca Santa, el Vicar de mi parroquia, me hacía tocar la guitarra, para acompañar el monótono canto llanó de los Salmos. No era aquella precisamente una misa con guitarra, pero se anunciaban Oficios con música.

A poco de resonar las bordonas, cruzó el patio una china á escape, de la enramada de la cocina al rancho de sus patronas, y á los primeros arpejos, cuando la tapa de la calderita bailaba, por el agua en ebullición, una *vidalita* á su compás, atracción tuvo para levantar de la siesta la desgredañada chinería de igual bronceado matiz, patronas y sirvientas, avanzando medrosamente algunos pasos la de más bordado *tipoy*, de las vichadoras en la entornada puerta del corredor.

Los bordoneos seguían; yo mateando, mi caballo pastando, y la mujerería curioseando. Largo tiempo pasaba sin mutación de escena, hasta que alcé la vista, cuando una sombra se interpuso entre mi fogón (la del dueño de casa, sin duda), que despacito á mi espalda, habíase venido acercando paso á paso.

—Buenas tardes,—habló la Sombra.

—Buenas tardes,—contesté sin mirar.

Y como inmóvil y muda siguiera aquella, con ojeadas furtivas á mi caballito, sin duda en mejores carnes que los matungos del pago, agregué alcanzándole la calabaza:

—¿Quiere un mate?

—Gracias, Caray, Guazú (Gran Señor). Pero te estás asoleando al cuhete. Veníte, ché, á guitarrear bajo el alero.

Haciéndome derogar un poco le seguí, fingiendo mala



gana, aunque no apetecía otra cosa, no sin antes echar manea á mi tropilla, que por el momento, componíala sólo el ensillado.

Poco después, toda la casa estaba en pié, hombres, mujeres y muchachería, que era un cardúmen, despezándose algunas chinas con cara soñolienta, por demás deshabilladas otras, ofreciéndome refrescos, naranjas, mandiocas, chicha y limonada.

Me pidieron que tocára, que cantára y hasta que bailara, lo que no hice, pero ayudado de mi guitarra, adquirí confianza entre aquellas sencillas gentes de campo, que me brindaron, generosa hospitalidad mi primer noche en el Paraguay. Al recojerme, y en intervalos de la garúa que seguía cayendo, oía salmodiar en guaraní, que entendía tanto como los Kyrie Eleyson del hebreo, algún rosario otras y plegarias, comprobando, cómo en las horas de recojimiento, así en la lejana Jerusalem, como en las montañas Rocallosas, ó en las selvas del Paraguay, bajo todas latitudes, en el silencio de las altas horas de la noche, gustan las almas entrar en conversación con su Creador.

#### IV

Trás breve pausa, tocó cerrar los cuentos á mi vecino de sobremesa, Doctor Decoud. Saboreando rica caña del Paraguay, que el propio anfitrión le escanciara, comenzó:

—Mucho había estado insistiendo el Capatáz pagador, al ajustarle el jornal de semana al joven Asunción, no léjos de la Capital de ese nombre, quedara un poco más, para la faena yerbatera, nó concluída en el Establecimiento. Pero él fué á la pulpería del obraje, y comprando algunas pilchas nuevas se despidió de sus compañeros. Camina que camina, saltando y cantando bajito iba, cuando al cruzar el naranjal sintió, ó creyó percibir cierto rumor inmediato, que detuvo su marcha, sospechando crujido de ramas de león que se acerca, pisada de tapir, ó arrastre de serpiente que yá no ha dado en hablar, como en los días del Paraiso,

pero que sigue su misión de envenenar todo placer, sea en forma de manzana, de mujer ó de ambición.

Paró la oreja y el paso, y todo oídos, llegó á distinguir rumor entrecortado y *sottovoce* viniendo de un pequeño claro, del monte tupido, dónde sobre un poncho, barajaban y recojían mugrientas cartas de ennegrecida baraja hasta media docena de obrajeros. Todos callaban, acercándose Asunción á la muda rueda de expectadores, que, sólo para el triunfo tenía ojos. Partidas de *monte*, seguíanse, juego infernal, que en pocos minutos descamisaba á los que tal prenda usan, que no siempre soporta los calores, en país que ni *piques* respeta.

Silencioso é inmóvil continuaba, atenta la fija mirada á las peripecias del juego, introduciendo un palito de yerba en los agujeritos de su calzoncillo cribao, á falta de *fichas*, apuntando así cuentas, los que no saben contar. De cuando en cuando hacía sonar sus pesos el recién venido, dentro el bolsillo, y al ruidito atrayente, apenas dió una vuelta el correntino de la carpeta, sin hablar nada. Después de largo observar, Asunción estuvo acariciando una moneda, como dudando esponerla. Luego, apareciendo, entre dos jugadores en mano menos sucia, la dejó sobre el poncho.

Perdió. Con intervalo más ó menos largo, volvía á hacer sonar el dinero, que retintinaba, y apareciendo yá, *dos*, *cuatro*, monedas de nuevo cuño, y con alternativa de ganancia y pérdida, seguía el juego, y el silencio, y la emoción sofocada, sin alterar los oscuros rostros cobrizos. Perdió dos, y ganando cuatro, redobló ocho, y cuando la parada fué de dieciseis pesos, se alzaron las miradas sobre el ganador, que en la última parada quedó sin una blanca.

Después de pesaroso ensimismamiento, sacó el sombrero nuevo, tirándole en medio la rueda preguntando: «¿Cuánto?»—A lo que el correntino que tallaba, dijo: «Dos pesos»—«¡Vá por dos pesos!»—Los perdió. Transcurrido otro intervalo, sacóse el poncho rabon: «¿Cuanto? Nuevito!» agregó.—«Ocho», contestó uno.—«Dieciseis, Recien comprado», replicó Asunción.—«Doce», ofreció otro.—«Paro

los doce».—Volvió á perder. Y desnudándose de la camisa, hizo su última apuesta: «Un peso» que menos tardó en perder, que en cambiar de camisa el ganador.

¡El vicio le dejaba sin camisa! Tras un par de tragos de ginebra, que fué todo lo que ganó, se volvía, aunque yá no cantando y contento, sino cabizbajo y pesaroso, por el mismo camino que saliera satisfecho de su faena á llevar un bocado á sus hijitos: pan amasado con su trabajo de toda una semana y que el maldito vicio le convirtiera en piedra, en miseria y hambre, pues que el pan se le volvió *pambaso*.

A la tardecita, volvía cayendo á la misma Ranchada de donde salió tan garifo y contumáz contra el trabajo. Ahora volvía sin el pan y sin la torta, y también sin camisa.

—Conchavando de nuevo, patroncito, dijo al acercarse el Capatáz.

—No necesito.

—Pero, ché, rogabas quedara.

—Como estuviste empeñado en irte, cayó otro reenplazante.

—Quedo por mitad de paga.

—Ni de valde, haragán jugador.....

—Bueno, sin que me dés nada. Trabajaré por la comida.

—Pero no por la bebida....

Y así, esta víctima del juego, que no es excepción entre los peones de la campaña, por un puñado de maíz y escasa ración de mendioca, quedaba trabajando otra semana, en la tarde del mismo día, cuya mañana despreciara ocho pesos que es alto jornal en mis paisanos».

## V

Tan ilustrado anfitrión, de modesto Maestro, (primeras letras en Escuela de Provincia), llegó por su sólo esfuerzo y perseverancia, á cima un poco más elevada que la del sauce en cuya cumbre nos obsequiaba. ¡Excelsior! A la cumbre del poder, raró caso sin haber atravesado charco de sangre en Repúblicas tan turbulentas. Maestro, periodista,

Diputado, Senador, Ministro, Congresal, Soldado en la hora del peligro, Diplomático, propagandista en todas horas, Presidente de la República, llegó á todas las alturas por sus cabales, á la cumbre de su óbra, que dió cima. Educacionista, historiador, viajero, reformador, constitucionalista, ¿qué ramo del humano saber no abordó? ¿Qué semilla dejó de ensayar en terreno por sus propias manos preparado? Desde moreras en San Juan, á mimbrales en Islas, desde los granos de primera enseñanza á la propaganda en acción, sembrando Escuelas á lo largo de su camino. Al final, todas esas bancas, montaña tan alta formaron, que por ellas escaló la cima.

El Señor Don Domingo Faustino Sarmiento, demoledor de *cáscara de fierro*, desquició desde sus cimientos al golpe incesante de su pluma-ariete, hasta derrumbar la guarida del más grande tirano. Sobre sus ruinas, la posteridad levantado há estatua al General de la Cartilla.





## EL PRIMER ITALIANO

---

### I

Numerosísimos y muy ilustres italianos llegaron á esta ribera. No fué el primero, el Jefe visible de la religión que congrega en un credo cuatrocientos millones de almas, ni el último, el gran caudillo de la República, por la que suspira doble número. El Conde Mastai Ferretti (Pío IX) muy de paso tocó la playa que, al hombre que hoy nos llega en bronce (Garibaldi), apenas le fué dable divisar en lontananza, cuando combatía por la libertad del Plata. Colón no alcanzó al Orinoco, y Vespuccio, sólo al Brasil, pero con el Adelantado Don Pedro de Mendoza, entre españoles y alemanes, vino más de un italiano. ¿Cuál sería el primero que saltó á tierra? Debemos exhumar el nombre para entregarle á la gratitud póstuma, del honrado italiano, tres veces venturoso, que simiente de tan fecunda y laboriosa raza dejara en esta hermosa región.

En Cerdeña, donde diversos marinos dieron los antecesores de Garibaldi, y de su puerto de Cagliari, salió en noche clara y serena la navecilla de otro honrado barquero, que, cambiando el viento á la altura de Córcega, en huracanada velocidad, arrastrada fué á playa donde no iba, zozobrando en la de Varazze. Lo único que logró salvar fué la pequeña imágen de la *Virgen de Bonaria*, por tantos devotos reverenciada en todas aquellas costas. Con ella al hombro llegó á Génova, llevando este último resto de su fortuna, en los días que Mendoza, de regreso del saco de Roma, buscaba por esas costas valerosa gente de mar para su ambicionada expedición al Nuevo Mundo, en que fué

preferido, porque tenía Santo en la Corte, lámparas ante todas las *milagrosas* de Carlos V, y cuantiosos bienes, extraídos de la ciudad Santa, á redención de *non sanctas* destinados:

«Proyectando conquista de paganos  
Con dinero robado á los Romanos».

Mendoza se encariñó del devoto náufrago por su actividad y energía, convirtiéndole desde entonces en su fiel guarda-espaldas. De Italia siguió á España, y de Sanlúcar de Barrameda al Plata. Persiguiendo charrúas en el país del ñandú andaría, cuando comecón de curiosidad entrara á Don Pedro por descubrir lo que hubiere, del otro lado de río como el Plata, tan ancho, que hacía horizonte, sin divisar la opuesta orilla, por más que se empinara sobre sus tacos. Un domingo, después de misa, levó anclas con viento fresco; le cruzó en su menor angostura, desembarcando en la ribera que hasta hoy conserva su nombre. Fué en este sitio, antigua Plaza Mendoza (Boca del Riachuelo) que pisara tierra argentina el primer italiano, y como su hombre de confianza, que desde Italia seguía de más cerca los pasos de su Jefe, el activo Leonardo Griveo, quien se adelantó á dar la mano al Adelantado, designando esta tierra, con el nombre de la Santa de su devoción.

Desde los descubrimientos de Colón, general era en marinos de tan largas navegaciones, ponerse bajo la advocación de *Santa María del buen aire*. Sobre el collado que domina el golfo de Cagliari se alza su primer Santuario, multiplicándose sus devotos por todas las riberas del Mediterráneo, y en los Alpes y Pirineos, se ven sus alturas coronadas de Ermitas.

## II

Tres años habían transcurrido desde la fundación de Puerto de Santa María de Buenos Aires, cuando á éste arribó la *Pacalda*, nave genovesa del nombre de su capitán Pacaldo. Expedida de Varazze, donde naufragara

Griveo (con valiosas mercancías para el Callao) no logrando pasar el Estrecho de Magallanes, vióse obligada á retroceder, arribando al Plata, donde Mendoza había hecho asiento.

Grande fué el regocijo de Griveo, encontrando en la nave, compatriotas tan resueltos como Aquino (Pedro Antonio), Risso (Tomás), Troche (Bautista), quienes como Centurión, acompañante de Mendoza, y Griveo luego, siguieron hasta el Paraguay con los restos de la primitiva población, cuyos descendientes se dilataron por toda la Provincia. También él tuvo allí familia, y su hijo Lázaro fué uno de los primeros que, cuando Garay levantó bandera al pie del Lambaré, vino á la repoblación de Buenos Aires, fijándose aquí definitivamente su descendencia.

Doble huella grabada y profundamente impresa encontramos, nó solamente en el solar más inmediato al Fundador, á quien como la sombra al cuerpo seguía siempre este segundo Griveo (Lázaro) al definitivo fundador Garay, como su padre á Mendoza. En el plano original de esta Ciudad y repartición de solares, chacra's y rozas que examinamos en el Archivo de Indias, señalase á don Lázaro, lote de setenta por setenta varas, en la esquina que mira al Este, y Sud, entrecortada hoy por las calles Mitre y San Martín, ciento cincuenta pasos de la piedra fundamental de la Ciudad, siendo su segunda huella estable, los otros cuatro tantos que en la primera repartición se le adjudican, seis cuadras arriba (manzana limitada por las calles hoy: Cangallo, Artes, Cuyo y Cerrito,) donde Quinta llegó á cultivar su quinta generación. .

Tuvo aquí Don Lázaro á su hijo Domingo Griveo, primero del apellido nacido en Buenos Aires, el que, de los años 1607 á 1614, figura entre los Regidores. Su hijo nacido en 1611, se llamó también Domingo, y el de éste, que vivió desde 1645 á 1701, recordaba en el suyo, el nombre de su tatarabuelo. Del segundo Leonardo, fué primogénito Lorenzo Griveo, quién en 1739, figuró como Capitán de Inválidos, habiendo nacido en 1679. Ya desde la séptima generación, continúa sólo la rama femenina,

pues Doña Agustina Rosa Griveo, que vivió en Buenos Aires de 1723 á 1753, desposada fué por Don Juan Ibarrola y Samaniego, falleciendo al dar á luz su hija Micaela Ibarrola, (vivió desde 1753 á 1816), esposa de Don Miguel del Mármol y Tapia el año 1786. El hijo de ese matrimonio, Miguel del Mármol Ibarrola, nacido en Córdoba en 1787, fué Regidor en Buenos Aires (años 1818 y 1820), muriendo aquí, en 1861. Primogénito de éste, Don Máximo del Mármol, nació en 1813, muerto en 1875. La señora Doña María Eugenia del Mármol, hija del anterior, casó con el Señor Don Adolfo E. Carranza, el año 1848. Actualmente vive tan respetable dama, rodeada de numerosos hijos y nietos, formando los últimos, la décimatercera generación del primer italiano que pisó tierra argentina, dejando progeñe en ella.

.....

Esforzado Griveo! el primero y el segundo, *¡terque, quaterque beati!* Venturosos él y su descendencia, de incansable y laboriosa raza, la primera que nos ayudó siempre, en la buena como en la mala hora. Gratitud de hermanos, á los que debemos, justo es confesarlo, parte del esplendor en la Metrópoli y producción de la tierra argentina, cuyo número, doblan el de todas las otras colectividades *extranjeras*, mientras no borremos tal palabra de nuestro Diccionario. Italianos rupturan el suelo de la patria, lo fecundan con el sudor de su frente, recojen cosechas que transportan naves de su pabellón, retornando con obras de arte, ornamento espléndido de edificios por sus artífices levantados, ejemplarizándonos su constancia en la diaria tarea.

### III

Como entre el primero y el último, en cerca de cuatrocientos años, no sería breve tarea compendiar la de cuanto italiano llegó al Plata, agregaremos por apéndice, la última buena acción del postrero, fresca, palpitante y poco comentada, como toda buena obra que la modestia oculta.



Regresado también del Paraguay la víspera de la apoteosis del gran Republicano, Gianfranchi, constructor naval, era el único de los *Mil de Marsala*, presente en aquella solemnidad. Le habíamos conocido en el fondo de tan lejanos bosques, abriendo con el hacha de *pioneer* nuevas sendas á la industria, como en otrora con el rifle al hombro, desde Marsala á Catania, y de Messina á Nápoles, fuera explorando el camino por donde Garibaldi llegó con sus bravos legionarios á sellar la Unidad de Italia.

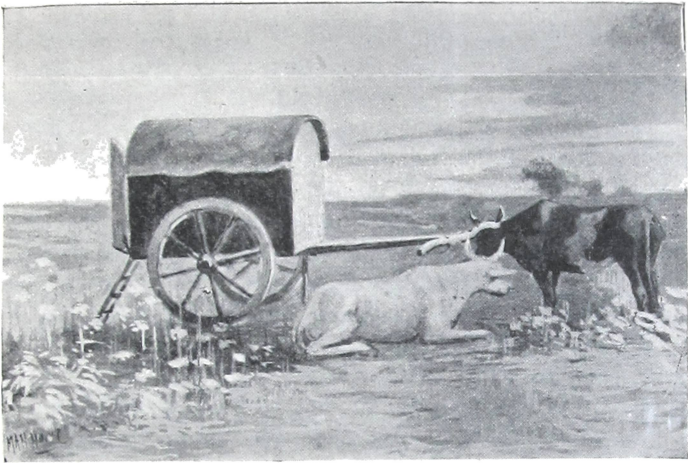
Al ser recibido en la tribuna oficial el alegre día de esa solemne fiesta de la Libertad, nos fué presentado el último de los descendientes del general Garibaldi, que él tuvo en brazos. Como á sus hijos Riciotti y Menotti nominara con nombres de Generales italianos, quiso recordar en este nieto, al primer Almirante argentino, el más hidalgo y leal de los marinos que le combatieron, á quien luego apreció tanto por su valor y virtudes. Presentamos al joven Brown Canzio el último bisnieto del Almirante, nuestro bizarro Teniente de marina, Guillermo Brown. Ambos jóvenes acompañaron al *Mil de Marsala*, don Rafael Felice Gianfranchi, ante el señor Presidente de la República, de quién en el momento de desfilar los Garibaldinos solicitó y obtuvo la libertad de un antiguo legionario, condenado á muerte, por homicidio.

Así el último laborioso italiano que arribaba conduciendo su obra de tantos años, en los más remotos confines civilizados, (dos chatas de nuestros cedrales en «Jesús y Trinidad» sobre el Alto Paraná), patriota de gran corazón, llegó en hora propicia de salvar á un compatriota.

Tal es, compendiado, el rasgo del primero y del último italiano que pisó tierra argentina.







La Carretita

## LA CARRETITA DE DOÑA MARÍA

---

### I

Sobre dos altas ruedas, costados de quincho, techo cuero de bagual sobado, arrastrada por una yunta de bueyes barrosos, entecos, pero de gran resistencia, iba y venía hasta la invención del ferrocarril á San Fernando, la conocida carretita de *Doña María Segunda*, la del Canal, como la *María Primera* y *Martinica*, madre y abuela respectivas, habíala conducido desde el año de San Fernando (1805). La misma era que, con remiendos de pértigo, ruedas ó cuero, condujera pálida rubia ó pelinegra, de mejillas tan rosadas como los duraznos de las islas, que conjuntamente acarrea.

Mucho ha hecho el nieto de su abuela, (diligenciero, correista en la Estación del Canal) corriendo tras las huellas de ruedas que tantos años rodaron, y que por sus gritos, picanazos y exclamaciones alentadoras, su

incansable tragin, proporcionó honrado pan á una, dos y tres generaciones de la activa y guapa paisana Doña María Sayés de Bengochea.

Ya la madre, en pos de la abuela y anterior á la hija, antes que el último Rey diera nombre y una bella vista apellido, al pueblo fundado con restos del que, la inundación asoló sobre el Puerto de las Conchas, oficiaba de *Correo* oficial, desde la época en que el Señor de Basavilbaso instaló la primera posta al comenzamiento del Valle de Santa Ana.

Así tenemos, atando cabos, á no ser rosario de mentiras, las que dejó escritas el célebre *Concolorcorvo*, seis generaciones de una misma familia, heredando empleo que sólo se confiaba á gente de confianza, pues verídicos y honrados á carta cabal fueron siempre los repartidores de mentiras, correistas, correos ó corredores.

Anterior al año diez, la madre de Doña María, venía dos veces por mes (más tarde la hija cada semana) con encargos de vecinos de San Fernando, Conchas, Punta Chica, San Isidro y pulperías intermedias. Atestada de encomiendas y correspondencia, viajaba con el saquito de las mentiras, (y en ocasiones con sus mismas autoras) haciendo las veces de *cajón de España*, ó caja sellada de correo, una vieja jaula de loro, forrada en cuero, balanceándose suspendida del techo.

Esa estrecha carreta, por sus buenos y largos servicios, ha de haberse ido al cielo de las carretas, arrastrando yunta tan paciente, á hacer compañía con los bueyes de San Isidro Labrador. Lecho de álamo sobre costados de cañizo, puerta culatera de sauce, pértigo de ñandubay, arrastrando *muchacho* del mismo palo. Bancos de seibo á uno y otro costado en el interior, servían de asientos, subiendo por pequeña escalerita movable. Dos ó tres sillas bajas de paja se descolgaban en las paradas, como la paba y trebejos para calentar el agua del mate, único postre caliente en el improvisado almuerzo de fiambres. Todo ésto, á más la vieja que la conducía, tan vieja como la carreta, nó á paso de mula, sino á paso de buey, fué por muchos años el único

conductor de la correspondencia de San Fernando hasta la calle del *Correo Viejo*, después del Empedrado, hoy Perú. . . . .

¡Cuántas escenas, cuántos amores en semilla, de vivarachas costeras (que no dieron costalada ó resbalón) viajaron en la carreta de Doña María, primogénita de sus congéneres, de fábrica criolla, á orillas del Canal. Fué su padre (el de la carreta) uno de los más gruesos álamos que en la delineación del Canal plantara, á son de música, el Virrey Sobremonte, en la fiesta de San Fernando (3 de Febrero de 1805), desafinando la banda de rústicos violines, dirigida por el indio Miguel.

No ha conseguido desenterrar siquiera una rueda, ni la mitad de sus rayos, el que sobre dos, desde el pescante de su jardinera, reparte diariamente la correspondencia de la Estación del Puerto, para archivar en el Museo Madero, como momia petrificada de la primera que rodó llevando secretos del pago, antes que los Mayorales Panchote, Gioanin, Guillermo, los repartieran, tirando desde el alto pescante diarios, periódicos y cartitas, (diligencias de Sauce) hasta el otro 3 de Febrero (1862) en que el General Mitre inauguró allí el Ferro-carril del Norte.

## II

•  
 Todavía temblaban las estrellas sobre el agua del estrecho Canal, adornado por alto alamar, como alineada guardia suiza. A la sombra de esa alameda plantada por Don Antonino Reyes, en las tardes primaverales cuchicheaban secretitos más melodiosos que el susurro del ramaje, amantes felices, grabando en los troncos cifras que han durado más que pasiones de verano.

En la hora que empiezan á cantar los pájaritos en el bosque vecino, y al primer sonrosado del alba, emprendía viaje la carreta, frente al almacén de Marana, subiendo la barranca que conduce á la Iglesia, deteniéndose por encargues en las

Quintas de Albarracin, Urien, Videla, Chacra de Castro y otras.

Nunca dejó una rueda en el pantano, ni perdió encomienda ó carta alguna. En invierno, todavía entre sombras, cruzaba el pueblito, empezaba á aclarar por Punta Chica y recién al cruzar San Isidro, le salía el sol. Por el *ombú de la espera* tomaba el mate de las Morales; después de la parada (esquina Sorondo) descendía la barranca de Medrano, cruzando el puentecito (chacra de White); y descansando en *Las Blanqueadas*, caía al camino de *las Cañitas*, pasando Palermo, chupaba el último mate en el rancho del pescador de la Recoleta, siguiendo Doña María por el bajo al Retiro, hasta su barranca, por donde subía la calle Artes á la Plaza Almarita, ó Plaza Nueva. Antes tenía su parada final al lado del Molino de viento, y últimamente dió en guardarla en el corralón de San Nicolás, trás la Iglesia.

Eran sus salidas fijas los Lunes, descansaban los bueyes el Martes, y emprendiendo al día siguiente viaje de retorno, aunque más cargada, caminito á la querencia, llegaba los Miércoles al caer la tarde. Más buena que pan bendito, honrada era á toda prueba, y tan cuidadosa que nunca perdió dinero ni cosa alguna, por más que en el *Callejón de Ibañez* ó *Camino de las Cañitas*, mal encuentro tuviera, con inocentes vecinos, que tendían lazos para hacer rodar con intenciones poco caritativas, al que galopaba confiado.

Alguna vez, llegaron á atajarla de noche y en descampado, pero reconociéndola, nunca le molestaron.

—Buenas noches, paisano,—decía la primera.

—¡Ah! ¿es usted, Doña María? Vaya con Dios no más, que merece toda ayuda por trabajadora.

Otra vez la despedía Juan Cuello, que según mentas, no era ladrón ni asesino. De mala suerte únicamente, pues en el primer ensayo le salió el tiro por la culata, logrando apenas saltar sobre el parejero de Don Juan Manuel (pico blanco), guardando para mejor ocasión, que no llegó, puñalada de encargo, reservada al tirano.

Pero qué! Si esta sana mujer del pueblo era tan buena,

que hasta los malos se convertían á su paso, como prueba este último tropezón, con el peor hijo de la tierra.

Hundida la carreta en uno de tantos pantanos de camino tan largo y descuidado, no encontraba medio de salir adelante, ni atrás. Maldiciendo estaba al Juez de Paz y Alcalde, y todas las autoridades que, por correr carreras, no componían caminos. En eso se acercó un paisano, que pasaba, y compadecido de sus lamentos, la dijo:

—No se aflija, Señora, que le voy á dar una manito.

Hermosa estampa de gaucho comedido. Desarrolló el lazo de los tientos del lujoso recado, con cabezadas de plata y en tres cinchadas para un lado y para otro, ensanchando la honda huella, el agua misma del barrial, ayudó á desencajar.

—Se vá á embarrar, Señor; déjeme no más con estos maulas, que al fin han de seguir.

—Como no la he de ayudar, Señora, si la culpa la tiene el Gobernador. Ese Don Juan Manuel, que yo no sé de qué se ocupa, y no compone caminos! ¿No conoce Vd. á Rozas? ¡Ah! si cayera en mis manos!

—No, Señor; ¡tiene tanto que hacer.....! Pero, no se vaya á embarrar. Dios se lo pague, Señor, el servicio que me ha hecho.

Y como había salido, á punto de quebrarse uno de los yugos del tirón, se bajó el transeunte para atarlo con su propio lazo.

—No se ensucie, Señor; he de poder seguir.

—Vá mal sujeto,—dijo—pero allá, frente á la bajada de la Capilla, le han de facilitar otro yugo, porque con este no vá á llegar al pueblo. El pícaro de Don Juan Manuel tiene la culpa de todo esto, que ni las cercanías del campamento compone. ¡Es tan malo ese diablo! Si yo lo encontrara por estos andurriales, yá me las pagaría todas.

—Mire, Señor, perdonando lo presente, á mi no me ha hecho ningún mal, y el Comandante Antonino cuenta que no es tan malo como lo pintan.

—¡Ah! Vd. es de por allá? ¿De cual de los pueblos de la costa?

—Del Canal de San Fernando, para servirle. Si alguna vez cae por el pago, encontrará el rancho de esta *probe*, donde tomar un cimarrón.

—¡Gracias! ¿Y dígame, Señora, no tiene algún hijo que le ayude en su trabajo?

—Sí, Señor, tengo dos, que me los llevaron á Santos Lugares, y el otro más chico quedó en casa, cuidando las gallinas.

—¿Y todavía tiene mucho que andar? ¿Donde pára su carreta?

—En la plaza de las carretas, Señor, somos *probes*. Mi madre y mi abuela se mantenían como yo, de estos viajecitos de acarreo, que siempre dejan algo, y así vamos tirando.

—Bueno, vaya no más, y pare á arreglar sus arreos allá en el ranchito, bajo lo de Corvalán, que le han de ayudar.

Y el hermoso paisano, rubio, de ojos azules, saltó sobre su hermoso doradillo.

### III

—Nunca he visto ginete más bien sentado,—recordaba Doña María,—siguiendo el galope, hasta perder de vista su poncho, que apenas flotaba entre el polvo del camino.

Admirada quedó la paisana, cuando antes de parar frente al rancho designado, vió salir un viejo y su gauchito, arrastrando pértigo nuevo, al que como diestro carretero, unció en un momento la yunta.

—¡Bien *haiga* el hombre! No hay como un servicio á tiempo. ¿Cuánto le debo, paisano?

—Nada, Señora, ni muchas gracias, por que ¡para qué la voy engañar! Soy mandado. El patrón que la sacó del pantano, es quien me manda.

—¡Bendito sea mi Dios! Y quien es su patrón?

—No me dijo le dijera. Mandó le sirva con cuanto pida.

—Bueno, pasado mañana le devuelvo su yugo. Echémele un remiendo al mío.



—Será servida.....

—¿Quién será ese chacarero tan bien aperado? En fin Dios le aumente lo suyo.

.....  
 Más se admiró, cuando en la mañana siguiente, tomando sol bajo la carreta, se lo ocultó la sombra de un milico, de puntiagudo bonete colorado, larga manga remangada en forma de cono, diciendo:

—Vd. es Doña María, la del Canal de San Fernando? De parte del Comandante Reyes que se presente hoy en Palermo.

—¡Jesús María! que habrá sucedido á mis hijos? Pero yo no tengo que hacer nada en Palermo, ni sé por donde se entra.

—La órden es así; yó cumplo. Preséntese nomás con este papelito, que ahí están las señas.

—Está bien. ¡Caramba! ¿qué será?

Y aunque la buena mujer llegó asustada, tan poca costumbre tienen los humildes de ser bien recibidos, que recién al ver acercarse el buen mozo que le prestó auxilio la víspera, por más que oyó á uno de los Ayudantes: «Ahí viene el Señor Gobernador», Doña María la campesina, yá no taramudeó cuando la saludó, diciéndo:

—Bueno, aquí está, buena mujer. Preséntese con este Oficio al Comandante Reyes, que me ha dado excelentes informes de sus hijos. El mayor quedará en su casa, para que ayude á la madre, como buen hijo, y no se ande Vd. empantanando. El otro seguirá un poco allí, en la guardia del Puerto de San Fernando, cerca de su rancho, hasta que le toque servicio al más chico, que entonces quedarán trabajando los otros dos á su lado.

—Cuánto tengo que agradecerle, Señor,—contestó secándose dos lagrimones.—Bien dicen que Don Juan Manuel es el padre de los pobres. Vuelvo corriendo á pagarle doble al que me prestó el yugo nuevo, por rotura tan á tiempo, y bien *compuesto por la mano misma del Gobernador.*

.....  
 No sólo encomiendas transportaba la histórica carretita,

sinó también, encomenderas muy guapas ocupaban los dos bancos, franqueando su interior. De un brinco saltaban las más ágiles, y por la escalerita puesta al abrir la puerta culatera, bajaban las madres tendiendo sobre el verde, provisiones del almuerzo á mitad de camino. Unas iban á juntar aromas cuyas espinas les pinchaban, distraídas en confidencias sobre el tema invariable; otras buscando *huevos de gallo*, en zanjas cubiertas de moreras, recordando sin duda, que la mancha de una mora con otra mora se quita, que herida más aguda recibido había la que viajaba flechada, y cuyo flechero en las ruedas del mate de esa misma noche junto al piano, hilas invisibles aplicaría para cerrar toda herida.

#### IV

De las que calentaron asiento en la carretita de Doña María pocas rezarán yá el *rosario* en el rincón de su aposento, zahumado con alhucema y calentádo sus pies el morrongo bárcino, á quien la traviesa negrita del mate solía perfumar con el benjuí de la amita, Muchas fueron, (madres, hijas y nietas) las que bien estivaditas ocuparon en cien años los servicios de esas tres Marías carreteras. Otra vecina de la costa, y Costa ella misma, nacida por los años en que empezó á rodar tan descangallado vehículo, á sus ciento cinco navidades, cultiva aún flores por propia mano la solitaria de San Isidro, que, más hermosas y fragantes que las vendidas por Alfonso Karr, en su *Fermé*, (cerrado retiro, en Cannes) sin duda por ser criollas, se pagan menos.

Ella, como las niñas de su tiempo, de las chacras de Belaústegui, Pueyrredon, Saenvaliente, Escalada, Anchoarena, Uriarte, en el terrible año 20, que la montonera arrió con el último caballo, precisadas á huir á la Ciudad, no encontrando otro medio de locomoción, más de una vez tuvieron que salir á pie al Camino Real, á esperar el paso de la carretita salvadora.

¡Cuántos importantes servicios prestó esta última pobre

viejecita, como sus antecesores, á señoronas de copete y currutacas de siete enaguas, embarrándose las siete á su lado y ayudadas á salir del susto.

Algo como la Cruz Roja, (sin bandera blanca que flameara en la cumblera), fué considerada en todo tiempo al reconocer bajo su sombrero de paja á Doña Maria fumando, respetada por Juan Cuello y auxiliada por Juan M. Rozas.

Un día tuvo un pesar. Yá todo se viene descomponiendo, —dijo. Los gringos nos están echando á perder la tierra. Ni se vé la bandada de puebleros que pasaban los sábados por la tarde al galope, para llegar al *ombú de la espera*, donde esperaban ó desesperaban, aguardando, gallardas amazonas que llegaban en sus galopes para regresar cada una con su *cuyo* á San Isidro ó San Fernando.

En otra ocasión, descansando sobre el pértigo á la sombra del otro *ombú del mate de las Morales*, que el poeta Gutierrez celebró, nueva visión la dejó bizca. Cual rápida exhalación, echando chispas al través de una columna de humo y fuego, vió pasar la primera *Locomotora* que adelantaba camino, un poco más ligero, que sus barrocos, no mucho, al principio, por sus diarios descarrilamientos.

La vieja se hincó dentro la carreta, y persignándose rezó el *bendito*.

Bajo un presentimiento que no llegaba á explicarse, abismábase: «¡Qué vá á ser de los caballos y de estos animalitos!», sin salir del asombro de lo que no atinaba. Carreta sin bueyes, por amor propio de paisana criada en el campo, todavía no daba del todo su brazo á torcer.

—Marchará más ligera, pero no puede salir de la huella. Donde sus rieles acaban, mi carreta sigue. Y en cuanto á pantanos, más frecuentes son los de su camino, descarrilando por la mañana y también á la tarde, causando mayores daños, pues si mis viajeras se embarran, las tuyas suelen no contar el cuento.

El egoísmo le hizo exclamar en los primeros encocoramientos de su ignorancia:

—Malditas *naciones* éstas, que vienen á arrebatarse el pan del *probe*. ¡Quiera Dios te empantanes por siempre!

Y como maldición de moribundo, tuvo inmediato cumplimiento. Ningún ferrocarril salió tan empacador como el de Mister Carbreet. Tras los siete años de tramitaciones de Mr. Hopkins, otros siete de empaques y descomposturas.

Hoy todas las carretas y Marías, escasas son para el transporte de cosechas tan abundantes á Estaciones, en las veinte mil millas de vía férrea, estendidas del uno al otro extremo de la República.





## EL ÚLTIMO

---

### I

Hoy cumple años la independencia argentina. Venimos de estrechar la mano del más viejo de nuestros ancianos, único sobreviviente de aquel día inmortal.

Negro, muy negro, pero de conciencia más blanca que muchos blancos que ennegrecieron en desleales contiendas, su nó amortiguada mirada, y su memoria viva aún, recuerda cuanto vió, cuanto sintió y cuanto sufrió en su larga vida.

José Lara, que á sus ciento veinte años vive en la calle del nombre que conmemora la cuna de San Martín (Yapeyú 663), cuyas campañas siguió, es el hombre de mayor longevidad que hemos encontrado en ésta, y cuantas tierras recorrimos. Bien merece un recuerdo en el aniversario de la Patria que vió nacer! Veinticinco años mayor que la Argentina, ha derramado su sangre por la africana, de su origen, Cuba; de su esclavitud, por la chilena, peruana, colombiana; por ésta donde desfallece en la indigencia, sin estar bien cierto cual sea la suya, de tanta patria, por cuya independencia luchó. ¡Cuántas veces no es madre, sino madrastra, para tantos que por ella se sacrifican! Evitemos que este último resto de la *Patria Vieja*, muera sobre el pobre jergón de sus recuerdos, y de no ofrecerle lecho blando y mullido, que no sólo por sus años merece, el mayor de esta ciudad, sea al menos calentado por el cariño de la ciudad que defendió.

El único de nuestros convecinos que ha saludado la luz de tres siglos, pues la aurora del XIX le encontrara, nó jugando á los cocos en Mozambique, sino arrebatado de

su ribera en la molienda de cañaverales (Habana), es admirable cómo recuerda admirables escenas del pasado siglo.

De Cuba le trajo el Provincial Visitador Lara, y luego de las costas del Brasil á este Convento de Dominicos, en cuya portería por muchos años hacía *vis-á-vis* al Santo negro Benito, hasta que, soldados ingleses llegaron á llamar, no con el puño, ni la espada, sino á golpes de rifle, puerta que el portero no abrió. Señales de tan singular llamado, sobre su hoja derecha, por cuyos agujeros de bala puede aún meter dedo el curioso lector, huellas son que lo atestiguan.

Tiempo tuvo sí, Lara, de dar toque de alarma, primero desde la torre de las balas, y después como buen compañero de ellas echar sus negras campanas á vuelo, repicando victoria, cuando certeros cañonazos desde el Fuerte la hicieron bambolear por tres veces, despeñando de lo alto muertos y semimuertos, con simple empujoncito, en cantidad tal, que el hombre que voló allí el 5 de Julio de 1807, con banderas por alas, (Teniente Leiva) sólo quedó sordo para toda la siega, porque sobre mullido colchón de cadáveres cayera, amontonados sobre el barrial.

## II

Oyendo más tarde palabras tan sonoras como una campanada: *Libertad, Igualdad, Fraternidad*, si bien no entendía mucho su significado, á su ruido acudió á la plaza de la Victoria, el día que acababa su proclama el Comandante de Arribeños, Don Francisco Antonio Ortiz de Ocampo, á á sus mil ciento cincuenta voluntarios, repitiendo: «Todo hombre que quiera ser libre, siga esta columna que marcha á afianzar la libertad de los pueblos».

Y aunque largo era el camino por cuevas, valles y montañas, hasta las del Alto Perú llegó á pié, si bien olvidando sus campanas, no olvidó su oficio, pues, habiendo aprendido á repicar victorias, cuyas banderas siguió siempre, las repitió con frecuencia en Suipacha, Cotagaita, Tupiza y Potosí, en los triunfos de Tucuman y Salta, com-

batiendo en la Compañía donde era Sargento primero el moreno Domingo Sosa (después Coronel) en la primera, y en la segunda, fué sacado por Dorrego, del Batallón de negros como soldado de confianza, á objeto de conducir la carretilla preparada por Belgrano, para mandar la batalla desde ella, previendo le impidiera cabalgar su reagración en esa mañana, (20 de Febrero de 1813). Al negro Lara, desde el Convento vecino á la casa paterna donde nació y murió Belgrano, á quien había tomado cariño el devoto General, prefirió por su fidelidad y decisión, para ese y otros servicios inmediatos. Entre los soldados que San Martín consiguiera llevar de Salta al ejército de los Andes, llegó á Mendoza. Herido en Chacabuco, en el batallón de Martínez, después de Maipo, embarcóse con la expedición al Perú, peleando bajo las órdenes de Olazábal, al pie del Pichincha.

Después de muchos años, regresó á Buenos Aires con los últimos que regresaron. No calentó asiento aquí, que muy luego fué con el ejército al Brasil. Recordando que en la Argentina, Chile, Perú y el Ecuador, le habían hecho pelear contra blancos, por la libertad, y en el Brasil, contra negros, por la misma, deducía (nó sin ingenio), que la libertad no tendría color, ó que bajo los ámplios pliegues de su bandera, caben todas las razas, sean blancos, indios ó morenos.

• Debemos tender la mano á este Matusalén de la Argentina, y cada uno en sus posibles, seguir el ejemplo de la caritativa Señora de Sosa, que le alcanza el sustento cotidiano, compartiendo su humilde techo, pues tiene á honra sea el suyo, el último que cobije, al último soldado de nuestras primeras glorias.

### III

Poco acostumbramos sostener nuestra palabra con palabra de otros, dejando á cada cual en su creencia, sobre la mayor ó menor autenticidad en históricas momias que

exhumamos, pues, ni nuestras tradiciones son oro puro para que todos las aprecien, ni artículos de fé, para que se crean ciegamente, ó se exija á cada hecho, documento oficial, de puntal ó apoyo. Pero motejado este pobre anciano, de que no es pobre, centenario, soldado, (en esta tierra en que ninguno escapó al peso del fusil), ni siquiera negro, reasumimos lo publicado en «La Nación», «El Diario» y «Caras y Caretas», en el reportaje de «La Prensa» (9 de Julio 1904).

JOSÉ LARA: 120 AÑOS — MARÍA DE LARA: 95 AÑOS

«Singular contraste ofrece el cuadro triste, doloroso y élfictivo que uno de nuestros *reporters* vió ayer, cuando gratamente impresionado por el aspecto de la gran ciudad que se engalana para conmemorar uno de los días de la patria, para tributar un homenaje á sus invictos héroes, presenció la precaria situación, ¡la desesperada miseria! de uno de esos veteranos que han sobrevivido á la épica jornada que hoy se rememora.

«En una oscura é infecta vivienda de la calle Yapeyú, 663, (hasta el nombre de la calle contrasta), el negro José Lara, víctima de la inanición que á su edad, (¡ciento veinte años!) ha minado su férrea naturaleza, permanece desde hace mucho tiempo acostado en mísero jergón, tal es su lecho, sin encontrar después de una vida agitada y llena de anécdotas gloriosas, más descanso y más consuelo que el que su senecta esposa le prodiga, en la esfera de sus limitadísimas fuerzas.

«Si su físico no ha conseguido contraerestar la fuerza fatal de los años que todo lo trasforma, que todo lo pasa, su memoria en cambio y su reducido intelecto se conservan, y fueron el asombro de nuestro *reporter*, la nitidez con que su poderosa retentiva reconstruye cuadros y escenas, que afectan su sensibilidad, y hacen que ingénuamente aparezcan en sus ojos lágrimas tiernas, tan espontáneas como las lágrimas del niño, y al evocar recuerdos tan gratos, sacó de la almohada en que reposaba su marcial cabeza, varias medallas, premios todos, con que sus Jefes recompensaron su abnegación de soldado.



«Lara pertenece como otros muchos á esa pléyade de soldados de color, sintetizados en la figura de Falucho; modestos y abnegados, que careciendo de toda clase de protección, se ven en la necesidad cruel de propalar sus méritos para ser socorridos, sin tener en medio aún de sus mayores miserias, sino palabras de amor, de respeto y de veneración para esta patria que no siempre recompensa oportunamente el sacrificio de sus hijos».

## IV

Falucho, el centinela de la Independencia, que muere al pié de su bandera, por no arriar el pabellón de la Patria; el Coronel Barcala, el Coronel Sosa, vencedores en Tucumán; como los Coroneles Narbona, Navarino, no menos valientes; el artillero de Caseros, Coronel Feliciano, el Coronel Morales, descollante en la *guerra de los cinco años*, y tantos otros héroes anónimos, más ennegrecidos por la pólvora al romper tanto cartucho, que por el color de la tez, ¿deberán seguir bajo el doble sudario de la muerte y del olvido?

Justicia es recordar negros, como Lara, que aún durante su esclavitud cooperaron al lado de sus amos á repeler invasión extranjera, y una vez libres, formaron los primeros el núcleo de Batallones de la Independencia. La de José Lara es la tradición de toda esa raza, carne de cañón, que puso su hombro á la obra laboriosísima, como peldaño por que treparon los que subieron. . . . .

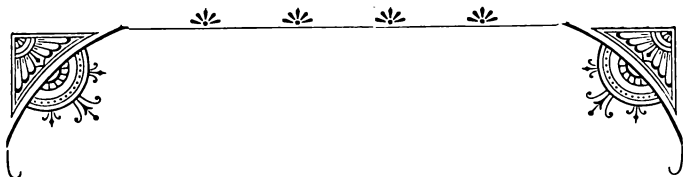
¿Y en la hora de la recompensa?

No hemos oprimido entre las nuestras, mano que trabajara por más tiempo, que esa del decano de este vecindario, negro, de foja más blanca que la de muchos blancos, y á quien debemos evitar repita:

«Hoy nadie de mi se acuerda;  
¿Se acordarán siendo barro?  
Para fumar un cigarro  
Una limosna por Dios!







## EL QUE SE SIENTA SIN MANCHA . . . . .

*¡Ay! no inculpeis al hijo del culpable!*

### I

Que el tapete verde escuela no es de la mejor enseñanza, ni cosa que lo valga, reconocido está entre las verdades de Pero Grullo. Que su alrededor, perenne semillero es de enconos, rencillas y ansiedades, que van intoxicando el alma y paralizando el cuerpo, cuando nó de estafas, robos, felonías y cuantos males sopló el diablo, por sabido se calla.

Casa de juego, templo del vicio! Tapetes verdes, altares del crimen! Y de esos talleres de perdición, entre camaradas que noche á noche se codean, han salido este año la mitad de los suicidas, y otras tantas víctimas del juego perdieron la chaveta. No son necesarios muchos grados de inteligencia para persuadirse que el vecino de carpeta, más que adversario, enemigo encarnizado es de aquel, cuyo afán de ganancia, cifrado está en el descamisamiento ó ruina del adláter! . . . . .

\* Sin más preámbulos, que pasada es la cuaresma para sermones contra la juegomanía, recordaremos el buen hijo de un mal jugador, como el abuelo, igualmente el nieto. Un poco peor el padre, cuyo degradante vicio le condujo al crimen. El más jóven, jugador por atavismo, cierta noche de trueno fué así execrado por un perdidoso:

—Al fin, hijo de asesino! La trampa es evidente. ¡Culpa tiene quien se mete á jugar con tales! . . . . .

Y poniendo punto final á violentísimo altercado, se alejó de la mesa, ardiendo en ira quien así hablaba, nó tan de prisa que no le alcanzára el candelero que le tirara el insultado. Se armó la grande, y unos á favor

de otros, en mayoría los del ganador, entre voces, tacos, exclamaciones y gangolina infernal, gritó el portero: «¡El Comisario!» Y dando vuelta la llave del gas, quedó todo á oscuras, como conciencia de jugadores, huyendo el bulto de la Policía, apresurándose á escurrirse cada cual por donde pudiera....

Pero el pálido joven rubio siguió simismando y hablando sólo. Yá se lo habían echado en cara otra vez. La primera, allá en su infancia, pelea de escueleros, en cierta *cortada* de Escuela de Don Juan Peña. Pero como á las primeras de cambio, hizo saltar la *chocolata* al rabonero que se embadurnaba con pasta de uruzú en la *Botica de los Angelitos* (esquina al frente), donde hoy los angelitos se han vuelto zapateros, (Chacabuco y Alsina), no se repitió la injuria por mucho tiempo.

Luego, en otra ocasión, dragoneando de Cabo de Guardia en el Cuartel de la Cervecería (Plaza del Retiro), alcanzó á oír entrecortadas palabras del centinela, que él puso de plantón, algo semejante, en voz baja. Era en momentos que llegaba á media noche, el *Jefe de día*, y al grito: ¡Cabo Cuarto! ¡La guardia á formar! se interrumpió la murmuración. A la tercera fué la vencida, y triste y cabizbajo en aquella noche, fría como desilusión de enamorado, se retiró, en cabeza, suspirando y cantando por la vereda, que alumbraba la luna:

«Allá, cuando era niño,  
Mi madre me dejó;  
Pregunto por mi padre  
Nadie me dá razón».

## II

Pero al fin, la verdad se fué filtrando poco á poco, como vientecillo que, pasando, pasando, vá recogiendo voces, frases, murmuraciones, y llega, continúa y sigue esparciendo gérmenes, dudas, desconfianzas y sinsabores.

Un día, encaramado en el rincón de la Escribanía de

Mogrovejo, el moro viejo de los cartularios en Cabildo, dió con el espediente fatal. Más le valiera no haberlo encontrado, pues él no dejaba duda. Su padre había muerto á un hombre del modo más villano. Sentenciado á la última pena, medios proporcionados por calaveras de su cofradía, facilitaron su fuga. La esposa, cuya ambición de lujo inspiró el crimen, solicitaba al poco tiempo, autorización para contraer segundas nupcias, alegando que ante la ley su marido estaba muerto civilmente. De ésta, se le anunció en la infancia su fallecimiento. Pero el del padre, había dudas.

Salió en su busca á correr tierras, llegando con el corazón traspasado al vecino puerto de la Colonia Oriental.

—¡Pobre padre!—suspiraba—¡Había sido cierto! ¡Yo he de dar con él! Mi padre ha muerto á un hombre. ¡Quien sabe si en defensa, le impulsó la venganza, por celos, ó rivalidades! ¡Ni quiero averiguarlo! En el peor de los casos, si no espera compasión de su hijo, ¿de quién puede esperar ayuda, para rehabilitarse, arrepentirse, ó corregirse? Si ni aún los suyos, ¿quién há de extender la mano al que resbala? ¡Pobre padre mío! ¡Cuánto habrá sufrido! Tantos años vagando desazonado, mísero, sin un alma compasiva ni sér alguno á quién pedir consuelo! ¿Qué circunstancias le habrán arrastrado? Cuando se cae, al fin, en un mal paso, ¿cuánta lucha, habráse sostenido antes? La vanidad, el despecho, la envidia, ¡qué infierno de pasiones ván socavando poco á poco, y minando ocultamente en ciertas circunstancias de la vida, antes del tropiezo. Después de la primera caída, no hay perdón humano. ¡Yo te compadezco! A un paso estuve también al borde del crimen, exaltado por la ira. ¡Hay circunstancias..... un *pronto!* Si pudo alguien designarle homicida, nó á su hijo asesino! ¡El crimen no se hereda!

Estas y semejantes reflexiones, repetíase en monólogo inacabable. Y en tal disposición de ánimo emprendió piadosa peregrinación el buen hijo, que á pesar de ser jugador, no había perdido sentimientos de buena cuna.

De las Vacas, siguió al Carmelo, á la Agraciada. En Paysandú tuvo noticia de haber pasado su padre del *Salto de*

*Hornos* con una tropa para el Saladero, bajo la Meseta de Artigas. Volvió al Yerúa, siguió á Concordia, y vadeando arroyos, (crecidos en aquella época del año), Mandisoví, Yuquerí-Guazú, Yuquerí-Mini, siguió de García-Cué á la Barra del Mocoretá, en cuya rinconada empezaba á alzarse el naciente pueblito de *Federación*, sobre ruinas, la más avanzada de las treinta y tres Misiones. Allí recojió noticias precisas. Todo el vecindario conocía al jugador errante.

—No ha de haber pasado Río Corrientes,—le decían;—por Mercedes ó Goya va á encontrarle. Acaso en el pueblo que fundó Belgrano bajo el nombre Cruz de Papel, traducción guaranítica, (Curuzú-Cuatiá) por haberse encontrado allí, papel con una cruz pintada. Y á eso de oraciones del mismo día que vadeó el Mocoretá, (divisorio de las provincias de Corrientes y Entre Ríos) llegaba muchos meses después de campearlo, á la última posta, en las atueras. Allí le dieron mentas más frescas. Tal vez esa misma noche caería al *pago*, pues sus troperos pasaron esa mañana, aunque no sabían si dirigiéndose á Monte Caseros, ó Payubre. El pulpero salió al palenque á darle señas.

—¿Vd. no le conoce?

—Nunca lo he visto.

—Velay, qué coincidencia,—agregó el correntino en camisa. Cualquiera diría tiene cierto aire parecido. Un poco más flacón y paliducho; el viejo está muy grueso, pero todavía liviano y andariego.

—Bueno, voy á esperarlo. Mi caballo está cansado. De todos modos haré noche, y si no llega hoy, llegará mañana. Con más lenguas, he de dar con él.

—Es lo mejor que puede hacer, paisano. Dése contra el suelo, y *dentre* á matear.

La noche llegó. Sobre la mugrienta mesita perniquebrada del rincón en la pulpería, la cabeza entre sus manos, taciturno y sombrío, seguía inmóvil, sin cambiar palabra. Un quita-penas, ginebrón del Paraguay, entre dos vasos, había quedado, recojido el mantel con más manchas que conciencia de jugador. Y cuando entre las dos velas amarillentas de baño, alzaba de vez en cuando la frente, reflejando su que-

brantada faz de palidez de cera, aparecía cual la imájen de un Cristo sobre altar dismantelado.

Larga fué la espera. Medio soñoliento por la postración de fatigosa jornada, no oyó jauría que en prolongados lardidos corrió á la extrañeza de algún viajero que pasaba por el camino real, de Curuzú-Cuatíá á Mercedes.

Reconocido como de casa, se acallaron los perros, y con el rabo bajo, rodearon husmeando al que desmontado en el palenque, siguió hácia las casas, de donde salía la china desgreñada, charlataneando en guaraní:

—Ché, amigo, de ande sale! Vení para acá, Don Pancho, que hay novedá.

—¿Novedades, comadre? Le han salido mellizos?—pues bromista era el viejo con sus comadres del pago, que lo fueron todas las chinas guapas, veinte leguas á la redonda.

—No es eso. No sabe la huéspedá?

—Si es buena moza, echémela para acá.

—No es broma, Don Pancho. En serio, ahí le está aguardando un forastero, que el baqueano dice es porteño. Si viera lo que se le parece! Si hubiese dejado algún recuerdo vivo por allá, no habría salido más buen mozo.

Ante tal exclamación, palideció el padre. Yá ciertos runrunes le prevenían de que un porteño, andaba en su busca, siguiéndole los pasos, y averiguando por todas partes.

De Buenos Aires le llegaron antes, informes de cómo su hijo se había distinguido en la defensa de la ciudad, durante el sitio de 1853. Y aunque sospechaba no podía ser otro, por las señas y noticias del viajero, cada vez que se lo anunciaban cerca, aumentaba la distancia.

Al fin, entró rondando el rancho, indeciso, sin tomar determinación, pidiendo le dejaran solo y entornada la puerta del cuarto á oscuras, que daba frente al forastero.

Desde allí estuvo observando largo tiempo y con fijeza. La vieja en connivencia del acecho, pasó á conversar con el mozo, nó atinando porqué tomaría tantas precauciones su compadre, antes de llegar al que le aguardaba sin darse á conocer. En una de esas alzó éste la mirada preguntando: «¿Que yá no vendrá?»

El padre en acecho pudo así contemplar por vez primera la hermosa faz juvenil, llena de bríos como toda su honrada raza, y bajo acentuada sombra de melancolía, los espresivos ojos de su bella madre. Repentino golpe sintió en el corazón. ¡Aquel es mi hijo!—murmuraba—á punto ya de vencerle profunda emoción. La sangre habla. Temblando y desazonado, observaba sin poder moverse, como si hubiera echado raíces allí; sus vacilaciones aumentaban producidas por instantánea fiebre violenta. Choque de rodajas en sus nazarenas, hizo dirigir un momento hácia allí la mirada del viajero, preguntando á la patrona si encontraría catre en aquel cuarto. Loco de asombro el infeliz padre, exaltado por encontrados sentimientos, dudaba en seguir su primer impulso, corriendo á los brazos de hijo tan ansiado, y cuya presencia, sin embargo, le trababa á punto de no tomar determinación.

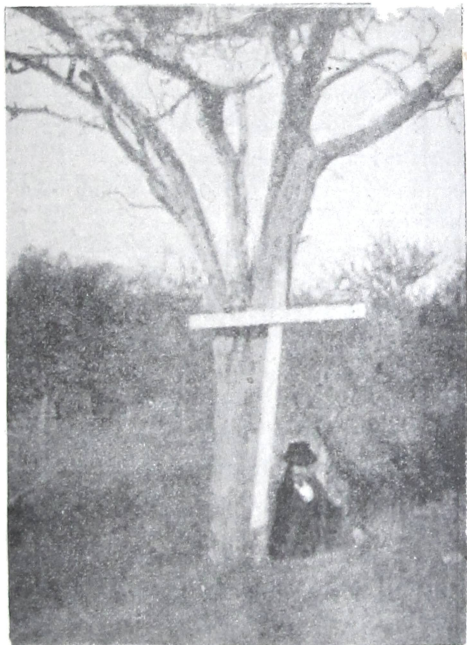
Por más de una vez inconcientemente encontró su mano acariciando la pistola bajo el poncho, dudando si preferible sería poner punto final á existencia tan arrastrada como la que llevaba; otras, le conturbaba la sombra del amigo asesinado. El remordimiento presentaba á pedir cuenta de un pasado que nunca pasaba. Pensó en el suicidio inmediato. Luego temió que al reconocerle su hijo, aún después de muerto, incitara á otro crimen, tanto el suicidio atrae el suicidio. Entonces, de pronto, al ver que su hijo se levantaba en dirección al escondrijo, saltó sobre su caballo, saliendo á escape, y yendo á perderse en la oscuridad de los campos solitarios, huyendo de algo impalpable que sigue, y persigue como la sombra al crimen, en pos del delincuente, por todas partes. . . . .

#### IV

A la mañana siguiente, cuando el viajero supo haber estado á dos pasos del padre que buscaba por todas partes, y que éste huía como de fantasma pavorosa, sospechando recriminaciones, perdió la razón. Todo trémulo y convulso



lanzó una fuerte y sonora carcajada histérica, primer salto, leve mariposa, que huye con la última vislumbre de razón. Signo era aquel del agotamiento de todas las energías que hasta allí le sostuvieron. ¡Cuán cierto que la locura siempre está á la puerta, acechando el momento álgido en toda crisis



nerviosa, para arrebatar los restos de la razón que oscila, reflejando la faz del insano la descomposición cerebral!

Desesperado, triste, abatido, tomó también campo afuera, caminando lijero con la cabeza descubierta, (vieja manía) hablando solo, sin querer oír á nadie. Algún paisano bueno, compasivo, blando y servicial, que en Corrientes se encuentra á cada paso, entre las sencillas gentes del pueblo, desconfiando fuera á echarse en el profundo arroyo, le siguió á la distancia, hasta que, fatigado por su

precipitado andar sin rumbo, le vió sentarse á la sombra del árbol, donde el viejo correntino Gauna, clavó la Cruz, recuerdo de la hecatombe, en Pago Largo, no muy lejos de allí. Todavía existen personas que le compadecieron muchas veces, al verle cruzar la calle Florida, siempre con el sombrero en la mano, caminando ligero, en monólogo interminable: «¡Pobre mi padre! ¿Donde estará? Voy en su busca!». ¡Monomanía de locura mansa.

Tuvo momento de mayor lucidez. Fué cierta noche que al salir del *Café de la Amistad* reconoció al camarada de carpeta que años antes le había enrostrado crimen de otro, infernal figura estampada en la memoria:

—Me reconoce?,—le interrogó aproximándose al rincón poco alumbrado.

—No, de pronto. Lo que no era extraño, pues si sufrimiento é inopía envejecieron prematuramente al joven rubio de estraviada mirada, no menos sufrimientos apagaron el brillo de la suya, al par que apocado los bríos del irrascible guapetón de garito.

Mil desgracias, enfermedades, miserias y fracasos, tan frecuentes en la vida del jugador, le abatieron, á los que se agregaban sufrimiento de herida, todavía abierta por la estocada, pocas noches atrás recibida en otra camorra de ruleta.

—Yo soy aquel que no tuvo tiempo de tapar su boca con una bala, la noche que al ganarle unos pesos, en vez de pagármelos, se levantó exclamando: «Al fin hijo de asesino. No es extraño sea tramposo».

—Ahora lo recuerdo. Los años le han desfigurado. ¿Vuelve por el desquite? Me encuentro herido, pobre y desgraciado, pero nunca fui bellaco, ni hice ascos al peligro, y como todo se perdona entre argentinos, menos ser mándria, dentro de tres días me pondré á su disposición. Ya vé que ahora me encuentro tan sin fuerzas, que no las tengo ni para mandarle este porrón por la cabeza, en devolución del candelero que me alcanzó por la espalda, aquella noche fatal.

Fuera por esta escena ú otra causa que ignoro, yo tan

suertudo hasta entonces, he ido barranca abajo. Se me dió vuelta la taba, y sólo llego armar *partida* con gente de baja ralea. Yá se acabó aquella timba de los tres altos (viejo caserón, esquina Santa Clara y Balcarce), pues los Comisarios han dado en perseguir el juego decente. Pero muy envejecido lo encuentro; no es estraño le desconociera.

—Razón tiene mi desmembramiento. Desde la noche en que me enrostró que mi padre era homicida, aunque me repetían no existía ya, salí en su busca hasta encontrarle. No fuí á humillar á un desgraciado, ó afrontarle con cargos inútiles, ni á ofrecerle pistola de las que no erran, como el mejor obsequio en ciertos casos, (según los que no creen en la redención del culpable) y si, algo mejor. Acción que Ud. no es capaz de hacer. Vendí cuanto tenía, saliendo á correr tierras en su busca, ¿para acusarle con mi presencia? presumían las malas lenguas. No; para llevarle consuelo de hijo, para aliviarle de penas y dolores. He ido á hacer algo que tú no eres capaz, á consolar un desesperado, abriendo los brazos al que antes de homicida, fué padre mío, á llevarle consuelos que la naturaleza puso en mi corazón.

## V

• Más pálido, con la vista baja, alejaba la copa sin alzar la mirada, abochornado y vencido por contundente razonamiento. Pero los cargos continuaban, fríos como la garúa que seguía cayendo.

—Ahora, ¿quien aparece de más noble proceder?. Tú que me inculpas mal que no hice, ó yo que en lugar de renegar de un desgraciado, que bastante carga lleva en la cruz de sus pecados, corri á abrirle mis brazos como refugio? No son los hijos, precisamente, los encargados de juzgar las acciones de sus padres, ni los llamados á escrudiñar y propalar sus faltas. Ha pasado tanto tiempo, pero es la primera vez que te encuentro en mi camino: te insulto: «¡Eres un vill!» —dijo el loco, estallando en una de esas his-

téricas carcajadas que descomponen y aterran. El cuarto de hora de lucidez ante su difamador, pasaba.

Pero el cócora de garito, sin duda de esos guapos de Café que al salir, ráfaga de la primera bocacalle atortola, dispuesto á reconocer su sinrazón, si pudo contener lágrimas que pugnaban por correr, no así el temblor de su mano. El la tendía por sobre la mesa, vencido por la lógica del reproche, que el insano de pundonor, rechazó, dando la espalda, y tan furioso golpe á la puerta, que saltó en pedazos uno de sus cristales!

Salía al mismo tiempo uno de los viejos parroquianos á la mesa contigua, que había estado atento al razonamiento del sin razón, y que al pasar frente al abochornado, llegó á oírle: «¡Está loco!» «Los niños y los locos dicen las verdades» —replicó. Y al apurar su paso, apareando con el insano, dijo: «Buena lección ha dado Vd. Hace bien! Los hijos deben siempre defender á los padres. Aplauda el diario de esta mañana, que el Juez ha mandado apercibir al Comisario que asentó declaración de una hija, contra su padre. El hijo que no pueda hablar bien de su padre calle, pero jamás propenda á su desgracia.

Y como reconociera en su interlocutor al vecino de mesa, á quien oía con espresión de convencimiento, siguió aquel:

—¿Y sabe Vd. quién es tal persona?

—Con esta ván dos que lo he visto. La última noche que he jugado, y la primera que con él tropiezo. No poco me ha costado reconocerle en el rincón más oscuro, pues los villanos buscan la sombra. Yo me paseo por todas partes con mi frente bien alta. Por lo demás, hasta hoy sé su nombre.

—Siempre los ruines fueron intolerantes. Más contundente que un botellazo, ha sido la lección que acaba Vd. de estrellarle. ¿No sabe Vd. quién es?

—No lo conozco, sino para la paliza que le espera.

—Es uno de los subalternos del yanqui aquel que vendió la Escuadra, de los que allá en Valizas exteriores, sintió la bolsita de onzas (4 de Julio de 1853) que el Judas durante la última comida á bordo, dejaba sobre las rodillas de los Oficiales vendidos. Baja absoluta le arrojó de la Escuadra

Argentina, en la misma fecha que el Almirantazgo en Washington mandaba aserrar por medio la barca norteamericana, para no conservar ni una tabla de nave que, bajo el pabellón de las estrellas, de puente intermediario sirvió, para depositar los treinta denarios arrojados al Comodoro.

Pocas veces se sale sin mancha ni rasguño, al atravesar las asperezas y zarzales de la vida. Pero ¡ay! cuán escasas son aquellas, en que no pueda contestarse á los intolerantes las palabras del Redentor: «El que se sienta sin mancha, arroje la primera piedra»! . . . . .

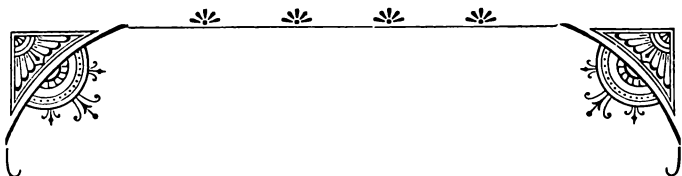






Mis libros piedrecitas són históricas  
Que llevo de la Pátria ante el altar.





# APÉNDICE

---

## I

### POST-SCRIPTUM

---

«No poco de historia patria contiene, y mucho de moral en acción fluye tan á lo vivo de estas Tradiciones, que el autor parece testigo ocular del pasado».

Tal es el resúmen de críticos como Palma, Guido Spano, Carranza, entre otros artículos publicados á la aparición de las Séries que preceden la presente. A confirmar vienen, sin duda, estos juicios, convenciendo al autor que no siempre predicó en desierto, el que, si seis tomos comprenden las coleccionadas, doble número de Tradiciones en diarios, periódicos y revistas, hánse reproducido, dentro y fuera del país, traducidas muchas de ellas al francés, inglés, italiano, alemán y hasta en vasco y escandinavo alguna, según transcripciones que agregamos, por ser la única ocasión de agradecerlas.

Escribiendo sin pretensiones, mera obra de buena intención, y respetando los Maestros de la Historia, grabamos simplemente al pasar, entre bajo-relieves del monumento que ellos levantaron, nombres, dichos y hechos olvidados, en forma breve, que así más fijamente queda en la memoria del joven, escena ó episodio poco recordado.

No puede afirmarse sea éste un pueblo sin Tradiciones, sin historia, sin amor á su pasado, sin ningún respeto á los que nos precedieron, en una palabra, *parvenu* descasado, que nada de lo que hubo atrás estima. Nuestro país tiene muy bellas y gloriosas tradiciones que, indudablemente más fácil es negar que desempolvar, y si conseguimos revivir, bien sea por un día, algunos de los *olvidados* entre las filas del pueblo, que no llegaron al Panteón de la Historia, quedamos satisfechos. De sanas intenciones sembrado vá este libro, bien

que no hayamos conseguido dar color de bronce antiguo al marco que encuadra escenas de otra época.

Si la ejecución no resultare según el deseo, otros lo harán mejor. ¡Tentada vía! Abierto queda el camino, ya libre de zarzas. El primero que cruza estrecha senda, prendidas se lleva las más punzantes espinas.

Si nuestra generación no deja trazado rastro alguno de un pasado que se vá, ¿quedaremos esperando llegue de fuera, quien nos cuente lo que dentro la propia casa pasó?

Confiado sea recibido este último puñado de Tradiciones con la benevolencia que las anteriores, repetimos:

Mis libros, piedrecitas son históricas  
Que ofrendo de la Pátria ante el altar.

## II

### PRÓLOGO DE LOS EDITORES DE LA 2.<sup>a</sup> EDICIÓN

Pocas palabras diremos en elogio del presente libro. Su autor, el ilustre argentino, Doctor Pastor S. Obligado, se ha conquistado desde hace tiempo un puesto eminente en la literatura hispano-americana, y su fama literaria, traspasando las fronteras de su patria, y aún las del Nuevo Mundo, ha sido sancionada por la Academia Española, que le eligió Académico correspondiente.

El Señor Obligado se ha dedicado especialmente á relatar las tradiciones de su país, desentrañando con raro talento de la esencia de las mismas, lo verdaderamente útil é interesante, lo que más netamente revela el carácter íntimo de su historia, el modo de ser de sus habitantes, la razón de sus particulares costumbres, y por modo tan admirable ha realizado su nuevo empeño que leyendo los Capítulos de su obra, se siente revivir el espíritu del pasado del pueblo argentino. Se admiran sus gestas, se vén desfilan los personajes y los lugares con todo el vigor de la realidad, y los sucesos se desarrollan ante nosotros con tal relieve, que no parece si nó que el autor los ha presenciado y los ha vivido.

La labor del Señor Obligado es altamente patriota, y así lo ha reconocido la crítica argentina, cuando ha dicho: «Puede

estar satisfecho el escritor, que siguiendo las nobilísimas inspiraciones de Mazzini, no hace de su pluma el instrumento servil de su gloria y de su propia infatuación, sino que con espíritu religioso, y con alto amor de patria, la consagra y deposita como ofrenda pía por los altares de la verdad y del bien, destellando fulgores apacibles y bordando con puros matices las hermosas auroras que se alzan sobre el pasado de un pueblo noble, viril y animado del espíritu de Dios.

Pero el libro que nos ocupa, es algo más que una labor patriótica. Si notable es bajo este concepto, no lo es menos desde el punto de vista literario. No es, por consiguiente, una obra que interese, exclusivamente á los argentinos, á los americanos latinos en general; interesa además á todos los amantes de la literatura española, y por la amenidad de los asuntos, por lo curioso de los episodios que se relatan, por la gracia con que muchos de ellos están tratados, cautiva también á los que en el libro no buscan materia de estudio, sinó un libro de soláz y esparcimiento, una lectura que agradablemente los entretenga: las Tradiciones Argentinas llenan por completo el precepto horaciano de instruir deleitando, y son por tanto, una obra á propósito para toda clase de lectores.

Tenemos pues la seguridad de que el nuevo tomo de la Biblioteca Universal ha de satisfacer cumplidamente á nuestros suscritores, y no vacilamos en afirmar que entre las obras más importantes que en ella hemos publicado, merecerá figurar la del Doctor Obligado, á quien con razón se ha calificado de *el Ricardo Palma Argentino*.

### III

VOM BÜCHERTISCH.—Von der in einem stattlichen Bande von 286 Seiten soeben erschienenen fünften Serie der « Tradiciones de Buenos Aires » von Pastor Obligado Kann nur gerühmt werden dasz sie sich den vorausgegangenen würdig anschlieszt, die bei der Kritik und beim Publikum eine so günstige Aufnahme gefunden haben, dasz es des dem Autor der « Tradiciones » das verdiente Lob splendorischen Briefes des gefeierten Dichters Guido y Spanò schwerlich bedurft hätte, um die Lektüre auch dieser neuen Folge jedem Freunde der argentinischen Litteratur empfehlenswerth erscheinen zu lassen. In einem Lande wie Ar-

gentinien, wo Alles dazu beiträgt, die materielle Seite der Kulturentwicklung in den Vordergrund zu drängen, ist das Amt des Historikers nicht immer dankbar, aber es ist um so verdienstlicher, und zwar erst recht, wenn die Schilderung von Menschen und Dingen der Vergangenheit sich, wie das, bei den Arbeiten Pastor Obligado's der Fall ist, auch durch rein litterarische Vorzüge, durch präzisen Klaren und farbigen Stil auszeichnet. Von den einzelnen Essays der neuen Serie, die sämmtlich für die Kenntniz der politischen und Vergangenheit werthvoll sind, dürften besonders Interesse erwecken.—(*De Argentinische Wochenblatt*).

## IV

Dr. Pastor S. Obligado paid us yesterday the great compliment of sending us the first copy of the last edition of his book «*Tradiciones Argentinas*», for which we return our best thanks. The great fame of the brilliant author is enhanced by this charming volume which will certainly be «the book of the season». With the intuition of true genius the gifted writer has picked out all the salient traditions of his native land and presented them to the public in the winning garb of his pure and flowing style, making the book as attractive as the historical novels of Walter Scott. Foreigners here will read it with the same charm as Argentines, whose patriotism is excited in the most pleasing and legitimate way all through it. From the founding of this city to the present day no historical, political, or social event of importance is left unnoticed, and the portraits and general illustrations are admirably selected and executed. «*Nihil quod tangit non ornat*» may with truth be said of the author of this charming volume.—(*The Standard*).

—«*Tradiciones Argentinas*» is the title of an exceedingly interesting book which comes to us and through the courtesy of its distinguished author, Dr. Pastor S. Obligado, the eminent Argentine jurist. The work, comprising nearly 400 pages, is handsomely bound, is clear and pleasing in its typography and arrangement, is profusely illustrated with portraits and old prints, while the table of contents, is intensely interesting. The author has gathered and grouped in historical sequence some 48 traditions of the country, constituting a work of absorbing inte-

terest and great historical value. It is just such a work as has long been needed, one sure to delight all interested in the country, its history and traditions, while it will no less delight the casual reader who seeks to be merely entertained. Dr. Obligado has put his country and the reading world under obligations to him for his painstaking research and work which has reached fruition in such a publication.—(*Buenos Aires Herald*).

## V

Incorpórase hoy al número de nuestros colaboradores en el culto de la Tradición y de la Historia, que está hondamente ligado á las de Buenos Aires, á la vez por el abolengo limpio y patriótico, por la consagración perseverante á las investigaciones, el Dr. Pastor S. Obligado. Nació en Buenos Aires en Octubre de 1841, y es hermano menor de la Ciudad Metrópoli con la cual ha crecido y madurado en íntima comunidad de anhelos. Recibió el grado universitario en jurisprudencia en 1862. Hijo de un hombre político de acentuada actuación, del señor Doctor don Pastor Obligado, primer Gobernador constitucional de Buenos Aires, no se dejó corromper por la atmósfera palaciega, y prefirió vivir alejado de ella. Pero no fué egoísta ni remiso en servir á la Pátria, y militó en los ejércitos de Buenos Aires durante la guerra civil y en los nacionales más tarde, defendiendo la bandera y los derechos de su provincia antes, y de la Pátria grande después. La faz característica de su vida, ha sido y es, sin embargo, la de un propagandista de la moral y del patriotismo.

• Durante cuarenta años ha escrito en la prensa y en las Revistas argentinas, como colaborador convencido y desinteresado, y á menudo sufragó generosamente los costos de su acción, en vez de pedirle frutos. Ha viajado las Américas, el Oriente y el Occidente, haciéndonos conocer sus impresiones en dos libros, uno sobre la primera zona del mundo y sobre los Estados Unidos el otro.

La educación y la emigración fueron también temas predilectos que ilustró con sus observaciones de viajero. Su acción administrativa es breve, porque fué independiente. Ha desempeñado sin embargo, más de un Juzgado en la magistratura y otros destinos. Su última actividad intelectual, parece concentrada en las investigaciones de crónica é historia, siguiendo la escuela del

ilustre Palma. Una de sus mejores obras es, en efecto, el nutrido volúmen de «Tradiciones Argentinas», primorosamente ilustrado é impreso en Barcelona, que editó la Casa Montaner y Simón, en 1903. Su colaboración en este género es un progreso de esta Revista, que agradece la Dirección al saludar á su nuevo y preparado colaborador.—(*Revista de Derecho, Ciencias y Letras*).

## VI

M. Pastor Obligado, l'éminent écrivain argentin, vient de faire paraître la cinquième série des études qu'il publie sous le titre: *Tradiciones de Buenos Aires*.

Ce volume est précédé d'une préface de Guido Spano. Le poète si populaire y passe en revue ces souvenirs dans lesquels l'auteur a rendu «un hommage touchant à ce qui n'est plus». Il se félicite de voir une plume aussi experte recueillir les reliques du temps passé et en fixer l'image fugitive, tableau plein de charme qui repose au milieu du tourbillon de notre ardente existence.

Ces souvenirs sont divisés en vingt-six chapitres. M. P. Obligado a voulu bien donner au *Courrier de la Plata* la primeur d'un de ces récits. C'était peu après la mort de notre compatriote le père Salvaire, l'apôtre de Notre Dame de Lujan.

Un *milagro en la Pampa*, était, on ne l'a pas oublié, le récit d'une aventure arrivée chez les indiens au Père Salvaire. Sur le point d'être mis à mort par ces sauvages, ce digne prêtre fit le vœu d'élever une basilique à la Vierge de Lujan s'il échappait à son triste sort. Un jeune indien auquel il avait sauvé la vie, le reconnut et le fit mettre en liberté.

A partir de ce moment le missionnaire ne songea plus qu'à tenir sa promesse. La mort l'a frappé en plein accomplissement de cette lourde tâche qu'il menait à bonne fin.

Les vingt-cinq autres anecdotes de ce volume, sont autant de tableaux tracés avec cette sûreté de touche, cet éclat de couleurs qui font de M. P. Obligado un des écrivains les plus appréciés pour la vigueur, l'élégance et la pureté de son style, et aussi pour une certaine allure archaïque qui donne à ces souvenirs un charme spécial.

San Telmo est l'église que nous connaissons tous au coin de Comercio et Defensa. Sa fondation a fourni le sujet du chapitre qui a pour titre *La Iglesia del susto*, l'église de la peur.

Le nom de *San Telmo* fut d'abord celui d'un brigantin. Surpris par le pampero, il faillit faire naufrage. Perdant toute espérance, le capitaine fit vœu de construire une chapelle à Saint Elme, s'il échappait. Peu après cette prière les feux Saint Elme, signe de la fin de l'orage, apparaissaient autour des mâts du navire. On ne pouvait pas être plus poétiquement exaucé. Cela se passait vers l'an 1605; les fonds que le capitaine remit aux jésuites pour l'accomplissement de ce vœu et beaucoup d'autres que les fidèles donnèrent plus tard, servirent à construire le temple qui existe encore.

Parcourant rapidement l'ouvrage, signalons encore un chapitre qui intéressera nos compatriotes, il traite de l'hymne national. C'est dans le salon d'une femme qui fut quelque temps notre compatriote, puisqu'elle épousa M. de Mandeville, Consul général de France à Buenos Aires, c'est dans ce salon que, pour la première fois, le 11 Mai 1813, don Vicente Lopez y Planes lut les strophes ardentes qui sont devenues l'hymne national argentin.

Le lendemain M. Thompson, premier mari de Doña Maria Sanchez, essayait d'appliquer à ces vers la musique de vieux cantiques qu'il avait rapportés d'Angleterre. Pareda, compositeur de mérite, se chargea d'écrire la musique de ces patriotiques strophes, et il est certain qu'il s'est un peu laissé impressionner par la tentative de Mister Thompson.

Le salon de Mme Thompson, devenue Mme de Mandeville, fait aussi l'objet d'un chapitre, particulièrement intéressant au point de vue des mœurs et des coutumes de la haute société argentine, alors aussi policée certainement qu'aujourd'hui.

Mais nous serions tentés de tout citer, car tout est intéressant dans ces récits dont l'auteur, peintre habile et historien érudit, est trop connu pour que nous ayons à insister sur cette œuvre en cours de publication et dont il annonce déjà la sixième série.— (*Le Courrier de la Plata*).

## VII

Tenemos á la vista un grueso volúmen de trescientas páginas, de nutrida lectura, conteniendo la 5ª serie de las *Tradiciones de Buenos Aires*, que con este título, hace años viene escribiendo el Doctor Don Pastor S. Obligado. Acompañan á esta como apéndice, varias opiniones de escritores americanos, y entre ellas, sirve de juicio crítico ó prólogo de la obra, una in-

interesante carta literaria del poeta argentino Don Carlos Guido y Spano. En el orden literario, la tradición, dá cierto caracter nacional é imprime el sello característico del sentimiento de los pueblos. La fisonomía y el carácter de las nacionalidades podría estudiarse precisamente, sino detenidamente, al menos con ciertas ventajas, recurriendo á examinar las condiciones típicas de este pensamiento, el cual contribuye especialmente á determinar sino la parte vulnerable de la historia, al menos señala el caracter del país, copiando en la Tradición los usos y costumbres de los tiempos primitivos, que tan bien dicen y expresan el pensamiento de entonces. Sobre estas aspiraciones del sentimiento humano, en armonía con la inteligencia del hombre, sujeta la idea al orden sintético, existe algo superior á todo que está en analogía con estas aspiraciones: La verdad, que es la que liga el pensamiento á los caracteres, pero la verdad que constituye lo cierto y une los hechos con lazos indestructibles, es el único medio que aventaja á las naciones, dando nervio y vida al pensamiento ó el fondo de verdad que debe unir el ideal del escritor, para que sus producciones lleven la pureza de la expresión. Pero se objetará si es lógico, que á la Tradición, se exija ó se pida verdad, y algo dé á todos sus alcances y manifestaciones. La tradición resulta á veces, un cuento fantástico, como también suele ser la realidad de lo que ha ocurrido, en tiempos pasados y bien se cuénten los hechos en una ú otra forma literaria. Porque es opinión general, que la Tradición comprende á una serie de estudios distintos, á lo que es la historia que no admite vaguedades de ninguna especie, sinó que por el contrario, establece la confirmación exacta de lo ocurrido y en cambio la otra es lo que se viene repitiendo, por más que hay casos en que se sujeta á hechos ciertos; pero que no siempre tiene la misma consistencia que aquella. Sobre este punto dice el tradicionalista Palma, (Don Ricardo): «Un escritor meritisimo Don Joaquín V. González ha dicho que *La Tradición es la Historia de los pueblos que no tienen Historia*. La frase es bonita y ueva. La Tradición puede ser, (sostiene), una de las partes auxiliares de la Historia, pero no que esta alcance á ser la historia misma. Cuatro siglos cuenta ya la América, de vida civilizada y su historia está muy lejos de basarse en tradiciones. El historiador tiene en mucho los documentos, y en poco ó nada los diceres del pueblo. Hasta para la Historia de los tiempos precolombinos, á falta de escritura uniforme, de geroglíficos como los códices maya y



mexicano, y de guipus peruanos están los monumentos de piedra, convidando al investigador á severo estudio sobre la vida y civilización de pueblos cuyo origen sigue envuelto en la noche del misterio. Para el que sepa ó alcance á leer en la piedra como en un documento, no es la tradición lo que le habrá servido de gran cosa para reconstruir la Historia».

Hemos hecho esta cita á propósito de la opinión de muchos, que confunden una doctrina con la otra y creen que resulta lo mismo, pero con lo dicho es suficiente para que el lector se penetre bien, de la enorme distancia que media entre estas dos escuelas. El cultivo de la Tradición, por lo mismo que requiere un estudio de mucha paciencia para reunir tanto dato compulsando manuscritos y recurriendo en otros casos, á publicaciones viejas, no ha tenido como es natural imitadores en abundancia, sinó que por otra parte, los que lo han hecho así, han ensayado malogrando la empresa, á cambio de otros que han mentido soberanamente, y es por eso que América cuenta con limitado número de escritores de esta índole. Puede decirse que el único que hasta ahora ha mantenido á mayor altura la Tradición lo ha sido el señor Don Ricardo Palma, que al fondo de verdad en sus creaciones, ha unido el estilo puro y castizo que se destaca en todas sus producciones. Ha ligado al sabor de la tierra el tono que requiere esta clase de trabajo, unido á la verdad que tanto armoniza y enaltece el conjunto de la obra. Por esto la mayoría de los tradicionalistas ni merecen la pena se les mencione, porque no han hecho más que copiar el trabajo de los demás, ó se han presentado exponiendo ideas de otros. A excepción del joven ecuatoriano Alberto Arias Sánchez, que ha reunido en sus *Cuentos populares*, rasgos originales, traduciendo en esta forma lo que cuenta la Tradición, pero ajustándose en primera línea á hechos reales y á puntos de la historia de su patria. Ahora entrando á aclarar, ó bien á estudiar, la fisonomía literaria de la obra del Señor Obligado, nos detendremos un momento, á examinar su fondo y el pensamiento, que á nuestro juicio ha guiado principalmente al autor. Comprende esta série el tomo quinto, y el doctor Obligado con una minuciosidad admirable, comienza por describirnos La Iglesia del Susto y continúa luego con La conspiración de los franceses, El que hizo la primera bandera, El primer monasterio, etc., finalizando con El primer Almirante. A nuestro juicio el Doctor Obligado proporciona un acopio completo de datos, y demues-

tra una observación poco común, si bien no lo acompañamos en algunos puntos históricos, que nos parece ha dominado el pincel del artista, la pasión, y á la cual no ha podido sustraerse así nomás, obedeciendo á ideales arraigados en el cerebro. En la memorable batalla librada en los campos de Ituzaingó, hecho de armas que decidió la independencia del Estado Oriental, no se debió el triunfo más que á la pericia del General en jefe que la mandaba, el ilustrado militar Don Carlos de Alvear, y al valor denodado de los demás jefes que le acompañaban. Hemos notado, igualmente, que en algunos de estos estudios, en muy pocos, el autor ha desviado la mente del primer propósito, porque en tradiciones como *Suicidio-mañita*, no se adopta en un todo á lo que aquella deba ser. La Tradición oral debía sólo someterse á establecer como punto de apoyo, el primer suicidio que se llevó á cabo en el país, pues entendemos que así es como se ajusta el verdadero pensamiento de la obra, tal cual es de establecer primero lo que trasmite la voz del pueblo al través de los años. Y por más que encontramos en las *Tradiciones de Buenos Aires*, naturalidad en los cuadros, y estilo sencillo para describirlos, en cambio en algunos de estos hubiera convenido más luz de colores en los bosquejos, ó más vida en las escenas patrióticas, donde el maestro Palma hizo tanto derroche, abundando en imágenes y creaciones hermosas. Por lo demás son dignas de mención las tradiciones que llevan por epígrafe *El primer periódico*, por la abundancia de datos y de una observación tan prolija que recomiendan y enaltecen sobre manera á su autor, y *El primer Almirante*, que ha sido escrito, no sólo con acopio general de datos, sinó que también con mucho sentimiento, en que el alma del artista ó del que piensa con el corazón, en vez que con la cabeza, supo arrancar notas de subido patriotismo en aras del amor á la patria, y de esa pasión profunda que se desprende del cariño á los suyos.

NORBERTO ESTRADA (Uruguayo).

## VIII

Raccogliere le tradizioni di un paese é contribuire largamente alla sua storia. Tutte le tradizioni pure abbellite dalla fantasia e dal cuore del popolo che ama trasformare uomini e fatti in miti e leggende, attestano sempre la verità di un avvenimento, di una usanza, di una cosa ignorata o dimenticata.

Il dottor P. Obligado, abbandonando i suoi storici e politici, ci narra oggi in questo suo nuovo volume, parecchie leggende piene di grazia e di leggiadria, fatti poco conosciuti dalla nuova generazione, che ha fretta di vivere e non ha tempo di guardare di sé; rievoca figure scomparse nella storia e nella vita argentina; corregge opinioni e credenze su certi avvenimenti o gloriosi o dolorosi; ci fa rivivere in epoche lontane, rivelandoci abitudini ed usanze che ora nessuno ricorda: e il tutto irrorato di un sentimento poetico dolcissimo, colorisce con grazia e avvolge in una nube di leggenda che rende il suo lavoro dilettevole come tutti i lavori della sua mente fervida ed immaginosa.

Certo la fantasia sua ha contribuito in gran parte alla rinascita in forma artistica di tante tradizioni argentine. Egli parte da un accenno, da un'ipotesi, da una frase per costruire tutto un avvenimento. Afferrato uno *spunto* popolare, lo svolge ampiamente, lo colorisce e lo vivifica col suo pensiero. Egli compie artisticamente e con coscienza di poeta ciò che il popolo fa inscientemente allorché s'impossessa di qualche avvenimento lontano e leggendario.

Il dottor P. Obligado ha attinto á tutte le fonti, dal racconto popolare alle vecchie cronache, dai monumenti rimasti agli avanzi di civiltà indigene tutto un tesoro di cognizioni e di fatti e l'ha trasformato in materiale d'arte compiendo un libro di un valor indiscutibile.

\* \*

Le «Tradiciones argentinas», raccolte nel volume che raccomandiamo a tutti coloro che sono amanti delle buone letture, sono soprattutto un'opera patriottica. Scritte col concetto oraziano di istruire dilettaudo, esse, dimostrando come la tradizione entra come parte essenziale nei costumi dei popoli, ci rivelano tutto ciò che di utile e di interessante vi fu nel passato del popolo argentino.

E il lettore apprende, ad esempio, come Buenos Aires fu così chiamato e la miracolosa avventura di nostra signora Santa Maria de Buenos Aires, l'ordine della città, chi fu il suo fondatore, i costumi di quelle prime remote popolazioni, le prime guerre e le prime vittorie, quando fu inaugurato il primo teatro e stampato il primo giornale, episodi dei personaggi più illustri, le leggende che si crearono intorno ai primi fatti, un immenso caleidoscopio ove passano centinaia di figure che un

di furono vive, che molti conoscono appena di nome e pochissimi fanno il perché della loro notorietà. Tutto un insieme di pensieri e di fatti che gli uomini per un lunghissimo spazio di tempo si sono tramandati di bocca in bocca.

E' soltanto nell'ultimo cinquantennio che si è compresa la grande importanza della tradizione e molti studiosi di tutti i paesi ne hanno fatto oggetto di ricerche indefesse perseguedola sotto ogni forma col metodo stesso con cui il chimico ed il fisiologo studiano le menome particelle dei corpi e la più riposta compagine di ogni sottilissimo nervo. Gli scrittori antichi incontrano nella storia una di queste misteriose creazioni della fantasia e del cuore per lo più ó la credevano realtà di fatto o passavano oltre disdegnosi. Se non che, iniziandosi lo studio della poesia popolare, fu dovunque una gara crescente di accumular tradizioni, ricercandole, sia nei vecchi libri, sia nelle più remote capanne, ed esse apparvero ricordo e trasformazione dell'età eroica di un popolo intero.

\* \* \*

Con amore, con potenza d'ingegno e con diligenza somma, P. Obligado ha voluto compiere tale compito anche per l'Argentina e nella sua incontentabilità di notizie comuni incominciò ricerche che durarono anni per «tierras y mares, emprendiendo viajes á lo desconocido, preguntando por puertos, calles y plazas á cuanto cronista, bibliógrafo y anticuario hallara».

Le indagini sulla tradizione non hanno, come può sembrare ad alcuno, un'utilità circoscritta ad un numero limitato di studiosi; ma fatte a dovere, come ha saputo farle l'egregio letterato argentino, giovano tanto allo storico quanto al filologo, alla psicologia e alla etnografia.

E il libro del dottor Obligado che, come ben dicono gli editori in una breve prefazione «no interesa exclusivamente á los argentinos ó á los americanos latinos en general; interesa además á todos los amantes de la literatura española; y por la amenidad de los asuntos, por lo curioso de los episodios que relatan, por la gracia con que muchos de ellos están tratados, cautiva también á los que en el libro no buscan materia de estudio, sino un medio de solaz y esparcimiento, una lectura que agradablemente les entretenga.

Libro adunque destinato ad incontrare il favore del pubblico: dilettevole ed utile nel tempo stesso.

Ma utile sopra tutto, perché l'esperienza ci conferma questo: che la tradizione é necessaria pel miglioramento della società umana, della scienza e dell'arte.—(*La Patria degli Italiani*).

## IX.

Hay un núcleo de escritores de intelecto potente y vigoroso, que han marcado con caracteres de oro, la historia de la patria, refiriéndonos hechos para nosotros ignorados, episodios ricos y fecundos en emociones, que hubiesen quedado perdidos, oscuros y sin brillo, allá en las espesas selvas del Olvido.... Restos gloriosos, memorias queridas, cuyo recuerdo, grato y florecido, tiene para la mente el perfume y el frescor, que la mano hábil del Maestro supo imprimirles, al trasladar al papel las rosas de su ingenio.

Al frente de esos literatos privilegiados, augustos guías del saber, que con la vara de su sapiencia nos señalan el derrotero del Deber; al frente de esos escritores, orgullo de nuestras letras, figura con ventaja el feliz autor de *Tradiciones Argentinas*, el ilustrado miembro de la Real Academia Española, Doctor Pastor S. Obligado.

En efecto; él puede decir con altivez parodiando al nieto de Hortensio: «El talento, es don hereditario en mi familia.» Y jamás sentencia alguna sería mejor aplicada que en este caso. ¿Quién, que conozca, siquiera sea someramente, la Historia contemporánea de nuestro país, no sabe la actuación de la familia Obligado? Guerreros valerosos; jurisconsultos distinguidísimos; literatos y escritores brillantes; poetas de indiscutible valer, cuyas obras se han aplaudido en el extranjero, confirman nuestra aseveración.

La crítica, unánimemente, ha saludado, depurando en sus crisoles, la obra del Doctor Obligado, y ha pronunciado su veredicto, reconociendo en su ilustrado autor, al publicista genuinamente americano, que ha sabido con arte y talento, salvar del naufragio de la rutina y de la indiferencia, las reliquias de nuestros más caros recuerdos.

Si analizamos con detención la obra de Pastor S. Obligado, y el efecto producido en la opinión pública, que es la que juzga y aquilata los meritos individuales, nos convenceríamos de que ella no puede ser más favorable; y que la influencia que ha

ejercido en nuestro país, y aún fuera de él, es una garantía de su bondad.

En sus *Tradiciones*, el Doctor Obligado se revela un propagandista infatigable del recuerdo y de la tradición de su patria, y su libro, en cuyos episodios risueños, animados, llenos de luz, se vislumbran celestes perspectivas, cual en un paisaje de Watteau, es una especie de Arca Sacra, flotando sobre el mar de la indiferencia, que guarda en su interior memorias primorosas y reverdecidas, como la mente de su autor, ó tétricas, ó melancólicas otras, como las fatídicas sombras de los Virreyes que fueron....

Pastor S. Obligado, con delicadeza exquisita, ha pulido diamantes en bruto; ha labrado cuidadosamente sus facetas para hacerlas brillar con todo su esplendor, deseoso de ofrecer al lector una joya digna del lujoso escaparate de su ingenio.

Argentino *pur sang*, con sus *Tradiciones* no se propuso otro fin que el de escribir para nosotros, legándonos joyas de inestimable valor, como dice muy bien el maestro Carlos Guido y Spano.

Modesto, ajeno á toda pedante enfatuación, el ilustre publicista, al dar á luz sus obras, no ha buscado aplausos vanos y efímeros, que duran lo que la impresión de la lectura de la obra que los ha sugerido; nó, la simpática figura del Doctor Pastor S. Obligado, se levanta por encima de todas esas pequeneces, que son en el hombre de letras, lo que en la mujer hermosa, los revoques y las pinturas.

Tal es, ligeramente esbozado, el Exmo. Señor, que tiene asiento entre los maestros de la castellana fabla; el literato y publicista; el jurisconsulto y estilista; el militar y periodista; el viajero y educacionista; el Fiscal, el Juez de 1.<sup>a</sup> Instancia y el Municipal, cargos que desempeñó con altura, dejando en todos ellos marcada la huella luminosa de su rectitud.

Tal, Pastor S. Obligado, á quien las musas brindan el néctar de la inspiración, en el cáliz de los Predilectos.... Tal, Obligado, en cuya persona el Arte se detuvo!....—(De *Blanco y Azul*).

## VII

«TRADICIONES ARGENTINAS» af Doctor P. Obligado er tilsendt os til Anmeldelse.

I en livlig og underholdende Form og holdt i en Stil, der

uimodstaaelig river Læseren med sig, forstaar den udmærkede Forfatter at fremmale Billeder af Folkeliv, Sæder og Skikke i Argentina i forsvunden Tid.

Ved at gennemlæse Bogen, kommer man uvilkaarlig til at opske, at Regeringen vilde betro Dr. Obligado, at skrive en Bog om Argentina, saaledes som det fremtræder den Dag i Dag. En saadan Bog, holdt i den Dr. egne, fængslende og overbevisende Stil, vilde sikkert ikke mangle Oversættere og turde spredt ud over Europa, bidrage mægtigt til, at vort nye Fædreland blev kendt og bedomt, som det egentlig fortjener, og som Folge deraf drage stedse voksende Skarer af Emigranter og med dem forøget Velstand til Landet.

Dr. Obligado er født 1841 i Buenos Aires. Har beklædt forskellige offentlige Stillinger og gennem disse særligt virket for Oplysningens Fremme; er Medlem af det spanske Academi, og iovrigt en af de Argentinere, der er bedst kendt udenfor sit Fædreland. Har i 3 Rejser gennemstrejfet hele Jordkloden og gæstede blandt andet paa den sidste ogsaa Skandinavien, for hvis Landes Oplysning og Kultur han, i det venlige Brev hvormed »Tradiciones Argentinas« er tilsendt »Skandinaven«, udtaler sin største Beundring.

Vi vil med det allerførste, med Dr. Tilladelse, i Oversættelse gengive enkelte af »Tradiciones Argentinas«.—(*Skandinaven*).

## XI

El célebre catalanista Don Pompeyo Gener, de la Sociedad de Antropolojistas de Paris, en su «Historia de la Literatura», señala al Doctor Don Pastor S. Obligado, entre los ilustres literatos americanos.

En la *Historia del General Güemes*, por el Doctor Bernardo Frias, su prologuista Fray Reginaldo de la Cruz Saldaña Retamar, mencionándolo entre los escritores más leídos, incita á los jóvenes escritores de provincia, exhumen las patrióticas tradiciones locales, imitando las del tradicionista argentino.

Encomio semejante, lleva firma tan conocida en el mundo de las letras, como la del Señor Rector de la Universidad de Salamanca, Doctor Unamuno.

Y entre otras muchas alusiones benévolas para el autor de este libro, entre las *Papeletas Literográficas* que su colega en la Real Academia de España, Don Ricardo Palma, y entre las voces que

hacen falta en el Diccionario de la lengua, refiriéndose á varias obras del Doctor Obligado, agrega lo siguiente:

«TRADICIONAR.—Muchas veces me vino este verbo á los puntos de la pluma. Diferenciándose la Historia de la Tradición, parecíame más correcto escribir: *el suceso que tradicionalizamos*, por ejemplo, pues no habríamos estado en la verdad estampando: *el suceso que historiamos*. El tradicionista rioplatense, Don Pastor Obligado, no ha tenido mis escrúpulos para conjugar el verbo *tradicionar*, verbo bien formado, y, por lo tanto, muy digno de tener cabida en el Diccionario».

## XII

TRADICIONES ARGENTINAS.—Horida Dr. P. Obligado izkriatzale famatuak, eman dioen izena publikatzen duen obra bati; zointan kondatzen baititu lur eder untako orhaitzapen edo oyarzunak. Ezkerrik hoberenak bihurtzen dazkogu, yaun hori, HARITZA berrikatari chumeari egin dioen ohoreaz. Liburu horietan irazkuzten du nola lur huntako yendeki handiena, Aitor kastatik atheratzen dela. Gerochago publikatuko ditugu historia horietarik zembait.—(De *Haritza*, periódico vasco).

## XIII

### *Real Academia Española:*

A propuesta del Exmo. Señor Don Gaspar Nuñez de Arce, del Señor Don Miguel Mir y del Exmo. Señor Don Francisco A. Commelerán, la Real Academia Española nombró á V. S. en junta celebrada anoche, mediante votación secreta, Individuo de esta Corporación en la clase de Correspondiente Extranjero, dando así testimonio de apreciar justamente los conocimientos de V. S. en lingüística y letras humanas.

Tengo á honra y dicha comunicárselo á V. S. para su satisfacción, remitiéndole al propio tiempo el diploma del expresado cargo.

Diós guarde á V. S. muchos años.

Madrid, 22 de Noviembre de 1901,

M. CATALINA.

*Señor D. Pastor S. Obligado,*



## XIV

Comprobando lo antedicho, de que no siempre predicamos en desierto, recordamos que pocos días después de publicar uno de los Semanarios Ilustrados para niños: *El pajarito de Santo Domingo*, que aún de la colección «Cuentos á mis nietos», se basa en cantarcico popular de ese barrio, una de nuestras vecinitas nos lo presentó entre sonrisas, traducido al francés. Le había gustado tanto,—decía,—que solicitó de su Maestra se lo corrijera. Caían sus patitas de mosca, de la misma carpeta que la carta de un anciano, que llegó á ser el decano de los retratistas argentinos, tan memorialista como los Señores Mansilla, Agote, Cuyar, de cuyos recuerdos extramos siempre algo que no se encuentra en los libros. Por singular coincidencia, vienen así á reflejarse sonrisas de la infancia, en página humedecida por lágrimas de un anciano. Cerramos cartera de recuerdos literarios, en que restan otros muchos, con este broche de oro, ofrendado por lectores agradecidos:

¡Amigo Amado!

Más de una vez me han hecho florar sus Tradiciones, reviviendo escenas que presencié cuando niño. En otras, he admirado lo vivo del colorido, como en el *Salto de Hornos*, que tantas veces le oí al viejo General con nuestros contertulianos Villanueva, Benitez, Zubiaurre. Me fijo en esta, porque veo que López atribuye á un gaucho matrero ese *Salto* en la sierra de Ascochinga. Mucho me gusta su estilo; primero porque es suyo, propio, por los temas tan criollos, entusiastas y patrióticos, en época en que se tiene por inservible, cuanto al terruño se refiere. Me gusta cómo relata, sin desconfanzas, de buena intención, y sin malos juicios; indulgente, cuando encuentra algún bellaco, sobre quien no le sale un elogio.

Conocí á todos los suyos: á su señor padre, el día que fué en mi busca, allá por el año *cuarenta*, para que fijaran mis pinceles la última fisonomía del abuelo de Vd. Yá postrado sobre el sillón en que Vd. escribe, tracé el esbozo. Rehusaba dejarse retratar, y fué preciso traerle una nietecita á las faldas, para que consintiera. Diez años después, procuré retratar á *Don Pastor*, en el mismo salón que había copiado las hermosas facciones de Don Juan Manuel (Casa de Gobierno), pero su padre de Vd. repetía, que «el retrato de un hombre público, mejor que en su fisonomía,

queda en el rastro de su paso. Si ha hecho algo notable, digno es del cariño póstumo. Si no ha producido nada que valga, bien queda en el olvido». Con complacencia he visto en el Museo Histórico, al lado de el del Director Pueyrredón, el retrato de su Ministro de Hacienda, Doctor Don Manuel Alejandro Obligado, (reputado por uno de los mejor parecidos de mi pincel). Al pié de él, contemplé el bello busto en mármol de nuestro primer Gobernador constitucional, el Señor Don Pastor. Recordando que el otro día ví á su hija en el jardín, con uno de los nietecillos de Vd. de la mano, observo que mi vista ha alcanzado cinco generaciones de su familia, que traté como vecino, cuando jóven, en el barrio de sus abuelos, y en mi ancianidad, en el de sus nietos.

Mucho he gozado en la lectura de sus libros, y pues que Vd. dice los *escribe, hojeando viejos*, frecuénteme. Aunque mi vista vá escaseando en las vecindades de los noventa, como há mucho el oído, mi memoria todavía está viva, y recuerdo más del tiempo pasado, que sucesos inmediatos.

No deje de escribir sobre personajes olvidados, para enseñanza de niños y consuelo de viejos, pues bien sabe Vd. que el que sabe conmovér, lo sabe todo.

Reciba el cariñoso beso de este anciano, que le desea toda prosperidad.

B. S. M.

*Charcas 995.*

FERNANDO GARCÍA DEL MOLINO.

## XV

Cierto es no debemos quedar mirando siempre para atrás, pero á escenas del pasado, engarzamos otras semejantes de actualidad. La moraleja deducida es idéntica. La forma cambia; las pasiones que agitaron á nuestros antepasados, son las mismas que se desenvuelven entre nosotros.

El juego, el duelo, el suicidio, son actos delictuosos que afean nuestra juventud irreflexiva, por lo que más impugnamos hechos de cada día, ante todo, contra el primero que generalmente origina los otros.

Para los que nos alientan perseveremos en exhumar escenas de nuestro propio pasado, episodios de que fluyen la sana moral que reconocen en nuestros libros, procurando evitar exajeraciones por novelizarlos, transcribimos la correspondencia que nos llega

del otro lado de los Andes, por la analogía con la última Tradición, y reflexiones idénticas con que termina. En esa, como en las anteriores, no hemos inventado hechos. De cada uno de los *sucedidos*, podríamos exhibir comprobación de autenticidad. Sobre muchas, la atestiguaron ya; el Dr. Esteves Saguí, el Doctor Angel Justiniano Carranza, el Señor Pellegrini, (padre) en publicación de 1863, el respetable anciano Don Fernando García del Molino, y en otras muchas cartas publicadas.

En la misma familia de la víctima, *El primer duelo*, se produce el crimen de un insano á quien volvieron loco, juegos y especulaciones de Bolsa. Lo que es más bochornoso, que uno de sus examigos ha ido hasta revolver íntima correspondencia, presentando cartas de amor paternal, para comprobar que ese padre no estaba, ó no había estado loco, cuando las escribió.

Huelgan comentarios!

Telegramas posteriores, comunican que al declarar insano á ese padre desgraciado, de conformidad á informes de facultativos especialistas, y constancias de autos, manda el Juez desglosar dichas cartas sustraídas, apercibiendo á quien presentó correspondencia de una hija para acusar al padre.

Escena semejante á la que refiere *Amor que incendia*, por el que en el estravío de las pasiones el amante desesperado pone un cuñete de pólvora bajo la cama de la desdenosa, para que salte en pedazos, refiere el Doctor Luro á Mr. Paul Bourget, (*La Nación*) como tema digno de estudio, en el de la fisiología de las pasiones. La joven seducida y abandonada en momentos de dar á luz, maldice su hija mujer, y muere en la desesperación. Su amante había prometido desposarla, sólo si libraba varón.

La reciente circular del Diocesano, encargando á los párrocos prediquen contra el suicidio; la campaña recrudecida contra los Garitos, y persecución del duelo, (tres epidemias de actualidad) que como Magistrado, como periodista y como tradicionista, siempre, combatimos por todos los medios á nuestro alcance, nos convencen estar en lo verdadero y en lo justo, cuando propalamos que la gente sensata, las personas honestas, no buscan la fortuna en el juego, no se créen en el deber de aceptar reto del primer espadachin insolente, ni desertar de la vida por desgracias, ó desfallecimientos en el camino.

Exactamente histórico, el episodio relatado en la última tradición, á cuyo hijo de homicida, no faltó *amigo* que aconsejara: «Si vás en busca de tu padre, llévale por regalo su único con-

suelo: un par de pistolas!», (corolario que viene á firmar nuestra tesis) es el horror suscitado. Fácilmente se comprenderá lo que nos induce á suprimir nombres propios (de esos lunares) en familias muy honorables.

#### EL CRIMEN DE SANTIAGO

##### *L. U. ante los acusadores de su padre*

A la salida del último correo de Chile, continuaba allí preocupando la atención pública el crimen cometido por U., asesino de su esposa.

Nuestros lectores conocen todos los pormenores del drama por haber transcripto oportunamente los detalles publicados por los principales diarios chilenos, y ahora la opinión se halla de nuevo apasionada por la actitud asumida por uno de los acusadores de U., con motivo de haberse apoderado de las tarjetas postales que U. escribía á su hija para entregarlas al Promotor fiscal, A ello se refiere el siguiente artículo que publica «El Ferrocarril de Santiago»:

«Pues bien, soy yo quien ha juntado aquellas tarjetas postales, yo quien las ha entregado al Señor Promotor fiscal y yo quien, cuando llegue el momento, contestaré á la pobre inocente de hoy, á la mujer de mañana cuando pida esa cuenta á que el autor de ese artículo se refiere.

«No estábamos cegados, le diré, por un ódio tan inconsciente, como los arrebatos de un loco. No somos nosotros quienes han hecho que seas hija de un criminal, muerto en el patíbulo. Nosotros no hemos hecho otra cosa que proporcionar á la justicia los únicos elementos que estaban á nuestro alcance para que pudiera formarse una conciencia cabal, sobre los móviles que impulsaron á tu padre para acabar con la vida de tu infortunada madre. Si la justicia lo ha estimado un criminal, nuestra no es la culpa. Es tu propio padre el causante único de toda tu desgracia».—A. S. P.

¡Cuán fácil es decir: «yo asumo la responsabilidad»; cuán difícil hacerla efectiva! Pocos son los que con ánimo ligero firman una responsabilidad pecuniaria; muchos los que disponen de una vida ajena y se limitan á decir: yo respondo!

El señor S. P. se cree autorizado para disponer hoy del nombre, de las cartas íntimas, de la felicidad y de la honra futura de una pobre inocente de siete años, á cuyo padre declara criminal consciente contra la opinión de los únicos que pueden decirlo, de los facultativos especialistas y experimentados en enferme-

dades mentales. Y al querer condenar á la niña L. U., que no puede saber lo que de su nombre y de su suerte resuelven sus officiosos mentores, á ser la hija de un parricida, asume la responsabilidad de un acto que haría temblar á cualquier conciencia y dice sencillamente: «yo le daré cuenta cuando sea mujer»!

Al disponer así de la felicidad y la honra de la niña de hoy, de la mujer de mañana, olvida la sentencia del hidalgo castellano del siglo XVII:

Al rey la hacienda y la vida se ha de dar; pero el honor es patrimonio del alma y el alma solo es de Dios!

Ante la niña L. le es fácil hoy decir que le dará cuenta de su actitud contra su padre cuando sea mujer.

Pero los años correrán y la crisálida de hoy será mariposa de pintadas alas, llamada á brillar en el mundo en que se ha mecido en su cuna; y entonces, cuando en la plenitud de la vida, en el ánsia de vivir y de poner su felicidad al amparo de los dioses lares, vea y sienta que el mundo se le aparta, que la sociedad cuchichea al oído de sus hijos el horror de un crimen que mancha su familia, que ante los anhelos del corazón se levanta como intraspasable muro un rojo vapor de sangre, y que se la condena á vivir á solas con su desgracia, soportando el fardo de un crimen no cometido—porque los locos no son criminales, sino enfermos,—entonces irá al señor S., á sus inspiradores, á los que se empeñan en tejer esta trama que debe enmascarar de malvado á un enfermo inconsciente, y les dirá:

—¿Qué habeis hecho de mí? Yo era la hija de un pobre loco á quien todo se perdona, porque no sabe lo que hace; y vosotros me habeis hecho la hija de un parricida infame. ¡Ah! no os bastaba que la desgracia me condenase á llorar la muerte de mi madre, inmolada por mi padre; habeis trazado sobre mi vida la negra pincelada de un crimen abominable. ¿Qué mal os hice con nacer con tan infausta estrella, para que acumuláseis sobre mi vida todo este horror?

—No nos cegaban entonces, dirá la familia de la madre, los arrebatos de un odio inconsciente. No somos nosotros quienes han hecho que seas la hija de un criminal muerto en patíbulo.

—Vosotros, con una actividad digna de una hazaña, acumulásteis pruebas y sostuvisteis en público y en privado, en la

prensa y ante los jueces, que mi padre era un criminal malvado y pedisteis para él la muerte infamante del cadalso.

—Nosotros no hemos hecho otra cosa que proporcionar á la justicia los únicos elementos que estaban á nuestro alcance para que pudiera formarse una conciencia cabal sobre los móviles que impulsaron á tu padre, para acabar con la vida de tu infortunada madre.

—¿Qué elementos? Mis cartas; las tarjetas que aquel pobre padre mío, en su desvarío de amor y de celo, me enviaba desde los sitios de su inconsciente peregrinación. ¡Mis cartas, las cartas mías! ¿No sabíais que sólo hay dos seres sobre la tierra que pueden penetrar y tienen derecho á exigir que se les abra el cofre íntimo de los recuerdos y del alma: los padres y el esposo? ¿Ignorábais que las cartas íntimas son parte del alma de cada uno y que sólo á Dios debemos cuenta de nuestra alma! Atentásteis contra una propiedad inviolable á objeto de acumular elementos de comprobación para la justicia.

—Esos elementos eran míos; y al arrancármelos, para hacerlos servir á la condenación de mi padre, ¿no sentisteis el horror de hacerme á mí acusadora suya? ¿A mí que aún siendo ya grande y teniendo conciencia del valor de los actos humanos, no me atrevo á juzgar á mi padre, porque juzgarlo me parece un parricidio? Aunque no hubiera sido un enfermo, sino un criminal, yo no lo acusaría: lloraría mi desgracia y rogaría á Dios por él, pero pedir su muerte, jamás! Habría dado mi vida por la suya, y con eso sólo le habría devuelto la vida que él me dió.

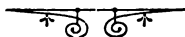
—Si la justicia lo ha estimado criminal, nuestra no es la culpa.

—¿Y quién impulsó á la justicia? ¿Quién quiso engañarla diciéndole que mi padre era criminal cuerdo y nó un loco digno de compasión? ¿Quién lo sostuvo á voz en cuello y lo pregonó en la plaza y en los estrados de la justicia? Yo me explico que un ardiente amor á la verdad, que una convicción profunda lleve á un hombre al sacrificio de la vida ó siquiera de la tranquilidad; pero no me explico esa abnegación que sacrifica á otro, lo empuja al abismo, mientras él queda en la orilla. Y luego ¿qué verdad? ¿No fuisteis vosotros los que antes habíais declarado loco á mi padre? Si era loco cuando en sus desvariados celos y en los oscuros impulsos de su razón perturbada, hacia sufrir á mi pobre madre ¿no lo era cuando, pensando en mí, le dió muerte violenta? ¿Cómo cambió tanto? ¿Penetrasteis vosotros en su conciencia, en el oscuro laboratorio en que se forjan las

ideas y los impulsos? ¿Os reveló Dios su estado de sanidad y de cordura?

—Y nosotros ¿íbamos á permitir que quedara impune la muerte de tu infortunada madre? ¿No debíamos vengar su memoria? Convéncete: es tu propio padre el causante único de tu desgracia.

—Si con ello hubiérais resucitado á mi pobre madre, acaso me explicaría esa cruel actividad con que perseguisteis á mi padre y tramasteis su muerte. Pero la desgracia me arrebató la madre en vorágine de sangre y vosotros me quitasteis al padre, haciéndolo morir en patíbulo. Amabais tanto á mi madre, os era tan querida su memoria, que me habeis sacrificado á ella, condenándome á eterna infamia. Si la hubiérais consultado. . . ¡pobre madre mia! . . . ella, que era todo amor, ternura y abnegación, habría sentido un impulso de odio contra los que pretendían matar á su esposo y condenar á su hija á perpétua soledad y llanto. Aún tengo en el corazón, aún todas las noches suenan en mis labios las ardientes oraciones con que me hacía rogar á Dios por mi padre enfermo, á quien amaba con compasiva ternura. Ella le perdonó sus crueldades, porque nacían nó de su corazón, sino de su mente perturbada, y ella me enseñó á quererlo y á respetar su memoria. Y á esa alma abnegada, vosotros que la habeis amado, habeis sacrificado en impulso de ódio y de venganza, la vida del esposo y el honor y la felicidad de la hija. Cuando la muerte cierre vuestros ojos y vuestra alma se encuentre con la suya en el reino de la eterna justicia y ella ospida cuenta del esposo y la hija, ¿qué le direis? ¡Ah! mi corazón se confunde y ya no sé, ya no sabría decir si fué loco ó criminal mi padre, y si vosotros sois los locos. Sólo sé que por vosotros soy huérfana desde mis tiernos años, de padre y madre, que sufro, que llevo sobre mi frente un sambenito de infamia, y que soy un paria de la sociedad. A este extremo me ha llevado el odio insensible á un pobre loco. ¡Dios tenga compasión de vosotros!»







## Indices de las Tradiciones coleccionadas y publicadas en periódicos

---

### PRIMERA SÉRIE

El primer grano de trigo.—El Retiro.—Los sesenta.—Hernandarias.—El contrabandista.—Adiós, mulato!—El fisico de los tres siete.—Inundación de Buenos Aires.—Peregrinación de un árbol.—El Virrey de las luminarias.—El día en que se perdió el río.—Viaje al país de la sal.—El primer día de gloria.—Ño Norte.—La novia sin cabeza.—El abrazo de la muerte.—Roque Don.—La primera sangre.—El primer granadero.—Entre San Juan y Mendoza.—La mesa de Rivadavia.—Los veinte y dos.—Un país ingobernable.—El que contó el cuento.—Un río encadenado.—La campana de Cabildo.—El pastor irlandés.—El hijo del amor.—El Señor del Milagro.—Villanokoff.—Historia que parece cuento.—Delicias de un viaje de placer.

### SEGUNDA SÉRIE

El primer Maestro de Escuela.—El primer inmigrante.—La bandolita frente á San Roque.—El sereno de antaño.—La Escuela de Don Juan Peña.—El hueco de ña Engracia.—La calle de los mendocinos.—El barbero Hermenejildo.—Don Juan de las Casas blancas.—La negra de los alfajores.—Los nacimientos (en el barrio de los tambores).—Las siete maravillas de la ciudad.—El millonario suicida y el atorrante feliz.—Frente la Crucecita de San Juan.—Un Café del siglo XVII.—El tigre Pizarro (Capitán en Ituzaingó).—Los calabozos de Oruro.—La Casa de la Virreyna Vieja.—La más grande mujer del siglo XIX.—El Cardenal Howard y la monjita de Flores.—El pescador de la Recoleta.—La

Virjencita de la Calle Santa Lucia.—El baratillo de la Rondanita.—¿Cuántos Dioses hay?, ó el Capitán de Gallegos.—Aventura amorosa del último Virrey.—Los reaparecidos (resucitados).—El pirata del Paraná.—La salamanca en la esquina de Pérez.—Los blandengues en Sanborombón.—La esquina de la banderita.—La pascana de Concolorcorvo.—La piragua del paraguay.—Salto de veinte mil piés.—Ab-el-Kader, (en el Ante-Líbano).—Un milagro, del Padre Benito.—Fray Pantaleón pico de plata.—Tan pronto Angel, como soy Arpía.—Un fraile de campanillas (Fray Castañeda).—La entrada del Virrey.—El primer periódico en Buenos Aires.—La Carpeta verde.—Manía de las grandezas.—Novio tenemos, Convento habemos.—De caudal y de bondad, la mitad de la mitad.

#### TERCERA SÉRIE

Las más vieja.—El Gobernador *Mano de plata*.—La primera Comedia.—Tuvo, ó nó, torres la Catedral?—El primer baile.—La carroza del Santísimo.—Rozas cautivo.—Las cenas del Obispo San Alberto.—Pesca de oro en el Plata.—Los colores de la pátria.—El motin de la trenza.—La batalla de las langostas.—Un Capitán de papel.—Amor de rodillas.—La tarde de Maipu.—La última corrida.—El primer barco á vapor.—El mojón del Azul.—Fiscal catoniano.—¿Para qué sirve la gloria?—El primer Estadista.—El primer Ferro Carril.—El hombre que voló.—Cuento que no se puede contar.—El bienvenido.—Qué escapa-da!—El último cañonazo.

#### CUARTA SÉRIE

Hospital fundado por un loro.—Sueño realizado.—La tradición de La Merced.—Si sería bueno? Si sería malo?—La calumnia mata.—Raro caso de amor filial.—El primer tapiz.—Qué buen amigo!—El Coronel Fray Luis.—La conciencia acusa.—El estudiante de Catamarca.—La tradición de Chacabuco.—San Fernando de Buena Vista.—Fraile y Coronel, librenos Diós de él.—El abrazo de Maipu.—Las apariencias acusan.—Argentinos en Trafalgar.—Lomas de Zamora.—El primer cañonazo.—Se

los robó á la muerte.—Telepatía.—El Gobernador del Chaco.—Fieras humanas.—Pobre en España, rico en Buenos Aires.—La tradición de la Yerba.—Ecos de ultra-tumba.—Mucho por nada.—El Señor de la sandalia.—En busca de un Gómez.—Cuento dentro de una campana.—Arrepentida.—Aquí fué Troya!

## QUINTA SÉRIE

La Iglesia del susto.—La conspiración de los franceses.—El que izó la bandera.—El primer monasterio.—El Himno Nacional.—La casa del encuentro.—El salón de Madama Mandeville.—La última carga.—Un Príncipe, Alcalde en la Colonia.—El que arrebató la bandera.—Suicidio-mania.—El balcón del Señor Riglos.—Palermo (su tradición).—El fundador.—La última parada.—El cuarto de San Martín.—Amor que mata.—Traición de amigo.—La bandera salvada.—La tertulia del Señor Guerrico.—La muerte de un héroe.—¿Qué se ha hecho el Estandarte?—Un milagro en la Pampa.—Centenaria.—El primer periódico.—El primer Almirante.

## SEXTA SÉRIE

Amor que incendia.—Monja y familiar, todo en un ejemplar.—¿Porqué el Pergamino se llama Pergamino?—¿Llegó San Francisco?—La calumnia mata.—La casa de Belgrano.—La lanza de Chivilcoy.—Primera Escuela en la Pampa.—Grupo histórico.—El Oratorio de Santa Lucía.—La agonía del Guayaquí.—Humanidad en la guerra.—Las Cinco Esquinas.—Los resucitados.—Los Notables.—Cásamiento á puñaladas.—Fatal destino.—Lo más viejo.—El combate en Obligado.—Las apariencias acusan.—La Escuela de las Rodriguez.—Pronóstico cumplido.—La Capilla Bola de Oro.—El primer duelo.—De como un Virrey se convirtió en hormiga.—Dos amigos.—La mañana de Mayo.—Haz bien sin mirar á quién.—El cañón de Garibaldi.—La más vieja oliva.—Sonrojo comprometedor.—Casa histórica.—..ff.... Amistad.—En la cima.....—La primera suicida.—El primer italiano.—La carretita de Doña María.—El último.—El que se sienta sin mancha.....

## SÉPTIMA SÉRIE

No te perdonarán, sino perdonas.—Los dos Gervasios (Posadas y Artigas).—Los dos frailes (Beltrán y Aldao).—El tambor de San Martín.—La bandera Argentina en el Mar Indico.—El cañón de la Recoleta.—El caudillo chileno (Asalto al Salto).—Dos batallas famosas (Ningunilla y Cuasi-Cuasi).—De Heliópolis al Cuzco.—Tacuaré en Mandisoví.—El abrazo de Concordia.—El Caudillo Belzú.—La Virgen del Luján.—Un domingo en las islas.—Un Rey santo y un Santo labrador.—El Cacique rubio.—El Cacique negro.—El último Charrúa (en las ruinas de Cayastá).—No hay mal que por bien no venga.—¡Sal, si puedes!—Victor Fernández (el burlón).—Perdido en la Pampa.—(*Cuentos bajo la carpa*): El tambor mayor, (Real y medio. Miñón y medio).—El Corneta de Ayacucho.—El soldado Chacabuco.—Cabo Cartucho.—El brigada Canana.—El espadín del Cadete.—Grumete Manrique.—El Aiférez Caramañola.—Teniente Matasiete.—El Capitán Mentirola.—El Mayor de Plaza.—El Comandante Buchardo.—Coronel Papas-queman.—El último granadero.—El General Pierna de palo.—Los olvidados.

## OCTAVA SÉRIE

A nadie el juego hizo rico.—El que descubrió la sal.—La carreta tucumana.—El bosque alegre, (escenas del año VIII).—El último esclavo (año 1813).—El arriero de Uspallata.—Duelos y buñuelos.—Cuentos á mis nietos.—El pajarito de Santo Domingo.—La mano del Gobernador.—Rehabilitación.—El mulato Pizarro.—Bolívar y Alvear en Potosí.—Bajo el haya de Abraham.—¡Que le dén de almorzar!—Muerta de risa.—Noche toledana en el Plata.—Nunca mató quien bien amó.—Los altares de la Patria.—Pesca de una aguja en el Océano.—El Papa en Buenos Aires.—El Czar en la Argentina.—El soberano inglés en Punta Chica.—El peligro de la belleza.—De mansa índole.—Lo que valían les hechuras (año 1700).—Los siete sabios de Buenos Aires.—El señor de la paciencia.—Solfa berutina.—La creciente de los tigres.—¡Vamos á Belén!—Por todas partes se vá á Ro-

ma.—En la torre de David.—Ensenada.—Juanas Tenorios.—Una noche en Lourdes.—Amistad.—Los rincones de Buenos Aires.—La bolsita azul—El solar paterno.—La novia más rica.—Mentiras de Concolorcorvo.—La abandonada—¡No podía llorar! El gran día de México.—Siempre adelante.—El 3 de Febrero.—Entre ruinas de Karnak.—Contrastes y coincidencias.—Calañas y Calañeses.—Nieves en Nieva.—Los padres de la patria.—Drama de la Pasión.—El banco de las Camelias.—Amor maternal.—Los castillos en el aire del Rey loco.—De la Tierra del Fuego á la tierra del Hielo.





## ALGUNAS OTRAS OBRAS DEL AUTOR

POESÍAS—RIOGRAFÍAS—DISCURSOS—VIAJES—CORRESPONDENCIAS  
TRADICIONES

---

### *Discursos:*

- En la inauguración del Colegio Seminario (año 1854).
- En el meeting, Plaza del Parque, (Revolución Oriental, 1863).
- En el Teatro Colón. Toma de las islas Chinchas, (1864).
- En el Club Industrial.
- En el círculo Literario (1864).
- En el Ateneo (1858).
- El estudio sobre la música (sus orígenes en Buenos Aires).
- Al pié de la estatua de San Martín, en el Retiro (1877).
- Sobre el campo de Maipo (5 de Abril 1897).
- Discursos en Lima,—Boston,—Madrid,—París,—Londres.
- En las Bibliotecas de San Fernando,—Chivilcoy,—México.

### *Biografías de poetas:*

- Esteban Echevarría.—Señora Gorriti.—Rivera Indarte.—Adolfo Berro.—Florencio Balcarce.—Miguel Irigoyen.—El Almirante Brown.—Comandante Buchardo.—Bernardo Vélez Gutierrez.—El crítico Martínez Villegas.—El gran Rivadavia.—El Doctor Alcorta (Don Diego).—Saenz (El primer Rector).—Don Avelino Díaz.—Gómez (Don Valentín).—Fernán Caballero.

### *Viajes:*

- En la República Argentina.—Paraguay.—República Oriental.—Brasil.—Chile.—Bolivia.—Perú.—Ecuador.—Colombia.—Norte América.—Europa en general.—Asia—Africa

### *Miscelánea:*

- Artículos de viajes.—Descripciones.—Correspondencias.
- Como corresponsal de: El Nacional, La Tribuna, La Nación Argentina y La Prensa.
- Artículos en: La Revista de Buenos Aires, Caras y Caretas, La Revista de Ciencias y Letras, En la prensa del Rosario, de Corrientes, de Chile, de Madrid, en La Nación, La Prensa, etc. etc.
- Cuentos bajo la carpa. Viaje á Oriente.
- Alrededor del fogón. Viaje á Estados Unidos.